

financial c
education as the again los N
at trend ar. BY
ted States: The pre
ssue for America's
Chall
international
aman- righ
them is exp
shared oppo
er- Toll

GLORIA LOMANA

JUEGOS DE
PODER

g Gas

e is leaving
from both

D.J.57

When the
ustices
preme C

hopes to reclaim her

ACCUSED
way too
Court last Fri
perfect picture
the date an

"Mama's Gu
so many types of music
people not knowing how
BAD: If I worried abo
have ever come out in
of people may not un

Índice

Dedicatoria

Cita

Prefacio. Un cargo no es más que lo que un hombre hace de él

Prólogo. ¿Realidad o ficción?

Primera parte

EL FIN

Noviembre de 2017

1. En la sordidez de un hotel
2. En el templo de los Reyes
3. En la oscuridad
4. En la capilla ardiente
5. En la televisión Lo Más
6. En los responsos
7. En las alcantarillas
8. En la sacristía
9. En la gran mansión
10. En el CNI

Segunda parte

EL COMIENZO

1990, en adelante

1. En el Bom-Bom
2. En las tinieblas
3. En la boda
4. En El Elíseo
5. En la Red
6. En el despacho
7. En manos de madame
8. En La Nación
9. En las primeras capturas
10. En el asalto al periódico

Tercera parte

LA AMBICIÓN

1. Con el primer golpe
2. Con la becaria
3. Con la primera portada

4. Con la inteligencia
5. Con la red, sin heredero
6. Con el gusto por la extorsión
7. Con la política en sus manos
8. Con la estrategia de los medios
9. Con la daga en la mano
10. Con el antiperiodismo

Cuarta parte EL PODER

1. Con una mujer de futuro
2. Con el juego electoral
3. Con la primera victoria
4. Con la nueva táctica
5. Con el primer adiós
6. Con los grandes sablazos
7. Con los pies en La Moncloa
8. Con el pie derecho
9. Con el más triste desafío
10. Con los videochantajes

Quinta parte EL TRONO

1. Con una televisión
2. Un encuentro inesperado
3. Con el pie izquierdo
4. Con las aflicciones
5. Con las pesadumbres del Estado
6. Con la nueva estrategia
7. Con el espatarramiento total
8. Primer objetivo: la nobleza
9. Segundo objetivo: la moncloa
10. Tercer objetivo: todas las televisiones

Sexta parte EL DESENLACE

1. Bajo sospecha
2. La última traición
3. El último suspiro

Epílogo
Créditos

*A Pilar Garrido,
porque siempre supo que la mentira
tenía fecha de vencimiento.*

«La verdad no está destinada a permanecer oculta.

No está destinada a ser suprimida. No está destinada a ser ignorada. No está destinada a ser disfrazada. No está destinada a ser manipulada. No está destinada a ser falsificada. De lo contrario, el mal prevalecerá.

Nuestra misión especial como periodistas es asegurarnos de que la verdad sea revelada.

Esto significa que debemos perder el miedo a contarle a la gente lo que hemos aprendido, y contárselo de la manera más sencilla posible. Es un deber que no debemos abandonar nunca».

MARTIN BARON, director de *The Washington Post*, 2016

Prefacio

UN CARGO NO ES MÁS QUE LO QUE UN HOMBRE HACE DE ÉL

Apenas ha tenido Fouché el poder tres meses en sus manos, sus benefactores observan sobresaltados, sorprendidos y ya indefensos, que no solo vigila hacia abajo, sino también hacia arriba; que el ministro de Policía controla a los otros ministros, al Directorio, a los generales, la política entera. Su red se extiende a todos los cargos e incumbencias, en sus manos desembocan todas las noticias.

Esta complicada máquina, este aparato de control universal de todo un país, ha sido construida de forma grandiosa. Al cabo de unos meses, este maestro ha llenado el país de espías, agentes secretos y confidentes. Pero no se imagine a esos espías como el habitual y tosco detective pequeñoburgués que escucha la charla cotidiana de los porteros y las tabernas, de los burdeles y las iglesias; los agentes de Fouché también llevan entorchados de oro y levitas de diplomático y vestidos de delicado encaje, charlan en los salones del *faubourg* Saint-Germain y se escurren, disfrazados de patriotas, en las reuniones secretas de los jacobinos. En la lista de sus asalariados se encuentran marqueses y duquesas con los apellidos más resonantes de Francia.

Cada comentario es notificado, cada carta es abierta. En el Ejército, entre los comerciantes, entre los diputados, en la taberna y en la Asamblea, el ministro de Policía escucha invisible, y todas esas mil informaciones corren diariamente en dirección a su escritorio. Allí se analizan, filtran y cotejan las denuncias, en parte correctas e importantes, en parte mera charlatanería, hasta que de mil cifras se desprende una noticia clara.

Porque la información lo es todo; en la guerra como en la paz, en la política como en las finanzas.

En manos de Fouché esta máquina de información produce constantemente dinero, y el dinero a su vez sirve de engrase para mantenerla en silencioso funcionamiento. Desde las casas de juego, los burdeles, desde los bancos fluyen a sus manos discretas tasas que suman cuantías millonarias, al llegar a ellas se

convierten en sobornos, los sobornos a su vez en informaciones; así nunca se atasca ni fracasa esta enorme, refinada maquinaria policial que un solo hombre crea de la nada en pocos meses gracias a su inmensa capacidad de trabajo y a su genio psicológico.

Pero lo más genial en esta incomparable maquinaria de Fouché es esto: solo funciona en una única mano. En algún sitio tiene insertado un tornillo que, al sacarlo, detiene todo ese silbante impulso. Fouché se cuida desde el primer momento para el caso de una caída en desgracia; sabe que, si le despiden, bastará un tirón de la palanca para detener inmediatamente toda la máquina por él construida. Porque este hombre de poder no crea su obra para el Estado, sino únicamente para sí mismo.

A veces promueve las conspiraciones, a veces las frena, a veces las crea artificialmente, a veces las descubre con estrépito (y advierte al mismo tiempo a los implicados de que se pongan a salvo); siempre juega un doble, triple, cuádruple juego, y engañar y confundir por todos lados, en todas las mesas, se convierte poco a poco en su pasión. Esto requiere, naturalmente, plena dedicación de tiempo y energías; y Fouché, que trabaja en jornadas de diez horas, no lo ahorra.

La máquina de 1792, la guillotina, inventada para abatir toda resistencia contra el Estado, es una tosca herramienta comparada con la refinada maquinaria policial de Joseph Fouché de 1799, combinada con su superioridad intelectual.

STEFAN ZWEIG, *Fouché*, 1929

Prólogo

¿REALIDAD O FICCIÓN?

El periodismo es la profesión más bella del mundo siempre que quienes la practiquen no extravíen sus caminos por turbios laberintos ajenos a la responsabilidad de contar la verdad de las cosas.

El periodismo es pasión por indagar, por conocer, por contar, por ser un intermediario entre lo que uno ve y los ciudadanos ignoran. Es contrapoder. Es ejemplaridad. Es ética. Un espejo que refracte lo visto y oído, limpio, transparente. Es la torrentera de la vida, contada gota a gota, noticia a noticia, mientras corre el mundo. Con una sola militancia: la del compromiso con la verdad. Con un gran deber: el de meditar antes de descarrillar por querer impactar los primeros. Con una enorme responsabilidad, derivada de informar a millones de personas.

Yo, a punto de cumplir cuarenta años en esta profesión, sin haber conocido ni querido saber de otra, he visto y olido deslumbrantes rosas, sus espinas, niños y viejos, cárceles, perros y gatos, días luminosos, sanguijuelas, oscuridad, laboriosas abejas, nubes, risas, sol, lluvia fina, límpida hierba, zorros, amapolas, ruiseñores, sudor, gallos, mariposas, serpientes, lágrimas, campos de trigo, insectos asesinos. Con el zurrón lleno de experiencias, he viajado durante unos meses hasta mi propio desierto interior, fuera del ruido de la civilización, para recrear la historia que tenéis entre las manos.

En estas páginas encontraréis entretenimiento en las relaciones entre el periodismo y otros mundos, pero también situaciones de alarma cuando el periodismo se contamina con el poder y el dinero. Con la extorsión. La historia se sitúa en un país llamado España, donde podrían suceder episodios como los que vais a leer. Es más, algunas de las circunstancias descritas ya han pasado. Otras son, sencillamente, ficción. En ese escarbar entre la realidad y la imaginación, en ese discernimiento entre la verdad y la fantasía, espero que encontréis motivos para el entretenimiento, pero también para la reflexión. Porque todo lo escrito, absolutamente todo, podría ser perfectamente verosímil.

GLORIA LOMANA

Primera parte

EL FIN

Noviembre de 2017

1

EN LA SORDIDEZ DE UN HOTEL

Nada hay más traicionero que un ser reprimido por su silencio

La llamada del presidente del Gobierno le sorprendió a las seis y media de la mañana, desperezándose entre las sábanas. Se incorporó con un rápido sobresalto para alcanzar el teléfono, que también dormía cada noche junto a él, en la mesilla contigua. Meneando la cabeza, se extrañó de que el presidente llamara a esa hora. «Él sabe que me estoy levantando, debe de ser grave», supuso en el segundo que tardó en teclear para contestar. Con dos ráfagas de pensamiento que le taladraron el cerebro: «¿Un atentado?, ¿El Rey?».

—No. Marcelo Russo —oyó decir al presidente Quiroga, al otro lado de la línea—. Lo han encontrado muerto en su habitación del Palais. En extrañas circunstancias.

—¿Sabemos más?

—Tiene una pinta muy fea. Quiero que lo mires.

El secretario de Estado, director del Centro Nacional de Inteligencia, el SED Jaime Soria, asintió sin hacer más comentarios. Era un hombre instruido en la disciplina, que conocía bien la discreción que correspondía a su trabajo y cuya hoja de cuarenta años de servicio al Estado, formada por un formidable archivo de tareas, se podía resumir en tres palabras: «Todo por España». Nada le sacaba de ese deber al que servía con grandeza y entrega, inasequible al desaliento a la edad en la que otros ya se habrían retirado. El orgullo de saberse querido y admirado por todos a los que debía reportar era el unguento que le daba energía para seguir, y un vigor vital que le aparentaba más joven. La noticia le espabiló por completo. Y en el fondo no le extrañó. En busca de una taza de café, marcó otro teléfono:

—Pilar, cambio de planes. Tendrás que cancelar el viaje que tenías. Te espero a las ocho y media en mi despacho. Marcelo ha aparecido muerto, hace

un rato, en su hotel.

—¡Ostras! —gritó ella, en un primer golpe de incredulidad.

—Sí. Y tendrás que seguir encargándote tú.

—Sí, claro, Jaime. Pero te juro que necesito tomar aire.

—Lo necesitarás. No ha sido bonito. Van para allá el juez de guardia, el secretario y el médico forense, porque a la Policía no le ha gustado lo que ha visto.

La llamada del jefe había cogido a Pilar Garrido en la ducha, planeando en su cabeza el viaje que iba a hacer a Cataluña para visitar a los mandos que trabajaban contra la secesión. Las tareas que les encargaría, el mensaje de fortaleza que transmitiría, el restaurante donde quería ir, la ropa cómoda que se pondría sin perder la formalidad. Ideas que zanjó cuando brincó fuera de la ducha para alcanzar el teléfono y vio que era el SED. El agua siguió corriendo cuando dio a la tecla de responder. Frente al espejo, junto al lavabo, ignoró incluso su imagen desnuda, el cuerpo chorreando, empapando el parqué. Ella finalizó la conversación con una certeza: «Lo de este hombre no podía terminar bien, mira que se lo advertí». Llamó rápido a su subdirectora para activar el operativo, revisar los últimos movimientos de Marcelo y...

—¿Qué ha pasado, Pilar? Imagino que algo grave. —Su marido le interceptó los pensamientos.

—No, nada, ahora no puedo pararme. Ocúpate de los niños. Ya no iré a Barcelona. Te contaré cuando vuelva. Bueno, no sé cuándo.

Aquel no era momento de explicaciones. Y menos a su marido, que desde que por primera vez la oyó pronunciar la palabra «Marcelo» le había cogido un gato al personaje del que todavía no se había desprendido. Ella era la directora general de Inteligencia del CNI, e incluso sus pequeños sabían que vivía a golpe de teléfono. Y, por supuesto, su marido también. Y si llamaba el jefe, paraba el mundo. Tenía que vestirse a toda prisa, y era incapaz de hacerlo si antes no se embadurnaba de crema de arriba abajo. Con sofoco lo hizo, se puso una camiseta ajustada de tirantes finos, chaqueta y el pantalón negro con el que ella bromeaba diciendo que le empoderaba. Reconoció que estaba nerviosa, porque las ideas se le cruzaban desordenadas. A ella, una mujer que presumía de tener un ordenador en la cabeza. Recordó cómo había conocido a Marcelo cuando los dos eran muy jóvenes. Se acicaló rápido, sobre el lavabo, acercándose al espejo, solo con la barra de labios, un poco de rímel y colorete. Sobre el suelo empapado. Así se calzó los tacones rojos, y decidió que conduciría por Ríos Rosas para alcanzar

antes la carretera de La Coruña y llegar al CNI, en esa horrorosa hora punta, en la que la calle Goya era un enjambre de coches y la Castellana ya hervía con el trasiego de los más madrugadores. Pero mejor ese camino —decidió— que el de los bulevares, que le reventarían los nervios con el atasco. Ya en el coche, el Audi A3 de color rojo que parecía lo hubieran fabricado inspirándose en ella, conectó la radio para escuchar si daban la noticia. Y no. Todas las emisoras estaban en el tiempo de la información local. «¡Maldita sea! —refunfuñó mientras buscó entre las tres grandes cadenas—, nunca entenderé por qué todas hacen la información de Madrid a la misma hora». Hablaban del tiempo y los atascos. «Esto no me hace falta saberlo ahora, ya lo estoy viendo». Así es que, con los pensamientos y los nervios disparados, parada en un semáforo, decidió llamar al SED.

—¿Algo nuevo, Jaime? ¿Dime al menos cómo ha sido?

—Hay tiempo. En el despacho.

Hasta llegar a ese despacho, ella antes quería repasar con más detalle los últimos movimientos de Marcelo. Sabía que el día anterior había comido con su yerno, el hombre que en los últimos meses, imitando los pasos serpenteantes del suegro, había conseguido incrustarse en su núcleo duro, empresarial y de cerebro. Con él, Marcelo se mostró inquieto por los movimientos de quienes había tenido por más cercanos. «Son como ratas que muerden la mano que les da de comer», le comentó. En ese saco había metido a parte del Gobierno. Por la tarde estuvo en el despacho, revisando papeles que Garrido entendió tenía escondidos, porque en las grabaciones se oía el tintineo de unas llaves y el corrimiento de un cajón. A media tarde, camino de su habitación del hotel Palais, recibió la llamada más inquietante, de su socio de calaveradas, el comisario Sanjurjo. Pilar pensó que debería tirar de ese hilo para contrastar si lo advertido por el policía había sido cierto o no. Porque era muy fuerte. Por la noche Marcelo había cenado con el diputado Joan Ripoll, amigo y compinche en algunos negocios desde hacía años. Pasó la cena avinagrado hablando de jueces, fiscales, el CNI, la UCO, la UDEF, y el ministro de Interior, que «será muy amigo mío y todo lo que quieras, pero va acojonado con todo. Y así no puede ser, ¡no puede ser! —le razonó, alzando el tono a Ripoll—. Millones de veces le he dicho que con los hijos de puta hay que jugar con las mismas armas o acabas muerto».

«Curioso —pensó Garrido—, tendré que saber si se topó con un hijo de puta XL o si le falló el arma».

El encargo de vigilarle con anterioridad lo había recibido el director del CNI del propio presidente del Gobierno, cuando el ministro de Justicia supo de las amenazas que Marcelo había lanzado a lo más alto. Un episodio que era el colofón de un rosario de maquinaciones que el ya difunto tenía por gusto realizar a través del conglomerado de medios de comunicación que componían su Grupo La Red.

—Marcelo está disparando insolentemente arriba —le dijo el presidente en aquella reunión de hacía seis meses a Jaime Soria—. Ya no es que zarandee a todas las instituciones que no se le plieguen, como ha hecho hasta ahora. Es que, al parecer, esta vez está dispuesto a disparar contra el Rey, sin...

—¿Contra el Rey?! —exclamó atónito el jefe de los espías.

—Sí, como lo oyes. Sin razones. Con una causa: que no se le pliegue a lo que pide.

—Pero ¿el Rey está al tanto de lo que quiere?

—¡No! Porque es descabellado. Ahora te cuento. Pero es que, Jaime, hay quien sospecha que este tío es la cabeza de una organización criminal. Y no cabe otra que o somos capaces de pararle los pies o el tablero salta por los aires. Veámoslo y, si procede ir a mayores, lo llevas al juez.

El tablero era el sistema de gobierno que los españoles se habían dado con la Constitución del setenta y ocho y que había proporcionado libertad, estabilidad y prosperidad al país. Y los manejos de Marcelo eran las palancas que estaban alterando la convivencia colectiva. Con los periódicos y las televisiones de su grupo, un día jugaba a dinamitar a un ministro, otro a cavar zanjas en el Partido del Progreso de la oposición y las más veces a crear rebeliones sociales. Con tentáculos por las cloacas del Estado y buscando la impunidad judicial. El conjunto era lo que él llamaba «un Tetris», que movía a placer y que exhibía por los salones de Madrid como pavo real en celo, ante el mortificado y podrido silencio de sus extorsionadas víctimas, que se contaban por miles.

De este modo, Marcelo se fue al otro mundo atesorando varios trofeos: la venturosa cita de ser una de las mayores fortunas de España, hecha desde la nada; la de manejar el mayor poder real, sacudiendo a las más altas esferas con sus maquinaciones; y, en consecuencia, la de acumular una montaña de enemigos con los huesos rotos, una mansedumbre silenciosa, un gigantesco magma de callados, lo cual era mentira porque todos hablaban por las heridas. Una cosa era cierta: nada había en el mundo más traicionero que un ser

reprimido. Y en el día de su extraña muerte, el Centro Nacional de Inteligencia tenía que indagar por qué Marcelo había aparecido muerto en tan estrafalarias circunstancias. De oficio investigaría el juez, pero Quiroga pensó que el CNI era quien mejor le conocía.

A las ocho y media en punto, la directora de Inteligencia llegó al despacho del jefe y, tras saludar rauda a la secretaria, se adentró en la estancia, hizo un gesto meneando la cabeza para expresarle al SED «se veía venir» y, sin preguntarle dónde prefería sentarse, ella se acomodó en el sofá de la derecha, sabiendo que él, cuando hablaba en ambientes relajados, elegía recostarse en el sillón en vez de las rígidas sillas separadas por la mesa de trabajo. Ella había dormido poco y no bien, y el día se aventuraba largo. A esa hora, el hotel Palais, donde apareció el cadáver, estaba acordonado y la plaza de las Cortes custodiada por decenas de agentes de la Policía Nacional.

—Los nuestros ya andan por allí —le dijo Garrido al SED—. A ver qué sacamos. Ando atando cabos y veo que a este le pasaba algo; los últimos días estuvo activo y nervioso. Malhumorado, incluso. Y el yerno, menudo pájaro, le azuzó más. Le comentó que había tres casos en investigación que acabarían topándose con él.

—Bien, Pilar. Con la información que tienes, te será más fácil interpretar lo que pase esta tarde en el velatorio. Parece que si la autopsia fuera rápida, la viuda querría hacerlo todo hoy. Pero a lo que iba, lleva este tema tú de cerca porque, al final, eres la que más sabe de él.

—Sí, desde luego. Más que su mujer, seguro. Que se ha debido de quedar más que descansada. Creo que andaba con un tipo, que también tengo que mirar. En fin, cuando sepas lo que decidan hacer, dime de inmediato. Hasta donde conozco a Clara, todo puede ser imprevisible.

EN EL TEMPLO DE LOS REYES

El asesinato fue una bala que le impactó en el cerebro sin rozarle el corazón

A esa hora, la mansión familiar de Puerta de Hierro se había convertido en el cuartel general de las operaciones *post mortem*, bajo la dirección de Clara Cirer de Russo, la viuda. Desde que a las cinco de la madrugada el ministro del Interior, el amigo Juan Quirós, la despertara para comunicarle personalmente la noticia, el trasiego fue imparable. Solo cinco minutos después, Clara había puesto en pie a la casa entera. Con energía, tocó la puerta de su hija y su yerno, que dormían en la otra ala y brincaron de la cama al grito de «¡Levantaos ya mismo, pero ya, una desgracia!», nerviosos, sin conocer aún la noticia, al trote tras ella, exclamando «¡qué pasa!, ¡pero qué pasa!», camino de la habitación del hijo varón, dos años menor que su hermana.

—¡¡Beltrán, levanta, estamos todos!! Están también Valeria y Javier.

—¡Pero ¿qué es esto?! ¡¿Qué hora es?! —respondió aturdido, con los ojos aún cerrados, sentado al borde de la cama.

—Levanta. Papá ha muerto. Nos lo acaban de comunicar.

Valeria recibió la noticia con aullidos. Su hermano Beltrán, aún desconcertado, en silencio. Desde que nacieron, el carácter de los dos hijos no pudo ser más distinto, a pesar de haber recibido igual educación, en los mismos colegios y con los mismos caprichos. Ella, como una gaseosa de volátil burbujeo, muy consentida por su padre; él, reconcentrado en sus pensamientos que raramente sacaba fuera, empatizando poco.

—¡Un horror, un auténtico espanto! —gritó Clara, una y otra vez mientras bajaban a uno de los salones por la escalera izquierda que abrazaba el *hall*—. Valeria, despierta a Juana, explícale lo que ha pasado y que nos haga café. Y que levante a todos.

Valeria no se movió del sofá en el que se había hecho un ovillo, llorando con desconsuelo. Fue su marido quien cumplió con el encargo de Clara y supo que, desde ese momento, sería él quien se pondría al frente de la familia. Desaparecido Marcelo, tenía claro que el hombre de la casa y los negocios no podía ser otro sino él mismo, el cabeza de familia, se certificó mientras golpeaba la puerta de la vieja criada. Su mujer no había manifestado ni intención ni carácter para dirigir nunca nada; y su cuñado —decía él— «era un pasota con certificado de garantía que despreciaba la vida bien que le habían regalado sus padres». El heredero que Marcelo ambicionó tener, el varón tan deseado por él, se había convertido en la oveja negra de la familia, porque «Ni queriendo sale tan distinto a mí, todo lo que hago le parecen manejos» —solía decir Marcelo—. «Pues ya me dirás a quién, porque a mí tampoco —le descartaba Clara—. Nos lo cambiarían en el nido cuando nació».

De Javier, justamente Clara admiraba lo contrario, su carácter siempre amable y dispuesto. El yerno, que pronto identificó que a su suegro había que alabarle desde la peana a la coronilla, con la misma táctica que él mismo utilizaba para otros, se desvivía en halagos pegajosos. A diestro y siniestro, con natural simpatía. Así consiguió adherirse al equipo de su suegro, hasta incrustarse en los núcleos de su cerebro y sus negocios, desplazando en intrigas incluso a la vieja guardia que le había acompañado desde hacía años.

—¿Por qué dices un horror, Clara? ¿Solo por la muerte o hay algún detalle más que debemos saber? —le preguntó Javier, como si tuviera él que diseccionar el cadáver.

—¡Pues esa es la cosa, los detalles! —Y repitió «detalles» varias veces—. ¡Cómo ha aparecido, Dios Santo! Pero ¿por qué me preguntas eso? —paró Clara en seco sus alaridos—. ¿Es que acaso estabas tú al tanto? ¿Te había comentado a ti algo Marcelo de lo que estaba pensando?

Ese «algo», que Javier negó, fue llegando a la casa a cuentagotas, en las primeras horas de la mañana, a medida que el forense, el juez y la Policía iban recabando pesquisas. Noticias que fueron bebiendo a pequeños sorbos, con la resignación de quien sabe que tiene por delante una batalla que librar sin discusión.

—Mira que él sabía el peligro que corría con eso. Pero toda la vida hizo lo que le dio la gana. ¡Qué barbaridad! A ver cómo lo tapamos. ¡Y menos mal que le cerraron los ojos! —siguió ella con su retahíla

—Tiene pinta de asesinato —le dijo Javier con la misma seguridad con la

que se había alzado a la cúspide familiar.

—¡Por Dios! ¡Lo que me faltaba por oír! Pero te digo una cosa: si ha sido así, bien merecido se lo tenía —le respondió ella, furiosa.

—¡Cállate, mamá! —zanjó Beltrán, poniéndose en pie—. Y tú —se dirigió a su cuñado—, deja de decir tonterías hasta que no estén las cosas claras.

El muchacho abandonó airado el salón.

—¡Hay que ver! ¿A quién habrá salido este chico? —se quejó su madre.

A Valeria le crecían los sollozos mientras se achicaba en el sofá.

—¿Quieres una manta, mi niña? —le ofreció una llorosa Juana, la sirvienta que la había criado, abrazándola, ovillándose las dos, arrebujadas.

—Déjanos, Juana —le ordenó la señora—. Tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos.

A la viuda, la palabra «asesinato» le había impactado como si una bala, sin rozarle el corazón, le hubiera atravesado el cerebro. Imaginó ríos de tinta estampando titulares con «crimen en el hotel». Entendió que la urgencia era encapsular la noticia. Y sintió la debilidad física que produce el abatimiento ante la idea de tener que gestionar una tarea ingente. Por su cabeza comenzaron a pasar, como en un vídeo proyectado a cámara rápida, las portadas de los periódicos, las noticias de la televisión, la misa en la iglesia, los invitados, los saludos al presidente del Gobierno, a los ministros, el protocolo, el catafalco, una buena mortaja, la limusina, los cirios, las flores, ¡y los obispos! Pegó un brinco, con la taza de café en la mano, la tercera de la mañana, y se puso en pie con las ideas explotándole una tras otra como burbujas. «Él siempre dijo que querría lo más grande, y para una cosa en la que yo estaba de acuerdo con él, pues tendrá que ser. A ver cómo nos las apañamos», se dijo, abatida. Y decidió dividir su mente en dos: a un lado aparcó la imagen de su marido muerto, muerto para ser enterrado, no un muerto viviente como hasta entonces lo había tenido. Y al otro lado colocó la respetabilidad de toda la familia y el riesgo de que se arruinara si entre todos no eran capaces de tapar las escabrosas circunstancias del crimen. «¡Claro que había sido un asesinato! —masculló para sus adentros—. ¡Si se lo había ganado a pulso!».

—¿Por qué has dicho eso, Javier, lo del asesinato? —le interrogó Clara—. ¿Habrá sido por algo?

—Porque se cuentan por cientos los que le querían ver muerto. Lo sabes tú igual que yo.

—Yo ya no sé nada —respondió airada—. Llama tú al arzobispo de Madrid,

a Castillejos, y ve poniéndole en situación. Pídele una misa concelebrada con más obispos, de esas que se llaman de *corpore insepulto*. Y que sea en Los Jerónimos, que es lo que él hubiera querido. ¡Hay que ver! —rezongó a media voz—. Dile que luego le llamaré yo. Que ahora tengo que hablar con la alcaldesa.

«¡Mierda! —exclamó en voz alta—. No tengo el número de la alcaldesa, lo tenía Marcelo y la Policía se ha quedado con el teléfono». De inmediato decidió incorporar a la tarea a Mariví, la fiel secretaria del difunto, para que ella le contactara. Esperando esa conversación, la cabeza se le activó como una hormigonera, mezclando sin orden ni concierto todas las ideas, la liviana arena con el pesado y pringoso cemento, removiéndose todo con un ruido atroz.

—Seguro que, incluso, esta ya conoce la muerte; Dios mío, alguien se lo habrá dicho ya. Esto no habrá quien lo pare. ¡Qué horror! —se la oyó exclamar con agitación.

En los breves minutos de dilación, planeó que lo primero que le exigiría a la regidora Irene Velázquez sería absoluta privacidad de la noticia y sus circunstancias, sin contemplación alguna. Y si tenía que recordarle los favores que el Grupo La Red le había hecho, lo haría. Al fin y al cabo, ella era la alcaldesa gracias a los tejemanejes de Marcelo. Cuando a los cuatro minutos la tuvo en línea, estiró el cuello, esbozó una sonrisa y calmó la voz.

—Irene, querida, por la memoria de Marcelo que tanto te protegió, tienes que encapsular a los del SAMUR que le han visto muerto. Nadie puede decir ni media palabra. ¡Imagina el escándalo que sería si se supiera lo que ha pasado!

—Tranquila, Clara. Ya lo he hecho. Llevo horas trabajando en el caso. De hecho, te iba a llamar yo ahora, cuando lo tuviera todo listo. A los periodistas les tengo en la acera de enfrente, a cien metros. Y ya tienes cordón policial en tu casa. Sal a la verja de fuera. Los vas a tener todo el día.

—¿Sabes si lo han sacado ya?

—Aún no. Pero creo que están a punto.

—Perdona, Irene, solo una última cosa. ¿Te han dicho si le han retirado ya los regalitos que le dejaron? Digo regalitos por decir algo, comprenderás.

—Eso no lo sé. Pero es mejor que no pienses en ello, Clara.

—¡No, si me da lo mismo! Era simple curiosidad. Ahora lo importante es el funeral, por favor, Irene, ¡eso me lo tienes que organizar de cine! —le suplicó Clara, ansiosa—. Ahora es lo más importante.

—No puedes hacer funeral si no le has enterrado, Clara.

—¡Irene! —la interrumpió alzando la voz—, lo llamo funeral como otros lo llamarían misa. ¡Tanto me da! Y misa claro que le tengo que hacer. No le voy a enterrar sin ceremonia. Y además quiero capilla ardiente, para que le despidan todos. Ya lo sabe el arzobispo.

—Bueno, en ese caso...

—Es que te digo una cosa, Irene: solo quiero que todo dios desfile esta tarde delante de él, antes de que se nos enfríe.

—Lo que tú digas.

—¡Era lo que quería él! —apostilló para zanjar cualquier atisbo de duda.

—Vale, vale. En todo caso, tranquila. Tienes tiempo de sobra.

—Pero ¿y las calles? Corta todas, por favor. Las autoridades tienen que poder circular a sus anchas, y sabes que la iglesia de los Jerónimos es un calvario entre tantas estrecheces, que solo por el mérito de llegar a ella uno se hace un viacrucis completo.

—Eso no será problema. Ahora la llegada a la explanada es peatonal y la lateral de la Academia también. Pero si te tengo que cortar la que baja al edificio Moneo y las espaldas del Prado, pues te las corto.

—¡Ufffff, no sabes lo tranquila que me dejas...! —exhaló Clara como si se desinflara.

—La única que no te podré cerrar es Felipe IV, porque es la arteria que viene de Neptuno y da mucha vida también al Ritz. Armaríamos un follón de narices y nos montarían una manifestación. Me apañaré cortando por los alrededores, porque tienes razón, la explanada de la iglesia es poca cosa.

—¡Dios mío, me hago cruces que ese chamizo les pudiera valer a los Reyes! ¡Mucho templo de la monarquía y toda la corte, pero menuda ridiculez! El Pulpo me acaba de decir que quiere montar ahí un plató de televisión, y ni me lo imagino. Ya le he dicho que lo haga como quiera, pero que lo haga. También nos tendrás que ayudar en eso, Irene.

El Pulpo era Lucas Martínez, el eterno lugarteniente de Marcelo desde hacía más de veinticinco años, conocido en los ambientes políticos y periodísticos con ese sobrenombre por haber abarcado a manos llenas todas las andanzas de su todopoderoso jefe. Él fue quien le aconsejó a Clara que la noticia se debería ofrecer a las siete de la mañana en el informativo matinal de la cadena de televisión Universal, la más antigua de las cuatro que tenía en propiedad el difunto. «Se trata de darle naturalidad, Clara, que no parezca que tapamos nada», le aconsejó. Y así se hizo. A continuación fue la agencia de noticias Alfa la

primera en replicar el óbito, lanzando un escueto urgente, en el que decía: «Muere Marcelo Russo, propietario de las grandes cadenas de la televisión privada en España. El juez investiga la causa de su muerte». El texto lo había supervisado personalmente el presidente de la agencia, tras recibir la llamada de la secretaria de Estado de Comunicación.

Desde las siete horas y dos minutos de la mañana, no hubo directivo, secretaria, banquero, policía, ministro, fiscal, empresario, periodista, obispo, juez, agente de bolsa, responsable de comunicación que no chismorreara la noticia por WhatsApp, encendiera la televisión, conectara la radio, abriera digitales o buceara en los confidenciales en busca de detalles. Ningún medio habló de las circunstancias.

—Javier, pilota tú el día —le ordenó Clara—. Ya ves cómo están tu mujer y tu cuñado. Son hijos míos, pero, para salir airosos de este inconveniente, hoy nos tendremos que apañar tú y yo solos —dijo Clara.

—Yo puedo hacer lo que haga falta —se ofreció el solícito Pulpo, que acababa de llegar a la mansión de Puerta de Hierro—. Al fin y al cabo, yo le conocía mejor que nadie. Soy el único que trabajó con él toda la vida.

—Un poco pretencioso por tu parte me parece eso —terció Javier, apodado el Yernísimo por el propio Pulpo cuando vio su imparable ascensión—. Porque, además...

—¡Además nada! —le interrumpió Clara, tajante—. Escúchame bien, Lucas, o *Pulpo*, o como prefieras. Hoy las órdenes las dará Javier. Supervisadas por mí, ¿eh, Javier? Para ir coordinados todos. Y con este barullo de día, hoy ya no se habla más —sentenció.

El «aquí no se habla más» fue evidentemente una mera expresión. Incluso Valeria, a ratos recompuesta, iba atendiendo llamadas, ante la ausencia de su hermano y el trabajo iniciado por su marido. El último timbrazo lo recibió con alivio porque interrumpió a su madre la perorata.

—Mamá, es el director del Palais. Pregunta si vamos a pasar en algún momento por allí.

—¡Huy, válgame Dios bendito! ¡Qué barbaridad! —vociferó su madre—. ¡Pásamelo, anda!

Clara le explicó al director que la primera aparición de la familia sería en la misa de la tarde en Los Jerónimos, todos unidos, a la que estaban siendo convocadas las más ilustres y altas personalidades del Estado, de la política, la economía, la judicatura, la empresa, la Iglesia, la cultura y los deportes.

Cumpliendo con los deseos de su marido difunto, ella había desplegado todas sus energías, «abusando de las influencias, como te podrás imaginar» —le comentó—, para conseguir que el juez decretara de inmediato el secreto del sumario y el Instituto Anatómico Forense fuera a realizar una autopsia diligente.

—Y eso es lo mismo que espero del hotel, querido. Tu discreción la tengo, pero quiero que me controles hasta al más tonto de los botones.

—No he hecho otra cosa desde las cinco de la mañana, créame, señora.

Cuando colgó el teléfono, Clara fue repartiendo trabajo porque si no «yo acabaré loca», arguyó ante los congregados, entre los que ya se incluía el ministro del Interior, el amigo Quirós, recién llegado a la casa. Había que ocuparse de inmediato de las esquelas, los diarios digitales, los obituarios, la convocatoria a la misa en Los Jerónimos, la decoración de la iglesia y la organización de, de, ¡de!, ¡¡de!!... ¡Si es que son millones de cosas! ¡Una batalla! Menos mal que esto solo dura un día —dijo como consolándose a sí misma.

—Javier, lo de la iglesia, todo te cae a ti, no olvides el coro. Bueno, ahora que ha venido Quirós, te puede echar una mano, que con los curas él la tiene larga, ¿verdad, Juan?

—Sí, sí, por supuesto. Yo te traigo a varios obispos.

—Muy bien. Y tú, Pulpo, ocúpate de la prensa. Quiero los mayores elogios del mundo. Hoy solo tienen que ser logros. Y mañana será otro día.

En la cabeza de Clara solo cabía proyectar la bendición que suponía tener una familia unida para acallar rumores y sospechas. Y si la vida de Marcelo estuvo llena de intrigas, ella le pintaría una muerte dulce. Ante todos aparecería imponente, como el soberbio hombre de la comunicación que fue. Con un ceremonial mortuorio a la altura de un hombre de Estado.

—¡Valeria! —le gritó para activarla—. Tú ocúpate de que a las cinco de la tarde estén aquí la peluquera, la maquilladora y Lola.

—¿Qué Lola?

—¡¿Qué Lola va a ser?! —le gritó—. ¿A cuántas Lolas conoces tú? Mi *personal shopper*. Tenemos que estar perfectas. ¿Te va bien esa hora, hija? Y deja de gimotear, porque si sigues así no habrá quien te arregle.

—Sí. Pero yo no necesito nada, mamá. Yo quiero ir al hotel ahora. Quiero verlo antes de que se lo lleven.

—¡Qué locura es esa, Valeria! —la reprendió con tono airado su marido, antes de que Clara abriera la boca—. ¿No has oído a tu madre?

—¡Barbaridad es la vuestra! —gritó desahogada, rompiendo en un histérico

llanto—. De mi madre no espero otra cosa, pero de ti, esto es nuevo. Hasta ayer parecías un hijo, pero hoy... ¿Esto qué es, a Rey muerto, Rey puesto? —le espetó, encarándose a él, señalándole furiosa con el dedo índice. Y saliendo del salón, entre gritos y sollozos, se la oyó decir—: Iré con Beltrán, si es que él no ha ido ya. Y tú, quédate con mi madre. Lo tendrás todo planeado, imagino.

Y desapareció dando un portazo. La madre disculpó a ese razonablemente ser abatido. «A fin de cuentas, ella era la única persona en el mundo a quien quiso su padre».

3

EN LA OSCURIDAD

Si no controlas a tu adversario, mátalos y asegúrate de que lo entierras bien

Las previsiones en torno a la misa se cumplieron. «Una capilla ardiente como Dios manda», se dijo Clara satisfecha. En los alrededores de la madrileña iglesia de los Jerónimos, los guardias municipales no encontraban cobijo para tanto coche de condolencias. Llegaban como en procesión, impolutamente negros, conducidos por chóferes marmóreos, de esos que simulan no respirar, acostumbrados a ver, oír y callar las peripecias de sus distinguidos jefes. Era como si los asistentes al duelo hubieran querido agrandar su pésame con exceso de boato para estar a la altura del poderoso finado, un hombre extraordinariamente temido en vida, por la información que manejó sobre el poder y el uso que de ella hizo. Y que, a la vista de la concurrencia, parecía como si el terror a su figura no se hubiera disipado, hasta tener la certeza de que el cadáver estaba rígido y bajo tierra.

El trasiego de público, policías, escoltas, calles cortadas, coches atascados alertó a los transeúntes de que el muerto que estaba a punto de llegar debía de ser una buena pieza. Poco a poco, los curiosos se fueron arremolinando en torno a las vallas que los municipales instalaron para cortar los accesos.

—Pero este muerto ¿quién es? —se oía preguntar—. ¿El que ha sacado la televisión hoy?

—Sí, el amo.

—Por lo visto, era un tío muy importante.

—Pues yo no le pongo cara. Él no salía por la tele, no era famoso, ¿no?

—¡Anda, mira, si nos están grabando a nosotros!

—Lo que te digo, ahora hasta nosotros saldremos por la televisión, ¡jo, qué bueno!

Se llegaron a contar por cientos los comentarios, como los asistentes, en esa costumbre tan española de no saber perder el tiempo a solas.

Era el mes de noviembre, a las siete de la tarde en un día de luna nueva. La espesura lo cubría todo. El negro de la noche, del misterio, de la muerte, de los crespones, de los atuendos de los visitantes, todo le hacía los honores a Marcelo con su color favorito, ese negro, en el que explicaba, él encontraba la oscuridad necesaria para desentrañar el mal. De riguroso luto acudió el Pulpo, el primer miembro del cortejo familiar, atendiendo al orden y la forma que Clara había establecido. Hombre de no mala planta, pero de escasa hermosura; la asimetría que él mismo se detectó en la cara desde muy niño —«¡Malditos espejos!», pensaba—, su madre se la razonaba como «esa graciosa personalidad», que a él no le dio conformar alguno. Es más, con ese complejo antiestético creció y se defendió a su pesar toda la vida, incluso cuando, gozando de abundante fortuna, se acostumbró a tocar la belleza de jóvenes y esplendorosas Venus, porque con poder y dinero, a la sombra de Marcelo pudo pagarse esos placeres.

En el tiempo que dura un pestañeo, Manolo, el fiel chófer del Pulpo, brincó de su asiento para abrirle la puerta trasera derecha.

—Aparcar aquí no lo tendré fácil. Por la gloria de mi madre, que en paz descansa, que jamás había visto yo tanto gentío en una misa de cuerpo presente. Le vuelvo a dar mis condolencias, señor. Todas mis oraciones serán pocas por el alma de nuestro presidente. Dios le tenga ya en su más que merecida gloria.

—Manolo, el presidente no querría rezos. Estamos aquí para hacer un gran y majestuoso acto. Qué digo grande, ¡el padre de todos los velatorios! Tus hijos lo estudiarán en el colegio, así es que —le animó—, ¡disfrútalo! Mira el gentío. Será un espectáculo insuperable. Y los poderosos acudirán esforzándose por aparecer contritos. Qué importa si es o no de veras. Un brindis por los falsos gimoteos. Tienen que suspirar, y eso me basta. Y que se hagan la ilusión de que nosotros creemos que su dolor es verdadero.

—Don Lucas, yo sí les creo. Porque yo estoy deshecho. Yo solo trabajé para ustedes dos. Y ahora no siento la mitad de mi cuerpo.

—Rápido, Manolo, el espectáculo es para ellos, nosotros ya estamos trabajando. Así es que al tajo. Entérate de cuánta gente importante acude. No quiero que me apuntes mindundis, entiendes, ¿verdad? Haz lo de siempre, pero hoy a lo bestia, todo al detalle. Para que nuestro presidente, desde el otro mundo, se eche la última carcajada.

—¡Ay, señor, qué cosas dice! Perdone, pero es que hoy estoy muy sentido.

El Pulpo se encaminó hacia el pie de la egregia escalinata del templo, la que se construyó para que Victoria Eugenia luciera majestuosa el día de su boda con el Rey Alfonso XIII. El bullicio era tal que, en cuanto Lucas comenzó a caminar, ya no alcanzó a oír las palabras del chófer. Y portando maletín y teléfono, también le dijo al aire:

—Plañideras a rebosar. Eso es lo que tendremos aquí. ¡Apúntalo todo, Manolo!

Lucas se apostó al pie de la escalera donde Clara había dispuesto que él esperaría al resto de la comitiva familiar, con el pecho henchido a punto de reventarle el estrecho traje, que le marcaba unos testículos pequeños y pegados al culo como los tigres. Para encontrar el lado ridículo del Pulpo no era necesario buscar ni mucho ni bien, solo bastaba con echarle una ojeada a la indumentaria. Ahí clavado, embutido en el luto, pensó, no sin cierto regocijo, que era una lástima que el propio Marcelo no pudiera ver su propio sepelio. «¡A él le gustaban tanto los entierros! —se dijo con nostalgia—. No había uno que se perdiera, con disfrute especial si el muerto había sido enemigo y él tenía que dar un sentido pésame a la viuda».

Por la cantidad de invitados que iban llegando, Lucas pensó que, incluso después de muerto, Marcelo seguía inspirando respeto y temor. La observación le pareció interesante porque, para conservar la maquinaria de poder construido desde la sombra, los herederos tendrían que seguir engrasándola sin perder un minuto. Y en esa tarea se vio él, el único que conocía todos los pecados del finado de principio a fin, desde que empezaron juntos por el año noventa. Solo él sabía de sus intrigas y se había forjado a su imagen y semejanza. Maquinó que la familia le necesitaría a él más que a nadie. El Yernísimo, aspirante heredero, calculó que no podría dar un paso acertado si él se los interceptara. Ni los incapaces hijos tampoco. Si Marcelo practicó la máxima de que la ambición es como el gas, que cuando se abre la espita se expande sin límites, él, su alumno más aventajado, tendría el derecho a aplicar las enseñanzas del jefe. Solo debía evitar el zarpazo de Clara, a quien imaginaba vigilándole como zorra al acecho de liebre.

Sus sesos volvieron al trajín funerario, más esponjados aún cuando vio como un guardia municipal se acercó solícito a Manolo para pedirle las llaves del coche y ocuparse de su aparcamiento. El agente le había reconocido a él y eso le infló el ego. Su imagen, como la de Marcelo, no era conocida, pero

aquella atención significaba que la alcaldesa había dado instrucciones concretas para que le atendieran con esmero y distinción.

—Don Lucas, el coche se lo acaba de llevar un guardia municipal, como si nos estuvieran esperando. Y hay gentío como si fueran a ver a famosos. ¡Qué barbaridad, válgame Dios!

—Sí, esto nos viene muy bien para la televisión. La muchedumbre fotografía como nada en el mundo.

—Pues menos mal —acertó el chófer a responder, resignado.

—A ver, Manolo, hoy quiero las lágrimas, los suspiros, los lutos, los sombreros ostentosos, los gestos afligidos y los gozosos. Las miradas. Con quién entran y con quién salen, con quién se sientan, si siguen la ceremonia o si la ignoran. Todo. ¡Lo quiero todo! —le urgió—. Las cámaras lo están grabando, pero todos los ojos serán pocos. Y no te asustes, pero quien te habla por esta boca no soy yo, es nuestro difunto presidente. Él es quien te lo está pidiendo.

—Hoy será difícil hacerlo bien entre tanto gentío, don Lucas. Me disculpará si me pierdo alguna alta personalidad.

—Pues mira como si tuvieras ojos de camaleón. Que un ojo mire para un lado y el otro, para el opuesto.

—Descuide, señor. Así lo haré

En unos minutos, todas las cadenas de televisión propiedad de la familia Russo iban a conectar en directo para retransmitir las honras fúnebres, siguiendo las instrucciones precisas que Lucas había dado al director del Grupo, Javier Fierro. Aquel día, Lucas también había trabajado sobre la orientación con la que ofrecerían el óbito los periódicos digitales y los confidenciales. Para esta tarea habitualmente se ayudaba del director de comunicación del Grupo, un perrillo faldero que brincaba nerviosamente moviendo el rabo al compás del caminar de su jefe. Con todas las cabeceras de los periódicos tradicionales, Marcelo vivió en guerra hasta el último de sus suspiros. Los grandes editores de prensa fueron los únicos que no se plegaron a sus voluntades, lo que Marcelo recibió como una afrenta y le hizo disfrutar como gata en una estera, fabricando maquinaciones para exterminarlos. En la cabeza de Marcelo cualquier acción tenía reacción, y cualquier afrenta una respuesta a la napolitana, como buen hijo de su padre. Y su aprendizaje fue el que oyó en casa, ese que le decía: «Si no puedes controlar a tu adversario, mátalos y asegúrate de que lo entierras bien». De hecho, con harta frecuencia él mismo le repetía a Lucas que solo el enemigo desaparece tras ser

enterrado; de lo contrario, aun después de liquidado, podría vagar como un muerto viviente.

Esa tarde en aquel acto fúnebre, el muerto era Marcelo y él quien sería enterrado, por lo que Lucas había dado por perdido el control de los grandes diarios nacionales. Aun con eso, quien más le preocupaba era Antón Núñez, el primer director del periódico *La Nación*, al que Marcelo exterminó con una muerte lenta cuando compró el periódico. Su primera gran víctima —se puso a recordar Lucas mientras esperaba a los invitados— con la que Marcelo inició su «Cuaderno de Caídos». Por un tiempo, Núñez quedó tan congelado como un cadáver, pero resucitó años después montando el más potente diario digital. «Joder, qué cabreo se cogió Marcelo cuando se enteró —rio para sus adentros Lucas, recordando—, tanto que lo vetó en todas las televisiones». Núñez era uno de los vivos ejemplos de lo que podía ser un muerto viviente, con saña estratosférica para zumar a Marcelo bajo cualquier pretexto. Y para ser exactos, él fue el primero en filtrar, meses atrás, algunas de sus golferías; él, quien puso en circulación que estaba siendo investigado; él, quien le acuñó el sobrenombre de *Primer Ministro del Hampa*; y él, quien aquel día tituló en su digital que Marcelo había muerto en «estrafalarias circunstancias» y le apodó el Interfecto. Estando de cuerpo presente.

Entre saludo y cabezada de gratitud a los asistentes, Lucas cogió el móvil, entró en el diccionario de la RAE y buscó la definición del apodo: «Interfecto: dicho de una persona muerta violentamente, en especial si ha sido víctima de una acción delictiva». «¡Joder con Antón, pues sí que hilaba fino! ¡Joder, joder, con el ventilador que había encendido!», caviló. Al tal Antón Núñez, Marcelo le había apodado el Látigo, antes de echarle de su periódico. «Pedazo hijo de puta para luego ofrecer mi cabeza al poder, no sabe lo que le ha caído», le había confesado Antón al anterior ministro de Justicia, el último de los grandes caídos que Marcelo apuntó en su abultado cuaderno.

A pesar de todo, pragmático como Marcelo siempre le enseñó a ser, Lucas enfocó sus pensamientos a lo más inmediato, como eran la retransmisión en directo del programa y los noticiarios de la noche, que, muerto el jefe, tenían que salir únicamente como él dispusiera. Se lo había pedido Clara, a la que, por cierto, vio encantada dirigiendo la orquesta. «Quizás aspire a mandar ella, habiéndose quitado el tapón del marido —sospechó—. Pero no —lo descartó de inmediato—, en la calamidad del difunto, solo yo podré encontrar la

oportunidad». La frase era de Marcelo, y él iba a demostrar ser el más aventajado de sus alumnos.

Allí plantado, esperando, el Pulpo pensó que el futuro comenzaba aquella tarde. Saboreó la idea, y no le pareció un mal arranque de lo que estaba por venir. Seguía firme, erguido, como si el párroco hubiera arrancado una de las esculturas que colgaban del atrio, y una vez descolgada, la hubiera adherido al suelo para, impávido e imperturbable, recibir a los luctuosos invitados.

4

EN LA CAPILLA ARDIENTE

Vístete siempre como si fueras a conocer a tu peor enemigo

De esta guisa se lo encontró Pilar Garrido cuando bajó ligeramente la ventanilla tintada de su coche, para aparcar donde sus agentes le habían reservado la mejor perspectiva. La actividad habitual de ella ya no era pisar la calle y cuando lo hacía se aseguraba de escurrirse como una anguila, para ver sin ser vista, con movimientos silenciosos y fuera del foco, por lo que su imagen, a diferencia de la del SED o del secretario general del Centro, no era conocida públicamente. Caso aparte fue Marcelo. A él le conoció cuando compró la mitad de *La Nación* y ella era una becaria. En aquellos tiempos le pareció un interesante hombre con ambiciones, al que dejó de reconocer con el paso del tiempo, cuando el monstruo devoró al hombre.

Fue en los últimos años cuando ella intuyó que Marcelo se movía con pisadas que pretendía no dejaran huella, salvo de consecuencias. Pero fue desde que le investigó, cuando confirmó un tiiovivo de intrigas, maquinaciones, reuniones secretas, grabaciones ilegales, pruebas falsas, extorsiones. Fabricado desde las tinieblas. Espesas. Como sus cuentas opacas, engordadas como pollos en tiempo récord para mandarlos al matadero, unas depositadas en España, otras en Suiza, y las más —el Gobierno buscaba— a cubierto con empresas pantalla en recónditos paraísos fiscales. Ella presentía que, para Marcelo, la dualidad poder y dinero era tan confusa de distinguir como el espíritu y el alma, ni siquiera sabía en qué orden nombrar a cada cual. Ambiciones que dejaron de tener exclusividad cuando, en los últimos meses, también le cogió el afán por un nuevo gusto: el del saborcillo por salir en las fotos, algo que a ella le extrañaba de un hombre que siempre quiso actuar entre tinieblas. Este gusto por «pongo este pie aquí... las manos allá... miro al frente... o ¿mejor sonrío un poco?» a ella no le encajaba. «Quizás se haya enamorado, porque, si no es por una novia,

uno no va cada semana a darse rayos UVA y a retocarse el tinte». Eso fue ya en los últimos meses, cuando aspiró a lo más, cuando, a los ojos de Pilar Garrido, se había vuelto completamente loco.

En eso estuvo Pilar pensando aquella tarde, recostada en el asiento trasero del coche, viendo las llegadas. Recordó el momento en que se conocieron, cómo a Marcelo, aquel tipo afable, le admiraba su inquebrantable carácter, su derroche de ademanes, su caminar, la seguridad con la que se movía. Eso fue lo que a Marcelo le cautivó de ella en cuanto la vio llegar. Ella sabía de esa fascinación que ejercía sobre los hombres dotados de cerebro y ambición, especialmente porque cada uno de los gestos los envolvía con ademanes expresivos, modos desenvueltos de hablar y actuar y un lenguaje tan eficaz como la estructura de sus análisis y el contenido de sus argumentos. Más allá de aquellos ojos grandes, la nariz ligeramente aguileña y los labios y pómulos moderadamente prominentes. Pilar jugaba con todo ello para remarcar su personalidad, especialmente con sus golpes de melena pelirroja y ese flequillo que le aligeraba los cuarenta y cinco años que tenía, y que siempre la presentó como una mujer con personalidad rotunda, rompedora de la uniformidad de aquella moda que clonaba los pelos de unas chicas con otras, destiñendo sus tonos morenos con finísimas mechas rubias.

Por un instante, contemplando las genuflexiones del Pulpo ante la llegada de los invitados, Garrido recreó en su memoria ese día en que conoció a Marcelo, y aquel comentario que él le hizo. El *flashback* le duró solo unos segundos. Su disciplina férrea no le permitía aquella tarde ningún estúpido descuido. De inmediato volvió a la imagen de la mañana, al cadáver desmadejado sobre la cama, con aquel recado cerca de sus partes. Nada menos que un beso pringoso de carmín y una rosa. Donde se le juntaban las piernas, de las que ella reconocía incluso el sonido de sus pisadas. Y ese calzoncillo a estrenar, con la etiqueta puesta aún, sobre la barriga. «Marcelo, cuídate mucho», fueron las últimas palabras que ella le había dicho, en tono de advertencia.

De golpe volvió a la telerrealidad de la explanada. Eran las siete horas y veinte minutos de la tarde, cuando hizo su entrada en la calle de Alarcón el coche más destacado de todos, que la dejó hipnotizada. Ni por asomo se habría imaginado una limusina tan refulgentemente negra, vestida con luctuosos crespones enlazados en los tiradores de sus diez puertas. Desde el coche, Pilar vio cómo los policías nacionales, guardias municipales y escoltas iban arrinconando a los invitados que desbordaban la explanada y hacían cola junto a

las vallas de las calles adyacentes para identificarse. En la pantalla gigante de la calle desaparecía la imagen fija de Marcelo y se emitía la llegada de esa comitiva. Le sonó el teléfono. Una de sus informantes amistades desde la televisión Lo Más:

—Pilar, comienzan ya todos los canales del Grupo a emitir el especial informativo. Lo han llamado «Adiós a don Marcelo Russo».

—Vale, pues entonces es lo que estoy viendo también en la pantalla. ¡Flipante! Es la limusina de la familia. Acabo de ver bajar al yerno y al hijo. Ahora el chófer de Marcelo está abriendo una de las puertas de la derecha. ¡Justo, es ella! ¡Clara, te digo que lo flipo, la tía se está haciendo una bajada del coche como si la hubiera ensayado veinte veces!

Cual actriz del mejor Hollywood del siglo pasado, a sus espléndidos cincuenta años, la viuda posó primero su zapato derecho de afilado tacón en la alfombra de color azul cobalto. Ella había elegido esa coloración por su arraigo milenario y porque con el azul se aseguraba de que destacarían mejor los tonos negros. Así las cámaras pudieron recoger la imagen de aquella mujer delgada, de mediana estatura, con su sempiterna media melena francesa de color moreno, que le enmarcaba el rostro claro, libre de gafas oscuras para dejar ver sus maquillados ojos verdes. Clara, sabiendo que ese iba a ser su primer minuto de oro televisivo, giró garbosa su talle para posarse con el pie izquierdo en el tapiz y erguirse, firme, cabeza alta, tocada con sombrero y cubierta con ligero velo. Con la mirada desafiante, la barbilla alzada y la boca ligeramente contraída. Trascendentemente seria, a juego con el impoluto negro de su vestimenta, un traje de chaqueta de su diseñadora preferida para las grandes ocasiones, en las que no quería arriesgar, Coco Chanel. Como ella, Clara pensaba que el negro arrasaba con todo lo que había a su alrededor, y si se mezclaba con el blanco, la belleza podría ser absoluta, de una armonía perfecta. Esa fue la razón por la que se colocó una flor blanca y negra en la solapa del traje, un detalle perfectamente estudiado, siguiendo el consejo de Coco, que recomendaba vestirse cada día como si una fuera a conocer a su peor enemigo. Clara no habría tenido solapas suficientes para dedicarle una flor a cada uno de los enemigos que esperaba aquella tarde, por lo que lo resumió en una sola, llamativamente enorme, con evidente intención desafiante. Y así fue cómo, sin inmutarse, se giró para esperar que su hija Valeria descendiera del coche.

—Ahora ni se te ocurra llorar, todavía tienes la piel enrojecida —le advirtió su madre en voz baja—. Y no te quites las gafas de sol. Son muy bonitas, Dior

nunca falla.

Eran un regalo que, curiosamente, Clara le había hecho el día anterior y que le vinieron fenomenal para ese día. El último modelo Dior Vintage de gafas de pasta negra, perfiladas en la parte superior con piel de cocodrilo.

—Y una pena, hija, que al final hayas venido con coleta, habiendo tenido peluquera. Te está viendo todo el mundo.

—¡Ma-má! —le afeó ella sin mover los labios.

—Está bien, hija, está bien. Lo que tú quieras.

Una escena que Pilar Garrido anotó para revisarla con detenimiento y que pudieron ver los amigos más cercanos, el resto del exiguo cortejo familiar. Los padres de Clara habían quedado excusados repentinamente; él, imposibilitado y la madre, incapaz de volar sin su marido. Sí llegó en su coche oficial en la misma secuencia que la limusina el ministro del Interior del Gobierno de España, seguido, también con chófer y escoltas, por el también amigo y socio del difunto Emilio Gómez, presidente del club de fútbol Capital de España. La viuda, sabiendo que la calle de Alarcón era un plató de *Gran Hermano*, atrajo en torno a sí a todos ellos para que las cámaras pudieran captar la imagen a modo de posado.

—Yo a tu lado, Clara —le susurró su yerno, desplazando a Beltrán.

—Parece mentira que solo penséis en esto —le reprochó Valeria.

—¿Y Sanjurjo no ha venido? —preguntó Clara, echando de menos al amigo comisario, mientras deshacía con informalidad la perfecta composición de la imagen.

—Aún no. Raro, ¿verdad? —le respondió un intrigante Pulpo.

—Pues subamos todos —ordenó Clara—. Bueno, Pulpo, tu quédate aquí, con la intendencia. Y tú, Quirós, sube con nosotros, por favor. ¡Le ayudaste tanto! Quiero que nos acompañes como un miembro más de nosotros. La familia es corta, y hoy te necesitamos. Y a ti, Emilio, te digo lo mismo. ¡Vamos!

Visiblemente nervioso y angustiado, el ministro se restregó los ojos, ajeno a las cámaras, con movimientos de manos espasmódicos. Había conocido a Marcelo hacía más de veinte años cuando ambos iniciaban su expansión profesional, y desde entonces le había servido con la adoración ilusoria e inconsciente de quien es captado por un embaucador. Convencido de que sirviendo al patriota Marcelo salvaba el repetitivo sino de España de acabar en catástrofe. Aquel día sintió que el demonio había trazado el cruel destino de su amigo a sus espaldas.

—Clara, no lo merezco. ¿Cómo no lo he sabido impedir? No tengo excusa ni explicación a lo sucedido. ¡Soy el ministro del Interior! ¡Y para más inri era su amigo! El muerto debería ser yo. Dios no me lo perdonará nunca.

—Ministro, por favor, hoy es un día de felicidad para nosotros —le habló Javier en voz baja—. Dios ya le tiene en su seno. ¡Y cuidado porque las cámaras nos están grabando! Marcelo habría querido pulcritud en este acto.

Las cámaras fotográficas y de televisión de los agentes de investigación de Pilar Garrido pudieron captar aquella conversación. Ella llevaba la estrategia del Centro y se había aupado hasta ahí a base de oficio en ese «rodar y rodar», que decía ella, durante muchos años. Mezclada entre el alboroto de asistentes, protegida por sus agentes, Garrido disfrutó de la estrambótica escenografía que Clara había diseñado. Las dos mujeres se conocieron en una ocasión, hacía ya muchos años. Y siempre supieron la una de la otra.

—¿Has visto eso? —le dijo a su subdirectora—. Es de película lo de esta mujer. Y lo del ministro es de coña, ¿no? ¡Este hombre está destruido, más de lo que yo pensaba!

—Sí, realmente esto nos dará mucha información —asintió su ayudante.

Quirós apareció junto a la familia como los restos de un naufragio. En los últimos años había ligado su trabajo a las sugerencias de Marcelo hasta el punto de perder su autonomía. A cambio de recibir insuflaciones de aire mediático, el todopoderoso ministro se fue convirtiendo en el jefe de la Policía al servicio de Marcelo. Por eso, el nivel de duelo de Quirós aquella tarde era una mezcla de amputación emocional con el hondo respiro que produce una experiencia liberadora. Cuando Marcelo apareció fiambre, la colección de secretos que había acumulado era tanta y tan enigmática que solo se podía comparar con la cantidad de pruebas falsas que había fabricado para destruir a sus enemigos en caso de aparecer muerto. Aquel día no hubo nadie en la iglesia que no dejara de tentarse la ropa.

—Ministro —ordenó un hiperactivo Lucas—, a partir de mañana, cuando Marcelo esté bajo tierra, será cuando tendrás que dejarte la vida para dirigir la investigación personalmente tú, que siempre has sido como de la familia. A ver si ahora van a venir otros a buscar donde no les toca.

Clara escuchó los comentarios con gesto hierático a sabiendas de que se estaba emitiendo un programa en directo. Aunque Lucas, que la conocía bien, identificó la acidez de su gesto y se lo tragó sin masticar.

—¿Quieres decir que no te fías de Sanjurjo? —le preguntó Javier—. Para

Marcelo, él también fue de la familia.

—Dejemos eso ahora, si os parece —replicó Beltrán.

La secuencia la había seguido Pilar absorta, nunca confesaría que disfrutando, degustando la herencia que había dejado Marcelo.

—Subamos —ordenó impetuosa Clara—. ¿Está Marcelo expuesto como te indiqué, Lucas?

—Sí. Exactamente como querías. En la peana que pediste y la iglesia, con detalles por todas partes. Me dicen por el pinganillo que la iglesia ya está abarrotada, estos de aquí ya no caben. Creo que te gustará todo cómo te lo he dejado.

—Eso espero. Porque esto es un disparate, un desastre absoluto —se lamentó Clara, subiendo la escalinata—. Se le metió en la cabeza la idea de un funeral en Los Jerónimos hace veinticinco años y nunca conseguí que cambiara. ¡Todo tenía que ser como él dijera! Y mira el barullo.

—¡Ma-má! —le afeó Valeria.

—Será que no tengo razón. ¿No habría estado mejor la catedral de la Almudena —murmuró entre dientes—, con la explanada que tiene y el Palacio Real al lado? Pero como él era tan de abolengo, pues así estamos ahora. ¡Anda, vamos!

El ascenso hacia la iglesia de la viuda, los hijos y el yerno, seguidos por el ministro del Interior y el presidente del club Capital de España se retransmitió en directo en las televisiones y en la gigantesca pantalla de televisión instalada para el público de la calle. El Pulpo la había situado debajo de los escalones laterales de Los Jerónimos, en el esquinazo que forma la calle Ruiz de Alarcón con Casado del Alisal, cubriendo las ventanas del vecindario hasta la tercera planta.

EN LA TELEVISIÓN LO MÁS

Quiso ser il Cavaliere del dinero y la información, para controlarlo todo

En las mesas de redacción de la cadena de televisión Lo Más, propiedad del difunto, todos los monitores sintonizaron la señal realizada de la gran capilla, que se estaba enviando en directo desde la iglesia de los Jerónimos. Lucas había acordado con la alcaldesa que la única unidad móvil de televisión que pudiera aparcar en la calle lateral de la Academia fuera la gestionada por Lo Más, la cadena que se autodenominaba de telerrealidad del Grupo La Red. Ocho cámaras se apostaron en los lugares más estratégicos para hacer llegar la señal mediante radioenlace a Torrespaña y redifundirla a todos los canales nacionales e internacionales que desearan pincharla.

Todo estaba bajo sus focos, incluidos los aledaños de la iglesia. Nunca Lo Más respondió mejor a su nombre. Los iluminadores de la cadena habían convertido la zona en un imponente plató, para captar la muchedumbre que adornara las llegadas ilustres, con sus saludos, abrazos y ascensión por la escalinata. Cada gesto era oro, sin descuidar la atención al vestuario de etiqueta, especialmente de las señoras. Aquello debía ser un programa y no un velatorio.

El director de Lo Más, Paco Sotillos, había preparado el especial meticulosamente, repasado al detalle cada punto, cada plano al que deberían ir; aunque un programa en directo siempre quedaba abierto a la improvisación, con el inconveniente de que él debía meterse en el plató y revisar los cambios atendiendo al pinganillo desde el canal de órdenes internas. Con la cara desencajada con la que Arias Navarro comunicó la muerte de Franco, Sotillos dio a conocer a los espectadores la muerte de su patrón, abatido, encogido, con gesto lloroso. Arrumbado contra las cuerdas, viendo al jefe en un nicho y su cabeza sepultada en el contiguo. Durante los últimos años se había granjeado un sinfín de enemigos y el futuro, sin Marcelo, se lo imaginaba como un túnel

cegado. El realizador, desde el control, le pasó la llamada de Lucas, mientras emitían un vídeo rememorando la leyenda Marcelo.

—Paco, coño, ánimo. No digo que sonrías, pero, ¡hostias!, te he visto el arranque y esta no es actitud.

La voz del Pulpo resonó cortante, como si sus palabras le trincharan a Paco el oído. Había que joderse, pensó, broncas a él, que solo estaba por el periodismo, y la verdad, o sea, por hacer el más maravilloso de los programas de sus vidas.

—Sotillos, no me hagas tener que hablar por teléfono desde aquí —le escuchó decir como si la muerte del patrón le hubiera alzado a un taburete—. Se está grabando todo. Y me temo que no solo graban los nuestros, esto está rodeado de policías, escoltas y secretas, y todo el mundo con las cámaras a cuestas.

—Pues lo que me estás diciendo a mí, a ver si te crees que no lo está escuchando todo Cristo en el control.

—Me importa tres cojones. Quiero gentío. Y además, ¿para qué hemos puesto tanta cámara dentro de la iglesia si no me das peces gordos?

—En eso estamos.

—¡No! —le gritó desahogado—. ¡Estás en las crucerías! Y quiero que la gente se salga de la pantalla. Y si tienes que forzar las cosas, las fuerzas.

—De momento, lo que está saliendo es más grande que cuando se murió el papa. Pero no me vuelvas a llamar. Aquí te querría yo ver a ti, en directo. ¡No te jode! —se oyó rezongar a Sotillos.

«¡Cuidado! ¡Vamos contigo!», le dijo el realizador, a gritos. La cara de Sotillos volvió a los espectadores serenamente mustia, para narrar el prólogo de la misa, aunque en su cerebro había dejado una autopista por la que circularon los malos humores que le había desatado Lucas. «El tío va con la adrenalina subida, mandando, chupando cámara, recibiendo a los ilustres, ordenando como si fuera el jefe. ¡Hay que joderse! Vivir para ver con la mosquita muerta, que se ha subido al taburete y le ha dado el vértigo. Seguro que ahora llama a Fierro, necesita decirnos a todos que el amo es él. ¡Y unos huevos!».

El pronóstico se cumplió al segundo siguiente. Javier Fierro era el director general del Grupo y el único que podría disputarle el podio a Lucas, a base de haber sido un *Siseñor*. Su currículum lo había forjado con devoción al jefe, siempre que esa lealtad no le alterara los cuatro vértices sobre los que asentaba

sus posaderas: poder, dinero, avaricia y ambición. Con el cuadrilátero cubierto podía liquidar cualquier petición, a demanda.

—Lucas, ¿pero Javier está de acuerdo en todo lo que me estás pidiendo? Date cuenta de que, siendo el yerno, ahora mandará él.

—Deberías aprender a ser más respetuoso con tus mayores, Fierro. Sigue este consejo. Te lo recomiendo.

En cuestión de laminar pescuezos, Fierro estaba altamente entrenado, pero aquel comentario lo sintió como la caricia de un cuchillo sobre su cuello. Hasta entonces, él era el único encargado de las ejecuciones en el Grupo cada vez que Marcelo decidía que alguien pasara a mejor vida. La fuerza de la costumbre hizo que respondiera a los encargos con la misma naturalidad que el enterrador echa paladas de tierra hasta cubrir el ataúd o el verdugo aprieta el botón para sacudir letalmente al reo. La tarde de la muerte de Marcelo, Fierro se sintió a la intemperie, pensando si su poder seguiría siendo tan inquebrantable como fue, o alguien le quebraría su gañote.

—Fierro, solo para dar por hecho que todo está controlado, lo nuestro, las agencias, los confidentiales, los digitales y los periódicos de mañana —le dijo un satisfecho Pulpo.

—Sí, todo.

—¿Me confirmas que ya has hablado con la Televisión Nacional y con la Asociación de Televisiones Regionales? Quedamos en que este tío de la ATERE se encargaba también de los periódicos de provincias. ¿Eso también está?

—Sí, también.

—Oye, poca broma, que hoy nos van a medir la fuerza que tenemos sin Marcelo. Y todos me van a mirar a mí.

Fierro era una máquina transmitiendo órdenes. Su tarea consistía en escuchar por una oreja los mandatos del Pulpo y recibir por la otra el amén de sus acólitos. Amén a las biografías encargadas sobre Marcelo, los reportajes, los obituarios, las fotos, los artículos que pidió por la mañana para colocar en los diferentes medios.

—Sí, todo. Todo hecho y mandado.

—Perfecto. Que te den también los titulares. El mejor de los textos lo puede joder un titular. A partir de ahora escíbeme, no podré coger el teléfono.

Aunque Fierro respondió con seguridad, nunca tenía la total certeza de que las cosas fueran a salir como a él le ordenaban. Tras colgar al Pulpo, la pregunta que le corroyó, desde el dedo gordo en el que le azuzaba la gota hasta la calva,

fue si, además del «todo mandado», podría haber asegurado que el «todo estaba controlado». Si conseguiría, él y su encargado de comunicación, una general *omertà* en los demás medios sobre el lugar o forma en la que había aparecido el cadáver de Marcelo, o si los adversarios —que se contaban por decenas— se atreverían con obituarios no especialmente halagadores.

El Pulpo sí pareció quedar satisfecho con las respuestas y, raudo como alma que lleva el diablo, subió las escaleras para alcanzar a la comitiva familiar. La carrera le sorprendió a Pilar Garrido, que seguía oteando desde el coche los detalles hasta donde sus ojos le alcanzaban. Segura de que sus agentes no tendrían como ella ángulos muertos, que atraparían todos los pormenores como perros cocainómanos se abalanzan sobre un alijo de droga. Ella anotó gestos, saludos, y la ansiedad de un Lucas disfrazado de impostor, travestido de Marcelo. Clara le había asignado la lateralidad de los detalles y él ocupó la centralidad que le correspondía a la familia, con aparente disfrute del momento. En esas estaba cuando, desde la redacción de Lo Más, Pilar recibió otra llamada de un periodista que colaboraba con el Centro, y que le sacó abruptamente de esos pensamientos.

—Pilar, lo de que Marcelo admiraba a Berlusconi y a Putin lo sabíamos. Pero este tipo estaba zumbado. Su secretaria me ha dicho que últimamente también recortaba obsesivamente fotos y frases de Trump.

—¿Trump?! —exclamó Pilar con tono extrañado—. ¿Qué admiraba de él? ¿Su crecepelo?

—Ella nos ha comentado que tenía que recortarle cosas de la *postverdad*, las *fake news* y los *hechos alternativos*.

Cuando Pilar colgó el teléfono, murmuró para sus adentros: «Creo que si no se hubiera muerto, la cabeza de Marcelo habría reventado como una castaña».

Marcelo admiró desde los años noventa, en que empezó en el mundo de la comunicación, la figura de Silvio Berlusconi, el hombre al que incrustó en su frontispicio y del que siguió su estela. Con frecuencia se le oía comentar que en él querría cristalizar, no solo para gozar de las chicas bunga-bunga, del mar y los yates, sino por la ambición de tenerlo todo como él poseía: dinero en el que bañarse, poder para conquistar, un monopolio televisivo, el equipo de fútbol, la piel planchada y el pelo impoluto de frasco. Y, como broche de oro, el título honorífico de *il Cavaliere, la ordine al merito del lavoro*, que le fue concedido por el presidente de la República por su actividad inmobiliaria.

«¡Es la hostia!», se decía con admiración. «Un tío que empezó comprando

pisitos y llegó a ser el más rico y primer ministro de su país. Eso no hay quien lo supere». Fue entonces cuando comenzó a releer los manuales con los que, en las elecciones del 94, había convertido a los telespectadores en votantes y la política, en un *reality show*. Cuando revolvió lo público con sus negocios privados, entronizando la influencia de la televisión. Rico y frívolo, Berlusconi era el éxtasis de la felicidad para un Marcelo que compartía con su icono la tendencia irrefrenable al exceso. Con el tiempo fue añadiendo nuevos iconos a los que aspirar, también aupados a lo más alto desde la información y los negocios, como Vladimir Putin, del que admiraba su expresión de muñeco diabólico, o Donald Trump, el tipo que se puso el mundo por montera. Su ambición de altos vuelos fue la misma pero, a diferencia de ellos, a Marcelo le faltó tiempo. Su codiciado plan aterrizó inacabado en un ataúd en la iglesia de los Jerónimos.

6

EN LOS RESPONSOS

La basura trajeada tenía que aparentar contrición y, sobre todo, hincar la rodilla

Pilar Garrido decidió bajar del coche para continuar asistiendo al espectáculo, con el propósito final de adentrarse en la iglesia. Fue marcando distancia para no ser descubierta por Clara, pero no tanta como para no ver que hasta la puerta de la iglesia, y con gran protocolo, salió a recibirles el mismísimo arzobispo de Madrid, don José Castillejos, acompañado por el párroco y dos monaguillos. Aprovechó el saludo del grupo para zafarse entre la muchedumbre que abarrotaba bancos y pasillos. Desde la puerta de entrada, se vislumbraba una colosal perspectiva, rematada al fondo con la gigantesca talla del Santo Cristo de las Penas y Buena Muerte, un detalle soberbio y muy apropiado para aquella tarde. Abajo, a los pies de las escalerillas que alzan el altar repujado en oro, rompiendo todos los protocolos, expuesto antes de que entrara el público, se exhibía majestuosamente él, el *Primer Ministro del Hampa*. Pilar se fue adentrando entre el gentío de los laterales, con su habilidad de vieja anguila, escuchando el incesante chismorreó de los invitados con la entrada del cortejo familiar.

—Es impresionante, ¡todo es precioso!

—¡Qué hombre, era un fenómeno!

—¡Yo, Enganchado vivo a la cadena Lo Más, que ha sabido sacudir la caspa de este país!

—Yo soy más de la de siempre, de la Universal.

—Yo también, porque esa es más formalita. Como él. ¡El hombre era tan de derechas!

—¡No, hombre, no! ¡Él era anarquista! ¿Quién habría dejado, si no, que Lo Más fuera tan rebelde?

«Ya da igual, ni de derechas, ni anarquista, el hombre era de él mismo, pero ya está muerto», se dijo Pilar. Contemplándole ahí, en su soberbia caja mortuoria, abierta, desafiando al respetable, vio la vida más evanescente que nunca. Rodeado de cirios de un metro de altura, ordenados por la viuda para alejar los malos espíritus y facilitar a Marcelo el viaje hacia la otra vida. Supo que fue ella quien se los pidió a Lucas así para que luciera solemne, erigido sobre una fabulosa peana de alabastro oriental, sin ruedas ni vulgar material metálico.

—Está muy bien, Lucas, queda imponente —le cuchicheó Clara—. Todos pensarán que Marcelo ha querido vigilar sus propias honras fúnebres.

—Eso es lo más importante —apostilló el Yernísimo—, para que les impresione más.

Duelo entre las flores que morían a cámara lenta, distribuidas de modo simétrico a ambos lados del altar. Crisantemos, rosas, lirios, hortensias y azucenas, que Clara había elegido por la mañana, todos de color blanco. Ornamentales ramos colgando de las columnas góticas, el retablo del altar mayor, las esculturas de todos los santos, el barandal del coro y el lienzo de *La última comunión de san Jerónimo*. Adentrándose, Pilar se sintió empachada por la mezcla de olores, el calor de las velas, en un ambiente caldeado como si los hongos y las bacterias de los perfumes hubieran cobrado nueva vida en medio de la decrepitud.

Personalidades de primerísimo rango de la sociedad española respiraban ese olor a muerto desde las primeras filas de asientos.

Con el público aún en pie, Clara se dirigió al féretro abierto de Marcelo para reconocerle la heroicidad de un superhombre y la añoranza que le dejaba como marido. «Menudo teatro —se dijo Pilar—. Si estos supieran». Como una diosa ajena al terrenal murmullo, la viuda se detuvo ante él y le observó con detalle para comprobar que se habían cumplido sus instrucciones. Que no hubiera almohada en la que su marido apoyara la cabeza para controlar que el cuerpo se hubiera enfriado en posición horizontal, lo que para ella equivalía a morir en paz. Como una estrella concentrada en su papel, le repasó de arriba abajo, ajena a las miradas. Le estiró el traje, se aseguró de que la corbata estuviera linealmente centrada y le brillantó con el puño de su chaqueta el oro de los gemelos preferidos con las iniciales de La Red, L para el puño izquierdo, R para el derecho. El inicial murmullo de sorpresa dio paso a un silencio sepulcral cuando la viuda le atusó el lacio cabello amarillo de peluquería, le

acarició las mejillas y le besó en la frente. Ahí dejó su boca por unos segundos, que a ella le parecieron interminables horas. «Ni un especialista en necrofilia le escribe un guion mejor», le *wasapeó* Pilar a su subdirectora. Cuando Valeria rompió en un desconsolado llanto, Javier se acercó a su suegra, le abarcó los hombros con su brazo, la besó en la mejilla y la alejó del féretro para acomodarla en la bancada familiar. La subdirectora contestó a Pilar con otro mensaje: «Estará satisfecha, no le ha fallado ni la perplejidad de los asistentes».

Ciertamente, para Clara aquel día la teatralidad era lo más importante, ante los que ella consideraba «basura trajeada» abarrotando la iglesia, «cuajada de politicastos, trincones empresarios, envidiosos y enemigos». Ante ellos forzó la contrición para hacerles hincar la rodilla. La mejor bolsa de acopios para que Marcelo se llevara al otro mundo. El *reality show* lo culminó el yerno, volviendo sobre sus pasos para, tras detenerse a mirar la mortaja unos segundos, cerrar él mismo la tapa de ébano, de una caja mortuoria comprada hacía más de veinte años, cuando Marcelo planificó que su destino sería amasar dinero y, en consonancia, proyectó sus honras fúnebres con todo boato para cuando llegara el funesto día.

Siguiendo las instrucciones escritas por Clara, dos monaguillos se apresuraron a colocar sobre el ataúd la bandera de España y la del club Capital de España, un resumen de lo que el finado exhibió como su devoción y afición en el mundo de los mortales por donde desfiló como un príncipe. Monseñor Castillejos, acompañado de los otros obispos, se situó en el altar mayor para dar comienzo a la ceremonia, con boato cardenalicio, a paso lento, gesto humilde, mirada al suelo, mano contra mano frente a los labios en actitud de orar. Llegado el turno de las intervenciones, Clara fue la primera en subir al púlpito para reconocerle su amor de marido, padre y patriota. «¡Alucino, alucino con la tipa!», clamaba Pilar para sus adentros. Cuando el yerno tomó la palabra en nombre de los hijos, tras hacerle al muerto una inclinación reverencial de petición de permiso, otra vez volvió a oír cuchicheos. Una señora pronunció la palabra «mafioso», otra una frase que contenía la expresión «el pobre», un hombre dijo: «Parece un buen chico», otro más «Este se lleva la tajada». Javier parecía absorto en lo suyo.

—Él no ha muerto —clamó desde el púlpito, mirando hacia el ataúd—. Su espíritu eterno seguirá intacto en nuestras televisiones, radios, periódicos, asociaciones. En la Fundación Clara Cirer. Nada ni nadie nos impedirá a los herederos seguir con su misma determinación por el camino que él nos trazó.

Solo Valeria, entretenida en enjugarse el inconsolable llanto, no interpretó la intención precisa de aquellas palabras. Todo un desafío al Gobierno, las instituciones y los extorsionados. También al Pulpo, quien apenas hizo un ademán de salir a intervenir, abortado por el Yernísimo, con una disimulada presión en el hombro que le obligó a seguir sentado. La tensión de la escena duró lo que vive un suspiro. Los dos prefirieron soterrarla como habían hecho en los últimos meses.

—¿Qué pensabas hacer? —le inquirió el yerno.

—Le dije a Beltrán que hablaría en nombre de los trabajadores. Pensé que te había dicho.

—Creo que no has entendido bien, Lucas. ¿Cómo que a Beltrán? Esto lo tendré que llevar yo.

Las cámaras de televisión fueron captando cada detalle y reportándolo en directo, a pesar de lo cual Clara no pudo evitar inclinarse para reclamar a Javier, sobrepasando la escuálida y encogida figura de su hija.

—No ha venido el presidente del Gobierno. Debería estar aquí ya, en primera fila.

—No vendrá. De eso me ocuparé yo mañana.

Las mejores imágenes las captaron los operadores de cámara y fotografía del Centro Nacional de Inteligencia. Garrido les volvió a pedir que escudriñaran cada bancada, empezando por la primera izquierda, encabezada por el presidente del Congreso de los Diputados y la vicepresidenta Económica, varios ministros y ministras, la alcaldesa de Madrid, el líder de la oposición, el del tercer partido político. Tras los primeros bancos, ella pudo vislumbrar a importantes empresarios, la mayoría silenciosa que untaba al difunto con generosos peculios. También se fijó en que el ministro del Interior se había sentado en la bancada equivocada, junto a la familia. Y preguntó por el escurridizo comisario Sanjurjo, que no estaba entre el duelo familiar. Desde que les conoció, Garrido se imaginó a los compinches Marcelo y Sanjurjo como gallos de pelea, nacidos uno para vivir y el otro para morir en el mismo ring. Ese día el cuadrilátero de Sanjurjo fue otro.

Finalizado el servicio religioso, el cortejo familiar se dispuso a recibir los pésames. Las imágenes dirían si alguno esbozó en algún momento un gesto jubiloso. Desde su posición lateral, Pilar percibió intrigas.

—Javier, si has de parecerle a él, que sea. Recupera el honor de esta familia —ordenó Clara a su yerno.

—Tranquila, soy como él, créeme. Y sé que estás pensando en el hijo de puta del presidente.

—Nunca fue de fiar, se lo dije a Marcelo cientos de veces. Pero, como en todo, en esto tampoco me hizo caso. Se lo tiene merecido, por idiota.

—Mamá, deja esto ahora, por favor —la reprendió su hija.

—Está bien, pero tú deja de lloriquear aquí, delante de todos.

Una larga fila de apesadumbrados rostros comenzó a desfilar por el pasillo central, encabezada por las altas autoridades de la política. Los comentarios brotaron al ritmo de la cola, con frases de pésame de lo más variopinto.

—Fue un gran patriota, este país le debe todo, señora —comentó un ministro.

—El Gobierno quedará a la deriva, nadie nos aconsejó mejor que él.

—Un genio, un auténtico genio. Empezar de la nada y hacerse con todas las televisiones es lo nunca visto.

—Un hombre que para cualquier problema tenía una solución. ¡Qué gran pérdida!

—Sé cómo te sientes, guapa. ¡Pobre niña! Para mí, también fue como un padre.

—Yo no tengo palabras.

—Una pena. Haber superado tantas enfermedades, y no morir en su cama.

—¡Ah, pero ¿no ha muerto en la cama?!

—Sí, mujer, pero en la del hotel. Bueno, o en la bañera. ¡Qué sé yo!

—¡Qué desgracia tan irreparable!

Las condolencias parecieron, a modo de cabezas de ajos engarzadas en ristas, sacudidas beatíficas como para ahuyentar al maligno. Pilar oyó comentar en el pasillo que el difunto, incluso después de muerto, seguiría alargando la mano.

—Yo no me lo imagino muerto —comentó una magistrada amiga—. Quiero pensar que no se ha ido.

—¿Que insinúa, señorita? —comentó un diputado—. ¿Que está fingiendo su propio entierro?

—¡Por Dios, qué cosas tienen ustedes —les respondió Clara, agotada con la larga representación.

Pilar Garrido salió a la calle a tomar el aire. Sentía que los hongos de las flores se le habían incrustado, pegajosos, en la piel de la cara.

EN LAS ALCANTARILLAS

Volvió a las cloacas, el lugar donde mejor tramaba sus grandes obras

Entre la pasarela de autoridades se coló ella, Lucrecia, la amiga especial de Marcelo a quien él prometió convertirla en la esperanza blanca de la derecha «cuando el pasmado del presidente se quede sin pilas. No tendrás que esperar mucho», le había asegurado. Cuando Marcelo la conoció, desconfió de un cuerpo tan despampanante, entrenado en gimnasio, embutida como una butifarra en una camiseta ajustada y pantalones de cuero. Demasiado evidente para un hombre que conocía todo de la vida y levantaba el banderín de arranque cuando él quería participar en la carrera. Pero enseguida trabaron relación, él la colocó en una tertulia de la televisión y le prometió hacerla famosa, y ella le daba información de las interioridades del palacio de La Moncloa.

Con anticipación, Clara la vislumbró en la cola. «¿Qué hace esta aquí?», masculló entre dientes. Era el último de los espectáculos que hubiera imaginado tener que soportar en aquel fatigoso día. Por el rabillo del ojo vio que se acercaba con un vestido a rayas blanco y negro, con brocados en el top con escote corazón. «Los de atrás la están mirando, con esa pluma que se ha plantado». Era la pluma que remataba un pomposo tocado gris perla, que le restregó en la cara cuando, plantada frente a ella, la besó, estampándole su Chanel Coco Rouge en una mejilla y preguntarle al oído.

—¿Sabemos ya quién le mató? Desde que le dejé, solo tuvo problemas, el pobre.

—Me han dicho que estaba con una puta, ¿no habrás sido tú?

Fueron apenas unos segundos, con las manos de Lucrecia sobre los hombros de Clara. Lucrecia llevaba tiempo rumiando una venganza y la saboreó con el ansia incontrolada que una niña glotona devora un pastel. Él, desde el otro mundo, ya no podría dañarla más. En cambio, se llevaba el regalito de una

colosal humillación. Estando fiambre, tieso como un témpano, con la iglesia a rebosar. Siguió avanzando, «Pobre niña, te quería tanto», le dijo a Valeria sin detenerse. «Pedazo furcia», le masculló el yerno. Disfrutando de su propio espectáculo, Lucrecia se detuvo ante el ministro del Interior.

—Quirós, dime al menos, ¿ha sido una bala o una navaja? Estarás conmigo en que no es lo mismo.

Juan Quirós la miró cariacontecido.

—Quizás lo sepas tú antes que yo.

Un temblor le sacudió los labios al ministro. Lucrecia le insuflaba un temor reverencial. En el Gobierno, siendo la jefa del gabinete del presidente Quiroga, le manteaba como a un muñeco, sabiéndose protegida por el todopoderoso Marcelo. Hasta que aquello acabó.

Sin esperar respuesta, Lucrecia se alejó del cortejo con un retumbante taconeo sobre las frías baldosas. Nadie supo si el ambiente se calentó por su meneo de caderas o por los aspavientos de Clara, quien, rompiendo por primera vez su guion, mandó con una mano detener la fila y con la otra llamó a su cortejo a un corrillo.

—¿Quién ha permitido que se me acerque esa puta? ¿A la vista de todos? ¿No tenemos suficientes escoltas para ordenar este tráfico? Quirós, dile al comisario que la saque de aquí inmediatamente. De los pelos. Por cierto, ¿dónde está el comisario, que no le he visto todavía?

—Se ha disculpado —le respondió Javier—. Vendrá luego.

—Pues desde donde esté, ¡que trabaje! —ordenó ella.

Junto al catafalco, en torno al féretro para no ser oído por los asistentes, el ministro pateó circularmente cuatro baldosas mientras hablaba por teléfono con Sanjurjo. Clara sabía que el comisario controlaba a la Policía en la misma proporción que dominaba al ministro, lo que en ambos casos quería decir prácticamente todo. Lo que para ella era garantía de orden. Sanjurjo se movía en el mundo de la seguridad con la misma habilidad que Marcelo se movió por los medios, insuflando ambos idéntico pavor en el poder y sus aledaños. Su estrecha colaboración en los últimos años había convertido el tándem en una máquina de intrigas imbatible. Por eso, la situación aquella tarde, de haberse conocido por el público, habría sido cómica. El jefe dando órdenes a su verdadero jefarca, al calavera Sanjurjo, al que nadie había visto. Entre sus habilidades destacaba la elasticidad, como la de los gusanos que son capaces de tragarse especies enteras de su mismo tamaño, y la naturaleza cazadora, reconociendo el peligro con

respuesta intuitiva hacia la huida. Era olisquear una amenaza y sentir la necesidad de cambiar de hábitat, de volver a las escondidas alcantarillas, el lugar que le daba la oscuridad necesaria para tramar sus grandes obras.

Cincuenta minutos más aguantó Clara recibiendo pésames, hasta ver que quienes llegaban eran el menudeo de la calle. Impetuosa, tomó a su hija por el brazo y dio por finalizada su representación.

—Javier, nosotras nos retiramos. Dile a Tony que nos recoja ya. ¿Tú vienes, Beltrán? Mejor será que sí, porque ellos tendrán que trabajar.

—Como lo creas mejor, mamá.

—Muy bien. Y tú, Lucas, ordena que quiten de ahí a Marcelo, que lo metan en la sacristía hasta que vengan los funerarios a recogerlo. Es la única manera de disuadir a esta gente.

—Vendrán más tarde, Clara, quedamos en eso, sobre la una, porque sabíamos que esto sería largo —le recordó su yerno.

—Me da igual. Manda que cierren ya la entrada. Así trabajáis esta noche y mañana me cuentas conclusiones. El asesino no debe de andar lejos. ¿Me he explicado bien?

—Sí, Clara —se anticipó a responder el Pulpo.

—Perfecto. Con las ideas en orden, seguro que mañana tendremos un entierro en paz. —Así zanjó cualquier comentario más.

A las diez de la noche, cuando se acabó el trasiego de visitas, la iglesia quedó en el silencio sepulcral que impone cualquier lugar sagrado con muerto incorporado. Los oratorios vacíos, las luces apagadas, el altar recogido, la puerta del Santísimo Sagrario abierta. Las llamaradas de los restos de velas componían una decadente iluminación que se reflejaba en las esculturas de santos y mártires, cimbreándolos como si cobraran una vida bailonga para celebrar un ritual de santería por el tránsito del espíritu de Marcelo hacia el otro mundo. Solo la decrepitud impaciente de las flores y el olor a incienso advertían de que ahí se había celebrado una ceremonia funeraria. Solo quedaba esperar a que vinieran a retirar el cuerpo del difunto, ya entrada la madrugada.

Los monaguillos quedaron verificando que el templo iba a pasar la noche en calma, cuando oyeron aporrear la puerta ya cerrada. Ante el estruendo de los golpes, uno de ellos se precipitó a abrir el portón, por el que se coló el comisario Sanjurjo rezongando unas buenas noches. Los jóvenes acababan de retirar los restos del naufragio de los pétalos y las hojas, exudados con precipitación por el calor sofocante del gentío y los cirios. Don Antonio, el párroco, oyó el ruido y

quiso echar un último vistazo a la sacristía, donde los monaguillos habían aparcado el féretro como si, tras la ceremonia religiosa, también el Interfecto Marcelo tuviera que dirigir la investigación que los hombres de su núcleo duro iban a realizar, en una trasnochada reunión.

A esa hora, en la que solo continuaba el naufragio familiar velando a Marcelo, la directora Garrido decidió plegar velas y reducir el dispositivo solo a la vigilancia del jolgorio de la sacristía. En sus largos años de servicio, había conocido situaciones pintorescas de toda índole, pero ninguna tan estrambótica como la de aquel día. No sintió flaqueza ni debilidad pero, sin saber bien por qué, barruntó la necesidad de llamar por última vez al jefe.

—Esto ha sido una verbena, Jaime, ni te lo imaginas. Hasta el ministro está piripi. ¡Y no sabes la que tienen liada, contando chistes que los podrían oír hasta los vecinos! Alucino. Es como si todos estuvieran liberados. Te haré un informe, pero ¿puedo anticiparte mañana temprano?

—Por supuesto, Pilar, te esperaba. Pásate, si te parece, a las ocho y media.

—Está bien, porque llevo la cabeza que me explota.

—¿Te ha afectado que el muerto fuera él? ¿Lo dices por eso?

—Creo que no —despejó ella la pregunta, cambiando de tema—. Por cierto, ¿quién de los nuestros se apostó una cena a que no vendría Sanjurjo? Pues aquí ha estado. ¡Lo tenemos! Agazapado, en los bancos traseros donde no le pillaban las cámaras. Por alguna razón no ha querido dar el pésame a la familia. Y acaba de llegar. A velar al muerto en la sacristía. Pero eso no es lo mejor —le dijo, dejando la frase con puntos suspensivos.

—¡¿Qué quieres decir?! —exclamó él.

—He hablado con Clara cuando se marchaba. Ella y yo a solas. Una jugada maestra, si me sale bien.

—¡¿Por qué?! ¡¿Sobre qué?! —quiso saber él, intrigado.

—Porque me ha funcionado el instinto. Mañana te cuento.

8

EN LA SACRISTÍA

En su cerebro lavado flotaron los dedos de Dios y Marcelo en contacto, como en la Sixtina

Cuando don Antonio, el párroco, se asomó a la sacristía, vio a los cuatro hombres en torno a la siempre impoluta mesa del siglo XVII como si estuvieran a punto de iniciar una timba de póquer. Reían las disculpas del comisario, que dijo haber estado enredado en trabajo hasta entonces y la idea que tuvo, para compensar su tardanza, de comprar viandas para conllevar la noche. Eufórico, Sanjurjo fue arrebujaando las agendas y los papeles que, sobre los avatares de Marcelo, les había preparado la fiel secretaria Mariví. Achispado, comenzó a esparcir los manjares por la mesa: media docena de botellas de vino, dos de whisky, ensaladas, sándwiches, empanadillas, croquetas, patatas fritas y un pollo asado, para trinchar con las manos a falta de mejores utensilios. Sobre el tablero todo quedó extendido: a un lado el improvisado ágape, al otro la vida de Marcelo por entregas.

—¿Quién les ha dado permiso para violentar de esta manera un sacrosanto lugar? ¡Márchense inmediatamente si no quieren acabar excomulgados! —gritó azorado el viejo párroco, cuando al abrir la puerta para dar al muerto el último responso se topó con la jarana.

—¡¿Qué dice este hombre?! —rio, agitando los brazos, el comisario—. ¿Alguien le entiende?

Las chaquetas y corbatas descansaban tiradas sobre el cajón de Marcelo, los zapatos se mezclaban con las bolsas vacías de la comida, desparramados por el suelo de la habitación, y la bebida sofocaba, engañosamente, la sed que la calorina de la tarde les había producido. Con los ánimos ya relajados, también se desabrocharon los cinturones, de los pantalones y de las lenguas.

—Anda, Quirós, come —animó el comisario, ignorando al párroco, que permanecía estupefacto en el quicio de la puerta—. ¿Crees que Marcelo habría dejado de comer si tú fueras el cadáver? Coge un sándwich, toma. —Y se lo alcanzó en un platillo de plástico—. Trabajaremos mejor con los estómagos tranquilos. Marcelo ya no se entera y Dios está durmiendo.

Don Antonio salió raudo como alma que se lleva el diablo a informar al arzobispo. Había notado que el alcohol había subido la fresca temperatura de la sacristía, pero intuyó una mano larga para tan descarnada fechoría. Una vez los socios quedaron de nuevo solos, el Pulpo, que no había perdido trago, se levantó divertido con las ocurrencias del comisario. Entre risotadas se acercó al ataúd, levantó la tapa y la apoyó contra la pared. Durante unos segundos miró fijamente a Marcelo, antes de levantar su vaso de J.B. y echarle un brindis al jefe caído.

—¡Canalla! ¡En qué lío te metiste! —le comentó en tono guasón.

Javier se levantó airado, le tomó del brazo y le devolvió a la silla.

—¡Cállate! Algún día sabremos de tus canalladas.

—De eso no hablemos ahora, que tú te llevas la palma.

El ministro terció para apaciguar la trifulca, para poner orden en ese tráfico. Su autoridad decaía irremisiblemente cuando la remojaba en whisky y esa noche tampoco hubo excepción.

—Clara nos ha pedido investigar, y debemos entendernos —les dijo, antes de apagarse en un atontamiento silencioso. Comed, si eso es lo que queréis.

—Está bien, Quirós, pero hay que trabajar. Sugiero que el turno de conjeturas lo arranque el Yernísimo, con las cosas de casa que sabe, ¿eh, Javier? —invitó el Pulpo, más respondón cuando no estaba Clara.

—Prefiero escuchar. Yo no tengo hipótesis —le respondió secamente.

—Pues yo sí las tengo —se adelantó Sanjurjo—. Para mí que ha sido el capo defenestrado de la competencia. Birlarle como le hizo Marcelo las dos teles sin que lo olera es lo más jodido que le ha pasado a ese tipo en la vida. Y digo jodido, y me quedo corto.

—¡Hombre, eso sería demasiado obvio! —terció el Pulpo—. Precisamente porque no pilló nuestra hijoputez. Todo el mundo sabe que se habría comido las vísceras de Marcelo en el plató de *Gran Hermano*. ¡Lo descarto!

—Bueno, bueno —volvió a la carga Sanjurjo—. Ha estado en la iglesia, y eso me cuadra. También a Marcelo le gustaba ir a los funerales de sus enemigos para dar el pésame a la viuda. Sobre todo si los había matado él. ¡Joder! ¡Qué placer matar a uno y luego dar el pésame! Para mí también sería lo más.

—¡Qué cabrón! Por eso te has quitado tú de en medio, ¿no? ¿O por qué? Sanjurjo queda descartado —rio estruendosamente el Pulpo, alabando su propia gracia.

El yerno escuchó el pimpón dialéctico, oreja a la derecha, oreja a la izquierda, de las dos viejas guardias de su suegro. De entre todos los compinches, el Pulpo fue el primer escudero de correrías, inseparable durante años como un estafalario Sancho entregado a las locuras de su Quijote.

—Yo tampoco me descuidaría con Lucrecia —apuntó Lucas, maliciosamente—. Está como un toro con el estoque atravesado y en estos casos, o el bicho la palma, o se revuelve para matarte. Quizás había descubierto el juego del jefe.

—¿En casa todo iba perfecto? —interrogó Sanjurjo a Javier.

—¿Con perfecto quieres decir como siempre? —rio con descaro de nuevo el Pulpo.

—Joder, Pulpo, estás fino —terció Javier—. Pero bueno, a lo que tú me preguntas, Sanjurjo, pues sí, más o menos, como siempre.

A esas alturas de la noche, Quirós comenzó a bracear entre el whisky y las oraciones a Santa Teresa, por el eterno descanso de Marcelo y en desagravio a Dios por las ofensas del grupo. De creencias supersticiosamente religiosas, habitualmente su vida no tenía matices; la dividía entre el blanco y el negro, el bien y el mal por la falta de elasticidad de su cerebro. Sobre Marcelo sus sentimientos eran pendulares, lo que le hizo vivir una esquizofrenia bipolar en los últimos tiempos, a ojos vista de todos. El Pulpo, antiguo policía, y Sanjurjo en ejercicio, lo conocían bien.

—Quirós, olvídate de meterte en la investigación —le determinó Lucas—. Solo tienes que dar la orden de que lo va a controlar Sanjurjo. Y del resto de la chusma me ocuparé yo. Y pregunta cuándo fue la última vez que el presidente Quiroga se vio con Marcelo.

—Lo del presidente es cosa mía —intervino tajante Javier—. Y lo de que investigue Sanjurjo, ya veremos. De momento, te olvidas de todo, Quirós.

El ministro balbuceó un inteligible «vale». Se levantó, cogió su chaqueta y rebuscó con dificultad en el bolsillo interior para sacar un rosario, con el que contar las oraciones. Con la sarta de cuentas colgando, volvió a tomar asiento. Tenía las entendederas a punto de cerrar, cuando lo que oyó le pareció de nuevo una trifulca.

—¡Oye, oye! —le recriminó Sanjurjo al yerno—, que aquí la veteranía

tiene un grado. A ver si vas a ser tú, el último en llegar, el que elija al comisario.

—Míralo como quieras, Sanjurjo, pero eso me lo reservo yo. Estarás conmigo en que es lo más importante, ni el juez ni leches. Y siento recordarte que desde ahora yo soy el jefe. Algo tendré que decir, ¡digo yo! —exclamó.

—No vamos a discutir por eso. La vida te enseñará, muchacho, que quien más sabe de esto, y ese soy yo, te puede tumbar, retorcer o estampar todas las pruebas que tú encuentres.

«Jodeeeeer», se le oyó decir al Pulpo, alargando la «e» todo lo que le dio la respiración. Quirós siguió pasando las cuentas del rosario, con un tic en la mano, rezando para sus adentros, con los ojos caídos y gesticulando la boca.

—Apunto lo que estás diciendo —replicó Javier al comisario, en tono amenazante.

—Solo tienes que apuntar que a experiencia tú no me ganas. Deja que, por una vez, antes de que te pongas el birrete, te llame «pipiolo».

Desde el despacho de al lado, don Antonio primero había llorado de desesperación, y luego rezado en busca de auxilio, antes de hablar con el arzobispo. Necesitó las fuerzas del Santísimo para abordar aquella conversación.

—Don José, le digo yo que esos hombres son la reencarnación del mismísimo diablo, Satanás en nuestra sacristía.

—Bueno... no nos pongamos nerviosos. Esta noche lo importante es que dejemos al muerto en paz. ¿Le ha echado usted el último responso antes de que vengan a buscarlo?

—Sí, señor arzobispo, ¡cómo no iba a hacerlo! Pero desde fuera de la sacristía, ellos...

—Pues está bien. Mañana sus oraciones habrán hecho su trabajo. Y el agua bendita dará a esta infortunada familia la gracia santificante que necesitan, la luz que iluminó a don Marcelo todos los días de su vida.

El arzobispo tenía en la cabeza cómo Marcelo había alentado al clero a manifestarse contra el aborto libre cuando estaba en el poder el anterior Gobierno socialista. Y cómo había acabado con lo que él consideraba la brujería que invadió a esos gobernantes. Fue Marcelo quien propició reuniones entre la Curia y el Gobierno, hasta lograr un clima de razonable entendimiento. A partir de entonces, monseñor Castillejos quedó convencido de que fue la gracia de Dios en el cielo y la mano de Marcelo en la tierra quienes obraron el milagro. Los dedos de Dios y el hombre, pintados en contacto por Miguel Ángel, pasaron

de flotar en la Capilla Sixtina al cerebro lavado del arzobispo. Y ese hombre, musculado y poderoso, no era otro que Marcelo.

—Don Antonio, ¡recuerde cuando aquellas desvergonzadas mujerzuelas salían a pedir los abortos con los pechos al aire! ¡No lo quiero ni pensar, que los malos pensamientos también son pecado!

El párroco sintió un sofoco en las mejillas como si el demonio en forma de serpiente se le hubiera enroscado en el cuello. Apenas le quedaba un hilo de voz para condenar el sacrilegio, y prefirió guardarlo, como había hecho con el muerto cediéndole su sacristía.

—Además, padre, ¿quiénes somos nosotros para corregir a Dios los renglones que escribe? Será que a don Marcelo, desde el cielo, le gusta ver a su familia contenta.

—¡Válgame Dios, reverendísimo señor arzobispo, no seré yo quien le corrija nada a nuestro Señor! —Y ahí sintió el párroco que el demonio le había ahogado definitivamente la voz.

—Pues, entonces, ¡olvídese! Y si quieren comer, pues que coman, que el pan es vida. Y si quieren beber, pues que beban, que el vino es alegría. Y es sacrificio expiatorio. ¡Lástima que usted no les haya consagrado las botellas de vino para convertirlas en la sangre de Cristo! Pero será que Dios no le ha iluminado a usted lo suficiente. Mañana echaré yo a todos un poquito de incienso en el entierro y ¡listo!

Cuando el párroco colgó el teléfono, no pudo tragarse ni los suspiros porque no le pasaban por la garganta, una sensación que no le era nueva. Su principal cualidad siempre fue la mortificación, desde que siendo un niño fuera educado para refrenar las pasiones del cuerpo y de la mente. Esa noche supo que había pecado por sufrir de soberbia, por lo que, desolado, apagó la lamparilla del cubículo que hacía las veces de despacho, cerró la puerta con llave y se encaminó hacia la salida con fatigoso paso lento, con el primer propósito para el día siguiente de encontrarse con un padre confesor. Recordando las veces que había oído al «todo Madrid» que acudía a Los Jerónimos que don José, el arzobispo, tenía por muleta a don Marcelo para influir en las altas esferas de la jerarquía. Como también había oído que ningún miembro de la familia Russo fue, jamás, de creencias religiosas. Aunque siempre dieron generosas dádivas a la Iglesia y practicaron ocasionalmente sus liturgias, si era menester, con más devoción que el mejor de los clérigos.

Así salió el párroco de la iglesia, encogido y meditabundo, pero decidido de

nuevo a no creer en habladurías. Y menos en aquella noche, se lamentó apesadumbrado.

El viento de la calle le distrajo de sus pensamientos. Al pie de la iglesia le esperaba al volante del coche un joven seminarista a punto de jurar sus votos religiosos. El chófer tomó la primera calle a la derecha, desde Felipe IV vio el Casón del Buen Retiro, se recreó con la arboleda del Retiro que asomaba por todo Alfonso XII y dejó la mente flotar. La Puerta de Alcalá la percibió nublada. Lo justificó pensando que el fresco del otoño le había destemplado el cuerpo.

Poco después, el yerno y el ministro abandonaron también la iglesia. Sobre las frías baldosas de la sacristía quedaron solos Sanjurjo y el Pulpo. La cámara de seguridad les grabó dormidos, recostados sobre el ataúd abierto de Marcelo. Solo una vela iluminaba mortecinamente la estancia, con el típico color violáceo que anuncia sus últimas llamaradas. Junto a ellos, las botellas de whisky aparecieron vacías.

De esa guisa los encontraron los servicios funerarios cuando llegaron a recoger el cadáver.

EN LA GRAN MANSIÓN

*Públicamente se arrogaba haber nacido con el enfermizo deber de servir a
España*

Un contrariado Javier se había puesto en pie en la sacristía dando por finalizada la sesión. Había recogido la chaqueta, sacado la corbata del bolsillo para ponérsela, atusándola con el propósito de estirla, como hizo con el pelo.

—¿Sales, Quirós? —había preguntado al ministro, quien dilató la salida por la dificultad de incorporarse con diligencia.

—¿Te engargas tú de la funeraria Sanjurgo, que para eso has llegado tarde?

—Sí, tranquilo. Nos vemos mañana.

Prefería marchar solo. Recorrió el pasillo central de la iglesia evitando tropezar en la oscuridad, con la única cautela de la luz de su móvil. En medio del formidable silencio, le retumbaron en la cabeza las primeras palabras que le dijo Marcelo cuando le incorporó al clan familiar, animándole a evitar las molestias que pudieran aparecer en el paisaje para no dejarse distorsionar por la perspectiva. Lo importante, le recomendó, era alcanzar la luz blanca al final del túnel, aunque hubiera que transitar kilómetros en la más tenebrosa oscuridad. Fue entonces cuando, a golpe de ver mordidas y chantajes, el yerno descubrió que, para ganarse a su suegro, él debía mutar hacia la más aventajada habilidad delictiva. Y parecerse a él, a quien imaginaba, de joven, a la edad que él tenía, habiéndose tragado a Satanás, como hacen las sanguijuelas con otros gusanos. De hecho, el día de su muerte, almorzando juntos, se había detenido a mirar esa creciente barriga que invadía a Marcelo. Le pareció extraña la desproporción de semejante volumen en relación con el resto del cuerpo, endeble. Oyéndole hablar, su mente se distrajo en una alegoría en la que aquel vientre almacenaba no indigestas comidas sino la bestia esponjada y pugnando por ganar espacio.

En la calle le esperaba Tony, el chófer de Marcelo, que dio por hecho que a partir de ahora sería el suyo.

—¿Le parece bien que vayamos por los bulevares? —le preguntó—. A esta hora no habrá tráfico por ninguna parte.

Javier se limitó a asentir, distraído viendo salir de la iglesia a Quirós, como si le hubiera caído encima una apisonadora. Le pareció un hombre acabado, sometido a una terapia de envejecimiento en aquella iglesia. Instintivamente pensó en su mujer, impertinente por la mañana, abatida todo el día. «La pobre, menos mal que me tiene a mí —pensó—. Tendré que hacer que se ocupe de algo, para que me deje trabajar en paz, con el follón que me viene».

Sorteando las calles de la urbanización, Tony llegó a la que aparentaba más lujosa, con valla alta, cubierta de arbustos, frondosa vegetación, bien iluminada. El conductor activó el mando a distancia para abrir la puerta principal y acompañar al nuevo jefe hasta el jardín, antes de volver para dejar el coche en el garaje. Juana, con la cara descompuesta por los rastros que deja el llanto, le estaba esperando.

—Le acompaño al dormitorio, Javier, la «niña» está que no se repone. Pobre criatura.

Atravesaron juntos el *hall*, pisando las lucecillas estrelladas, y sin pausa se dirigieron al dormitorio. Allí estaba su mujer, acurrucada junto a su madre, las dos tendidas en la cama, desdibujadas tras el fino visillo gris perla que caía por ambos lados del dosel. Despiertas, inmóviles, los ojos abiertos de su mujer como dos ciruelas rojas, ahítos de llanto, como en un homenaje al Marcelo muerto con los ojos desorbitados.

Valeria reaccionó al sentir que llegaba. Se deshizo de su madre y se incorporó para tenderle los brazos. Clara quedó atrás, para observar en segundo plano.

—¿Qué habéis sabido, Javier? No le mató nadie, ¿verdad?

—Valeria, eso lo está mirando la Policía Judicial. Cada uno tiene que hacer su trabajo.

—¡No! —le respondió, dirigiéndose también a su madre—. Trabajaba demasiado, teníais que habérselo impedido. Tú, haberle ayudado más, te lo estaba pidiendo delegándote tanto —afeó al marido—. Y tú, mamá, haberle acompañado, era...

—Eso es, Valeria, era. Está muerto. ¡Basta! ¡Para! —la conminó su marido—. Tu cabeza lo mezcla todo, cuando descanses lo verás mejor.

—Le reventó el corazón, lo sé. —Y le volvieron las lágrimas a inundar las mejillas como si a los ojos le hubieran abierto las compuertas—. No supo parar, por querernos dar la mejor vida a todos. ¡¡Y no le ayudamooooo!! —les reprochó como si bramara, alargando ese plural.

En la mesilla de noche de Valeria, descansaba el ejemplar de *El Príncipe*, que Marcelo tantas veces le había recomendado leer y admirar. Fue uno de los regalos que su padre le hizo al cumplir quince años, «para que llegues instruida a la universidad», le dijo. Marcelo era un experto lector de solapas de libros, gustaba así impresionar exhibiendo que leía literatura, filosofía y política de la Alta Edad Media y muy especialmente del Renacimiento, en cualquier vertiente que ilustrara intrigas, poder, orgías, sagas, venganzas, guerras, crímenes o bajas pasiones. Pero a Valeria le constaba que, con *El Príncipe*, su padre no se había quedado solo en la solapa, es más, tenía la certeza de que lo había releído varias veces. Incluso aplicó a sus negocios la máxima de «el fin justifica los medios», subrayando que la frase en cuestión no brotó de la pluma de Maquiavelo sino de la inspiración de Napoleón mientras leía *El Príncipe*. Y así es como su padre le quiso introducir a ella en sus negocios y le explicó su relación con Sanjurjo, el policía con el que había sellado una hermanada colaboración desde que se conocieron en los noventa. «Sanjurjo —le decía— es el general laureado por su operatividad y yo, el estratega principesco». Un reparto que a la muchacha le gustaba escuchar, porque entendía que la inteligencia de su padre era portentosa y ordenada. El padre le explicó también que en esa hermandad él siempre fue la cabeza y el comisario los brazos, porque a ser cabeza nunca había que renunciar. Sobre ese detalle Valeria nunca quedó convencida, aunque jamás le enmendó. Con el paso del tiempo, conociendo a Sanjurjo, ella ahí vio mucha cabeza y dedujo que la diferencia era que su padre afrontaba los asuntos con sutileza serpenteante, mientras que el comisario los atacaba en línea recta. En esos adolescentes años, Valeria también aparentó ignorar la predilección de su padre por dos personajes históricos, el epítome del maquiavelismo y los escándalos sexuales: el papa Alejandro VI y su hija Lucrecia Borgia. Quizás por los desvaríos de los personajes, Marcelo le escondió esas lecturas y, en cambio, le alentó con tratados políticos. «Si cada noche ojeas *El Príncipe*, estarás preparada para afrontar algún día la dura tarea que te tocará hacer como heredera». «¿Y mi hermano?», se quejaba ella. Por aquel entonces Marcelo ya advertía los silencios prolongados de su hijo Beltrán, que a sus ojos acabarían en descarrilamiento. Aún no sabía de la existencia de Javier, ni había llegado a la conclusión de

descansar en su yerno sus proyectos de futuro. Ni percibía que Valeria tomaba sus recomendaciones con desgana. A *El Príncipe* lo arrumbó junto a otros libros, no releyó ninguna línea, ni sintió que lo leído le instruyera en tarea alguna. A ella esos textos se le antojaban extraordinariamente tediosos. De entre todas las páginas, solo tenía subrayada una sentencia como escrita por su padre para su marido: «Un hombre prudente debe discurrir siempre por las vías trazadas por los grandes hombres, con el fin de que, aunque no se alcance su virtud, algo nos quede de su aroma». «¡Ojalá —pensaba ella tras casarse con Javier— mi marido llegue a oler como mi padre!». Fue por aquel entonces cuando *El Príncipe* saltó del tropel de libros a la mesilla de noche.

Valeria redoblaba la admiración por Marcelo cuando le escuchaba hablar, sobre todo cuando enfatizaba las grandes palabras: España, patriotismo, servicio público o responsabilidad social. Nunca supo, o no quiso saber, que su apetito era otro. Todos en la familia, desde los abuelos a la madre, al hermano, sabían que Marcelo veía, olía y saboreaba el dinero por encima de todas las cosas, como un mosquito huele la sangre a distancia. Que salivaba cuando oía su tintineo, y nada en el mundo le producía mayor placer que tocar billetes. Salvo el Poder, con mayúsculas. Todos lo sabían menos ella. Quizás porque siempre le oyó arrogarse haber nacido con el enfermizo deber de servir a España. Altruistamente. Y se ofuscó en creerle. Su padre hablaba subrayando los mismos principios que le inculcaron en el colegio, el que su padre eligió para que sus hijos, les repetía machaconamente, «fueran educados entre las élites más pudientes». Javier, igualmente, había recibido una esmerada educación, no solo académica sino también social, «para reprimir la expresión de pensamientos, palabras y gestos». Quizás por eso, pensaba Valeria, el joven había encajado tan bien en el mundo de su padre, exigente en lealtad y rectitud. En los últimos meses se la notaba mirarle con embeleso cuando acabó mimetizándose con Marcelo.

«Ese es el trabajo más difícil —le había confesado Javier—, porque tu padre tiene una audacia silenciosa extraordinariamente depurada, muy difícil de aprender». Tozudo él, pero sobre todo inconteniblemente ambicioso, el yerno se había aplicado a la tarea de imitarle como el mejor de sus alumnos. Aquella noche de luto, con paciencia, ayudó a reaccionar a su mujer, acariciándole el rostro, besándole los ojos y la nariz anegados por el llanto, la piel irritada. Ante la bendición de su suegra.

—Lo siento, sé que estoy fea. Suerte que a ti no te sale el llanto —le dijo

Valeria, cubriéndose la cara con las manos—. No quiero ni que me mires. Mira, mamá tampoco llora.

—Valeria, hija, déjalo ya. Aprende de tu hermano, que está muy dolorido, pero a su manera lo va encajando.

—Sé que solo le importaba yo, ni siquiera mi hermano. Tampoco tú, mamá. Le conocía muy bien. Pero conmigo fue bueno. Y con Javier. —Trató de sonreírle a su marido, tomándole la mano—. Aunque no tengas llanto para él.

Aquella confesión no fue solo un alivio para Valeria, sino también para su madre. Durante todo el día Clara no había sufrido por la muerte de Marcelo sino por la pesadumbre de sus hijos, y la rotura de esa niña, como un jarrón que parecía imposible de recomponer. La sensación de bálsamo las envolvió a ambas y Valeria aceptó liberada la pastilla que su madre le ofreció para dormir, «porque con las ojeras que tienes hasta ni las gafas de Dior, que nunca fallan, te servirán de nada mañana. Y, además, quiero repasar unos asuntos con tu marido».

—Parece que ha sido un encargo por la forma en cómo se ha hecho —le insistió Javier a Clara cuando se vieron a solas—. No será difícil dar con esa mujer. En cuanto la suelte la Policía me pondré a ello. Lo peor será tirar del ovillo. ¿Quién coño le dijo que le estampara un pringoso beso en los mismísimos huevos? Y lo de la flor y el calzoncillo a estrenar tiene una lectura mafiosa clarísima. Todo es para humillarle, de lo más tirado. Sé que la chica es rusa, y que los mafiosos de por allí se pintan rosas cuando entran en una organización.

—¡Ay, hijo, no me explico cómo sabes tanto! —replicó su suegra—. ¡Ni que lo hubieras hecho tú! ¡Hay que ver qué listo eres!

—¡Clara, por Dios! No es para tanto. Tú misma lo podrías haber montado igual solo con buscar en una enciclopedia. Por ahí llegaremos, ya lo verás. Y haremos caso a Marcelo: disparo en el entrecejo al asesino, y buena sepultura.

10

EN EL CNI

Los agentes les vieron rechinando los dientes como roedores contentos

A las ocho y media en punto de la mañana siguiente, el SED Jaime Soria supo que la directora de Inteligencia llegaba a su despacho solo con oír su taconeo. Pilar Garrido se aupaba a unos tacones no solo por coqueteo, que también, sino como un símbolo de empoderamiento inalcanzable para los hombres. En los inicios de su carrera, cuando comenzó a trabajar en un periódico, el mundo profesional era mayoritariamente masculino, y solo en las universidades se proyectaba una igualdad real, por el empuje con el que las mujeres estudiaban y se preparaban para desafiar el futuro de un mundo monocolor de hombres. En aquellos tiempos, Pilar Garrido intuyó que el mejor modo de evitar ser presa de depredadores tenía que ser mimetizando su vestuario a la imagen de la masculinidad imperante, lo que se asociaba a seguridad y liderazgo, frente a la debilidad y las aptitudes para el servicio, que se les atribuía a las mujeres. Inteligente, ambiciosa e intuitiva como era, la joven pronto identificó que los hombres elegían, para configurar sus equipos, a profesionales que se asemejaban a ellos, en un mundo donde encontrar a una mujer en el top de la empresa o la política era aún una extravagancia. Esa fue la impresión que tuvo cuando entró en el CESID, el Centro Superior de Información de la Defensa, adscrito a este ministerio, que por fin había aceptado la incorporación de la mujer a las Fuerzas Armadas. Lo dirigía un militar y los mandos eran también militares o guardias civiles. Así es como ella se incorporó, sin desfallecer en su esperanza de que el trabajo, el tesón, la capacidad analítica y la ejecutoria leal y comprometida acabarían, con el tiempo, abriéndole el camino. El mundo cambiaba a paso ligero pero ella lo hacía a zancadas. Sin equivocarse jamás su indumentaria, moderna pero formal, como garantía inequívoca para afianzar su ejecutividad y ahuyentar a los moscones. Bastante trabajo tenía con demostrar su valía cada día,

pensaba ella, como para permitirse frivolidades. Aquello le duró el tiempo de sus años más jóvenes, por lo que a medida que escaló en su carrera se fue aupando en los tacones y enjaretando atractivos modelos para reforzar su definida personalidad. Los *stiletos* y su pelirroja melena eran la estela que dejaba solo con pasar. Garrido era cualquier cosa menos un ser invisible, por lo que la combinación de su físico con el secretismo de su trabajo le daban un aire misterioso, extraordinariamente sugerente.

Después del trajín del día anterior, aquella noche la directora durmió poco y mal. Picando una cena rápida, zapeó por televisiones y radios y repasó las notas para poner las ideas en orden antes de ver al jefe. Por la mañana, para cargarse de energía, eligió una chaqueta de *tweed*, vaqueros ajustados y *stiletos* azules que combinaban con los tonos de la *blazer*. El día vendría cargado y no podía dar, ni por un minuto, imagen de desfallecimiento. Al jefe le admiraba esa capacidad suya para dejar todos los cabos atados, en apariencia hasta los más nimios.

—Jaime, si te parece, empezamos por los hechos. Te paso estos papeles para que veas de dónde salió la mujer que le vio muerto. Se conocían, pero él no la había llamado.

—¿Sugieres que fue un encargo?

—Sí. Y el cerebro estuvo en el funeral. En el círculo más cercano; la viuda es una pieza de cuidado, que hoy vive más tranquila que ayer. Y los otros, los hay de todo pelo, los que están interesados en tapar, los que ambicionan ocupar y los que van a heredar. Y alguno lo tiene todo.

—¿Hablas del yerno?

—De momento, de ninguno en concreto. Digamos que han quedado varios Marcelos vivos y coleando.

Pilar sabía que al SED le gustaba hacer preguntas y darse él solo las respuestas, para provocar nuevos laberintos en la mente de sus equipos. Incitaba, inducía y a lo sumo sugería. Únicamente cuando estaba ante un informe escrito de primeras hipótesis o conclusiones, él entraba al debate, con su criterio formado previamente.

—A la vista del desenlace, ¿cobran más importancia las zancadillas entre ellos? —preguntó él.

—Sí —le respondió, segura.

—Pero en tus investigaciones de meses pasados viste muchos enemigos revolviéndoselo, a los que él se había cargado. El del banco, el de la eléctrica al

que tenía masacrado por no untarle, el otro de la eléctrica que me dijiste al que machacó por bajarle el donativo a la mitad... ¡Bueno, y Antón Núñez!, que ya le llevaba atizando un tiempo, y ayer y hoy ha ido a saco contra él. ¡Menudos titulares; si Marcelo hubiera levantado la cabeza la habría vuelto a tumbar!... je, je, el Interfecto lo ha llamado, ¡qué cosas! ¿Crees que va por ahí?

—¡Sí, claro! Cualquiera podría haber sido. Pero yo empezaría por el círculo más cercano. Y ahí veo dos líneas: una, la venganza; la otra, la herencia. Y aquí, los vivos están todos que se matan. Incluso el hijo, que no habla, se le ve jorobado por cómo lo desplazaron. El yerno va a por todas; contra el Pulpo descarado también y el Pulpo contra él. Enfrentados a todos, menos a Clara, con la que se ha sabido cogerle el punto. A menos que los dos estuvieran en lo mismo. Que, a ratos, lo parece.

—¿Quiénes? ¿La suegra y el yerno?

—Sí. Se entienden.

—¿Se entienden... se entienden? ¿Sería el yerno el tipo con el que ella hablaba en secreto y con el que, tú sospechas, se reunió días antes?

—Esto es lo que tengo que investigar.

—¡Joé! —exclamó el siempre pulcro SED, con una expresión inhabitual en él—. ¿Y algo nuevo de Sanjurjo?

—Después de la conversación rara que tuvo con Marcelo el día de la muerte, se fue de putas. Pero, ayer, lo más alucinante es que estuvo en el funeral solo para ver. Tenemos que averiguar qué buscaba.

—¿Lo que dices es que estuvo escondido?

—Sí. Sentado en un banco fuera del tiro de cualquier cámara. Solo lo tenemos nosotros. ¡Qué no sabrá este de cámaras!

Pilar le explicó que, por las trapacerías que todos ellos tenían, imaginaba que a ninguno le interesaría que se hiciera una investigación a fondo. Un asunto no menor, en su opinión, que el SED debía advertirle al presidente del Gobierno. Quiroga debía saber el interés del Pulpo y Sanjurjo de que fuera la agencia de detectives del comisario quien se hiciera con la investigación del caso. «Dile que ejerce de detective público unas veces y otras de policía privado». También le sugirió que informara al presidente sobre la lamentable situación en la que se hallaba el ministro del Interior, aparentemente triturado por la máquina de picar carne de la factoría Marcelo.

—Hay que repasar las veces que Marcelo animó a Quirós a que gastara en investigaciones de Sanjurjo con dinero de los Fondos. Al parecer, el ministro

quiso parar eso y estos dos no le dejaron —le comentó el SED.

—Sí, creo que, de entre todos los coaccionados por Marcelo, Quirós es quien más tocado ha quedado. También voy a repasar quiénes vivían al límite de las extorsiones. De las conversaciones grabadas en los últimos meses sabemos que había pedido más pasta a unos cuantos. Miraremos también los más castigados por sus televisiones. Desde que compró la competencia, se le desató la voracidad recaudadora. Me da que en el funeral, la mayoría estuvo en *modo avión* y muchos en *modo fiesta*.

Pilar se refería a lo que ella llamaba al «impuesto revolucionario» que Marcelo recibía de los empresarios, so pretexto de reforzarles la publicidad y la buena imagen en sus medios, pero que en definitivas cuentas lo que quería decir era no destruísela. Directivos de bancos, constructoras, eléctricas, alimentación o textil fueron algunas de las cerezas del cesto que degustaba Marcelo, el gran artista de las *fake news* antes de que las mentiras en las *news* se llamaran *fake*. Marcelo fue más de los tiempos de la manipulaciones a secas, de la falsedad, la propaganda y la extorsión que se arreglaba antes levantando un teléfono para decir «basta» que acudiendo a los tribunales a buscar la «verdad». Una buena chequera llegaba antes que la mejor sentencia judicial.

—Desde el punto de vista político —continuó desgranando Garrido—, creo que el presidente del Gobierno ha tomado en consideración nuestros informes, porque no envió al funeral a nadie en representación suya, ni siquiera a la secretaria de Estado de Comunicación, que podría haber sido la persona adecuada, tirando por abajo.

Según la directora, desde que Marcelo se apoderó de todas las televisiones, con la opinión contraria del presidente del Gobierno, y la cadena Lo Más puso en antena el programa *El Desafuero*, para mofarse con guiñoles de medio Gobierno y amnistiar al otro medio, Quiroga rompió toda línea de comunicación con Marcelo. Lo que motivó al capo a emplear su vieja técnica del «divide y vencerás», una línea que reforzaban los informativos, bailando al ritmo del loco cancán que solo él agitaba.

—Y los ministros ausentes fueron los que apoyaron al presidente cuando comenzó a pararle los pies —le apuntó Garrido.

—Mírame si puso cuota máxima o mínima de asistencia de ministros. Esto suele hacerlo en cualquier evento social.

El SED tenía perfecta constancia de que el Caso Olivares, de Marcelo Russo, se había tratado con preocupación en los últimos meses, al menos en tres

ocasiones, en el Consejo de Ministros. Precisamente fue Pilar quien propuso el nombre a la investigación, por conocer bien las aspiraciones del personaje.

—Por cierto, jefe, faltó el ministro de Hacienda, lo que confirma que iban a leches desde que le clavó los tres millones de euros en la inspección.

Desde que el CNI comenzó a investigarle, agentes de Garrido le habían seguido los pasos hasta Suiza en tres ocasiones, donde se reunió con dos directores de bancos y un empresario ruso, con importantes conexiones en el país helvético.

—Aquí lo jorobado —apuntó ella— es que la vicepresidenta Económica o seguía en el guindo Marcelo o se lo hacía, porque ella ha estado en la misa y el ministro de Hacienda no. Quizás esto también deberías hablarlo con el presidente. No sé bien hasta qué punto ella le cubría. Lo miraremos

—¿Y en el bonito ambiente? —bromeó el SED—. ¿Qué es eso que me dijiste, que habías hablado con Clara?

—Me presenté a ella y me recordó perfectamente cuando le hablé de nuestro primer encuentro en el periódico. Creo que eso me ayudará. Tampoco estoy segura, ya te iré contando. Pero, bueno, en la página de color: Lucrecia. Claramente fue a provocar. Herida. Y los del Gobierno y el Partido trataron de esquivarla. ¡Quién se lo habría dicho hace solo un mes! Pero así es la política, les cambian de cargo y es como si les dejaran en cueros. Y eso que a esta le han dado una patada hacia arriba, por todo lo alto. Oye, que hacerla secretaria de Estado en un ministerio no es broma. Es el rango que tú tienes, por cierto.

—Una duda, lo de Lucrecia, ¿lo defendió Sanjurjo?

—No. Fue el Pulpo, pero pudo ser inducido, con esta tropa nunca se sabe. Viendo con detalle las imágenes de ayer, a todos se les veía rechinando los dientes como roedores contentos.

La metáfora pareció sacada del lenguaje de Marcelo, que disfrutaba introduciendo ruido en sus medios. Con frecuencia argumentaba que, agitando el saco, las ratas se ponían tan nerviosas que acababan matándose unas a otras. Decía haberle oído explicar a su padre que ese era un juego divertido pero arriesgado, en su Nápoles natal, solo para tahúres expertos, porque ¡mala suerte si al agarrar el costal el manipulador acababa mordido y fulminado por peste bubónica!

—Que sepas, SED, que le advertí.

—¿De qué, Pilar?

—En mi último encontronazo con él, cuando me amenazó. Se lo dije. Sabes

que lo conocía desde hace muchos años, pero la última vez le dije que pensara en eso de que puedes engañar a todo el mundo algún tiempo, a algunos todo el tiempo, pero no a todo el mundo todo el tiempo. Y que lo suyo era un chicle muy estirado. Había tenido con él dos broncas antes, ya ves... —le confesó Pilar, permitiéndose esa pequeña debilidad.

—¿Y qué te dijo?

—Que la calidad de los enemigos era lo que le daba categoría.

El SED siguió mirándola, absorbiendo aquello sin inmutarse. El único gesto que dejó traslucir fue una ligera sonrisa, que no era sino la empatía que le generaba su subordinada.

—Mira qué jueces asistieron, Pilar. Y quiénes fueron del Partido de la Gente en Madrid.

Era el partido de Gobierno, roto en dos mitades en la Comunidad madrileña: de un lado, quienes gobernaban con la regeneración como bandera y, de otro, quienes habían sucumbido con la corrupción en la que chapotearon de la mano de Marcelo.

—Sí, porque ahí ha dejado también un buen cementerio. ¡Madre mía, si no muere él, habría provocado un holocausto! En fin, jefe, menudo regalito me ha caído. Nos quedaremos sin pestañas siguiendo el rastro a todos los caídos. El tipo los llevaba apuntados en un cuaderno.

Cuando Garrido se disponía a salir del despacho, estando ya casi en la puerta, el SED le hizo una pregunta, que a él le salió espontánea y que, aunque le había rondado varias veces por la cabeza, nunca vio la ocasión propicia de plantársela.

—Pilar, ¿tuviste un lío con él?

Ella se frenó en seco, manejándose bien sobre sus soberbios tacones. Se giró, esbozando una pícaro sonrisa.

—¿Con quién? ¿Con Marcelo?

—Sí.

—Digamos que fue una larga historia, para la que hoy no tenemos tiempo. Pero lo sabrás todo. Para el jefe no hay secretos cuando hay órdenes que cumplir. Pero ahora el deber más inmediato me reclama. —Y salió del despacho con el mismo garbo con el que había llegado una hora antes.

Solo media hora después, a las diez de la mañana, los servicios funerarios volvieron a cargar con Marcelo, esta vez de vuelta a casa. Y allí, en el jardín, bajo la impresionante rosalada, se dispusieron a darle eterno descanso en la

sepultura abierta con ese propósito. La ley obligaba a enterrar los cadáveres en los cementerios autorizados, pero el arzobispo de Madrid bendijo el hogar de los Russo, en la urbanización residencial Puerta de Hierro, como camposanto familiar cuando compraron la casa hacía ya casi seis años. Así lo solicitó y dejó escrito el difunto, y nadie habría osado contradecir la última voluntad de Marcelo. En su testamento se guardaban memorias que eran un inquietante tesoro.

Al enterramiento asistieron su viuda, hijos y yerno, acompañados del ministro Quirós, el comisario Sanjurjo, el Pulpo, Javier Fierro, Paco Sotillos y el presidente del club de fútbol Capital de España. En segundo plano se situó Pilar Garrido, junto a Mariví, Juana, María, Tony y el resto del servicio.

Sic transit gloria mundi.

Segunda parte

EL COMIENZO

1990, en adelante

1

EN EL BOM-BOM

Imaginó una gigantesca jungla por la que el dinero culebrea oculto

El bar Bom-Bom estaba situado en la madrileña calle de Capitán Haya, la zona del más selecto lenocinio de la capital, y se había convertido en uno de los locales de culto de los yupis, los artistas, los directivos del Ibex 35 y los aristócratas, de finales de los ochenta y principios de los noventa. Los hoteles de cinco estrellas recomendaban visitar el lugar en su guía de ocio a los altos ejecutivos que en ellos se hospedaban, y entre la refulgente gente guapa madrileña era difícil justificar ante los amigos masculinos que uno no conocía el Bom-Bom, la última estación de moda en la ciudad para beber con diversión cualquier cosa menos un coñac de taberna. El reclamo del local lucía en la fachada con una foto a color de un grupo de chicas, que nada tenían que envidiar a las *tops models* españolas que, por aquel entonces, desfilaban en las pasarelas con la categoría de estrellas y no de perchas, como había sido hasta entonces. Sobre sus cabezas se podía leer con letras sobreimpresas una invitación a la *dolce vita*, que decía literalmente: «Ven a olvidar los años vividos sin vivirlos en absoluto», dirigido a hombres con recursos a los que nadie esperaba tras el trabajo y hombres que no querían que nadie les esperara.

En el Bom-Bom los ejecutivos se mezclaban con elegantes busconas; empresarios se divertían con femeninas cazafortunas, afamados políticos reían con animadoras; chicas deslumbrantes triunfaban entre maduros adinerados. El bar no solo ofrecía señoritas a quienes lo desearan, sino que a él acudían mujeres en busca de hombres triunfadores. Esa era la clientela y la receta para el éxito que, con discreción, había aplicado su dueña, *madame* Memé, una mujer de dimensiones rotundas, entrada en los sesenta, que destilaba con sus gasas, pizpireto moño rubio y cara coloreada, el aroma de quien ha hecho de la seducción su modo de vida. En el Bom-Bom casi todos los hombres se conocían

entre sí, pero allí se ignoraban, hacían como que no se veían. Ese era su secreto compartido. Y aplazaban los saludos para cuando coincidían en los más lujosos restaurantes de la capital, con un chip diferente. Los ojos de Memé, que lo veían todo, guardaban la información como si tuvieran siempre los párpados caídos.

Para triunfar, ella supo que por el local debían circular chicas provocadoramente *sexys* creando cúmulos estelares de la vida en rosa y *Love is in the air*. Ella las adiestraba en el andar por la sala, beber junto al piano o la barra, acercarse a los clientes para darles conversación, sentarse voluptuosas junto a ellos. Todo a un ritmo lánguido, sin desprenderse de juguetonas sonrisas. Como ángeles levitando. Rubias, pelirrojas, morenas; con cabellos largos, cortos, de media melena, recogidos o sueltos; luciendo envidiables pieles sonrosadas, tostadas, negras, aceitunadas o pajizas, todas eran preciosas. Ninguna de las chicas se parecía a otra. Por sus aspectos, se podía sospechar el punto geográfico en el que habían nacido, porque Memé las elegía intencionadamente diferentes, para componer con sus estudiadas figuras un variado mosaico de abrumadora sensualidad. Para los clientes el juego estaba en adivinar quién de entre todas las mujeres que se podían encontrar en el local trabajaba para el Bom-Bom y quién había acudido como clienta buscando un buen partido masculino. El bar era caro y selecto y ese era su atractivo. La *madame* dejaba las puertas abiertas a damas y caballeros, con la única condición de que todos cumplieran con la etiqueta exigida: traje y corbata, para ellos; vestido de fiesta o cóctel, para ellas. En última instancia, el portero era el encargado de decidir la admisión.

Recostado en uno de los sofás del bar, se hallaba uno de sus clientes habituales, el inspector de Policía Lucas Martínez, tan pinturero como siempre, enfundado en su traje de chaqueta una talla más pequeña. Bebía un daiquiri con pajita, solo, distraído en sus pensamientos, cavilando en la noticia que había venido escuchando en la radio sobre la reunificación de Alemania, que había conmocionado al planeta en aquel mes de octubre de 1990. Acababa de caer el muro de Berlín, la gran frontera del mundo. La Unión Soviética se había disuelto como un azucarillo en una taza de café caliente y se anunciaba «el fin de la Historia», el triunfo de Occidente por el agotamiento del comunismo, cerrando el siglo xx en un círculo, volviendo al punto de partida, a la victoria de nuevo del liberalismo. El policía, sorbiendo pausadamente el cóctel, pensó que el triunfo de ese liberalismo económico podría abrir paso a un capitalismo salvaje. Y paladeó la idea de que gente como él finalmente pudieran encontrar su gran

oportunidad en medio de lo que, imaginó, podría ser una gigantesca jungla por la que circulara el dinero, culebreando oculto. Nada de pelotazos como hasta entonces en España, ni montones de billetes verdes solo para la *beautiful*. Lucas agotó de un trago la copa, encendió un pitillo y con la primera calada se vio a sí mismo cargando con maletines de dinero, repletos de billetes azules. Lo más. Su sueño recurrente podría verse cumplido. Pidió otro daiquiri. Su única meta en la vida era ganar mucho dinero y poder amasarlo a placer. Memé le distrajo de sus pensamientos.

—¿Qué pasa hoy, inspector? ¿No te gustan mis chicas? ¿O será que prefieres hablar conmigo? —le provocó la *madame*, haciendo un gesto con la cabeza a una rubia para que se le acercara.

Divertida, una espectacular joven le bamboleó caderas y su largo pelo rubio. Sin más permiso, se sentó y abrió su abanico de conversación y risas que le contagiaron a él en cuestión de segundos. El ambiente era licencioso, selvático y fresco, decorado con maderas, mimbres y plantas colgantes, que crecían a la luz de los focos. Para vivir emociones como en una enigmática y refrescante jungla.

En ese ambiente seráfico, en el extremo menos iluminado de una de las barras para ver sin ser visto, se apostó un joven de tan solo veinticinco años, de nombre Marcelo, rostro corriente, pelo castaño engominado, traje de alpaca gris de corte a la medida, pañuelo de lunares asomando del bolsillo de la chaqueta y brillantados zapatos negros. Era la primera vez que Memé le veía por allí y su porte le llamó la atención. Acababa de llegar a Madrid desde Mallorca para iniciar en la capital su vida profesional con el convencimiento de que el envoltorio hablaba de un individuo antes de que pronunciara la palabra «hola». Esa fue la razón por la que, en su primera visita al Bom-Bom, eligió cadena de oro para el cuello en lugar de corbata y se puso en el dedo meñique de la mano izquierda el repujado anillo con motivos heráldicos para grandes ocasiones. El intenso olor a perfume de inspiración italiana de Armani, que se emanaba desde ese rincón, traicionaba su pretendida discreción.

Memé observó cómo la tarea de aquel tipo era ojear el local de un lado a otro, como si tratara de encontrar algo. Y no se equivocó. Los ojos de Marcelo buscaban a los verdaderamente ricos que allí hubiera y, fascinado por el ambiente, se entretuvo en sus cavilaciones. «Quizás aquí pueda conocer algún día a Mario Conde —pensó—. Seguro que este tío no se pierde esto». Conde, el hombre que tenía deslumbrada a España entera, incluido a él, el gran triunfador

—«Este sí que podría llegar a presidente del Gobierno, ¡ya quisiera yo!», se dijo repasando los detalles lujosos del bar—. Un tipo joven, guapo, rico, ¡qué más pedir a la vida!, ¡presidente del Banesto sin cumplir los cuarenta! A un tío así Marcelo le rendiría honores, lo tenía claro, solo por el mérito de haberse aupado a la cúspide de la banca, donde hasta entonces había mandado la gerontocracia. Con el dedo índice y una sonrisa, llamó a la camarera.

—¿Tú sabes quién es Mario Conde?

—Sí, ¡claro!

—¿Y viene por aquí?

La chica se encogió de hombros, se dio media vuelta y siguió poniendo bebidas. Los ojos de Marcelo la siguieron y quedaron distraídos viendo la habilidad con la que ella echaba en la coctelera el hielo y el azúcar, y tiraba de las botellas que tenía a mano, tequila, Cointreau, limón en botella de plástico, para mezclarlo todo y agitarlo con garbo al ritmo de la música. En menos de un estribillo, el cóctel estaba escarchado y servido en la barra, con los bordes de la copa decorados con polvo blanco y rodajas de limón. Marcelo miraba todo con expresión complacida, fumando un fino cigarro puro, como si él mismo fuera una de las vigorosas volutas del humo que lanzaba al ambiente para terminar difuminándose. En aquellos años, un buen habano era un elemento exponencial de la buena vida y él no se privaba de eso. Aunque le gustaban finos, para distinguirse de la vulgaridad. Con caladas profundas, lo disfrutó con un goce cercano al éxtasis cuando detectó que el protagonista de la escena de uno de los sofás era el policía Lucas Martínez, el hombre que él andaba buscando. Lo tenía enfrente, riendo complacido con las provocaciones de la chica que, atrevida, se le arrimaba y le acariciaba la nuca. Ella le acercaba su copa a la boca para que él bebiera, entre risas. Revoltoso, Lucas iba correspondiendo a su conquista del mismo modo, dándole a sorber daiquiri, jugando con la pajita de la bebida sobre los labios de ella, entre nuevas risotadas. La frivolidad divirtió a Marcelo, acostumbrado a diseccionar la vida como el entomólogo que analiza los bichos clavados en un corcho, aquí una pata, ahí las antenas. En el sofá, la bebida se le mezclaba a Lucas con los besos y manoseos con los que jugueteaba la rubia. La escena se resolvió cuando Lucas acabó cogiendo a su conquista de la mano, los dos se levantaron del sofá y, chispeantes, acabaron perdiéndose tras las cortinas de color rojo intenso que daban paso a otros recintos más privados. Marcelo les siguió con la mirada hasta que el cortinaje les escondió, sonriendo levemente,

paladeando el whisky y apurando ávidamente el habano. Y allí quedó a la espera, sin que Memé se le despistara.

El mismo espectáculo de la cortina roja se repetía con naturalidad, una y mil veces a lo largo del día, y eso a él le hizo gracia, el pensar que cientos de parejas entrarían y saldrían de aquellos adentros que el cortinaje escondía como quien pasa por el torno de un supermercado. Pero aquí era al contrario. Lucas entró con la mercancía y salió ligero, sin ni siquiera la compañía.

La *madame* también le vio salir, más desgarbado que en su aspecto habitual y que ella conocía bien. Hombre de mediana estatura, escuálido, bien encarado, oscilaba en aspecto entre el desaliño y lo asilvestrado en función del día y la ocasión. Con la devoción que en los últimos años se le tornó en dependencia, como era la de colmar sus más bajos instintos con prostitutas contratadas en la calle, al precio de un paquete de tabaco. Aunque una vez a la semana visitaba a Memé para darse en el Bom-Bom un homenaje.

Con la *madame*, Lucas había trabado una amistad de años, desde que ella misma, tras enviudar con algunos dineros en herencia, comenzó a servir copas en el Gayarre, en el núcleo de lo que entonces se conocía como el centro financiero de Madrid, en el paseo de la Castellana. El lugar más idóneo, así se anunciaba, para tomar una copa cómodamente, en un ambiente clásico y elegante. «Cuando Madrid cierra sus ojos, Gayarre nos abre sus puertas», era su gancho. A Mercedes Menéndez, el Gayarre le abrió todo. El ocio, el trabajo, la bolsa y la vida. Y los ojos. Allí aprendió ella, en su esplendorosa cuarentena, que el bar era conocido como el «follarre» y qué, si ella desplegaba sus más íntimas habilidades con desenvoltura, eso le permitía relacionarse con los caballeros más finos de la aristocracia financiera. Hombres engominados que dejaban el maletín de trabajo en el coche y no se quitaban la corbata hasta llegar a la alcoba. Una elegancia forrada de billetes de diez mil pesetas, el nuevo dinero azul que a ella le deslumbraba, por un lado la imagen del Rey y por la otra la del Príncipe de Asturias, toda una comodidad de pago para los ricos. Solo un tiempo después, la viuda Mercedes se convirtió en la reputada *madame* Memé al frente de su local, el Bom-Bom, unos cuantos metros más alejado del Gayarre, pero en la misma zona para atraer a sus viejos clientes para los que había trabajado con soltura a destajo. Cuando Memé se convirtió en jefa, ya sabía todo lo que tenía que pedir a sus chicas y qué era lo que entusiasmaba a sus clientes: el descarro simpático que les liberaba del trabajo y la puta entregada en la cama que no tenían en casa. En esos años, España se abría al mundo y veía con naturalidad que un

vicepresidente del Gobierno mantuviera abierta relación con dos mujeres, pero era más por el carácter pancista de los españoles, que por creencias liberales arraigadas. Apenas hacía una década que las mujeres en España podían adquirir anticonceptivos, divorciarse y, desde hacía muy poco tiempo, acogerse a un aborto legal. Tiempos de cambios en los que Memé se licenció en sociología de alcoba. En unos meses aupó al Bom-Bom al podio de las copas y el ocio nocturno, con las prostitutas más refinadas de la capital, camufladas en esculpido cuerpos como las *tops* que triunfaban en las pasarelas, y que cualquier hombre querría meter en su cama.

2

EN LAS TINIEBLAS

Buscó a una rata con la ambición de cambiar el olor a pestilencia por el mejor de los perfumes

Marcelo estuvo controlando a Lucas durante un tiempo. Le había seguido el rastro que dejaba por los bajos fondos policiales estudiando detalladamente su perfil, y había buscado el momento propicio para abordar a su presa en el Bom-Bom. Sabía de él que era inspector de Policía con fama de quedarse con pequeñas multas y negociar mordidas. De poca monta, porque nunca le habían pillado. Un tipo correoso, un tunante inteligente y astuto, con aspiraciones de más pero sin haber salido del menos, elevado a inspector porque su mayor mérito era moverse con comodidad por las cloacas del Estado. El perfil que Marcelo tenía en la cabeza, el de una rata con aspiraciones, con la ambición de cambiar el olor a pestilencia por el mejor de los perfumes.

Marcelo agarró su whisky y se acercó a su hombre. Había contado las copas que Lucas había bebido y pensó que aquel era el momento propicio de abordarle.

—Buenas, ¿molesto? Es que estoy un poco perdido. Me han recomendado varias veces este local, pero no sé cómo va esto. ¿Estas son putas profesionales o putas cazafortunas?

Al policía le sorprendió la forma tan directa de dirigirse a él, viniendo de un chico tan joven con aspecto de comer caliente. Pero ese era el lenguaje que a él le gustaba y entró en el juego de inmediato. Marcelo sabía de sus mayores puntos débiles, por lo que solo tenía que aparentar ignorancia y descaro, y alimentarle su encogido ego. Las investigaciones previas que había hecho de él le habían llevado a esas mismas conclusiones.

—Bueno, hay de todo —respondió Lucas con tono ufano—. A veces a las que vienen de fuera las distingues por el bolso, porque en general no lo dejan en el guardarropa, en cambio las de aquí van más sueltas. Desde luego, es el mejor

local de Madrid, con diferencia. Nunca llegas a probarlo todo. Memé va cambiándolas con frecuencia para asegurarnos emociones nuevas.

—¿Quién es Memé? —simuló ignorar Marcelo.

—La *madame*. Aquella gorda que está allí. Sabe del negocio. Va cambiando a las chicas porque somos muchos los tíos a los que nos gusta experimentar. Porque para lo de siempre ya lo tengo en casa.

—Brindo por ti. Tienes un buen método, amigooo... —Y Marcelo dejó la frase en el aire, esperando escuchar un nombre.

—Lucas, me llamo Lucas, y soy inspector de Policía —contestó, cacareando como un pichón.

—¡Ah! Bonito nombre.

—Así es que ándate con ojo conmigo, que lo ficho todo —remató sin pausa, con fanfarronería.

Para Marcelo, eso era lo bueno que tenían los bares, que relajaban todo, especialmente la sesera. Justo lo que él iba buscando. Y supo que lo había encontrado. Solo necesitaba seguir echando alpiste al pichón, lo que en ese lugar era simplemente más bebida.

—Bueno, joder, pues iré con cuidado, un inspector de Policía... ¿Y qué haces por aquí? ¿Trabajando? ¡Menos mal que aún no he roto ningún plato! —bromeó Marcelo.

—Y tú, ¿a qué te dedicas? —le preguntó Lucas.

—Yo soy un futurible.

—¿Un futur qué?

—Un hombre de futuro. Oye, sin coñas, tómame en serio. Ni te imaginas lo que tengo en la cabeza. ¿Tú sabes lo que es tener la seguridad de que me moriré forrado? De pasta, digo. Asquerosamente rico. Hasta eso tengo planeado, una mortaja envuelta en billetes verdes.

Marcelo se echó mano al bolsillo del pantalón y sacó un fajo de billetes de mil pesetas atado con una goma. Rebuscó entre ellos y encontró varios de cinco mil. Lo hizo con gesto de naturalidad, como si fuera uno de esos juegos de la televisión en los que el presentador tiene que repartir dinero y mira entre el público. Un par de chicas que habían olido el fardeo y la soledad de los hombres se acercaron a ellos.

—¡Qué! ¿Os gusta? —les preguntó Marcelo, alzando la mano con uno verde—. Pues no, este es para él. —Y haciendo con el billete un avioncito se lo quiso poner a Lucas en el bolsillo de la chaqueta, pero el policía lo rechazó

ladeándose—. ¡Es para ti! Porque me has caído bien, hombre, los policías tenéis mucho mérito, y patriotismo, que es muy importante y necesario en estos tiempos. Y tú más, si has llegado a inspector. Toca este billete. —Y se lo colocó en el bolsillo con la habilidad de un prestidigitador—. El dinero que cae del cielo da buena suerte, y si ahora lo tiras, sería peor que echar a la basura el recordatorio de un muerto. Eso te podría arruinar la vida. Si alguna vez no lo quieres, déjalo por ahí, en un cajón y ¡listo! Con el billete lo mismo, pero ni se te ocurra tirarlo. Lo he hecho con buena fe y podría ser tu ruina. A mí hace un tiempo me cayó uno igual y me fue cojonudo. —El policía le escuchó sin articular palabra, como si fuera el espectador de un *western*—. Mira, yo toco muchos de estos. —Y volvió a soltar la goma que los envolvía—. Y me gusta más que tirarme a una de estas tías. Porque noto cómo que se multiplican, que la suerte se me ha puesto de cara. Y mira que estas tías están buenas, ¿eh? Porque te digo, a mí, estas señoritas me gustan así, putas elegantes. Para acompañar a un rico en los negocios, *pretis womans*. Eso también lo tengo en la cabeza.

Lucas continuó con la boca estúpidamente abierta, lo que le facilitó tomarse el daiquiri de un solo trago. El alcohol, la música y las palabras de Marcelo hicieron de su cerebro una agitada coctelera a donde iba echando distintas sensaciones: ahora curiosidad, luego estupefacción, un poco de fascinación, mucho de sorpresa y otro tanto de desconcierto. «Acojonante, la vida, acojonante», le oía decir a Marcelo. El brebaje le fue asomando por los ojos, desorbitadamente abiertos como un *goldfish*. La idiotez de su cara le dio impulso a Marcelo para seguir provocando al ingenuo cazador cazado.

—Porque tú, Lucas, ¿nunca te has planteado que querrías ser inmensamente rico? *Filthy rich*. ¿Sabes lo que es *filthy rich*? Asquerosamente rico, lo dicen los ingleses. Lo aprendí el otro día y me encanta esta expresión. ¿A ti no?

Lucas salió de su pasmo:

—Bueno, Marcelo, sí, pero no, es que... Yo... Bueno, yo no lo veo posible —atinó el ojos de pez a balbucear.

—¿Por qué no lo ves posible, amigo? ¿Qué es lo que no ves?

—Rico yo... no, eso no, es que no lo veo. Pillar algo, puede, pero yo no veo más.

La mente de Marcelo iba disparada. Hizo un gesto a la camarera para que les sirvieran dos copas más, satisfecho por cómo estaba discurrendo su planificada maquinación. Pensó que solo tenía que conseguir emborrachar un poco más al tipo e invitarle a que continuara hablando. En la medida exacta para

que al día siguiente no pensara que había sufrido una alucinación. Le preguntó por los fajos de billetes que llegaban a la comisaría, por el destino del material que se exponía en los alijos, por las mordidas más frecuentes que él podía pillar y por las prácticas de corrupción más corrientes entre un agente con aspiraciones como él. Poca cosa, resolvieron en concluir los dos. Y, en ese punto, fue donde Marcelo le puso la ballesta.

—Yo tengo un plan, inspector, para hacer dinero. Ahora mismo el trabajo más importante del mundo es el de los espías. ¿Me sigues? Los americanos, los rusos, hasta los chinos juegan a ser James Bond. Todos han descubierto que la información es poder. Y el futuro, hazme caso, ya lo verás.

—Bueno, eso sí, claro. Pero yo, de repente, no me veo de espía, la verdad.

—No, hombre, no. No hace falta ser espía para forrarse. Aquí lo importante es pensar que valemos más de lo que siempre pensamos que valemos. Por ejemplo, ¿tú sabes lo que pagaría un director de periódico por una información de las que tú manejas? Imagina que yo le diera al periodista un dossier de los tuyos, ¡claro, no gratis! ¡Oro, Lucas! ¡Eso valdría oro! De forrarse, ya te digo.

—No... claro... mirándolo así... puede... es que eso yo... nunca lo había pensado —siguió balbuceando el maltrecho inspector.

—Pues este es el futuro, y la única manera de hacerse rico. Y tú tienes un potencial enorme. Solo necesitas un socio, y ese tipo soy yo. Yo sé pasar y vender información. O sea, que lo tenemos todo.

Marcelo propuso un brindis, eufórico por la borrachera de ideas con la que había esponjado la cabeza de su presa, pero observó que de nuevo su copa estaba vacía. Había conseguido que, en ese punto, el policía también estuviera ebrio de bebida, por lo que solo tenía que rematar su plan, que no era otro que atraparle en una cita que le imantaría a él para el resto de su vida. Fue entonces cuando el joven y sagaz Marcelo se levantó de la barra y, con una palmada en la espalda, antes de decirle adiós, le preguntó al oído dónde podía mandarle una invitación.

—A la comisaría de centro, en la calle de la Montera —acertó a responder.

—Muy bien, pues allí tendrás una invitación. Quiero que veas una boda. No tendrás que ocuparte de nada. Solo de entender que esto será para mí el principio de todo. De forrarse. Espero que lo hayas entendido. Creo que eres un tipo muy listo.

Satisfecho, Marcelo se encaminó al guardarropa del Bom-Bom para recoger su abrigo y sombrero, una indumentaria deliberadamente elegante que se propuso vestir a partir de entonces para impresionar socialmente. Era de la

opinión de que el hábito hace al monje. Lo mismo exhibiendo coches, despacho, restaurantes, vestimentas, pomposos detalles y, por supuesto, gemelos únicamente de oro. Aquella noche llovía en Madrid, y eso le pareció un buen presagio, porque en la puerta del bar le esperaba el chófer de su inminente mujer, con el paraguas desplegado para protegerle de la lluvia. Y aquel le pareció un gesto que le distinguiría del resto del personal.

Arrumbado en la barra del bar, Lucas se quedó haciendo equilibrios sobre el taburete, recostado en un brazo. Pensando cómo alcanzar su cama, un laberinto que le pareció de solución imposible. Las células del alma caritativa de Marcelo se activaron y le hicieron volver sobre sus pasos, al pensamiento de «este hombre, si se toma una más, hoy rueda por las escaleras».

—Inspector —le susurró Marcelo, casi al oído—. Llueve, ¿quieres que te acerque a algún sitio?

Marcelo ya no obtuvo respuesta. Le zarandeó un poco y le notó aletargado. «Está mocho —se dijo para sí, peor que Bogart preguntando qué hora es en Nueva York si es diciembre del cuarenta y uno en Casablanca—. Este ni eso». Y volvió hacia la calle. Satisfecho. Su personalidad le ayudaba, la de un tipo sin sentimientos de culpa, con capacidad para la manipulación, apasionado del riesgo, sin temor al peligro. Al que le entretenía el caos y le aburría la falta de excitaciones intensas, pudiendo aparentar ser un tipo encantador como fue aquel día con una simple presa, desde su grandioso sentido del yo, que veía al resto del mundo sobre su pedestal.

Cuando Memé le vio marchar, se dirigió a atender a Lucas, que ya había perdido la noción del tiempo y el espacio, ni sabía la ciudad en la que estaba ni la hora que era. Él solo sintió que el cerebro le acunaba. Fantaseó que ese balanceo era su cama, que la *madame* que se le había acercado era una Venus, un ángel que le había caído del cielo para arrullarle. Rodeada de muchas más chicas, que se multiplicaban para reírle.

Nunca supo quién le sacó de allí. Ese fue un secreto que su amiga Memé se guardó para ella, como otros tantos.

3

EN LA BODA

Aquello era un bodorrio con un don nadie, un auténtico infortunio para la niña

La finca Biniorella, situada en Camp de Mar, en el municipio mallorquín de Andratx, fue el lugar elegido por la familia Cirer para celebrar el enlace de su única hija, Clara, con su prometido, Marcelo Russo. La *niña*, como tenían por costumbre llamarla sus padres, había elegido la vieja casona mallorquina para acomodarla a sus gustos en el día de la boda, una tarea que la distrajo durante meses. Ella fue quien convenció a su madre para que el pórtico posterior de la masía fuera entoldado y para acristalar una parte del fabuloso jardín, con lo que dar una calurosa bienvenida a los casi doscientos cincuenta invitados. Una idea brillante que permitió el día del enlace abrir las cristaleras para que el sol tocara las pieles como un bendito regalo celestial. Decenas de mesas y sillas de madera de la isla se engalanaron con tejidos adornados con lazos de raso blanco. El resultado fue un conjunto luminoso, de cielo azul, verde vegetación, mobiliario de madera natural y claros ropajes, exactamente el mismo que Clara había visto en una lujosa casa en la revista *Hola*. Su pretensión era conseguir una fiesta romántica para ricos, donde no faltara detalle alguno, tampoco una zona despejada a modo de pista de baile y un fabuloso *chill out* para disfrutar de la caída de la tarde tramontana. Así se lo pidió a sus padres, y así lo tuvo.

Era otoño y, con un día despejado como ese, el cielo mallorquín se pintaba de un azul intenso y destacaban con fuerza los verdes de los espinos y los endrinos del jardín. Tallos sarmentosos abrazaban la piedra de la casona, entremezclados con trepadoras glicinas, colgantes con la lasitud de las plumas aunque pujantes por aromatizar el ambiente. La madre de Clara había elegido las orquídeas en diferentes colores para ensalzar aún más el espectáculo que conformaba el comedor sobre el jardín. En el *chill out* se instalaron grandes

maceteros de piedra con borrajas enzarzadas con flores de color azul intenso, el color preferido de la novia.

El *corner* sudoeste de la isla de Mallorca se había desarrollado con gran dinamismo en los últimos años. Miles de personas visitaban sus ricos municipios de la costa norte, los que iban por Estellencs, Valldemossa, Deià hasta llegar a Sóller. Y desde Andratx hacia el este, serpenteando montaña y costa, donde se alzaban los pujantes enclaves de Calvià, Magaluz y toda un área de desarrollo hasta alcanzar la próspera ciudad de Palma, que atraía cada año a la familia real. Y esta, a su vez, imantaba a la más selecta clase social española, que pujaba con *celebrities* nacionales e internacionales por amarrar su yate junto al *Fortuna* o el *Bribón* en los que navegaba el Rey. O por frecuentar el restaurante Flanagan, en puerto Portals, donde departía el monarca junto a sus compañeros de vela o motor tras las jornadas de mar. En esos años, Andratx despuntaba como cita obligada de moda, entre mar y montaña, y la finca Biniorella aspiraba a ser la más selecta masía de la isla para celebrar fastuosas ceremonias como la de aquel día.

El decorado quedó grandioso para una boda de película que nada tenía que envidiar a la que Vito Corleone le regaló en *El Padrino* a su única hija. También Clara era *la niña* a la que sus padres regalaron aquel festival, el mayor perifollo conocido en la isla en los últimos años, regado en los aperitivos con caldos de la tierra y animado con música, a ratos romántica y a ratos de charanga, que incluía algunas tarantelas dedicadas al novio, de ascendencia italiana. La enamorada, que habitualmente expresaba su listeza solo con verle los ojos, enormes, vivarachos, llamativamente verdes y alegres, aquel día rebosaba hermosura por todas partes. Desde el rostro a la figura, el traje o el cabello trenzado y recogido para destacar aún más la imponente tiara «Grace», elaborada con flores y hojas de cristal de Swarovski, sobre una banda de plata. Desde niña, Clara manifestó una gran personalidad difícilmente influenciada, por lo que fue decisión suya la de entallarse un traje nupcial semejante al que eligió para su boda la princesa monegasca Grace Kelly, porque, en su opinión, era una mezcla de glamur artístico y aspiración nobiliaria, exactamente lo que ella buscaba. Pronunciado escote palabra de honor, marcado en uve, cintura ceñida con ancho fajín y falda con menos volumen que el lucido por la princesa pero con parecido encaje en talle y brazos, a juego con el largo velo, sujeto con la diadema. Su madre le alabó el gusto cuando se sentó en la mesa presidencial acompañada por su recién estrenado marido.

—El traje te da una enorme distinción, más fino y elegante que el que te propuse yo, ese que vi todo de encajes. Pareces una princesa de verdad, hija.

Marcelo tenía dos años más que ella. Era un muchacho no especialmente apuesto, pero al que las chicas se disputaban en el instituto por el atractivo que desprendía su ingenio y simpatía. Eso es lo que le enamoró a Clara de él cuando estudiaron juntos, antes de marcharse ella a Barcelona a la universidad. Eso y la sensación de orfandad que percibió en el muchacho cuando supo que su madre había desaparecido del hogar familiar siendo él un niño, en su Nápoles natal. Le conmovió saber que él nunca más supo de ella. Que el padre, con el pequeño Marcelo a cuestas, emigró a Mallorca atraído por el *boom* del turismo español, buscando la oportunidad de prosperar y un cambio de vida. Abriendo un pequeño hotel en Calvià cuando el municipio despuntaba como el más rico de España. «¿Por qué vinisteis aquí?», le había preguntado Clara. El muchacho no le pudo dar respuesta. Le contó que un día, siendo muy niño, él también quiso saber. «Papá, ¿por qué estamos aquí, en vez de buscar a mamá?». A lo que el padre le respondió que un día había escuchado un bolero y supo que ella no volvería más. El día que Clara escuchó ese relato, fue consciente de que su amor convertiría a Marcelo en el hombre más feliz del mundo. La vida de don Umberto Russo, en el imaginario no solo de su hijo sino también de ella, había sido una cadena engarzada de pérdida, lucha, enfermedad y muerte. Todo padecido a una edad temprana. Dejando a su hijo por herencia la capacidad de trabajo, la ambición, el afán de superación y un hotel que iba al transtrán. Legado que enamoró a Clara pero que, a los ojos de los Cirer, nunca fue suficiente. Para su suegro, Marcelo era un don nadie sin oficio ni beneficio, un chico que había abandonado los estudios para ocuparse prematuramente del hotel, un auténtico infortunio para su única y bien criada hija. Una opinión compartida por la madre de Clara, que con pelmaza insistencia se lo recordaba a ella.

—Hija, hay bodas, boditas y bodorrios. Tiene razón tu padre, lo nuestro no será un bodorrio, pero tampoco será una boda. Como mucho, haremos una bodita, por mucho que la vistamos.

El enlace se vistió con un espléndido ágape en la finca más renombrada de Mallorca, con invitados de postín, besamanos y *photocall*. Increíblemente bien integrada en aquel paisaje, Clara vio disfrutar a su madre, posando para las fotos con desenvoltura. La mujer, asesorada por su hija, había practicado afanosamente ante el espejo de su dormitorio en los días anteriores a la boda. Clara le había aleccionado que lo más importante que quedaría del festejo sería

el despliegue fotográfico del suplemento extra que publicaría *El Periódico de Mallorca*, veinte páginas a todo color, contratadas por su padre con antelación. «Un hombre con la palabra “negocio” incrustada en el cerebro —le había dicho Clara a su novio—. Ahí donde pone la mano, crece el dinero».

Ciertamente, a Pascual Cirer no le hizo falta una universidad para hacerse con la vida. Había nacido en el interior de la isla y, aunque ni el tiempo ni el abultado peculio tejido con el contrabando le desnudaron de su aspecto de payés, la listeza le era innata. Su negocio fue asentarse en la costa para emular la tradición de históricos piratas isleños, en su caso no asaltando barcos sino comprando y revendiendo mercancía fabricada fuera del país, que él adquiría sin pasar los debidos controles policiales ni sanitarios, ni pagar los correspondientes aranceles. Aquello no era un negocio exactamente clandestino, porque la patente de corso de la que disfrutaba don Pascual se debía al amparo de las autoridades locales que, a cambio de una parte del botín, legitimaban su cada vez más próspero negocio. Una práctica que, con el paso del tiempo, también hubo de hacerla más sofisticada para conseguir hacerse rico. La fórmula, en su rudo lenguaje, la explicaba Cirer de forma tan sucinta que la resumía en dos palabras: constancia y modelo; en su caso, imitando como a un talismán al también mallorquín Juan March, contrabandista y espía, negociante de dinero e información, herramientas que a March le auparon a la cúspide de la banca, y a Cirer a lo más alto de la inspiración. Una fotografía enmarcada del exitoso financiero presidía el salón de la casa, con la que Clara creció como si aquella imagen fuera la del abuelo. «Y si no es el abuelo, ¿por qué lo tenemos puesto así?», preguntaba la ingenua chiquilla. «Porque lo hemos adoptado como si lo fuera», le respondía el padre siempre del mismo modo.

Con ese empeño, cada día, cuando caía la noche, la niña Clara veía cómo el payés se echaba a la mar para alcanzar los faluchos que llegaban de la Península o del norte de África cargados de fardos con productos que escaseaban en las islas: café, tabaco, licores, medicinas, especias, pintalabios, maquillajes y cremas para mujer. Productos fetiche que competían en demanda con pañuelos para cubrirse el cabello, bragas, sostenes, preciados bañadores y atrevidos biquinis. Cualquier producto de fuera era bueno si no existía en la isla. Y el cargamento variaba por días. Los mozos lo acarreaban y lo vendían en las plazas de diferentes pueblos, y a veces, ante la gran demanda, en la mismísima costa. Particulares hacían colas junto a los propietarios de las tiendas de moda que irrumpían en el puerto en busca de succulenta mercancía, sin vigilancia alguna.

Ignorados por los agentes de la Guardia Civil, que en ocasiones, atraídos por los novedosos productos que llegaban, se dejaban sobornar con alguno de los fardos, y otras, que eran las más, exigían una parte del botín en dinero contante y sonante. El negro siempre fue el color preferido del patriarca balear, como luego sería de su yerno. Con ese trapicheo, el negocio Cirer fue creciendo, en un virtuoso círculo que consistía en comprar, vender y sobornar con asombrosa naturalidad. La misma con la que Clara y su madre elegían caprichosas lencerías, batas y ropajes a la última moda para epatar por los paseos marítimos de Palma y Puerto Portals. Cuando en los años ochenta, en la adolescencia de Clara, la familia acumuló decenas de modernas y voluminosas barcazas, manejadas por cientos de trajinadores, la fortuna de los Cirer se hizo inabarcable, en paralelo a su respetabilidad social. En 1990, don Pascual se había convertido en uno de los más respetables hombres de las islas Baleares. Y Clara en una elegante joven cuyo buen gusto no necesitó tejerse durante varias generaciones.

Del brazo de aquel honorable padre, vestido con impoluto chaqué combinando tonos grises con el negro, Clara entró en la iglesia para prometer a Marcelo un «sí, quiero» eterno. En el restaurante, se apoyó en su recién estrenado marido para entronizar una entrada no menos triunfal.

El mejor cocinero mallorquín, acompañado por todo su equipo, se trasladó a la finca para cumplir con la única petición que le hizo la familia, la de maravillarse a los invitados con un banquete sin parangón. Padres e hija estaban de acuerdo en que la boda debía reforzar su imagen de opulencia, chabacantemente ostentosa. «En las islas —le había dicho don Pascual a su hija— las oportunidades son escasas, yo solo tengo una hija y tú solo te casarás una vez en la vida». Clara asintió con embeleso ante aquellas sentencias que sintió como todo un derroche de amor paternal. Con ese propósito se sirvieron, ante las cámaras de los fotógrafos del periódico local, los primeros manjares, apetitosamente ricos. Deliciosos pasteles de cabracho maridados con botellas de cava traídas expresamente del Penedés. Exquisitas cocas de verduras, cocas de pimientos y cocas de trampó recién hechas, empanadillas de carne y butifarrón, regadas con una cosecha edición limitada de *vi negre* mallorquín.

—Come poco, hija, que hoy lo importante es que el traje no te quede con apreturas —le aleccionó la madre.

—No te preocupes, mamá. El estómago, hoy, se me ha hecho un nudo.

De la cocina rezumaba el olor de las gambas de Sóller, el mero fresco de la bahía horneado y las abundantes lechonas asadas. En Mallorca, la comida nunca

fue muy rica, por lo que tradicionalmente se compensó con calóricos postres. Así que, para cumplir en este capítulo con la tradición, los camareros marcharon, primero para los fotógrafos, deliciosos *gatós* mallorquines, ensaimadas de manteca de cerdo recién amasadas, ensaimadas rellenas de crema tostada en la cocina de la finca y sorbetes de almendras crudas. Clara se lanzó a los postres antes de acabar en los brazos del novio para iniciar el baile.

Un grupo de animadores de fiestas sacó a los recién casados a la pista, les cubrieron de pétalos y arrancaron fervorosos aplausos. Los compañeros de universidad de Clara, llegados desde Barcelona, arrojaron los primeros compases. Con ellos, la novia había llorado en la Ciudad Condal la añoranza de sus padres y de Marcelo y había hermanado confianzas hasta terminar la carrera de Económicas, la única condición que le impuso don Pascual para permitirle el enlace soñado. Superada la prueba, la terquedad de Clara así como la inteligencia y habilidad del muchacho para la supervivencia consiguieron ablandar a los padres, hasta solemnizar su júbilo en aquella celebrada ceremonia.

El día de la boda de su niña, los Cirer creyeron que ganaban un hijo, el varón que nunca tuvieron y siempre ansiaron. En el exterior de su casa colgaron durante un mes listones largos blancos para compartir con todo el mundo la felicidad de la familia.

Marcelo grabó en sus pupilas cada centímetro cuadrado de la soberbia finca que les había acogido, y la mezcló en sus ambiciosos pensamientos con otra que había visto en una revista y la imaginó como el paraíso. Era la finca Los Carrizos, que el joven banquero Mario Conde se acababa de construir en la Sierra Norte de Sevilla. Cuatro mil hectáreas de encinas y olivos, acogedoras de un precioso edificio granate diseñado por el propio Conde, inspirado en la arquitectura italiana, el Nápoles de su infancia. Con patios empedrados, enormes portones, salones gigantescos con techos de hasta seis metros de altura. Bóvedas y paredes estucadas, grandes ventanales por los que se asomaba la loma del monte. Y un espléndido jardín decorado por la mujer del banquero. Así lo haría él. En el día de su boda, Marcelo gozó de lo que la vida le estaba ofreciendo. Se prometió vivir y morir rico, diseñar no solo una gigantesca finca como la Binioirella o Los Carrizos, sino construirse su propia opulencia, una existencia de lujo. Y, allí donde Mario Conde plantó olivos para hacer aceite, él pondría vides para elaborar vino; donde Conde exhibió trofeos de caza, él expondría placas, premios y reconocimientos sociales; y donde Conde puso alfombras de la Real

Fábrica de Tapices, él extendería la faz de la Tierra para ponerla a sus pies.
Cualquier cosa menos morir como un don nadie, se dijo.

4

EN EL ELÍSEO

Para triunfar en Madrid, se propuso exhibir únicamente riqueza

La comisaría de Montera, muy cerca de la Puerta del Sol, era una de las dependencias policiales más antiguas de la capital, situada en esa misma calle, justo donde iba a morir un angosto callejón de apenas veinte metros de largo. A ambos lados de la céntrica vía había tiendas que, desde las primeras horas de la mañana, atraían a numerosos curiosos y turistas. Una tienda de saldos quedaba empotrada entre dos bares que competían por exhibir tras los escaparates variedad de raciones «muy madrileñas»: patatas bravas, pinchos morunos, zarajos, mollejas, riñones, tortillas de patatas o ensaladillas rusas. Los transeúntes podían pasear por la calle como en un zoco árabe, contemplando aquí una mercería que lo mismo ofrecía hilos variados que medias de señora; luego se abría un bazar de peines y artilugios diversos para el pelo. Un local de compraventa de oro se adosaba a una orfebrería especializada en tallar piezas de cobre y plata. El Museo del Jamón estaba contiguo al almacén de libros viejos, cubiertos por centímetros de pelusas y polvo desde que echó el cierre unos meses antes. El cobijo de su entrada se lo disputaban un par de mendigos entre mantas y cartonajes para hacer más confortables las frescas noches de otoño. La tienda de objetos religiosos era la más reputada en su género de todo Madrid y el local más antiguo de la calle. Fundada antes de que España perdiera las colonias por un tal Amador Guillén, el escaparate exhibía su fotografía compitiendo con estampas, biblias, vírgenes, crucifijos, rosarios, viacrucis, cirios, cálices y un sinfín de relicarios, adornados todos ellos con telas y puntillas para uso piadoso.

Escoltando la puerta de la tienda Objetos Religiosos Amador, no faltaban prostitutas mostrando sus ofertas, al calor del fuego de los cigarrillos como si ello compensara la frescura de sus vestimentas. La calle estaba salpicada de meretrices que competían entre sí para captar clientes, las más púberes junto a

otras que podrían ser sus abuelas. El conjunto se dispersaba a lo largo de ambas aceras: unas adornadas con llamativos tacones de colores, otras con provocadoras botas altas, algunas con las piernas vestidas con medias de redecilla, pantalones como bragas o cortísimas faldas que insinuaban cubrir la desnudez. Las más desafiaban el fresco otoñal dejando sus cinturas al aire, los sujetadores a la vista e, incluso, los pechos desnudos bajo abrigos abiertos. Todas se exponían con sus caras pintadas con abundantes coloretos, llamativos carmines y lápices oscuros de ojos, como un signo de identidad de su profesión y de la zona, la más barata en prostitución de todo Madrid.

Al inspector Martínez le gustaba saludarlas cuando entraba o salía de la comisaría porque, en el cumplido, incluía algún que otro magreo de tetas, culos o genitales dependiendo de la mercancía que la mujer expusiera con más desparpajo. Todas ellas le conocían y le reían el manoseo porque ninguna ignoraba que era un mando policial de la jefatura de la calle y preferían fiarle sus artículos a cambio de no tener problemas. En contrapartida, él las escoltaba en la zona, lo que sabían todos los chulos que se escondían por las inmediaciones. En ese ambiente sórdido, Lucas destacaba sumando algo más de sordidez a lo consustancial, como un pájaro cálao compitiendo con imponente pico y colorido plumaje para destacar en la exótica vegetación. Cualquier cosa menos pasar desapercibido.

Entre risas y tocamientos con una de las prostitutas, Lucas entró juerguista aquella mañana en la comisaría. Una voz le alertó desde el fondo de la estancia, en las inmediaciones de su destartado despacho.

—Lucas, es para ti. No ha querido dejar su nombre.

El policía avanzó entre las mesas, y atendió el teléfono con un cable llamativamente enredado.

—Buenos días, inspector, gracias por haber ido a mi boda. Fue todo un detalle por tu parte que nunca olvidaré —le dijo Marcelo al otro lado del teléfono, con voz jabonosa.

—¡Ah! Solo aproveché para ver. Tenía información de la familia Cirer, una familia admirable, por cierto. ¡El hombre es un fenómeno de la naturaleza! Por lo que me resultó una oportunidad única. Menudo pelotazo has dado, ahora lo entiendo todo.

—Sí, mis suegros están forrados, no me puedo quejar. Y tú, supongo que, viendo la boda, habrás pensado sobre lo que hablamos. ¿Podemos vernos hoy en algún momento?

—Sí, por supuesto, perfecto. Yo también he estado pensando.

—Muy bien, mi chófer te recogerá. ¿Te va bien a las dos en la comisaría?

A Lucas Martínez le gustaba la comisaría porque, en su opinión, la podredumbre de sus instalaciones imponía respeto. Una y otra vez repetía que, si volviera a nacer, volvería a ser policía y de entre todas las dependencias elegiría la misma, aquella de la calle de la Montera. Un habitáculo poco acogedor, sin luz natural, con ventanas en la parte posterior del edificio enrejadas, con las únicas vistas a la tapia del patio vecinal. Las paredes estaban ennegrecidas a la altura en la que el público se apoyaba haciendo colas, con algunos desconchones por el roce de las sillas. El conjunto era decrepito, con el color blanco sucio en competencia con las distintas tonalidades de grises, y en todo caso generando un ambiente poco apacible. La iluminación era de fluorescentes de uso industrial, cuya única ventaja era que agravaban los gestos de los iluminados, que, una vez fuera de ese ambiente, tenían la oportunidad de descubrirse más favorecidos. Para Lucas, las cochambrosas condiciones de la comisaría eran un golpe de autoridad, y lo decía especialmente pensando en los calabozos del sótano, donde los detenidos se achicaban tras dormir una noche en sus gélidas y húmedas dependencias sobre severas esteras extendidas en fríos poyetes, revestidos de azulejos blancos planos, de la misma hechura que los que vestían las paredes.

«Quienes duermen así una noche se levantan más suaves al día siguiente y colaboran más; deberíamos retirarles la manta que les damos, para que los interrogatorios fueran más rápidos», escribió Martínez en uno de sus informes con peticiones, lo que fue contestado negativamente por el comisario, con el argumento de que tal propuesta por el momento no convenía, arguyendo órdenes superiores que Lucas no llegó a identificar.

A las dos en punto de la tarde el inspector salió a la puerta de la comisaría y se dirigió raudo al coche grande y negro que vio estacionado en la zona reservada para coches oficiales. Los policías que vigilaban la entrada tenían instrucciones precisas de permitir ocupar el vado de la comisaría al vehículo con cristales tintados que se acercara a esa hora. Por una vez, Lucas no se entretuvo en saludos. Se encaminó con rapidez al coche de Marcelo y montó por la puerta trasera derecha. El conductor arrancó veloz en dirección a la Gran Vía tras intercambiar un escueto saludo. Lucas ignoraba cuál sería el final de su destino, pero se dejó llevar por distintas calles de la capital sin pronunciar palabra alguna. Bajó la ventanilla, apostó el codo sobre ella y disfrutó del aire calentorro que le entraba, embobado en la visión de la diosa Cibeles, soberbia en su carruaje,

remojada en la fuente. Cuando Tony giró para tomar la Castellana, le pareció más ancha que de costumbre. Encendió un pitillo. Necesitaba el placer del humo para completar el gozo que le brindaban los sentidos. La vida, conducida por un chófer, se le aparentaba más holgada. Cruzó la plaza de Colón, y por segundos dejó los ojos pegados a la estatua. Recostado en el asiento trasero, apuró el cigarro. Tiró la colilla por la ventanilla. Tony le advirtió que habían llegado al destino, el chalé de los Russo-Cirer.

El inspector se quedó boquiabierto ojeando todo, como temeroso de bajar. Pausado, encendió otro pitillo antes de poner el pie en tierra. Sabía que esta zona era conocida en aquellos años como la Milla de Oro del ladrillo en Madrid, porque tenía las casas unifamiliares más cotizadas, con piscina y terrenos ajardinados, a espaldas de la Castellana. Ahí empezaron a despuntar los primeros y más selectos colegios bilingües, los restaurantes de butacas de terciopelo rojo en cuyos reservados, prominentes hombres de negocios cerraban jugosos contratos, las más reputadas clínicas estéticas, salones de belleza, tiendas con productos caprichosos para los más acaudalados y los no menos caprichosos prostíbulos de lujo, ocultos en señoriales palacetes, cuyo recreo con una de sus chicas podía costarle al cliente la friolera cifra de veinticinco mil pesetas por sesión. En la excelencia de El Viso se instalaron a vivir *celebrities*, yupis y la gente guapa que había destacado en sociedad a base de dar succulentos pelotazos. Al calor del lujo, muchos fueron los que abrieron despachos en el selecto barrio solo por ofrecer a la clientela una distinguida tarjeta de visita. La renta per cápita de sus moradores se convirtió en la más alta de Madrid y el metro cuadrado construido se vendía no a precio de ladrillo sino de oro, en consonancia con el nombre de la milla. «Yo no sé cómo es El Viso —les había dicho Clara a sus padres y a Marcelo, tras el compromiso—. Pero, si es donde vive la Preysler, a mí me parece que eso tiene que ser lo mejor. ¡Por mí, ya está!». Y estuvo.

Así fue como el matrimonio Russo-Cirer escogió su primera mansión para vivir en Madrid tras su boda. El impresionante palacete de la calle Tambre fue tan solo uno de los ajuares que los jóvenes recibieron de los Cirer para abrirse paso firme en Madrid, al margen de una insuflada cuenta corriente, hasta que les marcharan viento en popa los negocios.

La casa superaba con creces la categoría media de la zona y destacaba entre el resto de viviendas por su enorme superficie, la señorial construcción y los espléndidos jardines. Desde la calle se podía ver, tras la alargada valla cubierta por una colosal vegetación floral, la frondosa arboleda entre la que destacaban

dos imponentes cipreses que enmarcaban la fachada principal del chalé. La construcción, de cuatro vastas plantas —la de arriba abuhardillada, rematada con tejado de pizarra negra, la más baja en sótano—, tenía inspiración francesa con pérgolas parcialmente acristaladas en los costados y en la parte posterior. En la entrada principal, los nuevos propietarios habían instalado una placa de fina cerámica con la denominación de la villa, El Elíseo, epítome de la ambición que proyectaban sus propietarios. Hasta allí, hasta el mismo letrero de inspiración palaciega, salió Marcelo a recibir al inspector Martínez, avisado previamente por su nuevo conductor a través del teléfono móvil del coche, un armatoste que a finales de los ochenta se convirtió en un elemento de distinción exclusivo de ricos y poderosos. Marcelo no tuvo duda de que para triunfar en Madrid tenía que exhibir cualquier ingenio que denotara riqueza.

—Bienvenido, Lucas. Agradezco que hayas venido. Yo tengo que acostumbrarme a este sitio, aunque no será difícil, a lo bueno se hace uno pronto.

A los ojos de Lucas, Marcelo ya se movía entre la opulencia como si el dedo de Dios le hubiera tocado para ser uno de los pocos elegidos para tener destino de abundancia en la Tierra. Tras los saludos, abrió para él una botella de champán Dom Pérignon, todo un símbolo para cualquier celebración entre megarricos. Con las copas burbujeantes, le fue enseñando el ala izquierda de la planta baja, la zona que simbólicamente había destinado a despachos, como es conocido que así lo tiene dispuesto la Casa Blanca.

—¿Te inspiraste en el ala oeste de la Casa Blanca para poner aquí los despachos? —quiso curiosear Lucas.

—Pues mira, sí. Por lo mismo que el nombre de El Elíseo. Ya te dije que lo grande me gusta mucho. Y el lujo me despiporra. Para mí es una droga.

—Sí. Todo es bonito —se repetía Lucas mientras caminaba, boquiabierto, observándolo todo. Con la cabeza oscilante.

—Habrás visto que mi suegro es un tipo listo, un malabarista de los negocios. Para él, gentes como tú o como yo somos hormigas. Pero escucha lo te digo: yo le dejaré en calzoncillos. Haré en Madrid lo que él ha hecho en provincias, pero a lo bestia.

—Desde luego, si lo que querías es impresionarme, has hecho bingo. Y si quieres que te diga que yo también quiero esto, pues ya está dicho. Pero yo no me he casado con Clara; mi mujer es dependienta en una tienda de lámparas. Ya me dirás.

Juana, la recién estrenada sirvienta en El Elíseo, les interrumpió para

ofrecerles el almuerzo que había preparado María, la nueva cocinera. La muchacha habló con mansedumbre a sabiendas de que había entrado a trabajar a una casa importante y que su estrato social era muy inferior al de sus jefes, lo que evidenciaba su servil vestimenta de bata azul marino con impolutos delantal y cofia de color blanco, rematados ambos en conjuntadas puntillas. Cuando pasó al comedor, lo hizo con guantes blancos para servir la comida.

—¡Esto es la hostia, Marcelo! ¿Tú vives siempre así?

Lucas agarraba la copa de Dom Pérignon con los cinco dedos, como temiendo que se le cayera. Tomaron asiento en torno a una formidable mesa de madera de nogal de color rojizo, con patas torneadas, que era lo único que quedaba a la vista, porque la superficie estaba cubierta con una mantelería de fino lino y delicados bordados. Aunque los ojos se posaron primero sobre la regia vajilla de porcelana de Hermès, fabricada en la afamada ciudad francesa de Limoges, uno de los regalos de boda más caros que los padres de Clara les hicieron al nuevo matrimonio, aparte del propio palacete, de una espléndida donación en metálico y los dos Ferrari descapotables, uno rojo y otro negro, que descansaban en las cocheras. Al lado de la vajilla, la cubertería de plata quedaba empequeñecida. Lucas observó el conjunto con la misma sensación que experimentó en el bar Bom-Bom cuando habló por primera vez con Marcelo. Percibió que el efecto del Pérignon le iba agujereando el cerebro.

—Habrás visto la importancia que mi suegro le da a los medios de comunicación. Mira, aquí tengo el suplemento de *El Periódico de Mallorca* dedicado a la boda. Fíjate en las fotos. Las escogió él personalmente. Él fue quien dijo, incluso, la que quería para la portada y las que tenían que ir en tamaño extra.

Marcelo había separado el suplemento de la boda del resto del periódico cuya portada recogía, con gran titular y foto, el último atentado de la banda terrorista ETA. En el interior, el diario repasaba con amplio despliegue gráfico el historial sanguinario de la banda, los años del plomo en los ochenta, los salvajes atentados con coche-bomba de Hipercor de Barcelona o la casa cuartel de la Guardia Civil de Zaragoza. Un completo repaso al terrorismo que impactaba en las emociones cotidianas de los españoles, con columna aparte sobre la *guerra sucia* de los GAL, que también se había incrustado en el debate político y periodístico.

Arrumbadas a un lado de la mesa, Marcelo dejó esas páginas de España que reseñaban el atentado. Su intención aquella tarde, la primera de otras tantas, era

únicamente repasar con su invitado el fabuloso reportaje sobre su boda que el «todo Baleares» había visto; un derroche de esplendor, abundancia, estilo y clase, en palabras de Marcelo. Lo cierto era que todos los miembros de la familia aparecían en el diario deslumbrantes, siempre sonrientes, con especial atención fotográfica y elogiosos comentarios al majestuoso vestido de Clara, aunque también se ensalzaba la elegante elección que había hecho su madre, con entallada chaqueta de raso azul puro, conjuntada con un amplio pero ligero tocado y falda de encaje de idéntico color azul con fondo blanco. Cada foto en el reportaje sacaba nota de sobresaliente, desde los tocados a los tacones, los bolsos o la joyería que lucieron las mujeres. Lucas observó las dos páginas que, exclusivamente, fueron dedicadas al copioso menú nupcial, aunque Marcelo le reclamó otras atenciones.

—Fíjate bien con quién sale el alcalde de Andratx. Bueno, y todos los demás. Mira el de Palma. Solo con los Cirer o con mi suegro en compañía de otros invitados. ¿Lo ves? ¿Y los diputados y los senadores? Pues lo mismo. Hay más de treinta fotos de Pascual en las que o está con la familia o está con el poder.

—Cierto, el tipo es más listo de lo que aun pensaba.

—¡Qué va, esto no es nada! Mira, él ha mandado invitaciones a los que quiere bien y a los que quiere menos bien, por ejemplo, a los rivales de su negocio. ¿Me sigues? Bueno, pues estos últimos no han salido en la prensa. Se han emperifollado para epatar en la boda de su vida y no tienen ni una foto. ¿Te los imaginas buscándose en el periódico sin encontrarse? Directamente, no existen, y de estos hubo varios. ¿Y sabes por qué?

El experto policía, que presumía de ser un experimentado sabueso, no alcanzó a comprender por qué todos los ricos no habían salido en el periódico si la pretensión familiar era la de fanfarronear precisamente de riqueza.

—A ver, Pascual les invitó, correcto. Y eligió una a una las fotos, pero eso lo sabemos la familia y el editor que lo hizo. Así es que quien no tuvo foto solo ha podido pensar que fue un fallo del periódico o, lo que es peor, que alguien en el diario tuvo la diabólica intención de obviarles. O sea, lío a la vista.

—¡No jodas! ¡¿Sí?!

—Como lo oyes. Y a partir de ahí, solo tiene que destacar las putadas para alimentar más la gresca y que se desate la guerra de verdad entre la gente que Pascual detesta y el principal periódico de Mallorca.

—¡Joder, joder...! —fue lo único que se le ocurrió por todo comentario al

alucinado inspector.

—Pues esto solo es la «a» y yo me sé el abecedario completo.

Marcelo le contó al policía que don Pascual había depurado su técnica con habilidad pasmosa. Mantenía magníficas relaciones con todo el sector pero había señalado a Castañer y a Abreu como los enemigos números uno de su negocio. Ambos recibieron las invitaciones de boda con dedicatoria hecha a mano personalmente por el capo, rogándoles que acudieran a la especial cita, para así completar una gran familia de allegados en el día más importante de la vida de su única hija. Llegado el momento de la celebración, Pascual estuvo especialmente atento a sus movimientos, había dado instrucciones a la dirección de la finca para que no les faltara servicio alguno, posó para la prensa con su familia y la de cada uno de ellos, y se deshizo en cumplidos con las mujeres. Y, por supuesto, les sentó en mesas preferentes. Tanto a Castañer como Abreu se les vio disfrutar de la fiesta. Pero el periódico se olvidó de sacarles. En el suplemento especial estaba el «todo Baleares», excepto ellos dos y sus familias.

—Nos consta que estos tíos están que trinan —continuó explicando Marcelo—. Ni una reseña, imagina, con la pasta que se gastaron en los regalos de boda y en los chaqués. Las mujeres e hijas se emperifollaron como princesas. No me dirás que la jugada no fue maestra.

Y le explicó que, por toda Mallorca, corría la voz de que don Pascual Cirer mantenía la viabilidad del periódico por filantropía y sentimiento patriótico, porque el viejo y reputado diario atravesaba el momento financiero más delicado de su larga historia. Eso le hizo crecer a Pascual en reconocimiento social así como ganar influencia y respeto en el mundo empresarial y político de las islas. En los últimos veranos frecuentaba el Club de Mar de Palma «en busca del Borbón», solía decir él, jocosamente, en los ambientes familiares. Con esa intención se dejaba ver con las amistades reales y lo más granado del dinero y los negocios internacionales, divertido pululeo de gente que no disociaba el divertirse con hacer negocios, y se echaban a la mar regateando, comiendo, bebiendo y soleándose en un hedonismo en el que no faltaban elegantes chicas, las más admiradas las que traían los rusos. El agradecimiento del editor mallorquín con el contrabandista payés fue tan lejos que le permitió marcar la línea editorial en aquello que a él le convenía, e incluso ocasionalmente inducir algunas noticias. Ambos, mecenas y patrocinado, sabían que gracias a aquella desinteresada inyección económica de Cirer el diario no había quebrado.

Marcelo cerró *El Periódico de Mallorca* y miró fijamente a Lucas.

—Ya ves. La cosa no es tan difícil. Esto lo dejaré yo en zapatillas. Qué digo zapatillas. ¡En calzoncillos, hombre! ¡En cal-zon-ci-llos! —remarcó jubiloso.

—¿Qué quieres que haga? ¡Dime! —le pidió un ansioso Lucas.

—Mira a ver lo que encuentras. Podrías echar un ojo a cómo está la licencia del Bom-Bom, por ejemplo. Pero seguro que a ti se te ocurre algo. Eres un tipo muy listo, inspector.

Ufano tras el almuerzo, Lucas se dejó abrir la puerta trasera del coche por Tony. Repantingado en el asiento, regocijado con tanto disfrute. Antes de dar instrucciones al conductor sobre el trayecto de vuelta, Marcelo le recomendó:

—Tú busca, que seguro que encuentras. Y vamos hablando...

Marcelo cerró la puerta del coche y se quedó en la calle hasta que Tony giró. Una vez sintió que su portentosa cabeza había trazado un circular plan, el inspector continuó volviendo a El Elíseo a hablar de negocios, lo que ambos traducían en noticias y dinero. Una comunicación que, de uno u otro modo, no interrumpieron ningún día a partir de entonces. Normalmente, solían charlar a partir de media tarde.

—Señor, le paso una llamada —le dijo Juana—. Es el inspector Lucas.

—¡Qué raro, tan temprano! —se sorprendió Marcelo—. Algo querrá, ¿qué será? —se preguntó entre dientes.

—Tengo algo bueno, Marcelo. Voy a cubrir un servicio fuera, pero necesito verte con urgencia. Si puedes, aprovecho y me acerco luego a contarte.

Lucas llegó a El Elíseo sintiendo que el corazón le golpeaba el pecho, una sensación muy parecida a cuando recién enamorado veía aparecer a su mujer, o cuando por el trabajo tenía que hablar en público. Los golpes de sangre en el pecho le achicaban los pulmones para coger aire.

—Marcelo, estoy nervioso, porque esta vez creo que sí te gustará. Es más que lo que he pillado hasta ahora.

—Estoy seguro, si tú lo ves así. Y si no, lo adornaremos.

Lucas cogió el maletín que había llevado, lo abrió torpemente y extrajo de él la carpeta blanca en la que había introducido un dossier. Y le volvió a pasar como en anteriores ocasiones, en que se le nublaba ligeramente la imagen, en suaves movimientos, con destellos estridentes. Cerró los ojos, agitó instintivamente la cabeza durante unos breves segundos para reponerse del trance y pensó que debía revisarse con un médico porque esa vez —creyó— no había bebido alocadamente.

—Toma. —Y le tendió una carpeta con gesto inseguro.

Marcelo comenzó a revisar papeles, más ansioso según iba leyendo. Unos segundos que, a medida que se alargaban, a Lucas le fueron encogiendo, mirando angustiada la cara del otro, esperando una respuesta, imaginando la nota del examen que le pondría, temeroso de obtener un suspenso.

—¡Esto es acojonante, Lucas, acojonante!

—¡¿Qué?! —preguntó con la voz que no le llegaba al cuello.

—¡Que es acojonante!

—Ya, ¿y? —le urgió con la cara contraída por la expectación.

—Compromete al Ayuntamiento de Madrid con un constructor. Bueno no. ¡Buenísimo! Se me están ocurriendo muchas ideas. Tendremos que identificar la pieza a la que queremos disparar, porque seguro que no nos conviene tirar a la cabeza. Hay que pensarlo bien. ¡Pero es oro!

Lucas terminó de desinflarse sobre el sofá tras exhalar el aire que tenía contenido hasta lo más bajo de los pulmones.

—Matar al alcalde o a la aspirante, esa es la cuestión —siguió relatando Marcelo—. Tendremos que elegir bien la pieza que dejaremos viva, porque ese nos lo tendrá que agradecer toda la vida. Y con el constructor, ya veremos. Si le ayudamos a corregirse, quizás hasta nos coja cariño y nos patrocine algún proyecto. Estos son todos unos chorizos, pero no les vamos a cambiar nosotros.

—No, claro —acertó a decir Lucas—. Si son así... —Y dejó la frase inacabada.

—Así nos conviene que sean. Tendremos que pensar qué proyecto podría subvencionarnos. Seguro que lo haría encantado.

Lucas sonrió aleladamente cuando le sonó el tintineo del dinero. Marchó de El Elíseo con el cerebro una vez más taladrado por el torrente de ideas que le disparó Marcelo, pero orgulloso de haber pasado con nota la primera prueba.

El capo claramente tenía un plan en la cabeza. Un deleite que quiso compartir con su mujer, a quien hizo llamar. La recibió sonriendo cuando ella bajó de la planta de las habitaciones.

—Tengo una magnífica noticia, Clara. Pronto seremos ricos.

—Ya lo somos, Marcelo. ¿Quieres decir que pronto serás tú quien me mantenga, no mi padre?

—Exactamente eso. Y tu padre, que se meta por donde le quepa el dinero que nos restriega en la cara.

Muy seguro se debió de ver Marcelo para espetarle ese comentario a su mujer. Lo cierto era que, desde que se habían casado, en varias ocasiones Clara

le había dicho a su marido que aprendiera a hacer negocios imitando la destreza demostrada por su padre. La desconsiderada respuesta de Marcelo fue, pues, previsible. Él sabía que solo tenía que esperar a cerrar el Tetris en su cabeza.

—Necesito un deslumbrante despacho, Clara, una secretaria, contratar a Lucas, y la de Dios. ¡Esto es la hostia, la hostia! —se marchó diciendo.

A Marcelo le encajaba todo. A su mujer, también.

5 EN LA RED

Atraparía presas como insectos, unos para jugar y otros directamente para engullir

Clara salió a comer con una amiga que quiso introducirla en un grupo de chicas que habitualmente quedaban a almorzar, una vez a la semana, por el barrio de Salamanca. Apresurada, volvió a casa, a cambiarse de ropa. Quería ponerse más cómoda para su primera visita al ginecólogo, después de que la prueba de farmacia le confirmara que estaba embarazada. Se notó impaciente e incómoda embutida en aquellos pantalones que le apretaban la barriga tras la comida. Esperando a Marcelo, se puso un vestido vaporoso que le dejaba la cintura libre y un chaquetón de color violeta que le encantaba. El tiempo se le echaba encima, se impacientó porque su marido no llegaba y decidió comunicarle a Juana que ella se ponía en marcha ya. Pensó que le vendría bien relajarse caminando; total, la consulta estaba cerca de casa, un agradable paseo hasta el hospital San Francisco de Asís, en la esquina de Velázquez con Joaquín Costa. Marcelo se había llevado el coche y el chófer.

Tendida en la camilla, notó el frío del gel de la ecografía como si le estuviera atravesando el vientre. Como si el brazo de aquel aparato fuera el puño de Marcelo golpeando a su criatura. Se sintió agredida más que abandonada. Quiso llorar a cántaros. Mirando al doctor, se reprimió.

—Es muy poquita cosa aún, ¿lo ves? Todo está bien —le dijo el facultativo—. Te lo imprimo para que se lo enseñes a tu marido.

Ella no vio nada. Una pantalla negra, grumosa, que proyectaba un cono más iluminado, con una minúscula mancha dentro, que el médico dijo era su hijo. Sintió repugnancia por sí misma, por no ser capaz de levantarse y liarse a gritos en busca de su marido. Por primera vez supo del significado de la palabra odio.

Una sensación que no le fue pasajera, que la alimentó con perseverancia durante la tarde hasta que él llegó a casa, poco antes de la cena.

—¡Una mierda me importan tus excusas! ¡No las tienes! —le vociferó ella, furiosa, como poseída por el diablo.

—Lo siento, Clara. Lo sabía, pero lo olvidé. Tuve un almuerzo y luego quedé con Lucas, que me ha pasado nuevos papeles, y reconozco que todo eso me ha comido la cabeza. ¡Montaré la de Dios! ¡Lo verás!

—¡¿Sabes que si yo te cortara el grifo del dinero, tú no serías nadie?! De momento, te mantienen mis padres, y mejor será que no sepan que te has olvidado de ver a su nieto.

—Clara, mi amor —le dijo él con tono condescendiente, intentando abrazarla—. ¡Si solo ha sido un descuido! Pero verás que haré para él un imperio y tú te sentirás orgullosa de mí. Tranquilízate. —Y bajó el énfasis inicial a modo corderito—. Escucha, se llamará Umberto, como mi padre, toda una saga, ¡si lo tengo todo pensado!

—¡¿Umberto?! —le gritó ella como si aullara una fiera—. ¡¿Y por qué Umberto?! ¿Y si yo te digo que no? ¿Y si es una niña?

—¡Anda, deja de decir tonterías! Veo que no entras en razones, querida —le respondió él, visiblemente enojado, cogiendo el maletín y marchándose de nuevo—. Lo siento, tengo otra reunión muy importante que se prolongará hasta tarde. Esta noche no me esperes despierta.

Cuando Marcelo llegó a casa encontró a Clara tendida en un sofá, esperando. Eran las dos de la madrugada y, tras la larga velada con Memé y Lucas en el Bom-Bom, sintió que su andar se tambaleaba y la figura de su mujer, tumbada, se balanceaba oscilante como en una cama de agua. Fue consciente de que estaba borracho, que el whisky le circulaba alborotado por sus venas lavándole la sesera.

—¿*Gué* haces *agú desbierta*? —atinó a preguntar a su mujer, con voz gangosa.

—Te estaba esperando, Marcelo. Quería saber cómo te ha ido ese negocio tan importante que me dijiste que tenías, pero ya veo que he hecho un esfuerzo inútil.

A duras penas, Marcelo llegó al dormitorio situado en el piso de arriba, con una mano en la barandilla y la otra, en algún momento, tanteando el suelo. Cayó en la cama como un saco, roncando bocarriba, espatarrado en medio de la *king size*. Minutos después subió su mujer, que ocupó su habitual lado izquierdo, le

empujó despacio para que le diera la espalda, y ella se acostó haciendo con él lo mismo. Espalda frente a espalda, a un metro de distancia. Con las lágrimas que le pringaron el rostro y la almohada, a Clara le cayeron los días de luna de miel que pasaron en la Costa Azul —«Llegaremos hasta Mónaco, para que pasees como una princesa, Grace Kelly no fue más que tú». Le resbalaron las promesas de amor, el día que le pidió compromiso, la simpatía que les brindó a sus padres y el ansia que le dijo que tenía por formar una familia. «Mentira —le zumbó la cabeza—, todo es mentira». En ese sollozo ahogado sintió que su pequeño nacía en el olvido, naufragando entre aquel río de lágrimas y pesadumbre. Deseó correr hacia los cálidos brazos de su madre, al abrazo protector del padre, de esos seres maravillosos que le regalaron una infancia de ensueño. Se juró hacer ella lo mismo con su hijo y no olvidar jamás el día más atroz de su vida.

Despertaron juntos a la mañana siguiente, Marcelo sacudiéndose la cabeza para despejar la resaca con la que se acostó. Aún notaba que su cabeza era una bomba cargada de metralla. Del momento en el que aterrizó en la cama no le quedaba ni rastro de recuerdo. Ella pasó antes por el cuarto de baño, refrescó su cara, le dio rubor a las mejillas y brillo a los labios y se cepilló la melena. Bajó a desayunar con un vestido de flores.

—Clara, ayer tuve que rematar con whisky alguna pieza. Te pido disculpas, pero lo importante es que lo tengo todo bien atado. Ahora solo me falta cerrar lo del periódico, y para eso necesito que me acompañes a una recepción que se organizará un día de estos.

—¿Es todo lo que se te ocurre decir? ¿Qué es lo del periódico? —le preguntó ella fríamente.

—*La Nación*. He conseguido datos de sus finanzas reales y están técnicamente quebrados. Perfecto para mis planes.

La delicada situación del periódico, una de las grandes cabeceras del país, aún no circulaba por el sector porque, Marcelo imaginaba, los responsables estaban utilizando algún mecanismo contable para que las cuentas no reflejaran las pérdidas que tenían. Y por ahí él quería morder a la pieza. Primero granjeándose la amistad del director, luego apoyándole con exclusivas. Más tarde, el tiempo lo diría.

—Iremos a la conferencia del director, a la que acudirá la gente que necesito ver, por el momento. Tú tendrás que ponerte especialmente guapa, no puedes pasar desapercibida, y por suerte todavía no se te nota la barriga. Solo tendrás que sonreír, escuchar y hablar poco. Cuando te pregunten, tu respuesta

ha de ser con otra pregunta. Y siempre enseñando dientes. Pero estate tranquila, yo te haré el guion.

—Está bien, Marcelo. Sabré cómo hacerlo. Lo he visto muchas veces.

Desde niña, Clara estuvo acostumbrada a ver los tejemanejes de su padre, que siempre le parecieron normales e incluso monótonos. El único hecho diferencial se dio cuando, con el tiempo, fue creciendo el trajín de las mercancías y en la misma proporción la cantidad de los aduladores. Sin embargo, los planes de su marido le parecieron algo distinto, más audaces si cabía. Marcelo había proyectado la sociedad La Red como el instrumento para trabajar con la comunicación a la vista, y con la información en la trastienda. Y le explicó que aunque todo aparentara lo mismo, en su diseño, lo segundo cobraba más relevancia porque tenía previsto conseguirlo de maneras no confesables para moverlo posteriormente a conveniencia. Pretendía que sus clientes potenciales fueran exclusivamente adinerados o poderosos, tanto montaba que fueran individuos o empresas. Para ello necesitaba dotarse de una buena cobertura, como la de un gran periódico donde, ante informaciones fronterizas, el editor y su fuente, o sea él, podrían ampararse en el derecho que tienen los comunicadores a no revelar el origen de las noticias.

—Clara, ¿tú has visto alguna vez una tela de araña?

—Sí —contestó lacónica, tras la perorata que él le había soltado y por la que ella aparentó indiferencia.

—Pues eso es lo que voy a hacer yo. A partir de ahora comenzaré a tejer una red fuerte y resistente y, como las arañas, tendré que ir añadiendo cada vez más hilos. Así lo hacen esos asquerosos bichos, pero de todo se aprende. Algunas arañas tejen veinte o treinta metros de seda en una hora. ¿Tú sabías eso?

—No. Ni idea.

—Pues mi red será lo mismo. Las presas las elegiré yo. ¡Qué más da si son moscas, mosquitos o moscones! Con unos jugaré, otros morirán atrapados ahí y a otros directamente los tendré que engullir.

—¿Y yo qué pintaré en todo esto?

—Nada. Tú lo único que tienes que saber es que voy muy rápido. No tienes que saber más, y menos en tu estado.

Aquella coletilla de vientre andante incomodó especialmente a Clara, porque no era la primera vez que se la había oído decir a su marido en los últimos días. Aceptaba que ese fuera su destino y contra él nunca pensó rebelarse, pero no le gustaba el tono como él lo verbalizaba, haciéndole sentir a

ella una pieza más dentro de sus planes. Ya no le cabía duda de que su marido iba a lo suyo, por lo que ella pensó que haría lo propio, lo que traducía en conseguir la vida regalada que siempre tuvo pero proyectando sobre Marcelo una sombra. En su imaginario, se veía como una poderosa y seductora Cleopatra, ladina en sus habilidades sexuales pero con ambición para desarrollar sus aspiraciones políticas, no dispuesta a gravitar como un satélite tonto alrededor de su marido. Más bien todo lo contrario, ella aspiraba a jugar desde un lugar no central del tablero, para dejar hacer, pero controlándolo todo. Como un témpano, tras el tenebroso día anterior que había vivido, le siguió la conversación.

—Muy bien, Marcelo. Solo tengo una duda: ¿en qué parte de la tela te colocarás tú?

—Jamás en el centro. Siempre escondido, en un lugar invisible. Las cosas sucederán como yo las proyecte, pero nadie deberá saber quién mueve los hilos. Ni siquiera tú, Clara. Imagínalo como un juego. Mi padre me repetía una sentencia que venía de la familia y era que «Una vez terminado el juego, el Rey y el peón vuelven a la misma caja». No será mi caso. Solo aquí yo romperé las leyes de los míos. A mi heredero le diré: «A cada Rey, su trono».

—Me gusta mucho para nuestro hijo y disfruto con el misterio, pero eso lo dejaré para ti. Yo solo te pido que te vayas ocupando de la criatura, si es que quieres verle nacer. Y para mí, ya sabes que prefiero otra vida. Madrid está lleno de gente guapa, y la quiero conocer.

Marcelo terminó el desayuno y cogió el periódico *La Nación* del día para iniciar su jornada de trabajo en el despacho. En el quicio de la puerta se giró, con una última idea.

—¡Ah, Clara! Una cosa importante, tienes que estudiar más sobre las arañas. Tienes que saber que la tela que tejen manda vibraciones con información acerca de las presas. Desde La Red yo haré lo mismo, tendré información de quien me interese saber algo. Incluida tú, cariño —le dijo sonriendo.

Clara reaccionó con gesto altanero, sin pestañear ni pronunciar palabra, sin aparentar sorpresa alguna. Cuando él se marchaba, también ella le interrumpió:

—Marcelo, es que si no lo digo reviento. ¿Por qué hablas tanto de putas? Hasta en sueños...

—Perdón. ¿Qué quieres que diga? ¿Mujeres públicas? Es un poco más largo, ¿no?

El comentario a él le pareció estúpido, por lo que no le prestó más atención.

Y se marchó. Ella se encaminó hacia su vestidor, abrió el armario donde se almacenan vistosos y variados trajes de cóctel y revisó uno a uno, mientras repasó mentalmente lo que le había explicado su marido. Tomó una decisión: estudiaría más sobre las arañas y se olvidaría de las putas. Aunque en aquel momento lo más importante era saber cómo se vestiría para su primer gran acto social, en el periódico *La Nación*.

6

EN EL DESPACHO

Empezó por el principio, incrustando un micrófono en la lámpara de la secretaria

Marcelo disfrutaba planeando su futuro desde su formidable despacho, más que un gato rascándose en una estera. Había creado un entorno perfecto —«un despachito», solía ironizar entre risas— para deslumbrar y epatar a las visitas influyentes que esperaba recibir. Tras la mesa del escritorio colocó la bandera de España y en un rincón las de Europa y la Comunidad de Madrid. En la estantería de libros, destacaban una foto de los Reyes, otra del Príncipe de Asturias, un retrato del papa Juan Pablo II, una del presidente del Gobierno posando con el último Gobierno y, avanzada la legislatura como estaba, otra del nuevo líder de la oposición que apuntaba maneras, por si las moscas. Más valía pecar de más que de menos. Sobre la mesa de trabajo dominaba una foto de su boda con Clara. Todos eran elementos de quita y pon, atrezo ocasional en función de la ideología y el credo que tuviera el visitante. Si el invitado era creyente, la foto del papa se anticiparía a las otras en la posición de la balda; es más, si se tratara de una persona extraordinariamente fervorosa, Juan Pablo II saltaría hasta la mesa principal, mirando al invitado. Si, por el contrario, la visita era un indigente religioso, el papa debía reposar en el cajón como si el diablo hubiera robado el retrato sin dejar rastro. Para Marcelo, lo importante, como César le advirtió a Pompeyo, no era el ser sino el parecer. Cada encuentro debía ser singular, con discursos y escenografías lo suficientemente flexibles como para ser mutantes. Con el inspector, cuyas visitas eran cada vez más frecuentes, todo permanecía inalterable.

—Vamos muy bien, Lucas. Tenemos cosas cojonudas. Lo tengo todo en la cabeza. Deberías mirar también cómo está la licencia del Bom-Bom, que veo

que se te ha pasado. Seguro que encuentras algo que nos interesa. No se trata de usarlo ahora, pero conviene tener el congelador lleno.

—Seguro que sí, algo habrá. Lo miro sin falta.

—Y deberíamos reunirnos con quien tú ya sabes. Le he estudiado los pasos, y es el hombre.

Para facilitar la tarea de lo que ya era un trajín, en la antesala de su despacho situó a su nueva secretaria, Mariví, una mujer en la cuarentena, soltera, con mentalidad de provincias, sin relaciones sociales relevantes y de profundas creencias religiosas. Un perfil que había descollado entre las numerosas candidatas que se ofrecieron para el trabajo. De entre todas, Mariví aparecía como la más dócil, servil y manejable, sin marido con el que cuchichear cada noche. Unas condiciones que Marcelo requirió como imprescindibles porque necesitaba un «mono para ver, oír y callar». Pensaba que los primates bien entrenados podían aprender el lenguaje de los signos, usar con habilidad algunas herramientas y mentir. Aquello era más de lo que necesitaba Marcelo, pero toda prudencia le parecía poca. Por eso la eligió cumpliendo «todas las cualidades de los simios», como solía decir él. Y agradecida, de lo que él también se encargaría, cubriéndola de halagos. De momento, le había montado una moderna oficina en la que tenía máquina de escribir eléctrica, fotocopiadora, dos líneas de teléfono, una de ellas habilitada para la función de fax, e incluso un contestador automático para grabar las llamadas telefónicas en su ausencia.

Ella estaba esponjada y satisfecha, con la fortuna de haber encontrado una buena familia para trabajar, en una zona distinguida de la capital y con un jefe tan educado y correcto como no hubiera imaginado ni en sus mejores sueños. Incluso extremadamente cortés, como el día en que su madre cumplió años.

—Mariví, espero no ofenderte por este pequeño detalle que le he querido comprar a tu madre —le dijo él—. Es un simple pañuelo de seda de Hermès, porque lo más importante que uno tiene en la vida es que su madre cumpla años y uno lo pueda ir viendo. ¿Serías tan amable de trasladarle esta felicitación a ella, por favor?

El rubor paralizó a la secretaria y le dejó sin palabras. Vacilante, tomó la bolsa literalmente extasiada, y solo atinó a responder unas simples «gracias». Marcelo entendió que su jugada había sido maestra. Su secretaria le quedaba en deuda emocional, primer eslabón para crearle una cadena de atadura a su mundo. Los siguientes pasos serían fomentarle la vulnerabilidad, la introversión y la

dificultad comunicativa con terceros. Marcelo fue extraordinariamente hábil en estos terrenos:

—Desenvuélvelo si quieres verlo. Quizás a ti también te quede bien, pero hoy es el cumpleaños de tu venerable madre. Ya llegará el tuyo. Por cierto, Mariví, hoy has venido a la oficina vestida de una forma muy agraciada, bonita manera de festejar este día de celebración.

La secretaria permaneció con la bolsa del regalo entre las manos y solo vio tímidamente que dentro había un paquete envuelto con elegante papel. Al observar que Marcelo se había retirado a su despacho, dudo si abrirlo, pero no lo hizo. Lo dejó sobre la mesa y solo atinó a ojear su alabada vestimenta: una falda de color verde oscuro fruncida en la cintura que le cubría la mitad de las pantorrillas, y unos zapatos negros planos a juego con el color del jersey, que lo llevaba remetido por debajo de la falda a sugerencia de su madre. Ella tuvo como primera intención ponerlo por fuera para tapar la dilatada cintura. Tras las palabras de su jefe, sintió regocijo al comprobar que, una vez más, su madre había tenido razón. Y pensó que al volver a casa le comentaría la amabilidad de su jefe y la alabanza que le había hecho sobre su atuendo. Estaba ansiosa también por entregarle el regalo. Recostada en su silla de trabajo, pensó que no podía pedirle más a la vida. Verdaderamente, encontrar trabajo en una casa con gente de bien colmaba todas sus aspiraciones, por lo que se volvió hacia el rosario bendecido por el papa Juan Pablo II que le regaló Marcelo el primer día de trabajo y rezó en silencio una pequeña oración dando gracias a Dios. El rosario colgaba de un listón de la estantería, aunque en ocasiones ella lo tomaba solo por el gusto de tocar sus cuentas. Gozosa, volvió a concentrarse, cuando Juana entró a entregarle la correspondencia del día.

Mariví ignoraba que, incrustado en su lámpara de mesa, Marcelo le había colocado un micrófono siguiendo su inequívoco orden de empezar por el principio. Ello le permitía al jefe escuchar todas sus conversaciones, de enorme utilidad para él y para construir su entramada red, sin menoscabo para una enclenque personalidad como la de Mariví que, agradecida como le estaba, de conocer el detalle, a buen seguro se sentiría orgullosa de que don Marcelo gastara sus energías en custodiarla con tanta atención. Así pensó él que se le explicaría si algún día la secretaria llegara a descubrir el minúsculo secreto.

Servicial, con gesto cauteloso, Mariví se atrevió a distraer al jefe de sus pensamientos y del programa *Protagonistas* de Luis del Olmo que estaba escuchando en la radio. La asistente tocó la puerta entreabierta del despacho y le

pidió permiso para entregarle el correo. Marcelo detuvo sus ojos ante un sobre, dirigido a su nombre, sin remite alguno. Lo ojeó, cavilando sobre su posible origen, lo abrió y se encontró con una copia compulsada de la licencia municipal de apertura del bar Bom-Bom, a nombre de Mercedes Menéndez Calá, más conocida en el mundo de las variedades como Memé. Lucas había hecho con diligencia los deberes, aunque anteriormente lo hubiera olvidado. Conseguir un documento verificado por la Junta Municipal del Distrito en poco más de un día significaba que sabía mover con eficacia sus hilos. En el papeleo se describía el permiso para la actividad del local, las características físicas, desde los metros, ventanas, alturas de techos y puertas que tenía, hasta las obligaciones legales que debía cumplir en relación con el personal, los horarios de apertura y otros preceptos relativos a la evacuación del local y las salidas de emergencia. Marcelo lo guardó con deleite, su medida del tiempo era oriental, ni para hoy ni para mañana, exclusivamente para cuando le conviniera, lo que él llamaba «hacer frigorífico». Sí le urgió pedirle a Mariví que le marcara un teléfono, el de la comisaría de la calle de la Montera.

—Formidable trabajo, Lucas. En cuanto despejemos el asunto del periódico, veremos cuándo nos conviene que hagamos una visita a nuestra amiga Memé. Es una pena que al final del pasillo que lleva a los reservados no tenga una salida de emergencia. Imagínate si se incendia un colchón cuando uno de nosotros está ahí entretenido con una de las putas. Nos iríamos al infierno con ellas, sin salvación alguna. Algún día tendremos que aconsejarle bien a *madame* —concluyó Marcelo con su consabido tono irónico.

¡Aquello sí era congelador!, pensó. Realmente el plan marchaba como su cabeza lo había diseñado. Eufórico, se centró en las preocupaciones del día; la más inmediata, los contactos que haría en *La Nación*. De entre todas las fichas con las que Marcelo quería jugar, había señalado dos: de un lado, el director del periódico y, de otro, al ministro del Interior. Había investigado y tenía la confirmación de que el ministro Sentís acudiría al evento y a la posterior recepción. De inmediato se puso a elaborar un guion con las palabras que le diría a cada uno de ellos cuando les conociera. Serían breves encuentros, daba por hecho que ruidosos, en los que cada segundo para él tendría que ser oro, porque estaba en juego el porvenir de toda su vida.

EN MANOS DE MADAME

Entre cocottes, hablaron de las grabaciones a la carta, que eran la tendencia

Marcelo y Lucas aparecieron en el bar Bom-Bom vestidos con trajes de chaqueta y encorbatados como exigía el protocolo del local. Desde que la *madame* había conocido al nuevo gran pez gordo que chapoteaba por la capital, Marcelo Russo, supo entender que ese tipo la convenía. A Memé era hablarle de negocios y se le activaba la pituitaria para oler el dinero con la desenvoltura con la que huele el elefante africano, el olfato más portentoso del mundo. Memé en otra vida debió de ser elefanta.

La nariz de la trotaconventos estaba en alerta cuando los dos amigos cruzaron la puerta del local. Lucas le había llamado pidiéndole que les reservara el sofá que estaba más tranquilo, porque ese día tenían que trabajar. Memé les invitó primero a tomar una copa en la esquina de la barra, esa que ella sabía le gustaba a Marcelo, entre el revoloteo de las chicas que se movían como polillas bajo un foco de luz, divertidas acercándose sin llegar a tocar hasta que la *madame* cabeceara una orden. Esa tarde no era el caso. Ella estaba pendiente de la puerta porque sabía que los amigos esperaban a un tercero. No preguntó más, pero no desvió su atención por si tenía que acudir al saludo, arrastrando los bajos de las sedas aguamarinas con genuflexiones. Cuando vio llegar al comisario Sanjurjo, buen cliente del local, le saludó y voló como ella misma había enseñado a sus chicas.

El encuentro «con quien tú sabes», que le había encargado Marcelo, lo había trabajado Lucas desde hacía tiempo, desde que el napolitano detectó que el comisario Fernando Sanjurjo era un detective afamado entre las cloacas policiales del Estado por tener el mejor olfato para identificar, analizar y sacar información con las últimas tecnologías, que ya esbozaban un mundo digital. Había montado su propia agencia de vigilancia para, con la aureola de capo

policial, atraer clientes, con un testaferro como ejecutor del trajín del día a día. La reputación la había alcanzado consiguiendo investigaciones con métodos vedados a la Policía y manipulando pruebas para llevar a los jueces al callejón que él se propusiera. Con esos métodos, había conseguido meter en la cárcel a un inocente, la prueba irrefutable para Marcelo de que aquel era su hombre.

—Me gusta que la hayas llamado la Agencia de la Verdad. ¡Es cojonudo! ¿Te ha dicho Lucas que yo le he dado vueltas a montar algo parecido? Es como asomarte al patio para ver lo que hacen los vecinos, pero a lo bestia. 1984. Todo grabado. Verás cómo, con el tiempo, esto se acaba haciendo en la televisión, un Gran Hermano a la vista de todos.

—Sí. A la gente le gusta meter la nariz en todo. Ahora hay micrófonos por todas partes.

—¿Y cómo te lanzaste?

—Bueno, porque con lo que gana un policía comprenderás que no es vida. No da ni para pagar estas copas. Y a mí me gusta tragarme la vida, no solo saborearla.

El paladeo de las hazañas compartidas insufló el ánimo a los nuevos amigos, como un airbag hinchado por el alcohol, los puros, la música, la vistosidad de las putas y los halagos. Unos minutos después, los tres hombres se repantingaron en el sofá reservado por el inspector. Marcelo se había pulido como especialista en trabajar los egos ajenos, aunque había veces que el papanatismo de los otros, como en el caso de Lucas, no necesitaba de mayores florituras. Pensó que este era otro caso, que el comisario era un tipo correoso para entrarle con cuidado.

—Hombre, lo mío es profesional —les confesó Sanjurjo—. Nada de lo que veas en la tienda del espía me vale, como te puedes imaginar. En eso intento ser como el CESID, que fabrica todos sus artilugios.

—Escucha —entró al grano Marcelo—. Podemos hablar de negocios, ¿no?

—Sí, claro. Martínez me ha apuntado algo.

—Bien, pues yo ando dándole vueltas a esto de la investigación. Aquí tú eres el mejor y creo que no hay quien te supere. Pero detecto otro nicho, el de venderla, a nuestro antojo, y estaríamos hablando de mucho dinero. Y en esa parte es en la que quiero trabajar yo.

—No te sigo bien.

—Tú mueves la información solo entre tus clientes, ¿no es eso?

—Exactamente. Obtengo unas pruebas y se las presento al juez cuando me

da la gana. Claro está, siempre en beneficio de mi cliente. Unas veces tuerzo la instrucción, otras la destrozo y en algunos casos la paro. Usar la cabeza, eso es todo.

—Pues yo tengo lo mismo, pero a lo bestia.

Marcelo le habló de su admiración por tipos tan listos como él, adelantados a su tiempo, como él mismo se consideraba. Con la astucia desarrollada hacia lo moderno y las entendederas abiertas a comprender que medio mundo espiaba al otro medio. «Imposible —pensó Marcelo— que, si le voy de frente, este tipo no se rinda al halago remojado en whisky». Y fue entonces cuando le comentó su idea de hacerse con el control de un periódico, a través del cual presionar al poder con las informaciones filtradas, robadas o simplemente fabricadas. Le apuntó que era lo mismo que él hacía, pero que «en vez de poner en solfa a un juez, se pondría patas arriba a un Ayuntamiento, al Gobierno, al país entero o a todo Cristo bendito». Lo que ellos decidieran. Y le puso un ejemplo: en sus manos tenía un informe que comprometía al Ayuntamiento de Madrid y a un gran constructor, con lo que podría tumbar al alcalde, al presidente del partido y al empresario. O dejarlos vivos y sacar a cambio una buena tajada de dinero.

—¡Joder, Marcelo, lo tuyo es buenísimo!

—Sí, lo es. Sí. Y será a lo bestia si vamos juntos, ya te digo. Lucas sabe bien de lo que hablo.

—Sí, sí —le confirmó Lucas, por toda conversación.

—¡Joder, pues es lo mismo, sí señor! —explicó el comisario—, porque hoy todo dios graba por todas partes. En el ministerio y en CESID no se dedican a otra cosa. Y hay micrófonos bajo la mesa, la lámpara, en un macetero, detrás de los cuadros... Hasta en los váteres, los pongo yo. Aunque si soy el número uno es porque lo que hago es diferente. Yo uso todo lo que pillo. Y eso los demás ni lo han olido.

Sanjurjo contó enardecido —y Marcelo le dejó esponjarse— que con sus métodos limpiaba familias y empresas, investigando lo mismo una infidelidad matrimonial que una baja laboral fingida. Y que siempre eran grabaciones a la carta, que era la tendencia, para extorsionar a particulares o compañías. Y luego, con eso, daba el sablazo.

—Pues imagina si, como te digo, apuntamos a lo más alto —le proyectó Marcelo.

—¡Joder, joder...! ¡Será la de Dios! Lo veo.

Sanjurjo se recreó en la idea, y confesó que para él lo mejor era cuando

pillaba a alguien hablando en una conversación inducida sin intuir que un micrófono oculto le está grabando.

—Solo tienes que poner un palito para que el pichón se suba y siga hablando por donde tú quieras. Y cuando se enteran de lo que tienes, se acojonan para el resto de su vida.

—¡Eeeeexacto! —exclamó Marcelo, haciendo una mueca a Lucas que significaba pide más whisky y que nos traigan unas chicas, un gesto que Lucas repitió a Memé, siempre atenta al negocio. En Italia a eso se llama «respeto».

La conversación se interrumpió cuando tres voluptuosas muchachas se acercaron a los amigos, una de ellas llevando una botella de whisky en la mano, otra portando nuevas copas en una bandeja. Sin pedir consentimiento, la tercera *cocotte* —como le gustaba a Memé llamar a sus chicas—, la que más frecuentaba el comisario, desplegó la bebida sobre la mesa.

—*Boys*, os veo muy aburridos esta tarde. Pondremos el whisky sin hielo, ¿verdad?

Y comenzó a verter la bebida, delicadamente, como si fuera oro líquido, bajo la atenta aprobación de Marcelo. Terminada la faena, tomó una de las copas, se sentó junto a Sanjurjo, dio un sorbo dejando la marca del carmín en el vidrio, rio divertida por la picardía y le ofreció beber, besándole juguetonamente con sus labios.

—Anda, toma un poquito, estos amigos tuyos son chicos malos. ¿Por qué estás hoy tan aburrido? —le susurró al oído—. ¿Hoy no quieres divertirte conmigo? —Y le mordisqueó en la oreja. Venga, juguemos al mago. ¿No sabes cómo es?

Las otras chicas hicieron lo propio con Marcelo y Lucas. Sanjurjo se fue escurriendo en el sofá a medida que la revoltosa muchacha le iba engatusando.

—Es un juego muy divertido —le runroneó—. Tú eres el mago. Me echas dos polvos y desapareces. —Y rompió en una estruendosa risotada—. Anda, vamos.

La *cocotte* se levantó sedosa, tirando de la mano de Sanjurjo, quien, sin mediar palabra, se puso en pie echando una ojeada a sus amigos que estaban en similares trances. En el instante en que la cortina roja escondió el juego de magia en el que fue a participar el comisario, Marcelo se incorporó y se sacudió a su meretriz de encima, lo que imitó Lucas acto seguido. Las chicas entendieron el mensaje sin más comentarios y se esfumaron como soplidos.

Los dos amigos rieron divertidos ante la comicidad de la escena. Marcelo,

aquella noche, solo quería hacer negocios. Del bolsillo de la chaqueta sacó una pequeña grabadora.

—Lo tenemos todo, aunque creo que no lo necesitaremos nunca. Por cierto, mañana mismo vemos cómo hacer con la licencia que pillamos de Memé. Esto tenemos que profesionalizarlo y grabar con garantías. No podemos trabajar con chapuzas como hoy.

Cuando apareció Sanjurjo, había nuevas copas servidas en la mesa.

—Oye, oye, ¿y quién paga esta fiesta? —preguntó un Sanjurjo festivo—. Yo con tres o cuatro whiskies y la chica tengo bastante.

—Hoy va de mi cuenta, comisario, estamos de celebración; la próxima la hacemos a escote. Te estábamos esperando para hacer un brindis por las chicas guapas que hemos disfrutado, aunque, pero no lo comentes, yo hoy he dado gatillazo. ¡Putada! Será que la cabeza la tenía en otro sitio. Pero, brindemos por nosotros, que vemos más allá de las pestañas.

—¡¡Brindemos!! —Y Sanjurjo se anticipó a levantar su copa.

La *madame* había observado discretamente el brindis de los nuevos compinches, y mandó a una de sus chicas a servir otra ronda de whisky. «Por gentileza de *madame*», les dijo. Los negocios lucrativos de sus clientes eran, para Memé, ganancias para su caja.

8

EN LA NACIÓN

Los flashes se dispararon como ametralladoras ante aquel pavo real en celo

Llegó el día señalado en rojo en el calendario para acudir a su primer gran evento social. Marcelo llevaba mucho tiempo con la idea rondándole la cabeza, con la intención de tejer buenos contactos para obtener una tela de araña tersa y resistente, y esa oportunidad él esperaba encontrarla en el diario *La Nación*. Ya había inscrito en el registro mercantil la sociedad La Red, tras formalizar todos los trámites ante notario para el desarrollo de la actividad de asesoramiento, comunicación y publicidad, de particulares y empresas. El domicilio social era el chalé de El Viso, El Elíseo, donde la zona de trabajo ocupaba la mitad de la planta baja. Estaba tan ufano del resultado del conjunto, una zona luminosa con salidas y vistas a los afrancesados jardines, que pensaba que esas características de amplitud y opulencia determinarían su propio destino.

Marcelo aprendió de su suegro que la gente era fácilmente impresionable ante el halago y la riqueza. En consecuencia, aceptó que su máxima para mostrarse ante los demás debería ser la demasía, la abundancia tanto de palabras, con excesos verbales, lisonjas y agasajos hacia otros; como la de hechos, exhibiendo la opulencia de su vida, a sabiendas de que en aquellos años el enriquecimiento de unos pocos era lo más admirado por el resto. Por eso quiso una decoración en la oficina diseñada con espacios amplios, en todas las salas de despachos, reuniones, visitas y baños, en donde abundaran mármoles, estucos, cortinajes, cuadros de exposición, suntuosos espejos, relojes de época, jarrones de finas porcelanas y trofeos de diversa índole comprados en anticuarios para que lucieran en las estanterías. Y a la entrada, imponente, la exposición de la escultura de un Hércules sobre una elevada peana. Ese orgullo por la fuerza y la opulencia en el área de trabajo lo trasladó también a las epatantes tarjetas de visita que se encargó, en cuyo anverso ponía presidente en letras con relieve, y

en el reverso una fotografía de la fachada del palacete con la dirección sobreimpresa. Sentado en la mesa del despacho, Marcelo abrió la caja de las tarjetas, tocó una de ellas con gesto satisfecho y luego tomó un puñado, pensando ya en la recepción de la tarde.

En las horas previas a la gran cita con el periodismo, la casa de El Viso fue un gran ir y venir de trasiego. Días antes, Marcelo había trabajado en los nombres de los periodistas que consideraba imprescindibles de «controlar», una expresión que, a base de usarla él en sus círculos privados, llegó a ponerse en boga. Su plan era tan sencillo como cauteloso, pues debía encontrarse con los personajes deseados, generarles interés y confianza para, a continuación, captarles por empatía para usarles en su provecho de forma invisible, haciendo que los otros se sintieran eternos deudores de su generosa amistad. Imaginaba su vida como un *best-seller* de intriga, donde él, el protagonista, se entregaba de manera viciosa a la aventura.

Sobre la mesa, Marcelo había extendido todos los periódicos con diferentes anotaciones. A Mariví le había encargado elaborar un dossier con los mejores artículos e intervenciones del director Antón Núñez, para llevarlo bajo el brazo cuando acudiera al periódico. Repasaron juntos los currículos de los periodistas que habían seleccionado de diferentes medios, y releieron algunos recortes de prensa, entre ellos un par de buenas portadas del diario *La Nación*. Subrayó la última intervención del ministro del Interior, que le serviría para entablar conversación con él, llenándole de elogios. Jefe y secretaria anotaron en la agenda varias citas pendientes, entre ellas ver los informes de otras agencias de comunicación punteras en Estados Unidos al calor de los *lobbies* de presión, que en ese país funcionaban como una institución más. Su intención era trasladar ese modelo a España, a través de su negocio, adaptado a nuestras maneras de corromper, de manera subterránea, es decir españolizándolo.

Clara les interrumpió solo un instante para comunicar a su marido que se marchaba a la peluquería. Llevaba una vida de mayor confort al habitual, debido a su estado de gestación. Como la recepción iba a acabar en torno a las diez de la noche, había pensado lucir un pelo recogido, para lo que quiso conocer la opinión de Marcelo antes de colocar en su bolso Kelly varios recortes de revistas con diferentes modelos de peinados para cambiar impresiones con la peluquera. Le mostró varias tendencias, señalando los cabellos recogidos. Los peinados en los noventa fueron tan rompedores como la moda en general, y lo mismo podían lucirse pelos al natural que mechas extraordinariamente llamativas, que estilos

grunges cardados al máximo, melenas lacias o cortes al estilo *garçon*. Clara, cuyo prototipo de mujer ideal seguía siendo la colección de modelos de pasarela, de pelo liso y mecha rubia fina al estilo Judit Mascó, Almudena Fernández o Verónica Blume, era consciente de la importancia del evento, en el que ella también se iba a iniciar en la vida social de la capital. Su marido la animó a peinarse de manera elegante pero llamativa, e incluso le sugirió que se atreviera con adornos de colores combinados con el traje. Clara pareció conforme con la idea, y se marchó satisfecha.

Por última vez, Marcelo quiso asegurarse con el inspector Martínez de que hasta los más minúsculos detalles estarían por la tarde bajo control en el periódico. Le pareció que toda precaución era poca.

—Todo controlado, Marcelo —le respondió con seguridad Lucas—. Y Belén está encantada. Siguiendo tus instrucciones, ya le he dicho que le voy a pasar una carpeta con documentación muy importante. Tiene que ver con la última operación contra ETA, con todos los detalles de la redada y cómo cayeron esas ratas. Es muy bueno, lo he pillado de Canillas, a través de un buen contacto que tenemos ahí, en Información, que no tiene que ver con Sanjurjo. Es un buen topo, realmente tendríamos que cuidarle, porque nos dará más. Hay una segunda parte sobre cómo se desarticuló el último comando. Pero eso, he pensado, si te parece, que se lo podríamos pasar a esta Belén cuando saboree el éxito de lo que le mandamos hoy.

—Está bien como lo planteas. Ese tema a nosotros, de momento, no nos interesa. Pásale la primera parte ya mismo, para cerciorarte de que esta tía nos despejará el camino por la tarde. Y que sepa que podría tener una segunda entrega cojonuda. Los periodistas son carroñeros, y hay que tratarlos como los buitres que son. Dejarles que huelan la carnaza, para que se abalancen sin piedad sobre ella a destriparla. Y luego, trincarlos a ellos. Y con respecto a mí, te vuelvo a repetir que lo importante es...

—Sí, Marcelo, sí... —le interrumpió Lucas con tono paciente—. Lo sé. Que ella sepa que tú eres lo más y un tipo al que no conviene dar la espalda, forrado, tanto que ni siquiera sabes dónde echar el dinero.

—¡Exxxxacto! —enfaticó Marcelo—. Y asegúrate de que este mensaje le llegue al director antes de que le conozcamos. Y sobre lo demás, descuida, eso es cosa mía.

A mediodía, fue el teléfono del despacho de Marcelo el que sonó con urgencia. Marcelo ya le había advertido a Mariví que esperaba esa llamada. Eran

los minutos previos al almuerzo, que ese día lo había reservado para repasar con Clara el guion que ambos tenían que representar en la recepción del periódico.

—¡Marcelo, ¿qué has hecho?! —gritó alborozado al teléfono un eufórico, pero también confuso, Lucas—. ¿Cómo se te ha ocurrido una cosa semejante?! Desde que te conozco no sé si lo que veo son alucinaciones, porque lo de ahora no es normal.

—Serán alucinaciones tuyas —le contestó riendo Marcelo—. Estoy completamente seguro. Pero perjudicado o no, esta tarde te quiero al volante de ese coche llegando al periódico con categoría. Encárgate de que tu amiga, la periodista esa, ¿cómo dices que se llama, Belén qué, Hernández?

—No, Fernández. Belén Fernández.

—Bueno, pues esa, que te consiga una plaza para aparcar en la mismísima puerta, frente a todas las cámaras. Prométele lo que quieras, lígata si hace falta, pero que se te vea bien. Para que alucinen los fotógrafos. Este es un capricho mío, que tú tengas ese coche y que llegues así. Recuerda que la primera impresión es la que vale. Mañana todos querrán pegarse a nuestros culos como ratas. Estamos forrados, es lo que todos tienen que creer, ¿no? Y ellos, quebrados... Pues eso.

Cuando Lucas colgó el teléfono sintió que se quedaba sin resuello, y notó que el pecho se le achicaba por la enorme responsabilidad de no fallarle al jefe. El-jefe. Pronunció las dos palabras con individual energía y, de repente, ese impulso le impresionó, desatándole un inmediato alivio en cuanto resolvió en lo que dura un suspiro que, de inmediato, trabajaría para Marcelo, un tipo que por lo menos era agradecido y generoso. Y, por más señas, le había asomado a la riqueza. Tomada esa vital decisión, le volvió el agobio propio del «síndrome del impostor», ese temor a ocupar una posición para la que uno cree no estar suficientemente preparado. A Marcelo le había prometido lealtad y trabajo y la voluntad de abandonar la Policía en cuanto vislumbrara horizonte en La Red, para incorporarse con él al despacho de El Viso. Con la mano aún reposando sobre el auricular, inmóvil y absorto en sus pensamientos, decidió que el momento había llegado. Apostaba por Marcelo de manera definitiva.

Los preparativos en *La Nación* también estaban en ebullición. Eran muchas las autoridades que habían confirmado su asistencia y, más allá de las necesarias medidas de seguridad, lo más laborioso era acertar con el protocolo que le convenía establecer al periódico. De vital importancia era saber cómo sentar a cada uno de los invitados para que escucharan la conferencia del director, José

Luis Antón Núñez, el hombre que gozaba de una total influencia política desde el mundo mediático, por su veterana profesionalidad y la lucha que había emprendido contra la corrupción y los pelotazos de la España de finales de los ochenta.

El día de la conferencia, todavía coleaba como el mayor escándalo político desde la Transición el Caso Guerra, el *Waterguerra*, en palabras de Antón Núñez, tras conocerse que el hermano del vicepresidente del Gobierno estaba detrás de un chanchullo urbanístico de ochenta mil millones de pesetas. Los negocios se habían tramado desde un despacho oficial en la Delegación del Gobierno de Andalucía. *La Nación* se había empleado a fondo en investigarlo, una cereza de la que vinieron colgando otras. Las denuncias de corrupción se le amontonaban a Antón Núñez sobre la mesa. Periodista con olfato y oficio, pronto supo que la lucha contra las corruptelas debía ser el *leitmotiv* del periódico, lo que se tradujo en un espectacular aumento de sus ventas. Los lectores seguían con avidez el carrusel de amaños en el que lo mismo giraba la derecha con su Caso Naseiro, que la izquierda con el escándalo de Filesa-Malesa-Time Sport; los catalanes con sus mordidas de casinos; o los vascos con sus tragaperras... Parecía como si España entera fuera una feria en la que el dinero negro correteaba alegremente, saltando lo mismo del bolsillo de un constructor o un banquero, a las arcas de un partido para financiarse de manera ilegal. Aquella fue la España en la que se intercambiaban favores por dinero y dinero por favores, la España mangante de alegre impunidad, la de los delitos de cuello blanco y la codicia de la conocida como *beautiful people*, la España que aún no había visto desfilar hacia las cárceles a sus celebridades, pero que ya se olía el inminente espectáculo. La que había glorificado a arribistas, encumbrado a engominados avaros y celebrado sus pelotazos ensalzándolos en el papel cuché. Esa aristocracia trincona que se había convertido en el icono social del momento, un enjambre de nuevos ricos que se codeaban unos con otros, en fiestas exclusivas donde compartían con soltura las rayas de coca y los triunfadores se dejaban adorar por busconas sociales.

Algunos de esos personajes confirmaron su asistencia al periódico para escuchar la conferencia del director, un hombre de luces largas. Él fue el primero que montó un equipo de investigación exclusivamente para destapar la putrefacción rampante. Sus sabuesos periodistas habían contribuido a la caída de Javier de la Rosa, el primer financiero derrumbado estrepitosamente por la corrupción, y en aquel momento olisqueaban material sensible, altamente

comprometedor para destacadas personalidades del Estado, entre otros el director de la Guardia Civil, Luis Roldán, o el banquero de moda, Mario Conde. El periodismo de investigación fue cobrando fuerza en el país, a la misma velocidad en la que brotaban sus inefables ricos delincuentes. Y en aquellos alegres años, fue tal el número de bandidos que izaron su bandera, que los periodistas hubieron de multiplicar esfuerzos para desenmascararlos. En España, la Policía estaba centrada en la lucha contra el terrorismo, la Guardia Civil en manos de un granuja y los jueces aún no estaban entrenados en el manejo de sumarios de cien mil páginas. Los periodistas tuvieron que emplearse a fondo en su labor.

Sobre el director, Marcelo comenzó a construir una campaña boca oreja, para que fuera reconocido como el Látigo del periodismo, lo que encajaba a la perfección para sus planes de futuro. Con ese ambiente, la expectación aquella tarde en *La Nación* fue colosal. En los corrillos de entrada los comentarios eran hasta dónde Antón Núñez afilaría su lengua. Nadie comentó nada sobre algunas llamativas presencias y otras no menos singulares ausencias. El horno del país no estaba para bollos. Los periódicos reproducían chistes que aludían a los pícaros personajes emergentes y se hicieron eco del famoso tebeo de Ibáñez que creó las conocidas historietas de *El atasco de influencias*. En la famosa serie, los agentes Mortadelo y Filemón tenían que evitar el desarrollo masivo de las corruptelas de cargos políticos. Ibáñez llegó, incluso, a personalizar algunos de los protagonistas, como aquel Juanito Batalla, trasunto del hermanísimo Juan Guerra. Una etapa negra que los españoles leían con fruición a solas, pero que no comentaban en reuniones sociales.

No era de extrañar, pues, que la cita de aquella tarde en *La Nación* se convirtiera en uno de los grandes acontecimientos político-mediáticos del año. Entre la marabunta de coches con chóferes y algún que otro taxi, se abrió paso un espectacular auto deportivo, de color rojo con techo descapotable en negro, de marca Ferrari, el último modelo de la factoría italiana. Escoltado por el guardia de seguridad del periódico que le estaba esperando, Lucas aparcó el enorme artefacto, regalo de Marcelo, frente a la puerta principal del edificio. Los objetivos de las cámaras de Televisión Nacional se giraron para captar aquella imagen y los fotógrafos del periódico y las agencias de noticias le dispararon sus *flashes* como ametralladoras. Lucas descendió del lujoso vehículo como pavoneando el plumaje, henchido el pecho y el cuello erguido, con gesto de suficiencia como jamás se había visto en ninguna otra ocasión en su azarosa

vida. La petulancia le asomó en una sonrisa bobalicona cuando posó ante las cámaras, como si por unos instantes estuviera viviendo su momento Bette Davis bajando las escaleras. Y si las piernas de Bette descendían icónicas para expresar un estado de ánimo, Lucas se apeó de su Ferrari, ante la expectación general, jurándose que su voluntad sería casarse con un Ferrari por el resto de su vida. La escena que acababa de vivir le resultó tan esclarecedora como delirante. Y también de película. Arrobadado, entró en el periódico con otra vital decisión tomada: quería parecerse a Marcelo y ser simplemente asquerosamente rico.

Enseguida llegaron los Russo. Tony se dividió en dos como solo él sabía hacer, para abrir a ambos las puertas del coche. Marcelo descendió por el lado derecho, después de que se apeara su mujer por el izquierdo. El tiempo que Clara le había dedicado al vestidor y a la peluquería resultó de lo más eficiente. Apareció espectacular enfundada en un impresionante traje de Chanel, de falda negra y chaqueta blanco roto ribeteada con cinta de color negro y burdeos en la cinturilla, los puños y ambos lados delanteros. Las medias eran de rejilla grande para dibujar impecables huecos octogonales, un espectáculo que se remataba en unas sandalias de rayas blancas y negras, con plataforma y tacón ancho, «de absoluta tendencia, rompedoras», se dijo ella misma. Al pelo recogido finalmente no le quiso poner adornos, porque eligió concentrar los detalles en un llamativo collar de diferentes tamaños de perlas, ligado en muchas vueltas, tan ancho que le cubría por completo el amplísimo escote de la chaqueta. Verdaderamente lució espectacular, mucho más de lo que su marido hubiera imaginado, y la prensa no ignoró a su nueva estrella ni el modernísimo estilismo que eligió, rematado con una ancha pulsera de irregulares perlas a juego con el collar. Con ese impactante *look*, Clara posó complacida y gozosa junto a Marcelo. Quería transmitir no solo que era una mujer elegante y burguesa, sino que, como *mademoiselle* Coco, disfrutaba con la libertad en su manera de vestir. Adoraba la provocación de la *gauche divine* y de las mujeres que, aupadas en unos tacones, hacían de su capa un sayo.

EN LAS PRIMERAS CAPTURAS

Antes de escupir los halagos, su simple paladeo le dejaba regusto en la boca

En el diario *La Nación*, la sala para escuchar la conferencia de su director estaba a rebosar, incluso hubo público de pie rodeando las sillas que se habían instalado apretujadas para dar más cabida al personal. Una vez que el aforo estuvo completo, se habilitó otra sala contigua con una pantalla de televisión para que los invitados de menor relevancia pudieran seguir la intervención junto a los medios de comunicación. Belén Fernández había conseguido acomodar a sus nuevos contactos, los Russo-Cirer y al inspector Martínez, entre las primeras filas inmediatamente detrás de las autoridades. Destacados políticos y empresarios, varios de ellos comprometidos en escándalos de corrupción, acudieron esa tarde al periódico intentando congraciarse con el director y, en todo caso, dispuestos a tragarse las andanadas que el conferenciante les pudiera sacudir. Como de hecho sucedió. Nada más empezar su discurso, Antón Núñez desenfundó una diatriba dialéctica contra lo que definió como «estado de putrefacción y descomposición del país», que se acogió con signos de rigidez entre algunos de los asistentes de las primeras filas.

Para Marcelo aquello fue una verbena, un divertimento con todas las atracciones que a él le podían interesar, incluido aquel áspero discurso del que fue tomando buena nota con la intención de apropiarse de la corrección política que hizo el director, para usarlo él, pensó, en reducidos círculos de influencia cuando fuera menester. Y, de inmediato, vislumbró que en río revuelto siempre había ganancia de pescadores. Si medio país chapoteaba en una ciénaga, su proyecto de encontrar porquería para extorsionar con ella sería más fácil que perder la castidad en casa de *madame* Memé. Lo que le produjo una satisfacción inenarrable.

En cuanto terminó la conferencia, los camareros comenzaron a ofrecer bebidas y canapés para amenizar las conversaciones entre los asistentes. La periodista engatusada por el inspector Martínez acudió rauda en su busca y quiso congraciarse con el matrimonio Russo. A su jefe ya le había alertado que Marcelo era un rico con dinero fresco y ocioso, de lo que el director dedujo que sería una buena pieza.

—Mis felicitaciones, director —le expresó con toda formalidad Marcelo—, sus palabras me han reconfortado enormemente. Es más, si no fuera porque aún quedan en España patriotas como usted, mi familia y yo no podríamos vivir en este país. Le aseguro que ya nos habríamos marchado. —Y, enlazando una frase con otra para no perder tan singular ocasión, le descargó el resto de sus elaborados elogios—: Le declaro mi absoluta admiración por usted, que no es de ahora. Algún día le enseñaré la colección de artículos e intervenciones tuyas que conservo. ¡Admirables! ¡Todos admirables! Tribunas como su periódico son más necesarias que nunca en los tiempos que vivimos, don José Luis. ¿O prefiere que le llame señor Antón Núñez?

—Antón, simplemente Antón, es como me llama todo el mundo, señor Russo.

—¡No! ¡Por favor! Llámeme Marcelo, se lo ruego, Antón. Y le tomo yo a usted esta confianza porque, tras haber oído su magistral discurso de hoy, por cierto, el mejor que he escuchado en toda mi vida, le ofrezco mi contribución más generosa para que esta noble causa que usted representa tenga larga vida. Si tuviera ocasión de charlar con usted en algún otro momento, me gustaría comentarle alguna idea sobre esta posibilidad.

—De «tú», señor Russo, trátame de tú, soy un periodista.

—Está bien, Antón. Pero permítame una corrección: un gran periodista, que no es poca cosa.

Antón Núñez notó que los halagos le resbalaban como jabón, pero apreció que vinieran de un hombre con dinero y ganas de invertirlo. Y se comprometió a darle una cita inmediata. En torno a ellos mosconeaban otros invitados, ansiosos por dar ceba al director, entre ellos el ministro del Interior, Rodolfo Sentís, al que le acechaban los galopantes casos de corrupción que jalonaban el país, una pandemia que el Gobierno pretendió atajar con una ley con medidas anticorrupción, que en la conferencia Antón Núñez bautizó como «antisaqueo». Hacia él, Marcelo había desplegado su radar desde que finalizó la conferencia. Durante los breves minutos de conversación entre el ministro y el director,

aguardó inmóvil, esperando cazar a su segundo moscardón. Ahora, solo tenía que colocar el cebo, que igualmente sería un discurso patriótico adaptado al oyente.

—Ministro —le introdujo Antón Núñez—, le presento al señor Russo, un importante hombre de negocios de enorme compromiso político y social.

Marcelo, que contaba los segundos con la avidez con la que sumaba los billetes verdes, tiró de nuevo de la fórmula de elogios que había decidido usar con cada ministro que fuera a tratar a partir de ahora:

—Encantado, señor ministro —y, acercándose a su oído, cuchicheó—: Es usted el mejor ministro de Interior que ha habido en la historia de España. Verdaderamente un patriota.

Fue Marcelo el que quedó encantado con la invención de su aforismo. Pensaba que todo el mundo disfrutaba siendo elogiado y, en el caso de que no se tragaran el halago, el simple paladeo de las lisonjas, antes de escupirlas, dejaría buen regusto en la boca.

—Y sepa usted que le admiro y le quiero felicitar por la importante labor que están haciendo las Fuerzas de Seguridad en la lucha contra el terrorismo. Sin usted, esto no sería posible. En lo que pueda asesorarle, mi empresa tiene medios para hacerlo, y aquí le dejo mi tarjeta para que disponga de lo que crea menester, como a todos ustedes. —Y repartió las historiadas cartulinas que se había hecho entre los demás asistentes que conformaban el corrillo.

—El señor Russo es un hombre generoso, señor ministro —apostilló Antón Núñez—. Merecerá la pena escucharle.

—Gracias, director... ministro... Si les parece, mi secretaria contactará con sus gabinetes. Ahora solo quiero presentarles a mi esposa, Clara, una filántropa por naturaleza. La generosidad que yo pueda tener en la vida la he aprendido de ella. —Y cerró con una voz exclamativa—: ¡Todo por España!

Desde un discreto segundo plano, Lucas había observado la representación, orgulloso de haber conseguido dos ases de salida. Igual de ufanos se sintieron los Russo, quienes, una vez se retiraron del grupo, buscaron unas copas de vino para celebrarlo con un gozoso brindis. Sin perder más tiempo, Marcelo ordenó a Lucas buscar a Belén para que conversase con su mujer, mientras ellos escudriñaban nuevos insectos que atrapar, preferentemente los periodistas de la lista que habían confeccionado.

Clara supo contener su euforia de manera profesional. En su encuentro con Belén la felicitó por la exclusiva que sobre ETA había desvelado en *La Nación*, y

le hizo el discurso que llevaba preparado desde casa, aparentando una cordial ingenuidad:

—Belén, enhorabuena, te admiro enormemente, encantadísima de conocerte. Pero, dime, ¿cómo hacéis los periodistas para tener informaciones como esta? Te aseguro que, si yo supiera hacerlo, en mi otra vida elegiría tu profesión y te quitaría el trabajo —le dijo con risueña ironía.

—Con contactos, señora Russo. Tener fuentes es lo más importante en mi profesión. Y generar confianza.

Entre sonrisas, Clara le interrumpió:

—Belén, llámame Clara, por favor. Marcelo y yo hemos venido a vivir a Madrid y espero que nos veamos en otras ocasiones. Por cierto, ¿para cuándo darás la siguiente exclusiva? No querré perdérmela.

—Bueno... espero que pronto, veremos... —le contestó la periodista, complacida.

—¿Puedo? —interrumpió, colándose entre las dos contertulias Pilar Garrido, la becaria colaboradora en la organización del evento—. Belén, te he visto en tan animada charla con la señora Russo que me he atrevido a interrumpir. Señora —le dijo la decidida joven a Clara en tono de admiración—, quería felicitarle por la pareja que hacen su marido y usted, de quienes solo he oído buenas palabras. Si pudiera transmitírselo a él de mi parte. Y quedo a su disposición.

—¡Qué maravilla! —le dijo Clara a Marcelo, nada podía salir mejor. Y repasó mentalmente todas las caras que había conocido, entre ellas nada menos que al ministro del Interior, al todopoderoso Antón Núñez; de forma encantadora había charlado con la periodista de investigación de *La Nación* y con esa joven tan simpática que prometía buenos eventos. El Ferrari de Lucas escoltó al coche de los Russo para repasar juntos en casa la notoriedad de los insectos que habían picado.

—¡Buen estreno, sí señor! —dijo un Marcelo satisfecho—. Del ministro y el director me ocuparé cada día yo, a partir de mañana mismo. Y tú, Lucas, engancha bien a esa chica, a Belén.

Marcelo y Clara se dieron un beso de buenas noches. En la cama, dándose la espalda el uno al otro, Marcelo se quedó pensando en cómo hacer crecer su tela de araña, sedosa y elástica, para captar los diferentes bichos de interés que pululaban por la capital. Las piezas tendrían que tener una característica común:

estar en el poder o en sus confluencias, y tener una mente menguante ante las lisonjas y los halagos, aunque ellos, vanidosos, ni siquiera lo supieran.

Silenciosamente, fue zarandeando ese pensamiento en su cabeza, con la mirada perdida en el ventanal que daba a la calle y en los finos visillos que lo cubrían. De repente, vislumbró una idea genial dentro de su sesera: a la mañana siguiente encargaría buscar a un grupo musical de barrio para que compusiera una canción con esa letra, «cerebro de mosquito». Estaba seguro de que una tabarra con ese estribillo se convertiría en la canción del verano.

A Clara le atrapó el sueño mientras pensaba que a la mañana siguiente enviaría unas agendas de piel a Belén y Pilar.

EN EL ASALTO AL PERIÓDICO

Entre aquella calamidad, encontró él su oportunidad

Cuando Antón Núñez y el presidente y dueño del periódico, Juan Vives de Gomáriz, llegaron en su coche oficial a la sede de El Elíseo, el fotógrafo de la agencia de Marcelo, La Red, captó sucesivas instantáneas de bienvenida de los huéspedes. Retratos inmortalizando la llegada del coche de los invitados, la deferencia del chófer abriéndoles las puertas y los siguientes instantes de interés para el anfitrión, o sea bajando ambos del vehículo, saludándole ante la placa de El Elíseo, entrando al palacete y, muy especialmente, posando los tres en el *hall* con la efigie de Hércules al fondo. Marcelo les dio una calurosa bienvenida para dar realce al encuentro y convertir cada gesto suyo y del servicio en un momento excepcionalmente único: efusivos saludos que incluían ligera inclinación de cabeza; recibimiento de Juana con uniforme de gala con batín, cofia y guantes de seda; brindis en el patio central con artesanales copas austriacas talladas con cuatro diamantes de ocho quilates; y champán Moët & Chandon Imperial servido a seis grados, la temperatura que, según relató Marcelo a sus invitados, aseguraba las mejores sensaciones del brut, con su afrutado burbujeo en la medida exacta, sin exceso de espuma ni ruina de aroma. Los gestos de Marcelo por colmar de satisfacción a los huéspedes fueron tan cargantes que hasta el fotógrafo se retiró sin indicación una vez captó el brindis.

—Perdón, pero las fotos son para mi álbum personal, voy a hacer una galería de retratos de personalidades. En todo caso, solo serán insignes invitados como vosotros, hombres que trabajan por y para nobles causas que contribuyan a engrandecer España.

Marcelo había encargado la compra de la cámara fotográfica con la resolución más avanzada que se conocía en el mundo, dotada de foto-receptores que agudizaban los colores, con sensibilidad hacia la luz ultravioleta e infrarroja.

Pero, de entre todos los avances tecnológicos que el artilugio incorporaba, lo que a él más le interesaba era la capacidad de captar cuatro *frames* sucesivos cada vez que se accionaba el disparo, con una diferencia de veinticuatro segundos entre uno y otro. Así no corría el riesgo de perder una buena instantánea por unos ojos cerrados. La cámara daba la oportunidad de reparar el momento más perjudicado de cualquier celebridad.

—Y, tranquilos —les dijo en su habitual tono guasón—. Solo conservaré aquellas en las que salgáis muy favorecidos.

Los tres se acomodaron en el salón azul, denominado así por el predominio de las tonalidades azules y grises para vestir paredes, sofás, cojines y cortinajes, con lo que contribuir al enfriamiento de las posibles tensiones que pudieran surgir en una conversación. Eran los tonos preferidos de Clara, que apareció solo para los saludos.

—Bonita casa, Clara. Enhorabuena. Marcelo ya nos ha dicho que detrás de la decoración está tu mano —la elogió el editor.

—Sí, estamos contentos. Y la zona es tranquila. Aunque ha sido venir nosotros aquí, y mudarse la Preysler a Puerta de Hierro. En fin...

Los tres rieron la ocurrencia, muy en la línea con la técnica de Marcelo de iniciar las conversaciones hablando de banalidades salpicadas con chistes. Así llegaron al punto de repasar la tensa actualidad de España con la rampante corrupción de fondo, que había derribado al vicepresidente del Gobierno, enfangado por la picaresca de su hermano. Y esto no era lo peor, según apuntó Marcelo con rigidez de *rigor mortis*, sino el riesgo de fractura social en un momento que irrumpía en el país la mayor crisis económica de los últimos treinta años, con la caída en picado de la inversión, cientos de miles de puestos de trabajo destruidos y el consiguiente descenso del consumo por parte de las familias españolas, que otra vez volvían a oír aquello de que «había que estrecharse el cinturón». Marcelo tenía razón, porque en España se instaló el miedo al futuro, lo que penalizó la imagen pública de los, hasta entonces, adorados especuladores que se habían lucrado con jugosas inversiones inmobiliarias y bursátiles. Cuando reventó la burbuja, la gente comenzó a ver con desconfianza a aquella exultante *beautiful* que gozaba exhibiendo lujosas mansiones, adicción a las marcas de ropa y el consumo de las drogas más caras como un valioso marchamo social. Cuando París vivió sus años de decadencia, Londres languidecía cuando la City dormía, y Nueva York seguía sin ser accesible para disfrutar de un fin de semana, Madrid triunfó con una hedonista

movida que ahora se ponía en cuestión. El ambiente sofisticadamente canalla donde los pijos se mezclaron con escritores, el artistero de todo pelo con las niñas bien, los gais con los heteros, los galeristas con los restauradores, esa dulce evanescencia se resintió cuando el sida y las drogas comenzaron a devastar a una generación con tintes de pandemia. Y la *jet set*, antes admirada por sus extravagantes lujos y costumbres, comenzó a esconder sus golferías cosechadas con desparpajo a la sombra del poder. Fue entonces cuando Marcelo acuñó para sí la magnífica frase de De Gaulle: «*La oportunité dans la calamité*».

—Hay que reintroducir valores —sugirió Marcelo—, y eso solo se puede hacer desde la prensa, dando a los políticos su correctivo adecuado. Ese es el papel que tiene que seguir haciendo *La Nación*. Será una gran oportunidad para el periódico dentro de esta enorme calamidad nacional. Como lo ha hecho magistralmente tu familia a lo largo de los últimos cien años, presidente.

El editor Juan Vives de Gomáriz, descendiente de una saga periodística familiar de cuatro generaciones, había heredado la propiedad del periódico como único legatario, pero no el gusto ni por los quebraderos económicos ni por los políticos que la publicación le generaba. La tensión política se traducía en fuertes presiones hacia la prensa para impedir que se publicaran algunas informaciones, y el incremento de la competencia en los medios, con la irrupción de las televisiones privadas, había mermado las porciones de la tarta publicitaria a repartir, lo que acabó afectando a las arcas de un negocio que Vives de Gomáriz nunca vio como tal. El editor siempre pensó que la prensa era un lugar ruinoso para depositar dinero, por lo que solo podía resultar rentable a quien ambicionara manejar influencias y jugar en el tablero del poder. Una codicia que tuvieron sus predecesores y que él, humildemente, reconocía no poseer.

Sobre el mantel, en el segundo plato servido con maestría por Juana, llegó el momento de hablar de los negocios. Marcelo había obtenido un detallado informe de la crítica situación financiera que atravesaba el periódico, en el que había colaborado discretamente Antón Núñez, quien también le había informado de la desgana del editor en continuar perdiendo dinero. Quedaba claro que el director había apostado por el caballo vencedor de la siguiente carrera. El plan de Marcelo era introducirse en *La Nación*, planteándolo como un favor, en ningún caso como un interés personal.

—La situación de España es preocupante y es el momento de ser patriotas —argumentó Marcelo—. Y, modestamente, yo deseo contribuir a mejorar la gobernabilidad del país, a minar la corrupción que nos devora y a promover en la

sociedad códigos de buenas conductas y gobernanza. Un peso que podríamos compartir con responsabilidad, tú y yo, Juan —le dijo mirándole de frente—. De tal forma que yo estaría dispuesto a comprar el cuarenta y nueve por ciento del periódico, no más porque, permíteme la modesta opinión, la familia Vives de Gomáriz debe seguir teniendo la mayoría en el periódico para continuar siendo el santo y seña de los principios nacionales.

Marcelo había desarrollado una magistral oratoria, que apoyaba enfatizando las palabras que quería solemnizar, entre cuyo repertorio estaban los términos «España, nación, valores, principios, ética, familia, filantropía o generosidad». Y del mismo modo nunca pronunciaba, refiriéndose a su persona, vocablos como «ambición, influencia o poder». A Vives de Gomáriz y Larra se le abrieron las aguas en medio de su desértico ánimo escuchando a aquel Moisés que solo podía estar mandado por el Señor para facilitarle a él la tarea. La suya propia y la del periódico. El más patriótico Marcelo se comprometió con fervor a fortalecer los grandes principios de la nación española que con tanta lealtad servía *La Nación*, ese insigne diario. Hasta ese día, otros varios ofertantes se le habían acercado al editor Vives de Gomáriz, pero o no reunían la primera condición de ser patriotas, o les faltaba la segunda para guiar al periódico por ese compromiso, o no poseían ninguna de las dos. Simplemente eran tiburones mercantilistas con necesidad de colocar dinero para lavarlo y cambiarlo de color. Así pues, el entendimiento entre ellos fue inmediato, hablaron entusiásticamente de anécdotas y colaterales detalles, se emplazaron a una cita formal, con asesores y letrados. Vives expresó solo una condición, la de preservar la figura de Antón Núñez en la dirección del periódico. La solicitud fue acogida por Marcelo fervorosamente, hasta el punto de que derivó en porfiar, entre ambos, quién de ellos dos veía al látigo del periodismo más imprescindible para el devenir de España. Marcelo remató la discusión alegando que solo la admiración por ambos, editor y director, le impulsaba a entregarse con devota sumisión a la nueva empresa. Tras lo cual, los tres hombres brindaron.

—Y para corroborar lo dicho, si os parece a ambos, yo estoy dispuesto a poner al servicio del periódico mi empresa La Red, con el fin de nutrirlo de exclusivas y destapar las malas prácticas que el país está sufriendo. No pretendo ganar dinero con eso, solo salvar a la nación de una nueva derrota histórica. Todos mis desvelos, y vuelvo a levantar la copa, serán por esta causa. Para mí, queda sellado este acuerdo de caballeros.

La solemnidad de las palabras expresadas por Marcelo conmocionaron de

tal manera a Vives de Gomáriz y Larra que solo pudo rubricarlas enardecido, a lo que se sumó entusiásticamente el director. Lo suyo, remarcó, era un acuerdo de voluntad política planteado en términos de generosidad personal. Mientras su boca se expresaba así, por su cerebro circulaba el tintineo del dinero: acababa de vender el hotel de Mallorca heredado de su padre, en pleno auge turístico en la isla, y tenía *cash* de *mordidas* para impresionar, ingresos crecientes y contactos para apalancarse.

Cuando sus ilustres huéspedes de *La Nación* se marcharon de El Elíseo, Marcelo dio por iniciado, formalmente, su asalto al poder, con la alianza cerrada entre el periódico y la agencia La Red, comprometida en rastrear sin flaqueza a sus presas, como el más sagaz de los sabuesos, hasta acorralarlas y despedazarlas si llegara el caso.

Tercera parte

LA AMBICIÓN

1

CON EL PRIMER GOLPE

Degustando la tajada, le desfiló por el cerebro un tráiler policiaco

Cuando Mariví tocó la puerta aquella mañana, como cada día a las nueve en punto, para entregarle a Marcelo los periódicos, notó en él una mirada ávida que ya le había visto en otras ocasiones, por lo que intuyó que alguna idea más intensa le circulaba por el cerebro a su jefe. Conocía ya el gesto de disfrute cuando las malicias le ocupaban el pensamiento. Lo adivinaba por la expresión de sus ojos ávidos y la media sonrisa sardónica que le asomaba ansiosa. Del mismo modo, también detectaba cuando estaba pletórico, porque en esas circunstancias solía contar chistes fáciles o hallaba metáforas, las más veces chuscas. Aquel día no tuvo duda. Solo con el primer vistazo, ella intuyó que se trataba de algo gordo. Marcelo estaba impaciente, se levantó para agarrar él mismo los periódicos sin esperar a que se los entregara ella y, con la codicia con la que se atrapa una presa largamente esperada, extendió las cabeceras sobre la mesa y sonrió, a espaldas de Mariví, que aguardaba para ofrecerle el consabido café de cada día. Ajeno a la secretaria, Marcelo permaneció de espaldas a ella, al otro lado de la mesa, hurgando entre la prensa para escoger el diario *La Nación*. Con gesto de regocijo, lo atenazó, lo extendió en el centro de la mesa, apartó los demás diarios y se dispuso a saborear la esperada portada, toda una página dedicada a una sola noticia, ilustrada con dos fotos a todo color, la del alcalde de Madrid y la de su teniente responsable del medio ambiente, Victoria Mayoral, una política joven, alicantina de origen pero madrileña de acogida, que destacaba con fuerza entre los grandes puntales de la derecha. Aún gobernaban los socialistas, pero la alternativa, el Partido de la Gente, se alzaba con brío en las encuestas.

Entre las amistades personales de Mayoral se apuntaban el también joven presidente del partido, Marcos Guzmán, y su mujer, Patricia. La excelente

relación personal no solo la cimentaban por entendimiento generacional, sino por recíproca admiración política. Al presidente le fascinaba de Mayoral la forma en que hacía política, cómo en cada salida a la calle se metía al pueblo de Madrid en el bolsillo, recogiendo los votos que él necesitaba para tener buenos resultados electorales futuros. De contundente belleza española, reforzaba su atractivo luciendo el pelo recogido como la morena del lienzo, lo que le daba una imagen poderosa, con la que ella jugaba plenamente consciente. Mayoral conocía la fascinación que ejercía en los hombres, que le granjeaba mucho voto masculino, lo mismo de los veinteañeros, los maduros o mayores, por lo que sus discursos y gestos iban dirigidos a caerle bien a las mujeres, un mundo más difícil de conquistar, más complejo, menos homogéneo que el de los hombres. Nadie dudaba de que, en las próximas elecciones municipales de mayo del noventa y cinco, ella sería la candidata a la alcaldía.

En todo ello pensó Marcelo aquella mañana, de pie en su despacho, frente a la soberbia imagen de la teniente de alcalde en la portada del periódico. Pensó que Antón Núñez había interpretado a la perfección su deseo de que la foto la retratara especialmente guapa para contrarrestar el impacto del único titular: «Mayoral entrega las depuradoras del agua a un constructor amigo». Con grandes caracteres, bajo el cual se leían dos subtítulos: «La oferta de O&C fue calificada por los técnicos del Ayuntamiento como la cuarta opción»; «La competencia sospecha que pudo haber pago de comisiones». Una y otra vez, Marcelo volvió a leerlo: Mayoral, amigos, comisiones. Observando la foto, salivando con su jugada maestra. Por fin tocar el poder. Años esperando el momento, curtiéndose entre bambalinas sombreado por todos y todo. Macerando la información. Habiendo visto pasar la oportunidad de unas elecciones generales, sin que él hubiera podido arbitrar ni una sola pelea en el ring. Mayoral, amigos, comisiones, relejó de nuevo. Ahora tenía un abultado dossier y un periódico. Y se imaginó el poder del Ayuntamiento de Madrid en sus manos, la estabilidad del alcalde, la carrera de la aspirante, truncada. El futuro del Partido de la Gente, comprometido. La esperanza para aupar al presidente conservador a la jefatura del Gobierno, en entredicho. Se le agolparon en su imaginación diferentes imágenes, como en un tráiler policiaco: ¿Mayoral en los tribunales? ¿Junto a su amigo de O&C, el constructor Villar? ¿Mayoral inhabilitada por corrupción? ¿Por cohecho? Se le abría todo un mundo de oportunidades y —se dio por seguro— él sabría aprovecharlas todas. Nada como una mujer conservadora zumbada por un periódico que decía ser independiente.

Sumida en un tormento monitorizado por él. Sacaría tajada acorralando al partido que acariciaba la idea de ganar las elecciones municipales con ella de candidata, como trampolín para las siguientes generales. La corrupción ya no sería un tema exclusivo de los socialistas. Dejaría que los nervios corrieran por las venas del presidente de los conservadores, para darle luego un ansiolítico. Y, entretanto, se granjearía las amistades socialistas, hasta que les llegara la hora de asfixiarlos. Tendería sedosos hilos de la tela de araña a diestro y siniestro, para golpear, sin ser visto, a su exclusiva conveniencia. Esparciría el caos enredándolos a todos. Para salvar, a continuación, solo a quienes él dispusiera. Por un instante sintió el vértigo de sus pensamientos cruzándose unos con otros, alocadamente, como coches de choque.

Sin despegar la mirada de la portada, repasó su plan. Cogió el periódico, y por un instante vio a Mayoral expuesta a las brasas. Generado el problema, pensó, él buscaría la solución y, en su mundo de buenos y malos, solo él jugaría a deshacer los entuertos que, esparcidos por todo Madrid, eran cosa de Antón Núñez. Porque ¿acaso había comprado él su participación en *La Nación* para servir a algún político? Claramente, no. ¿Acaso había apostado él su dinero para plegarse a un director? Claramente, tampoco. ¿Y acaso había captado la voluntad del director para hacer simplemente periodismo? La respuesta era la misma. El periodismo, para él, era una profesión de ingenuos obcecados, por lo que, solo él sabía, Mayoral no se sentaría en ningún banquillo y quedaría parcialmente tocada si se avenía a comprender sus nobles razones de amistad y colaboración perpetua. Con ella y con el Ayuntamiento de Madrid. Saboreó ese pensamiento con una profunda inspiración de aire. Cuando se giró, la secretaria seguía ahí, en su posición habitual de firmes, sombría y esperando una respuesta a su no menos habitual pregunta:

—Don Marcelo, ¿le traigo ya el café?

—No, gracias, Mariví, luego. Ahora prefiero que hables con la secretaria del alcalde de Madrid y de la concejal Mayoral. Interésate por esta, debe de estar destrozada. ¿Lo has visto? —le preguntó, enseñándole el periódico—. Entérate de cómo tiene la agenda, porque tendré que coincidir con ella en algún momento para expresarle mi pesar.

—De acuerdo, don Marcelo.

—¡Ah, Mariví! Y hazte amiga de las secretarias —le requirió cuando ella salía del despacho—. Quiero que las llames con frecuencia, a la de Mayoral cada día para preguntarle cómo se va encontrando su jefa. Ve con ella de compras, o a

comer, o adonde quieras, todo corre de mi cuenta, por eso no te preocupes. ¡Ah! Y también simpatiza con la secretaria del periódico, que te cuente cómo está el director, Antón Núñez, trabajaremos mucho con ellos. Ahora, pásame con la teniente de alcalde, por favor, y dile que es en relación con una información que le conviene saber sobre la noticia que da el periódico *La Nación*. Hazlo así, no te equivoques: a ella le conviene saber lo que yo le voy a decir. ¿Entendido?

—Sí, señor, así lo haré.

Cuando él oyó al otro lado de la línea la voz de Mayoral, el mejor de los Marcelos estaba al teléfono:

—Mi admirada teniente de alcalde, disculpa, pero creo que tengo la manera de que este escándalo no llegue a mayores. Claro, comprenderás que el asunto es tan delicado que no es para hablarlo por teléfono. Si tuvieras a bien dispensarme unos minutos, yo dejaría mi agenda a tu disposición para comentarlo personalmente. Me consta que hay movimientos para debilitar al Partido de la Gente, a su presidente, al alcalde y claramente a ti misma. Quieren destrozarte y que no seas la candidata por Madrid. Y eso ya no se lo puede permitir España. Ni yo estoy dispuesto a consentirlo —sentenció enérgico.

—¡Qué barbaridad, Marcelo!

—Como lo oyes. Detrás de esto, lo que hay es meteros mierda a cuenta de la corrupción para que Guzmán pierda las generales. Entre tú y yo, tú les importas un rábano.

Cuando Marcelo colgó el teléfono, se recostó en el respaldo de la silla y cerró los ojos para concentrar mejor sus pensamientos. Sabía que había atrapado en La Red al primer moscardón político y quería estudiar cada movimiento de la jugada. Con una contundente certeza: pondría un poco de mermelada en la tela de araña, lo que se dice un poco más de dulzor, de gelatinoso envolvente, para que la caza de los insectos fuera más fructífera. Y a partir de ahí, los clasificaría por grupos de interés. Con ese regusto, bajó a la redacción para hablar con el director. Impostando cautela, le pidió permiso en tono guasón para entrar en su despacho.

—Antón, enhorabuena, la foto de Mayoral es magnífica, todo un acierto, seguro que a ella le agrada que en este punto hayamos sido cuidadosos. ¿Tenemos en el periódico algún fotógrafo que destaque sobre los otros? Lo digo porque seguro que en los próximos días ella irá a algún acto con gesto de preocupación, y, oye, deberíamos mandar al mejor para no perdernos ningún detalle. Aunque, ¡faltaría más, Antón! Será lo que tú decidas.

—Por supuesto, Marcelo, así lo tenía previsto.

—Muy bien, es que si lo dejamos en manos de gente que no entiende de temas delicados, al final las cosas se complican. Y las listas a las municipales se están haciendo estos días.

—Sí, sí, tranquilo, lo tengo claro.

—De todos modos, si no te importa, prefiero que en el tema de las fotos te ayude Lucas, en esto es un fenómeno, porque siempre sabe lo que nos conviene. Oye, si no te importa, ¿eh?, si no te importa. —Antón Núñez guardó un discreto silencio por respuesta, que Marcelo aprovechó para seguir hablando con naturalidad, como si no hubiera interpretado su mutismo—: Por cierto, ¿hay ya reacciones en el Congreso de los Diputados? Convendría que nuestro periodista animara a los demás para que fueran los otros quienes preguntaran por los amiguismos del Partido de la Gente. Aquí no quedaría bien que solo nos señaláramos nosotros. Lo ves como yo, ¿verdad?

A sugerencia de Marcelo, el director había aceptado lanzar la exclusiva en martes, a sabiendas de que ese era el día que el Congreso de los Diputados celebraba sesiones plenarias y los portavoces parlamentarios se reunían a las doce de la mañana en la primera planta. De este modo resultaba extraordinariamente sencillo atraparles a todos ellos, a la entrada de la sala, y obtener una caterva de declaraciones sobre cualquier asunto de actualidad. Aquel día no habría duda, la caza sería sobre el compadreo de la paloma blanca del Partido de la Gente con el mundo de la construcción. Un primer impacto al que podían dar continuidad en las jornadas del pleno de miércoles y jueves, a las que acudían los primeros espadas, el presidente del Gobierno, el líder de la oposición y demás partidos políticos, y un nutrido grupo de ministros, por lo que el combate político estaba siempre asegurado. Y rematarlas en la rueda de prensa, del viernes, del Consejo de Ministros. Más aún, en aquella legislatura que agonizaba, acechada por innumerables escándalos y una oposición que olía las vísceras de un Gobierno que se desangraba, las inminentes elecciones municipales y autonómicas se apuntaban como el primer gran acto de descabello. El primer gran asalto de Marcelo.

Cuando la conversación con el director estaba a punto de concluir, Mariví irrumpió en el despacho para entregarle una hoja que detallaba la agenda del Ayuntamiento de Madrid. Marcelo la avistó a voleo y, como perro de presa, se apostó frente al jueves, magnífico día —pensó—, justo tras el oleaje que se montará en el Congreso de los Diputados.

—¡Ah! Una última cosa, Antón, el jueves por la tarde asistiré al concierto del Auditorio Nacional de Música. No creo que merezca la pena que me des más de dos fotos en el periódico del viernes porque me incomoda que se me reconozca; pero, modestamente, creo que una de ellas estaría bien que fuera con el alcalde, que, según me cuentan, asistirá junto a Mayoral. Me acercaré a ella para mostrarle nuestros respetos, y esa imagen, creo que es la que más nos conviene.

Marcelo siempre dijo que una cosa era ser puta y otra parecerlo. Por lo cual, proyectó trabajar para ofrecer una imagen pública pulida, que solo pudiera sumar adhesiones. En ese caso, únicamente tenía que correr la voz de que el editor Vives de Gomáriz, siendo el accionista mayoritario, no ejercía control alguno sobre las decisiones del director y que este, a su vez, vivía enfebreado entregado a la causa de pasar a la historia como el látigo, el más incisivo de los periodistas. En conclusión, él, aun siendo el mayor de los patriotas, poco podía hacer sino poner paños calientes a las calamidades y deshacer los destrozos que, como monos con pistola, le organizaban los otros. Las fotos debían corroborar, exclusivamente, ese planteamiento: «He ahí un hombre de diálogo, un respiro para un tiempo nuevo en el periódico». Por eso, para el evento del Auditorio de Música estudió bien el traje que debía vestir, cumpliendo con la mejor de las etiquetas.

—Marcelo, veo que últimamente asistes a actos a los que yo podría haberte acompañado —le reprochó Clara con tono molesto cuando vio al día siguiente las fotografías en el periódico—. Tengo trajes que no son para ponerme con mis amigas, y a este paso acabarán apolillados. O lo que es peor, se pasarán de moda.

—Creo que tenemos algo para este mes. Mariví te llamará luego.

En los planes de Marcelo estaba que, andado el tiempo, su figura de responsabilidad y respetabilidad se haría imprescindible no solo para dominar por completo *La Nación*, sino para arreglar cualquier componenda que se necesitara en el país. Ambiciones que, ya no tenía duda, no debía compartir con Clara. Él se sabía el maestro de los ardides, que solo debía planear desde la más absoluta de las tinieblas.

2

CON LA BECARIA

A sus ojos, la chica cerró un círculo virtuoso, sencillamente perfecto

En el sombreado mundo de esos ardides, la figura de Lucas fue apareciendo cada vez más delineada, aparejada a la de Marcelo, por lo que su capacidad para influir sobre él también se percibía ascendente desde el exterior. Si Marcelo siempre pretendió poder y dinero, Lucas aspiraba a disfrutar de dinero y aparataje bajo su sombra, lo que en su mundo podía traducirse en degustar a la mejor *cocotte*, ligarse a alguna cazafortunas o emparejarse con alguna aspirante a trepar por alguna televisión de La Red. En algunos de sus sueños le aparecía una larga cola de atractivas chicas, esperando pacientes una entrevista con él para recibir una oportunidad de salir por la televisión. Y él avanzaba lentamente por la fila, revisando una a una, para escoger únicamente a unas cuantas, las afortunadas tocadas por su dedo, las que entrarían a su despacho a tener una cita con él; las demás, simplemente las desearía invitándolas a deshacer el orden en plena calle. De momento, fuera del mundo onírico, no había pasado del segundo estadio, el de recalar con alguna lagarta, pero aspiraba a conseguir el tercero, para ver caer a las señoritas buenísimas que le esperaban rendidas a sus pies. Un objetivo que no se le antojaba difícil. En el trasiego de los sobres que se movían con desenvoltura en torno a Marcelo y Sanjurjo, una parte de los fajos de billetes le brincaban a él. Por eso, aquella llamada de la impetuosa Belén, la redactora de *La Nación* que en otro tiempo les había hecho los honores en su visita al periódico, la recibió como si le estuviera lamiendo la cabeza, todo un reconocimiento a su poder de influencia.

—Lucas, ¿la exclusiva de Mayoral que ha firmado este otro tipo, la que desde hace tiempo me estabas prometiendo que me caería a mí, me la ha birlado? Es que desde que he visto la noticia se me ha puesto una cara de gilipollas de la que todavía no me he repuesto.

—¡No, hombre, no, si la tuya era de terrorismo! La tengo aparcada en el cajón porque no quiero que se nos amontonen demasiado. Mosquearíamos al personal si tú y yo nos entendemos mucho, compréndelo, Belén. Y, además, tenemos que contar con Antón.

—Con Antón he hablado yo y parece que anda jorobado. Me ha dicho que últimamente le están cayendo las cosas con paracaídas, sin enterarse él de nada.

—Tranquila, ya se le pasará. Eso no ha de preocuparte.

—No me preocupa, Lucas, te lo aseguro, era solo un comentario. Lo que sí me jode es que lo bueno se lo des a otro, cuando yo me he dejado contigo los dientes.

Belén pensó, no sin razón, que Lucas la había utilizado para su introducción en el periódico, pero que la había dejado como una pieza descontada. Las redacciones eran el lugar más parecido al comité ejecutivo de un partido político, donde todos se saludaban con un cordial mordisco, que te arrancaba a dentelladas por la mañana con lo que uno se había encamado la noche anterior.

—¡Lucas, quiero algo ya! —le exigió sin contemplaciones—. Hasta la mujer de Marcelo debe de alucinar con que no destaque más. Cuando la conocí, me dijo que me seguiría y, a estas alturas, debe de estar pensando que soy gilipollas. Pero lo peor de todo es que creo que lo soy.

—Está bien, déjalo en mis manos —le dijo un ufano Lucas—. Hablaré con Antón Núñez, yo me ocupo.

—De todos modos, quiero verte. Necesito encontrar mi sitio en el periódico, y eso solo lo puedo hablar contigo. Antón está desubicado, ya te digo.

Las pretensiones de Lucas de amasar dinero y chicas y aparentar influencia se vieron hartamente colmadas con las razonables peticiones de Belén. Decidió darles curso inmediato para afianzar su propio crédito en el periódico. Sabía, por experiencia, que el boca a boca era el mejor sistema para montarle a uno una campaña.

La incorporación de Marcelo al accionariado había generado un animado oleaje dentro y fuera del diario que no cesaba, por lo que la muy discreta Mariví intuyó que aquella chica que dijo llamar desde el diario *La Nación* pretendiendo hablar con su jefe podría interesarle a él realmente. Desde que Marcelo le comunicó la compra de la mitad de las acciones del periódico, el ajeteo en El Viso había crecido y la secretaria observaba que el jefe hablaba con el director del periódico de forma diaria y abundante y con el presidente de manera frecuente, aunque más esporádica. Antón Núñez había acudido también, en

alguna ocasión, a almorzar a El Elíseo, en lo que ella interpretó era el principio de una fructífera relación profesional entre Marcelo y Antón. Por esa razón, la llamada de aquella joven le pareció de una naturaleza diferente hasta lo acontecido hasta entonces. Dijo ser una tal Pilar Garrido, becaria, miembro externo de la organización de eventos de *La Nación*.

Pilar era aún estudiante de derecho en la Universidad Complutense de Madrid, pero había conseguido, a duras penas, meter ligeramente la cabeza en el periódico. Hacía unos tres meses desde aquella primera vez en que telefoneó a la secretaria de Antón Núñez, pretendiendo mantener un encuentro con él para solicitarle cualquier tipo de colaboración. Tras varios intentos infructuosos para obtener la ansiada cita, una mañana la joven se presentó frente al despacho del director. Ante la negativa de la secretaria a franquearle la visita, ella permaneció en la antesala durante toda la mañana, inamovible. «Supongo que este hombre tendrá que comer y saldrá de aquí en algún momento —pensó—, no tendrá escapatoria». Y, efectivamente, no la tuvo cuando salió cuatro horas después. Y ella le abordó frente a frente. Solo por su perseverancia y desparpajo, el director le dio la oportunidad de mantener un encuentro en el que ella se atropelló por contarle su pasión por el periodismo, la política, la comunicación, las relaciones públicas y las leyes, con la ambición de dominar, un día no muy lejano, las relaciones institucionales de un medio como el diario *La Nación*, «para conocer gente». La frescura de la chica fascinó al director, por lo que solo unos días después la joven pelirroja comenzó a taconear por el periódico, sin sueldo alguno, pero con la ambición de absorber cualquier aprendizaje como una esponja hace con un líquido. Su primer gran evento fue la conferencia del director, y desde entonces poco más.

Con la misma desenvoltura habló con Marcelo, cuando aquella otra mañana Mariví la pasó al teléfono.

—Señor Russo, le agradezco enormemente que me atienda. Charlé con su mujer en la conferencia del director de *La Nación*, de eso ya hace un tiempo. Me pareció una mujer inteligente y encantadora, pero no tuve la ocasión de saludarle a usted. Me gustaría ponerme a su disposición, máxime tras haber conocido su entrada en el accionariado del periódico.

—¿Tú qué haces exactamente ahí?

—Trabajo en el departamento de eventos, como colaboradora externa, y de vez en cuando me encargan alguna cobertura. Pero no gran cosa. Perdone el atrevimiento de esta llamada, señor Russo, pero solo querría que me conociera.

Marcelo accedió a recibirla porque todas las fuentes que le fueran a informar sobre lo que se cocía dentro del periódico le parecían pocas. El día que se conocieron en el despacho de El Viso, Pilar había elegido para presentarse un *look* masculino, combinado con detalles que le aseguraban una imagen moderna pero impecable, para adentrarse con dominio en un mundo dirigido por hombres. Había estudiado que ellos elegían a sus colaboradores a su imagen y semejanza, lo que significaban nuevas hornadas de hombres, pero que la atracción hacia los fetiches femeninos a ellos les resultaba irresistible. Así que eligió un traje de chaqueta de color beige, con fina raya diplomática, al que restaba sobriedad con el corte de la cazadora cruzada, ajustada a su talle con cuatro botones. Con las ganancias que había obtenido dando clases particulares, la joven se había encargado un total de tres conjuntos confeccionados a su medida, para tenerlos como fondo de armario y cubrir con éxito ocasiones como la de ese día. En la visita a Marcelo quiso combinar el conjunto de chaqueta y pantalón con unos *stiletos* de color marrón y una gargantilla con piedras colgantes, en tonalidades claras, para destacar su parte más femenina. En esos años, la moda que imperaba permitía vestir con accesorios grandes, y ella seguía las tendencias que luego adaptaba a su personalidad, siempre flamante. Nada más entrar en el despacho, se retiró las gafas de sol, de un estilo ligeramente mariposa, con un estudiado movimiento con la mano izquierda mientras con la derecha estrechaba de forma contundente la mano de Marcelo.

Enseguida Pilar percibió que su imagen había sorprendido a su anfitrión. Ella tenía tan solo veintitrés años, pero desplegó la determinación y desenvoltura que utilizaba habitualmente para saludar contactos nuevos. Imaginaba que eso le daba la apariencia de haber vivido lo de una mujer de cuarenta. Ya lo había corroborado en más ocasiones, y sabía que eso descolocaba a los hombres. Se presentaba segura, profesional y con un discurso hábilmente preparado con antelación que, en su caso, fue el de mostrar ambición por hacer carrera de la mano de un medio dirigido por personajes potentes. Y aquí fue donde enjabonó el ego de Marcelo, más expuesto al manoseo de lo que él pensaba, especialmente si le venía de jóvenes y atractivas mujeres.

—Empecé a colaborar en los eventos del periódico. Pero no he encontrado mi hueco aún. Por eso quería comentárselo a usted, por si me pudiera ayudar. Tengo ideas que aportar, por ejemplo, la de coordinar las exclusivas que lance el periódico con los actos que en él se organicen.

—¿Y eso no se hace ahora?

—No. Desde luego, no como yo lo haría. Creo que si el equipo de eventos conociera de antemano los grandes *scoops* por donde fuéramos a ir, podríamos agendar previamente intervenciones de personalidades relacionadas con el asunto. Porque una vez que están en la agenda, comunicadas y aceptadas, luego ellos no se pueden echar atrás. Y esto, lógicamente, retroalimentaría la capacidad de pegada de nuestras exclusivas. Y la fuerza del propio periódico. Sé que las exclusivas son informaciones delicadas que no pueden estar al alcance de todos, pero me gustaría que probaran mi capacidad de discreción. Esta es otra de mis cualidades.

A Marcelo, la idea de la becaria le pareció tan fascinante como ella misma. Estaba claro que la cabeza de aquella criatura funcionaba como un reloj suizo en sincronía con lo que expresaba toda su figura, una espabilada cabeza que, ciertamente, no se paraba en momentos delicados como el que les ocupaba, capaz incluso de adivinar que, bajo el aspecto ligeramente bobalicón de su contraparte, había simpatía hacia su propuesta. Por lo que decidió, segura, seguir dando hilo a la cometa.

—Acabo de terminar periodismo y me entusiasman las relaciones públicas. Y estoy en el último curso de derecho, porque creo que esta es una formación esencial para moverse en cualquier campo de la vida. A todo lo que hago le pongo pasión, señor Russo. O sea que si el director me pudiera anticipar lo que estamos buscando o investigando, incluso el material que nos llega por diversas fuentes, yo estaría dispuesta a dejarme la piel en darle toda la continuidad posible al asunto. Y si usted necesitara información adicional de lo que sea, me sentiría enormemente honrada en servirle.

—Veo que eres una chica ambiciosa. Eso me gusta. Muy bien. Déjame que lo estudie. Y si procede, hablaré con Antón Núñez.

—Por ejemplo, señor Russo, ¿cuál podría ser la próxima exclusiva? Por poner un caso sobre algo concreto. Imagino que a usted le informan de antemano, claro. Y también imagino que usted incluso podría saber más que ellos. Lógicamente.

—¿Lógicamente? ¿Por qué? —preguntó desconcertado Marcelo.

—Bueno, digamos... que porque todas las referencias que tengo de usted son extraordinarias y esa unanimidad de criterios solo se la puede permitir gente que también es extraordinaria. Perdone mi atrevimiento, pero ¿por qué no habría de pensar yo que su información se anticipa a la de otros?

Marcelo se carcajeó, meneando la cabeza y mirándola fijamente, con una

expresión entre la desconfianza y el regusto de la complacencia.

—Señorita —le dijo con más que evidente sorna—, parece que va usted muy deprisa.

—Señor Russo, efectivamente quiero llegar lejos. Y para eso yo puedo poner trabajo, preparación y pasión, pero la oportunidad me la tiene que dar usted.

No quedaba duda de que la chica llegaría lejos porque exhibía con descaro la ambición que tan bien él conocía. Esa reflexión le gustó, y de inmediato incorporó a la brava joven al conjunto de los de su especie. Estaba verde y prematura aún, pero era osada, y tenía el instinto con el que un cervatillo se pone en pie nada más ser parido. Un ser perfecto para tenerlo empotrado en el periódico, nuevos ojos que podrían reportarle otros ángulos, incluido el del director. Complacido por el enfoque y divertido con el combate verbal de la becaria, Marcelo se levantó dando por concluido el encuentro con la brevedad asignada, treinta minutos exactos, una práctica que aplicaba disciplinadamente con todas las visitas para preservar no solo la agenda sino también la imagen de hombre eficiente y ocupado.

—Sí, lo pensaré. Quizás podrías colaborar para La Red, mi empresa. Aunque no te prometo nada.

Tras la despedida en la puerta de su despacho, mientras él recorría de vuelta los diez metros de distancia que separaban aquel umbral y la mesa de trabajo, oyó que la determinada joven le decía a Mariví:

—Por favor, ponme un almuerzo con el señor Russo. La primera vez quiero invitar yo.

Las caras de jefe y secretaria podrían haber sido la perfecta muestra de un catálogo para explicar los conceptos taoístas del yin y el yang, dos fuerzas opuestas en su vagar al unísono por el universo. La primera, el yin, el concepto femenino de la Tierra, la oscuridad, la pasividad y la absorción se resumió en la expresión de una perpleja Mariví, que no acertó a contestar. La segunda, el yang masculino del cielo, la luz, la actividad y la penetración se sintetizó en la burlona sonrisa del jefe y su expresión iluminada. Con una interferencia esta vez: Pilar Garrido, la joven becaria pelirroja, había irrumpido en su mundo para hacer saltar por los aires la doctrina china. Ella no era mitad de nada, porque simplemente no era una mitad que se complementara con nada ni con nadie. Ella era un convencional yang en las formas, con alma yin, lo que a los ojos de

Marcelo cerró un círculo virtuoso insuperable. Sencillamente portentoso y perfecto.

Dejó la cabeza flotando, con pensamientos líquidos para concentrarse únicamente en el disfrute de sus habilidades, de una sensación de levedad como si vagara por el cosmos sin gravedad alguna. Se regodeó en la idea de pensar en su suegro, en la cara que pondría cuando conociera su ilimitada ascensión, que iría cumpliendo con la misma rectitud que un hombre de fe toma los sacramentos, primero el bautismo, luego la confirmación, y así hasta el matrimonio. Él, un ser llamado Don Nadie, escalaría hasta la cima del Poder y el Dinero, escritos con mayúsculas, donde el rudo payés jamás habría podido auparse, como jamás habría cristalizado en un diamante en Madrid siendo de naturaleza bruta.

Cuando él se casó con Clara, Mario Conde era el Rey en su iconografía a imitar, pero en ese tiempo, el triunfador, joven y guapo banquero se había estampado en la más estrepitosa caída financiera. En el agujero que dejaba en Banesto, de medio billón de pesetas, España enterraba la época de los pelotazos y a sus becerros de oro.

Fue con aquella sacudida judicial, social y mediática del más fulgurante triunfador, cuando Marcelo se sintió obligado a rebuscar nuevos ídolos. Así fue como descubrió al magnate Silvio Berlusconi, un hombre que, habiendo comenzado a trabajar como cantante de cruceros, se había construido un imperio mediático con las televisiones Canale 5, Italia 1 y Rete 4, el periódico *La Repubblica* y los semanarios *L'Espresso*, *Epoca* y *Panorama*. Y ya pensaba en la política. Como un robot, Marcelo llevaba en su cabeza incrustado un chip con el dibujo de esa ascensión que abarcaba televisión, prensa, edición y publicidad. Y se repetía, para sus adentros, de manera obsesiva: «Solo Berlusconi ha hecho semejante hazaña, pero yo haré más. Definitivamente, yo soy más alto».

3

CON LA PRIMERA PORTADA

La corrupción era esencial para engrasar un país, privilegio para escasos cerebros

Begoña, la secretaria de la teniente de alcalde del Ayuntamiento de Madrid, recibió a Marcelo con extraordinaria cordialidad en la puerta principal de la calle. La impresión que a él le dio fue que Mariví había hecho un buen trabajo de acercamiento a ella, y que ese esfuerzo había dado sus frutos. Él tenía constancia de que su secretaria había cumplido con la tarea de captación encomendada, porque, a través del micrófono que le había incrustado en la lámpara de mesa, tuvo oportunidad de oír una de sus charlas entre ellas, hablando sobre trabajo y planes vacacionales. Este último tema le dio pie a él para preguntar a Begoña sobre sus preferencias de mar o montaña, en tanto caminaban hasta el despacho, a lo que ella respondió de manera complacida. En su plan de expansión de La Red, Marcelo se había fijado la aproximación a secretarías de importantes personajes a través de la amabilidad de Mariví y con sus propios agasajos. Una felicitación navideña, un obsequio de cumpleaños, cualquier detalle por la recuperación de una enfermedad o un regalo para los hijos era azúcar con lo que él endulzaba su tela de araña. Marcelo era de la opinión que la mejor manera de conocer los humores y agendas de un jefe era escudriñando bajo la lupa de una asistente, lo que siempre se vino en llamar adorar al santo por la peana.

—Y no te olvides del campo, Begoña, que en mayo, este año, coincidiendo con la campaña electoral, habrá una semana de amapolas que será única. Creo que es la segunda, o la tercera... y las tienes ahí al lado, camino de Toledo.

Chisteando acabó la conversación con Begoña, quien de inmediato pidió permiso a su jefa para introducir al visitante. Hasta la puerta de su despacho salió Virginia Mayoral para recibirlo, en un afable gesto que él correspondió con bromas en el saludo. Parecía como si se tratara de un encuentro entre viejos

amigos y no lo hubieran precedido tres días de intenso combate político y periodístico contra ella. Tras el bombazo de la exclusiva, todos los medios recogieron las reacciones políticas al escándalo, en una batalla campal entre el Gobierno y la oposición a cuenta del «y tú más con la corrupción», que dejó a España asimilada a un gigantesco pantano enfangado.

El día del encuentro en la Casa de la Villa, situada en la recoleta plaza del mismo nombre que se abría desde la calle Mayor, el periódico dedicó una página al concierto de la noche anterior en el Auditorio Nacional. La información se ilustraba con diferentes fotografías de los asistentes, extraordinariamente cuidadas, entre ellas una en la que Mayoral besaba afectuosamente a Marcelo. En la mesa baja del despacho, en torno a la cual se sentaron, estaban todos los periódicos desplegados entre los que destacaba *La Nación*, colocada sobre todos ellos. Tras los primeros devaneos de fogueo, el editor entró en materia.

—Candidata, porque estoy seguro de que usted será la candidata al Ayuntamiento en las próximas elecciones. Sabe que recientemente he adquirido el cuarenta y nueve por ciento de ese diario que dicen es el azote de este país. Me ha movido a ello el hecho de querer salvar al viejo periódico de una situación económica catastrófica. Y he tomado esa cantidad porque no me ha sido posible comprar más. La familia Vives de Gomáriz quiere seguir manteniendo el control de *La Nación* por tradición familiar, cosa que me agrada pero que también me limita para orientar la línea editorial y controlar los excesos del director. Si de mí dependiera, le aseguro, señora Mayoral, que esa línea no sería la de desestabilizar ni España ni al partido político, que para mí es la esperanza blanca que nos queda a los españoles.

—Me está usted diciendo que...

—Por favor, concejala, tutéeme, me temo que tendremos que hablar mucho después de este escándalo.

—Muy bien, te ruego hagas lo mismo conmigo. Pero preguntaba, ¿me estás diciendo que la línea del periódico será destruirme? Porque yo estoy dispuesta a defenderme. No soy responsable de tan vomitivas acusaciones, yo no firmo las contrataciones, es un asunto del pleno. Y menos a cambio de comisiones. La información es maliciosa y ya está en manos de nuestros servicios jurídicos.

—¡Pues esa es una buena noticia! ¡Sí, señor! —la jaleó él—. Y por eso estoy aquí. Si tuvieras algún documento con el que pudiéramos involucrar a otro, el periódico sabría cómo girar este asunto. En todo caso, quiero que sepas que he hecho gestiones para que la oposición rebaje su furia. Creo que dará resultado.

Les he hecho llegar que, o paran contra ti, o insistiremos en su corrupción que es la podredumbre de este país.

—Me temo que esto ya no hay quien lo pare.

—Eso déjalo en mis manos. Otra cosa es que, si no tenemos el control del periódico, estos casos se volverán a repetir.

La advertencia fue sutil, pero a Mayoral no le pasó desapercibida. A pesar de su juventud, ella era perro viejo. Para llegar a sentarse donde estaba se había tenido que defender de algunas fieras a mordiscos. Y para aspirar a ser cabeza de cartel, daba por hecho que le vendría fuego amigo. Sabía algo tan simple como que en la política, al igual que en la vida, quien ocupa un sillón no deja el sitio vacío. Así que, con su consabida flema ante las crisis, permaneció inmutable, esbozando media sonrisa. Solo quería saber quién de entre los suyos había utilizado a Marcelo.

—Si no te he entendido mal, quieres para ti todo el periódico. ¿Cómo lo vas a hacer?

—Dicho así no está en mis planes, concejala. Pero si compartes el proyecto, lo haría con tu ayuda.

Mayoral percibió que él había preparado minuciosamente la reunión a la vista del abanico de gangas que le desplegó para que eligiera. Él podría bajar el diapasón en el periódico, achicar la furia de los portavoces parlamentarios, suavizar al presidente socialista en Madrid, trabajarse a la fiscalía para que no abriera diligencias, entorpecer cualquier investigación contra ella y disuadir al constructor para que no hablara. Ella dudó de aquella altruista disposición, que en todo caso le convenía.

—¿Qué cabeza quieres? —le preguntó retadora.

—¡Por Dios, concejala, ninguna! Solo pretendo salvar la tuya y que puedas ser la próxima candidata a la alcaldía del Partido de la Gente. Los ciudadanos te verán como un dechado de limpieza si conseguimos segarle el cuello a alguien, esa es la verdad. Y el periódico te pondría como ejemplo frente a la porquería en la que chapotean los socialistas en toda España.

—Ya veo.

—Creo que, con las elecciones a la vista, es lo que más te conviene. ¿Cuándo saldrán las listas?

La concejala no era la primera vez que se enfrentaba a un chantaje. Pero intuyó que en este caso estaba ante un profesional, para quien la corrupción era parte de su naturaleza. Y no se equivocó. Para él, las corruptelas eran selectos

cebos para espabilar a un país, mover el dinero y los negocios, generar riqueza y crear puestos de trabajo. Otra cosa era el discurso político que hubiera que hacer a los adocenados ciudadanos para que comprendieran. La gente, como masa, pensaba él, nacía con la idiotizada normalidad incrustada en el cerebro, sin la necesaria calidad para la elasticidad. Con sorna, él solía explicar que solo en los cohechos se podía encontrar la sal de la vida para espabilar las inteligencias. Y, en consecuencia, despreciaba entre simpáticas risas a los seres que, siendo tentados, no sucumbían a un buen soborno, prefiriendo bracear como náufragos en el magma de la estupidez. La concejala fue intuyendo durante la conversación que por la cabeza de Marcelo circulaban esos pensamientos.

—¿A quién has colocado en el corredor de la muerte? Necesito saber, para actuar.

—A nadie en concreto. Aunque creo que el concejal de urbanismo es un tipo mediocre para ti.

Y calló el resto de su pensamiento sobre ese ser impermeable a la intermediación que Marcelo le había propuesto en aquellos momentos en que se pinchaba la burbuja tecnológica y el dinero se dirigía con brío al sector inmobiliario. «Tiene que acabar muerto por definición. Colapsará pronto», le certificó en su mente, sin mover un músculo de la cara.

—¿Te parece, candidata, que lo hablemos en un almuerzo? Déjalo en mis manos. Trataré de sorprenderte.

—Por favor, llámame Virginia, ¡mira que si en el partido supieran que me llamas candidata...!

Cuando Marcelo abandonó la sede de la Casa de la Villa, ese formidable edificio del siglo XVII, los policías de la puerta le hicieron un saludo que le pareció marcial. Emprendió camino por la calle Mayor, hasta la Puerta del Sol, donde destacaba el edificio de la presidencia de la Comunidad de Madrid, en cuya torre se situaba el reloj más famoso de toda la cultura hispana gracias a sus campanadas de Fin de Año. Ante su puerta se paró y observó la plaza con una óptica distinta. Le pareció más diminuta que de costumbre, con el trasiego de coches y gentío, las calles que arrancaban bullangueras y las carreteras ordenadas como las varillas de un paipái desplegado, desde el centro a la periferia. Pisó la placa del mapa de España, que vio incrustada en el suelo, sobre cuyo mar Cantábrico podía leerse «Kilómetro 0». Antes de entrar en el coche en

el que esperaba Tony, Marcelo se aseguró de que el bolígrafo con el que jugueteó mientras habló con Mayoral había grabado correctamente. Satisfecho, lo apagó.

En el coche, Marcelo tomó el voluminoso teléfono portátil, uno de los primeros artilugios de este tipo que se veían por la capital, y llamó de inmediato a Lucas. Le apremiaba verle. También a Sanjurjo. Luego marcó a la secretaria del periódico para confirmar el almuerzo con Antón Núñez. En su maquinación, Estrella, la secretaria del director, era la primera pieza que tenía que caer de toda una ristra que había planeado, para colocar en su lugar a personas que se acomodaran a su confianza. *La Nación* tenía que ser como su propia definición lingüística: un conjunto de habitantes regidos por el mismo gobierno. En ese caso el gobierno era únicamente él.

—Antón, ¿cómo voy a saber yo que tu mujer te ha puesto los cuernos si no es porque Estrella lo va contando? Esas cosas personales solo las sabe una secretaria. Son todas iguales. Seguro que la mía hace lo mismo. Yo podría saber que cambiaste en tu conferencia, en el último minuto, el asiento del ministro de Exteriores porque no te facilitó un visado. Que también suena feo y quizás también lo ha puesto ella en circulación. ¡Pero lo otro, joder, lo de tu mujer es muy fuerte! Bueno, ya lo hablaremos en el almuerzo. Ahora vayamos a lo importante.

En menos de un mes, Estrella fue despedida, lo que no distrajo a Marcelo de lo importante que para él era lo que llamaba hacer España, y cualquiera, sin ser un avezado analista, habría comprendido a esas alturas que se trataba de hacer engordar más sus ya abultados bolsillos. «*Fer la puta i la Ramoneta*» era una de sus frases recurrentes, desde que se la oyó decir a su suegro, sin que sus interlocutores sospecharan que, sarcásticamente, ese era su juego favorito, el de aparentar ser la señora siendo la otra. Así pues, impostando la voz digna cual la Ramoneta, le habló a Antón de la necesidad de endurecer las críticas al Gobierno de progreso de España y rebajar el caso del Ayuntamiento de Madrid, para garantizar el futuro del Partido de la Gente y el de la nación. Y le insinuó investigar al concejal responsable de las infraestructuras. Fue la primera vez que a Antón le pareció que quien le hablaba era la puta.

Marcelo se recostó en el asiento trasero del coche y marcó el teléfono de Pilar Garrido.

—Acepto, si las reglas las marco yo. ¿Estás dispuesta?

Ella le respondió con una risa desenfadadamente bulliciosa. No sabía cuáles eran las reglas, pero estaba dispuesta a jugar la partida. Comparaba el mundo a

un tablero de ajedrez en el que solo podía enfrentarse con tipos inteligentes. Y si además tenían una mente diabólica, el reto para tumbar al Rey era infinitamente mayor.

4

CON LA INTELIGENCIA

La vida era un juego de malabarismos para convertir en virtud los ardidés cotidianos

Para el encuentro con Pilar Garrido fue él quien eligió un reservado del restaurante Horcher, uno de los más exclusivos de Madrid, junto a la Puerta de Alcalá, frecuentado normalmente por hombres dispuestos a sazonar sus comidas de negocios con los caldos más selectos y succulentos manjares, en general cargadas a las cuentas de empresa. Desde que la joven apareció en su despacho con aquella personalidad arrebatadora, Marcelo había tenido sobre ella pensamientos contradictorios. A ratos, se la imaginaba como un ser angelical que Dios había puesto en su camino, inteligente y eficaz en su trabajo; y en otros momentos aquella hermosura que le resultaba impetuosa le reforzaba su idea de que la belleza de una mujer era solo una cáscara para esconder en su interior un completo bazar de pecados, derivados de un ser más corporal, menos intelectual y por ello más caliente. Conjetura con la que explicaba la diabólica naturaleza de las mujeres, que las dotaba de un goce sexual insaciable —«Las puedes cansar, pero nunca saciar», decía—, y el sentido de recipiente hueco que le asignaba a las prostitutas. En lo más profundo de él, quería pensar que Pilar estaba excluida de esta categoría, lo mismo que Clara, su mujer, con la que las relaciones íntimas no tenían que ser abundantes porque, para esos desahogos, ya existían otras mujeres con los instintos más bajos.

La cita del almuerzo con Pilar Garrido la cerró Mariví con veinte días de antelación, por lo que, a medida que se fue acercando el día del encuentro, Marcelo fue orillando las teorías y se aplicó en la práctica de sorprender a quien, tenía claro, quería que fuera su colaboradora, su necesario puente entre él y el periódico. Y, tras varios tanteos, se decantó por la elección del restaurante Horcher porque, a la exclusiva cocina y sofisticada carta, el local sumaba un

linaje de casi cien años, como le sucedía a *La Nación*. De Horcher le gustaba a Marcelo su estilo a la antigua usanza, la decoración señorial con las paredes estampadas, los cortinajes palaciegos que aislaban del exterior y el trato distinguido que ofrecía, especialmente a las señoras, a quienes verdaderamente les hacía sentirse como princesas. Pilar, con su temperamento que bien podría haber sido germánico, anticipó su llegada apenas unos minutos, los suficientes para no percibir el principesco trato que tenía prometido. La joven entró al restaurante como había visto hacer a Julia Roberts adentrándose en el hotel y en las tiendas de lujo en *Pretty Woman*, desplegando desparpajo pero sabiéndose escrutada como una mariposa clavada en un tablero, bajo la lupa del entomólogo que le analiza los pigmentos de sus alas. Y, con incomodidad, a su entrada notó el primer gesto de desconfianza del encargado, que de inmediato trasmutó en delicadas atenciones en cuanto supo quién iba a ser su acompañante.

—Sí, claro, el señor Russo, faltaría más, por aquí señorita —le dijo, cediéndole el paso camino de uno de los reservados.

Y le introdujo en una pequeña cámara con parecida ornamentación, donde enseguida asomó un camarero ofreciéndole un cojín para apoyar los pies bajo la mesa, un taburete auxiliar para depositar el bolso y unos surtidos aperitivos que ella devoró con la mirada. A continuación, otro camarero hizo entrada para recolocar la cubertería de plata y la cristalería Riedel, que de antemano estaban perfectamente situadas en la mesa. Una vez que los dos hombres desaparecieron, apenas tuvo Pilar unos breves segundos hasta la llegada de Marcelo, en los que instintivamente se revisó el traje, miró el bolso que había acomodado en el taburete y echó cuentas de lo que le valdría aquella juerga: ¿un mes de las clases particulares que daba?, ¿una semana vendiendo publicidad?, ¿o sería quizás más? Los interrogantes se le detuvieron con la pomposa introducción que el director hizo de don Marcelo, puntual a la cita como siempre. El saludo entre ambos fue enormemente cordial, como sucedió en el periódico cuando se conocieron; ella notó que acogedor por parte de él, masculino estrechándose las manos, como a ella le gustaba.

—Pilar, he hablado con el director y está encantado con el trabajo que haces; en su ánimo está ofrecerte más, pero no en eventos sino en el periódico. Ha pensado contratarte como redactora, de lo que, evidentemente, no te darás por enterada. Cuando te llame, que no sé cuándo será, agradécele solo a él, la idea habrá sido suya, y muéstrate dispuesta a dejarte la vida por reforzarle a él, su trabajo, el periódico, y ni una palabra sobre mí. Entretanto podrías ir

pensando lo que te gustaría hacer, quizás puedas pedirle algo en concreto, interior, que tiene mucho movimiento con el terrorismo, o tribunales, que tienen ajetreo más con la corrupción. Al fin y al cabo, has hecho derecho, esas dos cosas te encajarían perfectamente, por si le quieres argumentar. Pero piensa también en la política, quizás eso te guste y tienes condiciones para hacer gobierno o partidos políticos en el periódico, y eso, imagínate con las elecciones a la vista, siempre queda muy cerca de la mano del director. No obstante, y te olvidas de lo que te voy a decir ahora, yo también te quiero trabajando conmigo. Tranquilamente desde fuera, como hacías para el periódico, ya iremos encajándolo todo. Yo estoy diversificado mis empresas, una de ellas, Event LR, exclusivamente para organizar eventos. Los de *La Nación*, por ejemplo, los haremos nosotros desde la planificación estratégica, la gestión comercial, el protocolo o el *catering*. Será muy interesante. Y otra de ellas, Inforpol, elaborará informes dirigidos especialmente a las administraciones. Cuando arranques en el periódico ya veremos cómo lo encajamos, pero no le veo problema, habrá muchas formas de hacerlo.

Pilar le fue escuchando sin pronunciar palabra, solamente asintiendo con la cabeza. Era de la opinión de que la inteligencia tiene límites, pero la estupidez no, por lo que en situaciones comprometidas el silencio era su mejor respuesta si no tenía la certeza de expresar algo realmente impactante y oportuno. Así que dejó toda la pista de baile para él y esperó a ser invitada a actuar sin innecesarias exhibiciones. Marcelo siguió hablando, satisfecho con la atención que ella le prestaba con los asentimientos de cabeza y que interrumpió para hacer una aseveración:

—Señor Russo, no sé por qué pero querría hacer terrorismo; lo tengo claro y, como bien me dice, más adelante la vida ya me dirá. A veces es bueno dejarse llevar por los instintos, y esto es ahora lo que me pide el cuerpo.

—Me parece muy bien, tú eliges. Pero solo te diré una cosa, Pilar, porque tú no me conoces, pero yo soy un hombre ambicioso y necesitaré para todos mis proyectos muchas manos, buenas cabezas, ojos atentos, oídos abiertos y bocas cerradas. Y creo que tú y yo nos podremos entender bien en muchas cosas, porque eres una chica lista. Y no tengo que decirte que, si no quieres levantar suspicacias entre los demás, nada de lo que hablemos tú y yo, a partir de ahora, deberá ser conocido. Te haría daño a ti, no a mí. Supongo que esas lecciones ya las tienes aprendidas.

—Diría que sí, señor Russo; en todo caso, aprendo rápido.

—Llámame Marcelo, por favor. Trabajaremos mejor si nos tomamos esta pequeña confianza.

Habitualmente, Marcelo celebraba sus almuerzos de trabajo en El Elíseo y solo se citaba en selectos restaurantes, como aquel día, cuando se sumergía en el serpenteante mundo de las sombras o cuando quería exhibir el marchamo de su elevada posición social, para epatar a sus invitados y con ello facilitarse la obtención de succulentos acuerdos, cautelosamente discretos. En general, eran citas de trabajo a las que siempre acudía junto a Lucas, el encargado de portar la llave inglesa con la que apretar los tornillos a sus presas, seleccionadas generalmente de una en una. La sombra de Lucas solía ser alargada, sin voz ni voto en las conversaciones, pero con las orejas desplegadas para repasar posteriormente junto al jefe la envidia de los negocios tratados. Así que la distinción que Marcelo le dispensó a Pilar, eligiendo aquel coqueto reservado y acudiendo en solitario, fue una *deshabillé* en toda regla, de calzoncillos caídos en un hombre que pensaba en la malignidad de las mujeres antes que en sus virtudes, en todo caso, seres para desconfiar. Pilar Garrido, que no respondía a ninguno de los estereotipos supuestamente femeninos, notó el desvestido de Marcelo en cada gesto, en la amplitud de la oferta, en la conversación que había mantenido con el director del periódico, en la determinación por promocionarla y en la generosa invitación. Y supo que tendría que corresponder estando a la altura con enorme inteligencia, porque también identificó que se adentraba en un terreno inequívocamente resbaladizo, donde tendría que hacer malabarismos para convertir en virtud los ardidés de la vida cotidiana.

El primer ardid lo ensayó Pilar tras los postres, solicitando al encargado que le entregara la cuenta, un gesto que fue respondido a carcajadas por Marcelo y desoído por el director, que no cometía con sus distinguidos clientes la indelicadeza de pasarles la cuenta ante los ojos de sus invitados. Supuestamente, ella pensó, se la enviará al despacho, porque ambos se marcharon sin pagar. Terminado el almuerzo, ella le agradeció la invitación y el mundo de oportunidades que le había brindado.

—Marcelo, no te defraudaré.

—Estoy seguro de ello —le respondió mientras se estrechaban las manos—. Y, por cierto, en el periódico quedará un interesante hueco en terrorismo; creo que Belén Fernández tendrá que hacer otras cosas.

En cuanto Pilar vio que el coche de Marcelo giraba la calle, se detuvo frente a la misma Puerta de Alcalá. Revolió en el bolso y sacó su recién comprado

teléfono móvil, uno de los primeros artefactos de gran tamaño que lanzó Nokia y que ella personalizó con una tapa de color verde pistacho. Sintió una necesidad imperiosa de tomar aire.

—Isabel, soy Pilar, tengo buenas noticias de trabajo. ¡Estoy eufórica! Así que he cambiado de opinión, y voy a salir esta noche con todos. Aún no lo comentaré, pero quiero celebrarlo. ¿Dónde habéis quedado, por fin?

—Qué buena noticia, Pilar. En Elhecho de Huertas, para picar allí algo y luego movernos por la zona a tomar unas copas. Nos vemos a las nueve, viene todo el mundo, solo faltabas tú, o sea que será estupendo.

—Vale, yo ahora ando por el Retiro, doy un paseo, hago unas compras y estoy por allí a las ocho y media, por si tú te puedes acercar antes.

—¡Hecho! Nos vemos tú y yo media hora antes. Un beso.

Muy pronto Pilar descubrió que la especialidad en la que había elegido trabajar, el terrorismo, le daría sabores agrisados, especialmente ásperos cada vez que alguien en la redacción gritaba «¡Atentado!», pero sedantes cuando palpaba la contribución que desde un diario como *La Nación* se podía aportar a la sociedad. De denuncia del crimen, de lucha de la sociedad, de solidaridad con las víctimas. El asesinato del edil y candidato al Ayuntamiento de San Sebastián en las elecciones de mayo del noventa y cinco Gregorio Ordóñez impactó a Pilar como si la bala con la que los terroristas le descerrajaron el cerebro le hubiera atravesado directamente a ella. Durante muchas noches, la imagen de la sangre pugnando por salir a borbotones de su cara reventada le espantó los días y le inquietó los sueños. Gregorio era un hombre joven, de solo treinta y seis años, dispuesto a plantarles cara a los terroristas, de frente, sin escolta. Un hombre de una pieza, un ser valiente. La nueva cara del compromiso político español que se abría paso en el País Vasco. Así fue cómo, a pecho descubierto, se atrevió a adentrarse en la parte vieja de la ciudad, con el único propósito de disfrutar de un almuerzo en el restaurante La Cepa, en pleno territorio comanche, por cuyas intrincadas callejuelas los cómplices del terrorismo se movían a sus anchas, advirtiendo a cualquier español dispuesto a declararse como tal que el bonito barrio podía convertirse para los de su especie en una ratonera. Hasta el restaurante, hasta su mesa, hasta su nuca, hasta pararse frente a su mujer y sus compañeros de partido, se acercó el terrorista, pistola en mano para, entre plato y plato, reventarle los sesos al indefenso Gregorio. El olor a pólvora tapó el hedor de odio que dejaron los criminales a su paso. Pilar supo que aquel vil asesinato, igual que le marcó a ella un antes y un después en su vida, también trenzaría

lazos de compromiso en la política, en la lucha antiterrorista, en la solidaridad de la ciudadanía y en el rearme cívico de los españoles. Y no se equivocó. Los donostiarras doblaron el brazo armado de la banda votando pacíficamente, de forma mayoritaria en las elecciones al alma de Gregorio, dándole una victoria *post mortem*.

Las elecciones municipales y autonómicas de 1995 fueron el aldabonazo que los españoles dieron a los socialistas para enseñarles la puerta de salida. La derecha obtuvo más concejales, ganó un millón de votos más en los Ayuntamientos, se alzó con el triunfo en cuarenta y dos capitales de las cincuenta de España, y ganó en diez Comunidades de las trece que celebraron comicios. España pedía cambio. Los conservadores subían el penúltimo escalón con la vista puesta en el Gobierno de España. Mayoral no fue la candidata de su partido al Ayuntamiento de Madrid en las elecciones del noventa y cinco. Tuvo que afinar sus amistades para degustar tiempos mejores.

CON LA RED, SIN HEREDERO

No tardó en aceptar que él desviara sus juegucitos fuera de casa

Clara tocó la puerta del despacho de Marcelo y la abrió de inmediato antes de esperar respuesta. Impetuosa, aprovechando uno de sus cada vez más escasos quehaceres en El Elíseo. Al teléfono, vio a Marcelo absorto, gesticulando, enfatizando una conversación que la paralizó y prefirió escuchar desde el quicio de la puerta. En los últimos meses había notado cómo el mundo de su marido era únicamente el de los negocios, por lo que no le extrañó que ni siquiera percibiera que ella estaba allí. Había creado el Grupo La Red para englobar diferentes compañías, Lucas había dejado la Policía y se había acomodado en uno de los despachos de El Viso, y a la boyante actividad se habían incorporado agentes, investigadores y personal administrativo. Su poder político había ido en aumento, mantenía relaciones fluidas con todos los partidos y su radar se extendía con amplios contactos empresariales. Con La Red ofrecía eventos y servicios, a cambio de lo cual él demandaba mordidas. En esas le pilló hablando con el presidente de O&C.

—Juan, lo siento, es una putada lo que te voy a decir, pero los periodistas tienen un plato muy succulento tuyo, que ni te imaginas cómo les excita —le oyó decir.

—No te entiendo —le respondió el constructor al otro lado del teléfono.

—Cohecho en el caso de Mayoral. Tienen pruebas de que forzaste las cosas. ¡Imagina si eso saliera!, todo el mundo pensaría que has sido tú quien se la ha cargado como candidata a la alcaldía.

—¡¡Pero qué barbaridad me estás diciendo!! —exclamó indignado.

—A ver, se quedará ahí porque, viendo el perjuicio que podíamos causar a tu gente y, en consecuencia, a España, he exigido que lo paren. Y he echado un órdago: o se cumple mi exigencia o de lo contrario yo salgo del periódico.

—¡Qué dices, Marcelo, eso ni yo lo merezco! ¡Es una barbaridad!

—Lo que oyes. Y sabes que acabo de entrar, como quien dice. Pero ni te imaginas los bueyes que tengo ahí para arar. Antón Núñez no deja un charco por pisar, y Vives de Gomáriz, entre tú y yo, el pobre tío no pinta nada. Y mejor así, porque para las cosas que dice...

Los ojos y la boca de Clara, escuchando a hurtadillas a su marido, tomaron forma de pez a medida que la conversación fue avanzando. Por lo que iba oyendo, imaginó que la mente del constructor había activado la caja registradora, ofreciéndole unos cuantos fajos de billetes verdes, porque Marcelo se le aparentó con rostro tragaldabas.

—Juan, todo tiene un precio en esta vida —le oyó decir—. Para levantar este país tengo que invertir mucho dinero en actos en *La Nación*. Tu ayuda será valiosísima. Una donación nos vendría bien. Mantener España no sale gratis.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Diez millones de pesetas. Para ti, eso no es nada y, para nosotros, es una ayuda. Por supuesto, agradeceríamos que fuera más.

¡Diez millones de pesetas, por ocho meses!, que se revisarían al año siguiente por el ejercicio entero. Aquello sí era un sablazo y no los de su padre; este ejecutándolos desde una silla y el otro con las botas de agua calzadas hasta las ingles. Como si, repentinamente, alguien le hubiera arrancado una cortina que le tapara los ojos, ella lo vio todo con claridad. Entendió secuencia a secuencia cómo Marcelo alargaba el brazo para proteger compañías con la fructífera tapadera de *La Nación*. Dejó la puerta entornada y se marchó como llegó, sin que él la percibiera, cegado por cerrar lo que argumentó como un «trato amistoso» para defender los intereses de O & C y los «tuyos, amigo Juan».

A partir de aquel día, Clara supo que su marido estaba definitivamente perdido para la vida familiar, volcado exclusivamente en su voracidad económica. Empezó a atar cabos y entendió sus silencios y la razón por la que se le había disparado la fortuna repentinamente. Intuyó que similares técnicas las estaría aplicando a otras piezas y que *La Nación* era solo el instrumento. Sintió que la placentera noria con la que comenzó su matrimonio se había ido convirtiendo en una vertiginosa montaña rusa. Revivió el día que el ginecólogo identificó en la ecografía que no les nacería un heredero sino una niña. Fue el primer y único día que él le acompañó a la consulta, y la reacción de Marcelo fue tan airada que incluso desconcertó al doctor. Ella ya le había visto antes con

esporádicos arranques violentos, pero no como el de aquel día. «¡Eres tan débil que solo has podido engendrar a otro ser débil como tú! —le espetó—. ¿Qué heredero tendré yo, qué sentido tendrá toda la obra que estoy haciendo?».

—¡Lárgate! —le dijo ella, rompiendo en sollozos, tendida en la camilla—. ¡Eres un monstruo, lo tenías escondido y te acaba de explotar! ¡Fuera! —le gritó, incorporándose en la camilla, rompiendo en sollozos.

Como si aquel día él la hubiera atravesado con un puñal, seguía sintiendo clavado el momento en que Marcelo salió en busca de Tony, montó airado en el coche y desapareció por la calle Juan Costa, camino de la Castellana, dejándola hecha un mar de lágrimas que se fueron secando con el viento de la calle. Recordó lo que él le había contado, que había sido educado en un colegio religioso en su Nápoles natal, y que abandonó las prácticas piadosas cuando llegó a Mallorca, a los doce años. Aquel desdén por lo devoto, le solía explicar él, había sido el germen de la apostasía que mantendría de por vida. Sí conservó, en cambio, la creencia en lo que él llamaba los dos grandes pilares de la Iglesia, que la habían mantenido en pie por más de dos mil años: de un lado, su resistencia a los avances, lo mismo fuera la Ilustración, la astronomía, las ciencias naturales, el racionalismo, el socialismo o el liberalismo. Y, de otro lado, su admirada doctrina de considerar a las mujeres como seres inferiores. En defensa de este razonamiento, Marcelo sacaba a colación todas las confesiones religiosas de la historia y del mundo, argumentando que todas habían calificado a las mujeres como seres con mentes más perversas y más imbéciles que los hombres, desde la Eva del cristianismo a la Pandora de los griegos. Por lo que tanta sabiduría junta no podría equivocarse. Clara tuvo que escucharle en varias ocasiones que, «por naturaleza, la mujer era débil, infiel y lujuriosa congénitamente hablando, porque no estaba hecha a imagen y semejanza de Dios, de ahí su empeño en seducir a los hombres para arrastrarles hacia el mal». Y le hablaba del «mal», ya no del «demonio», como hacía antes. Y le explicaba que la palabra «fémina» estaba formada por «fe» y «minus», lo que traducía como «menor por la fe», que no era otra cosa, le explicaba a su mujer, que la conducta errática de las mujeres a lo largo de la historia, lo cual él, lamentándolo mucho, no podía enmendar. Clara no le rebatía de teología ni filosofías de cartelería, pero cuando entraba en estas conversaciones se levantaba dándole un rabotazo que apuntaba maneras.

Cuando, en la mitad del embarazo, Marcelo ocupó otro dormitorio de manera permanente, para ella no hubo desazón alguna, solo descanso, para

gestar a su pequeña. Notó que él había ido mudando sus costumbres, e incluso tejía negocios con *madame* Memé y en su sofá reservado en el Bom-Bom. Lo visitaba a diario, donde ella imaginaba sería recibido con agasajos porque fuera de casa la unidad de su generosidad la establecía en el billete verde. Fue entonces cuando Clara se sintió ese recipiente hueco, ese saco vacío que para su marido eran las prostitutas. Presintió que, en el fondo de su mente, él pensaría así con relación al cuerpo de todas las mujeres, simples vasos para retener la semilla natural y perfecta de sus esposos. Enfangada en esos pensamientos, Clara pasó de la depresión a la melancolía y de ahí a un complicado parto, sin Marcelo al pie de la cama. Vuelta a la depresión con llanto desconsolado cuando pensó que, desde la boda hasta el nacimiento de su preciosa criatura, apenas había disfrutado de su marido. Solamente le había acompañado a un gran acto social, el acontecido en el diario *La Nación*. Repuesta del descubrimiento de que su marido era un infiel en serie, aceptó que desviara sus juegucitos hacia el Bom-Bom, hizo suyo el pensamiento de «mejor no cogerse un disgusto, sino cogerlo todo», y le exigió la vida acomodada que a ella le correspondía, pero con dos condiciones: que fuera él quien la mantuviera, sin limitaciones; y que colmara su vocación de *sociality*, llevándola como una fiel esposa a todos sus actos sociales. Él aceptó el trato complacido y Clara lo tomó como si fuera una constitución no escrita de dos artículos. «La verdad es que el tipo cada vez me apetece menos», pensaba de forma recurrente cuando le veía, hasta que dejó de verle. En un mirar sin ver, admitió que las suspicacias de sus padres eran acertadas cuando le advirtieron sobre Marcelo. Y concluyó que en las clasificaciones de casamientos de su madre, su marido había hecho una boda y ella un bodorrio. Así fue cómo Clara abandonó su alma a la querencia de su pequeña Valeria, y dos años después a Beltrán. «Qué bien, la parejita», le decía machaconamente su madre. Y ella guardaba en silencio la certidumbre de que «solo por eso había merecido la pena aguantarle el olor a whisky y puros en las noches en que él tuvo capricho», cuando la asaltaba en su sueño de madrugada.

La niña, graciosa y pizpireta, le cogió el gusto a disfrazarse de princesa cubierta de abalorios, robándole los zapatos a su madre. De aquella guisa se la encontraba Marcelo el día que llegaba a tiempo para la cena, unas veces vestida de Minnie, otras de Blancanieves y las más de la Sirenita, correteando por la casa con una cola de pez agarrada a la falda estrecha que arrastraba cantando alegremente: «Bajo el mar hay bailarinas, son las sardinas, ven a bailar, hay castañuelas, son las almejas bajo el mar, el caracol es saxofonista, y las burbujas

llenan la pista, para que bailes en esta fiesta, bajo el mar». «Chist...», le pedía su madre cantar más bajo y no golpear la cuna del bebé. Marcelo, sin verbalizarlo, fue sintiendo irremediamente una tierna adoración por la espontánea ingenuidad de su hija, y ello le fue atando a volver a casa antes de que ella durmiera, por la apetencia de verla, lo que la criatura celebraba con alegre alborozo, cubriéndose con diferentes adornos para divertirlo.

—¡Hazme una foto, papi! ¿Estoy guapa?

Marcelo reía con los corsés desabrochados, ante aquella diminuta criatura, ingenua y tierna. Y sin consciencia, el padre fue dejando desabrigado su impermeable corazón, entregado al cariño de la pequeña, sin hacerse preguntas ni buscar respuestas, sintiendo que su niña era única y estaba ajena a todas las definiciones que sobre féminas se hubieran hecho a lo largo de la historia, con anterioridad a nacer ella.

En aquel trasunto de su matrimonio, Clara supo lo que eran los famosos binomios que tanto le fascinaban a Marcelo, ese bien y mal, ese blanco y negro, esa zona privada de la planta superior de El Viso para ella; los despachos, los salones y el comedor de la zona baja para él. Ni siquiera Marcelo le pedía a ella que le acompañara a todos los actos sociales. «Solo a los relevantes —le espetó él cuando le pidió explicaciones—, ahí sí que necesito reforzar mi imagen de respetabilidad, sobre todo con estos de la derecha que solo hablan de familia». Cierto era que para reforzar ese relato, a Clara no le llegó nunca que Marcelo fuera alardeando de ninguna de sus aventuras. Intuía que eran en serie pero estratégicamente cortas en el tiempo, para estrangular la posibilidad de que afloraran o de que las chicas le exigieran más allá que una relación lasciva.

Pero no fue hasta aquella noche, la del día en la que le oyó coaccionar al constructor cuando Clara decidió sentarse frente a él para hablar de negocios a sabiendas de que ese era el único lenguaje que él entendía.

—Marcelo, llegado a este punto entre tú y yo, habrás comprendido que el amor no es lo que más me importa en nuestra relación. Pero sí te exijo que cumplas con nuestro contrato social. Quiero salir, acompañarte a todos los eventos importantes. Para todo el mundo soy tu mujer y creo que no te interesaría que fuera de otra manera. Quiero fotos en el periódico. Hasta mis amigas me preguntan extrañadas por qué no salgo más.

Él no escondió su cara de desdén, un gesto que acababa elevando los ojos como si buscara el cielo, con el que venía a resumir un «y a cuento de qué me dices esto ahora». Meneó la cabeza, como asintiendo, y accedió a contestar.

—Vamos cumpliendo. Pero ahora las cosas son muy complicadas. Las fiestas ya no son fiestas, son negocios. Y no me puedo distraer contigo, ni pensando que alguien irá a sonsacarte una información inconveniente.

—¿Me estás llamando idiota?! —le gritó, escupiendo la rabia que hasta entonces había contenido—. Quizás lo sea realmente, porque no te entiendo. Pero recuerda que lo que tú haces lo hizo antes mi padre, con mucha maestría, por cierto. Estaría bien que estas cosas no se te olvidaran —y zanjó la conversación dando un portazo. Otra noche más.

En la soledad de su habitación, Clara repasó la avidez de él por los negocios, el ansia de poder, la codicia por los medios, la fabricación de intrigas, los escauceos por el Bom-Bom. Todo era más grande que sus viejas promesas de formar una familia o tener un heredero. Las nuevas apetencias se le habían incrustado unas en las tripas, otras en el corazón y las más en la mente. Marcelo ya no montaba en noria, sino a una vertiginosa velocidad que su mujer interpretó a la perfección y la sacó de quicio. «¡Con lo listo que parece, realmente es idiota! —masculló—. ¡Qué fatiga tener que recordarle que todo lo que tiene me lo debe a mí!».

6

CON EL GUSTO POR LA EXTORSIÓN

Nació con el arte de saquear los bolsillos de los demás sin aparente violencia

En El Elíseo, Marcelo siguió manteniendo frecuentes almuerzos de trabajo, aunque poco a poco fue cerrando negocios en los exclusivos reservados que para tal efecto tenían los restaurantes de lujo, media docena de ellos de su absoluto gusto y cada vez más confianza. Él sentía que en ellos era recibido como un Rey, lo que ablandaba a sus víctimas a la hora de cerrar acuerdos.

Para el siguiente almuerzo fuera de El Elíseo, Marcelo volvió a elegir Horcher, con una compañía bien distinta, la de la secretaria de organización del Partido del Progreso con el argumento de que «esta es de las que no ha comido caliente nunca y por eso le han hecho tilín las cuentas del partido». En ese tipo de encuentros, que intensificó en la misma proporción que fue creciendo la inestabilidad política, su intención era inquietar al invitado con información que Marcelo ponía en circulación, atribuyéndole a otro la paternidad. En todos los casos, la elocuencia de Marcelo surtía en sus indefensos mosquitos el efecto de un insecticida.

—¡Ah! ¿Pero no sabes que la portavoz del Partido de la Gente te ha puesto un mote? ¡No me lo puedo creer, si lo comenta todo Madrid! Aunque sería mejor que no lo supieras. Perdona mi descuido.

—No, tranquilo, prefiero saber, ¿cómo dices que me llama?

—Lo siento, eh, lo siento. Pero... ya que insistes... te llama la Bien Pagá.

—¡¿Y eso por qué?! ¡La muy zorra!

—Pues será porque, como a ella le llaman la Cochinita, debe ir jodida con eso. ¡Cálmate mujer! —Y le tomaba la mano, amable—. Por lo menos tú tienes una canción, ¡pero anda que lo de ella!

—¿Y dices que todo el mundo me llama así, la Bien Pagá? ¿Y estás seguro de que me lo ha puesto ella?

—Completamente seguro. Pero, oye, que no merece la pena. Y, además, esta caerá y no tardará mucho, ya me encargaré yo de eso. Con sus formas no se hace país.

El rechinar de los satisfechos dientes de Marcelo se podía oír desde las mesas de al lado. Esos sencillos ardides le provocaban un regocijo instintivo. Y el de entregarle a su acompañante, la socialista Henar Robles, todo un ramillete de promesas sin caducidad: él acabaría con su contrincante, silenciaría su mote de la Bien Pagá y maniobraría con los conservadores para machacar a su maledicente diputada.

La Bien Pagá nunca sospechó que el origen de todas sus desdichas se residenciaba en la cabeza de Marcelo.

—Lo mejor que yo tengo es que soy un tío de principios, no de siglas. Y solo atiendo a los amigos, no a las siglas.

—Pero tú eres de derechas, ¿no?

—¡No, hombre, no! Yo soy español, y punto. Nacido en Italia por accidente. Pero me guío por las personas, soy un tío que se viste por los pies. Por eso, que a ti en el Partido de la Gente te llamen la Bien Pagá, porque se le haya ocurrido a la cerda de la Cochinita, pues no me gusta, qué quieres que te diga. Pero sobre todo no me gusta por las razones que, por lo visto, va contando, porque dice que tú has trincado a manos llenas a cuenta de financiar al partido. Que fuiste tú la que administró la red de Filesa. Eso tiene muy mala leche. Así este país no va bien. Lo tendrían que decir los tribunales, no ella, ni su partido, pero es que estos son capaces de cualquier cosa, ya los conoces. Con tal de ganar las elecciones...

En la misma semana, Marcelo hizo un almuerzo semejante, pero esta vez con la contraparte correspondiente, con la portavoz adjunta de los conservadores, con idéntico escenario y guion solo que alterando el orden de los nombres.

—¡Ah!, ¿pero no sabes que la de organización de los socialistas te ha puesto un mote? Lo siento, eh, lo siento, sería mejor que no lo supieras, pero, ya que insistes... te llama la Cochinita. Y oye, que te llame así todo Madrid porque esta tía vaya diciendo que eres sucia, así no se hace país.

La verdad era que, en menos de un mes, la teoría de Marcelo se veía cumplida: moviendo el saco de las ratas, se mataban a dentelladas, sin percibir en su iracundia que era otra la mano que las agitaba. Y no había un personaje influyente en la capital que no conociera que la portavoz conservadora no era otra que la Cochinita, por sucia, y la secretaria de organización socialista la Bien

Pagá, por trincona. A cambio, Marcelo recibía el agradecimiento de ambas, por la confianza que cada una de ellas consideraba haber recibido en exclusiva por parte de quien apreciaban como un amigo. En deuda, eterna, para la que no tendrían vida suficiente para saldar. Lo que Marcelo llamaba deudas vitalicias, que con frecuencia no vencían con la defunción. Y ello sin que él hubiera arqueado una ceja, moviendo hilos sin ser percibido. Podría decirse que nació con el arte de tomar el pelo, el dinero, el poder y las influencias de los bolsillos de los demás, sin usar la violencia para consumir sus más depurados saqueos.

La tela de araña se iba ensanchando a base de incrustar en ella a todo bicho viviente, lo mismo diputados, senadores, concejales, del Gobierno o de la oposición, de la empresa o los bancos. Todos crédulos de su discurso altruista y desinteresadas atenciones. Atrapados en la pegajosa malla de los secretos, los favores, los dossieres y la extorsión de la misma manera: primero pasando al comedor, luego debiendo protección y a continuación pagando favores con la política o con el dinero. Quien le hiciera gestos por escapar de la red se topaba con una catarata de problemas que solo tenía fin con dos opciones: o sucumbiendo finalmente a él o encontrando la paz de los cementerios.

Al comisario le citó en El Elíseo para asuntos menos volubles, con el único propósito de ampliar los negocios, sin necesidad de darle más rodeos al encuentro. Sanjurjo apareció ufano, triunfante, divertidamente desvergonzado como él era. Y feliz. Su Agencia de la Verdad se había convertido en la referencia de la investigación privada en la capital, lo que, en opinión de la sirvienta, podría ser la causa de su permanente estado de jacarandoso delirio.

—Buenos días, Juana, ¡hay que ver lo buena que estás! Le diré al jefe que te dé permiso para que tú y yo nos demos un paseo.

Ese día la sirvienta le respondió con un mudo rabotazo y se largó a la cocina, concluyendo en su mente que ese hombre acaparaba para sí toda la coca decomisada en su comisaría.

Sanjurjo colaboraba asiduamente con La Red *sottovoce*, sin contratos escritos. Y en su agencia figuraba como director sin trabajar en ella, porque la ley expresamente se lo prohibía. La colaboración entre ambos era en función de la conveniencia de los apañes. Marcelo le solicitaba con asiduidad investigación profesional sobre entidades o personas. Cuando Marcelo escondía una grabadora en alguno de sus encuentros, no era ya por necesidad sino por el gusto de saber que estaba violentando a su víctima, que le generaba un disfrute rayano con el éxtasis. En reciprocidad, el comisario tenía la fuerza del periódico para presionar

con filtrar asuntos comprometidos. En el salón de El Viso, con aquel mejunje, los dos hombres decidieron que su nivel de pericia podría ir a más si Sanjurjo pudiera ser policía privado y detective público, policía por la mañana y detective por la tarde. La consecuencia era que al ministro del Interior le había llegado la hora de mojarse, de acabar con las trabas legales para que el comisario pudiera trabajar a conveniencia.

La palabrería de Marcelo para justificarle al ministro el cambio legal fue como la de un vendedor callejero de mantas en pleno verano. Le explicó a Rodolfo Sentís que los policías deberían ejercer en sus «consultas de seguridad», como se les permitía a los médicos. Se lo planteó como una exigencia, porque el Gobierno estaba obligado a velar por los temas menores, no solo por las grandes nebulosas de la corrupción.

—Ministro, lo que parece es que cuanto más saqueáis, más leyes antisaqueos hacéis. Pero eso la gente ya no lo traga. En la Transición la corrupción no existía en las Administraciones Públicas. Esto lo habéis traído vosotros. Si quieres, yo podría ayudarte haciéndote un informe.

El ministro le acompañó para despedirle con toda cordialidad hasta la puerta de la calle, y lo dejó en lo alto de las escalerillas, donde aguardó a que Tony arrimara el coche. Pero la ley que le permitiera a Sanjurjo el doblete laboral no se cambió y nadie le encargó a él informe alguno. Marcelo tenía un chip en el cerebro programado para clasificar los objetivos por temas, y este lo colocó en «asuntos pendientes».

Mariví vio que la agenda del jefe iba engordando por la cantidad de encuentros que tenía que anotar, lo mismo en el despacho que en restaurantes, igual desayunos, comidas que cenas. Para Marcelo el día eran veinticuatro horas de trabajo; incluso durmiendo, su cabeza era una máquina sin freno. Un juego de Marcelo en apariencia frívolo, envuelto por su sempiterna sonrisa, chistes, dádivas y regalos, todo ello para envolver lo importante: el extenso catálogo de artimañas para su engorde de bolsa y vida. Un juego, en fin, que era la representación visual de una comedia con títeres, en la que los muñecos peleaban, caían, reían o morían a la caprichosa demanda del marionetista, o sea, de él. Nada en el mundo le producía mayor placer que muñir sus siniestros planes desde el despacho para luego regocijarse con el divertimento del caos.

CON LA POLÍTICA EN SUS MANOS

El periodismo le gustaba únicamente por la capacidad que le daba para extorsionar

El periódico *La Nación* seguía viviendo de las buenas rentas que le dio al director denunciar la corrupción desde finales de los ochenta. Ello le permitió incrementar el equipo de investigación, y el resultado fue que, con un promedio de una vez a la semana, la portada publicaba al menos una información noticiosa en relación con corruptelas del sistema. Un saco que se iba nutriendo, poco a poco, con asuntos procedentes de la factoría Marcelo, elaborados en estrecha colaboración con el comisario.

—Sanjurjo, tienes que buscar algo sabroso. Quiero una portada de las que hacen época, y creo que no te será difícil encontrarle algo a tu jefe. Es el ministro del Interior más estúpido que nos podía haber tocado. No ha entendido aún lo que significa llevarnos a nosotros la contraria.

—Entendido. Miro si alguien tiene algo y, si no, lo hago yo mismo. Cuenta con ello.

—Perfecto. Es hora de que el personal tome nota de cómo pasan aquí las cosas.

La mayor certidumbre de Sanjurjo era el cumplimiento de su palabra una vez la comprometía. Podía decirse que acataba, con código de honor mafioso, las reglas que se había autoimpuesto, y que le permitían eliminar, extorsionar o traficar con lo que fuera pero nunca traicionar a un amigo. Marcelo sabía que los tratos cerrados con él eran no escritos, si bien de escrupuloso cumplimiento, especialmente en lo referente al dinero. Solo incumplía ese código en el asunto de mantener relaciones con la Policía, teniendo él doble alma. Así es que Marcelo apenas tuvo que esperar para recibir su ansiada primicia, y cumplir con el primer objetivo de golpear al ministro sin desatender su segundo interés, el de

zarandear al Gobierno socialista, al que daba por amortizado. Con el informe de la exclusiva en la mano, excitado, llamó al director.

—¡Antón, esta sí que es buena! —le dijo eufórico para frenar cualquier resistencia—. Es noticia a toda portada, con titular rotundo y editorial poniéndole a caldo. Si cuando yo te digo que hay algunos que no aprenden...

El soniquete con el que terminó la frase lo entendió el director como un redoble de presión. La sugerencia le incomodó más allá porque adivinara que servía a los intereses personales de Marcelo, porque recaía sobre las espaldas del ministro del Interior de España, que cubría los funerales de las víctimas de ETA y animaba a la Guardia Civil y a la Policía Nacional a resistir las amenazas terroristas y a proseguir en su lucha contra los criminales. En verdad, Antón Núñez sintió como un infortunio para España que los ministros del Interior cometieran algún error, por lo que discutió con Marcelo la conveniencia de lanzar la noticia como única portada.

—Te hará un daño horrible si se sabe que tenemos esto y no lo has sacado, Antón. Recuerda que eres el Látigo. Y da por seguro que van a gobernar los de la Gente, y esta te la guardarán escrita con sangre y fuego.

«Soy el Látigo, me ha dicho, valiente hijo de puta, si el mote me lo ha puesto él», se dijo mientras revisaba la gran portada: «El ministro Sentís regala joyas a mujeres con el dinero de los Fondos Reservados». Dentro, la noticia se desarrollaba con todos los aderezos: la joyería donde las había comprado, las esposas de altos cargos a quienes habían adornado, el número de sortijas de oro y piedras preciosas, la cantidad de pulseras y collares, el montante gastado en la mercancía y el dinero contante y sonante, qué comieron y bebieron los comensales con dinero público, pagado en negro, según destacaba el periódico. Claramente, Sentís se había demostrado como un político cuanto menos enormemente torpe. Y Antón notó que la jugada para Marcelo era de salivar, hasta el punto de que aquel día le confesó que le cogía gusto al periodismo por su capacidad de desestabilizar. Lo que nunca supo el director fue la llamada que Marcelo hizo a continuación.

—Ministro, quiero mostrarte mi desazón sabes que no tengo la mayoría del periódico y así poco puedo hacer. Aquí la línea editorial la lleva el presidente Vives de Gomáriz, un buen hombre, pero que controla poco. Y al director ya lo conoces, digamos que le gusta exhibir su látigo.

—¡Joder, pero hay formas y formas! —exclamó contrariado.

—Sabes que pienso igual, por eso te llamo. Si crees que yo, modestamente,

te puedo ayudar en algo, sabes que cuentas conmigo. Por encima de todo está la gobernabilidad de España, y todo el mundo sabe que es en lo primero que yo pienso.

—Gracias, Marcelo. Te llamaré si necesito algo.

Una respuesta que a Marcelo le cayó como si Sentís le hubiera lanzado ácido sulfúrico sobre la cara. Escociéndole como si sintiera la piel fundida a los huesos. «Chulesca, me ha despachado con un simple gracias», le comentó a Sanjurjo.

—Todo lo que tengamos para matarlo será poco. Busca más —le ordenó—. Si cuando yo te digo que hay gente que no aprende... —Digamos que son torpes.

—Exactamente, Sanjurjo. Es una pena que no se dejen ayudar. Le diré a Lucas que le haga un «baja» de los que hacen época.

Y al día siguiente, ahí estaba publicada, entre los «subes» y «bajas» de *La Nacion*, la foto de un Sentís poco favorecido, con una flecha descendente que le castigaba por haber promovido una ley antisaqueo que era «una peligrosa cacería, nacida de una mente corrupta con intereses cruzados». La marea de noticias líquidas se fue haciendo cada día más espesa, más viscosa, de tal modo que las escandalosas exclusivas se convirtieron en la gran pesadilla para el bueno del presidente Vives de Gomáriz, a quien todos hacían responsable.

—Marcelo, por el amor de Dios, ¿y esto no lo puedes parar tú? ¡Vais a reventar al ministro! Tú eres un hombre de ley —le imploró su amiga la Bien Pagá—. Tú eres un hombre de ley, de fiar, de palabra, un patriota, un hombre de Estado. El presidente del Gobierno me ha pedido que hable contigo para que, por favor, intervengas tú. ¡Directamente tú!

El ego de Marcelo era poroso como una esponja. Engordaba, pero dejaba pasar los halagos como si fueran torrentes de agua refrescantes, nutritivos, energizantes para seguir flotando en su mar, escurriéndose de todo lo que le rodeaba y de todos quienes le cortejaban. Sobre el presidente del Gobierno, Roberto García, sabía a ciencia cierta no ya que le despreciaba, sino que, sencillamente, le ignoraba.

—Querida, ya me gustaría ayudaros, díselo, por favor, de mi parte al presidente, pero sabes que poco puedo hacer yo. Juan Vives de Gomáriz es quien manda en *La Nación* y es él quien lo pide. Solo que sepas que el Látigo tiene fotos de todo, de sortijas, de collares... pero no en los escaparates de la joyería, no, no, puestos en los mismísimos cuellos de las señoras agraciadas.

—¡Por Dios, qué me dices!

—Lo que oyes. ¡Ah!, y hay una imagen de la cena de Navidad donde están todas ellas emperifolladas hasta las cejas, con sus respectivos mariditos presididos por el mismísimo Sentís. Así que imagínate lo que he tenido que pelear para rebajar cómo venía la cosa. Ahora bien, yo no tengo el mando, así es que no puedo prometerte nada.

—¡Pero esto no puede ser, Marcelo! ¿Qué es eso del Látigo?

—Ah, ¿que no lo has oído? Es Antón. Le llaman así. Como ve que los directores de los otros periódicos son más jóvenes y vienen con brío, pues, nada, entre todos a ver quién es más burro.

—¡Pero nos vamos a la mierda, que nos jugamos las elecciones!

—Dile al presidente del Gobierno que mañana le haremos un buen «sube» con algo, con lo que sea. Aunque para que lo soluciones, deberías llamar a Vives y acojonarle. Hazlo con buen tono, eso sí, llamándole presidente con todo el apellido, largo, porque eso le gustará.

—Pues vaya panorama que me pintas, Marcelo.

—Sí, para qué te voy a engañar. Ahora bien, si el presidente del Gobierno me llamara a Moncloa, a un café, eso acojonaría a Vives por completo. Le haríamos ver que es un inútil y el tema se acabaría volando. Piénsatelo.

En cuestión de días, Vives de Gomáriz supo lo que era vivir un martirologio de manual, abrasado en la parrilla de Marcelo, el hombre que a los ojos de todos aparecía como la paloma que pacificaba el periódico. Su aparente papel le fue generando extraordinarios réditos para el bolsillo, con el aumento exponencial de la publicidad contratada por instituciones y partidos, entre ellas la proveniente de las nuevas corporaciones locales y autonómicas. Las facturas llegaban a través de la empresa MR Publicidad, engordándole los bolsillos. Gracias a sus manejos, en el nuevo organigrama del Ayuntamiento madrileño, Mayoral siguió de concejala y no hubo cabida para el anterior edil de urbanismo e infraestructuras, una auténtica calamidad —en palabras de Marcelo—, «un tipo tan estrafalario que pretendió gestionar con criterios filosóficos el urbanismo, donde solo se puede hablar con la calculadora en la mano».

—¡Valiente gilipollas! —le comentó a Lucas—. El tipo circulaba por Madrid presumiendo de honestidad. ¡Como si la honestidad valiera para algo y se pudiese contar en pesetas!

Poco a poco el plan teórico de Marcelo fue tomando las formas precisas. Con los conservadores en el Ayuntamiento y en la Comunidad de Madrid,

vislumbró el inicio de una constelación de oportunidades, de contratos e intermediaciones vibrantes, coloristas, en movimiento, que se multiplicaban sin cesar como cristales encerrados en un caleidoscopio. Esos efectos le hicieron imaginar un universo interesantemente multiplicado si el Partido de la Gente también ganaba el Gobierno de la nación. La legislatura decaía con un Gobierno del Progreso enormemente zarandeado, sin ánimos para enfrascarse en más derrotas parlamentarias. Fue entonces cuando nuestro hombre decidió que debía adentrarse en el mundo de los legisladores para cambiar, crear o tumbar leyes. Pero, con todo, lo determinante fue la idea madre: debería emplearse a fondo para forzar el adelanto electoral y apostar a nuevos caballos. Al fin y al cabo, los socialistas solo habían sido unos prepotentes podencos. En la conversación con Sentís identificó que el ministro era hombre de luces cortas, con lo que desistió trabajar con una recua que estaba en situación catatónica, seres agónicos braceando como náufragos que solo merecían acabar ahogados. Todos en la misma ciénaga, desde el más bajo asistente hasta el todopoderoso presidente del Gobierno, ese Roberto García que siempre le ignoró. «El tío no se merece que yo eche cuentas sobre si hizo o no grandes obras. ¡Al carajo con él!». Que si había cerrado la Transición, amansado al Ejército, embridado a comunistas y nacionalistas, incorporado a España a la Comunidad Económica Europea, renunciado a derribar la monarquía, granjeado la confianza del Rey, con quien cada martes celebraba despachos que tantas y tantas veces acababan con amistosa cena... «¡Y qué!», se dijo a sí mismo cabreado. Decidió ignorarles a ellos. Tampoco tomaría en consideración el otro lado de la balanza, los escandalosos casos de corrupción, el paro, la droga o las desatadas maniobras del Ministerio del Interior y de los servicios secretos. Para Marcelo su decisión no era un asunto de gobernanza, ni mucho menos de Estado, sino un ajuste de cuentas y de bolsillo. Y de poder. «Estos no saben quién soy», rezongó.

Como el verdugo que va camino del patíbulo, pensando en las ostras o en las cigalas que le gustaría tomar en vez de fijar su atención en el garrote con el que va a ejecutar, Marcelo colocó su mente fija en cómo rematar a los socialistas. Sin paliativos. Sin ser visto ni olido. Debía aupar a un Gobierno de incapaces e inexpertos que le tuvieran que agradecer su triunfo y fueran capaces de reconocerle su vasta inteligencia. Vio claramente que eso sería una oportunidad histórica para él. La derecha volviendo al Gobierno de España por primera vez desde la muerte de Franco. Unos tipos a buen seguro acomplejados, necesitados de buenos consejos como los que él podría y estaba dispuesto a

darles al precio que valían. Aquella idea le ensanchó el cerebro y los pulmones a un tiempo, fue como si una torrentera de vida vigorosa le inundara toda su humanidad. Se sintió fuerte y sereno para tanta tarea como tenía por delante.

8

CON LA ESTRATEGIA DE LOS MEDIOS

Ocupó el periódico tiñendo como un calamar, para esconderse en lo oscuro

Clara llevaba tiempo rumiando la idea de echar cuentas con su marido sobre el balance de lo que ella llamaba «nuestro contrato social». Así que vio el cielo abierto cuando aquella tarde él entró por casa, poco antes de la cena, de manera inusual. Pensó que él llevaría trabajo pendiente para hacer desde el despacho de El Viso, pero no le dio ocasión de elegir opciones. Sin preámbulos le abordó, porque las oportunidades de hablar con él cada vez eran más escasas.

—Se te ve bien, Marcelo —le comentó ella en tono irónico—. Me gustaría saber por qué parte vamos. Veo que tú subes en dinero e influencias, pero yo sigo encerrada.

—Sales con tus amigas, ¿no? Y gastas lo que quieres. Ninguna mujer en tu situación se quejaría de nada. Tienes una vida regalada. Me gustaría verte a ti con mis problemas.

—¡No te hablo de eso! —le respondió, elevando ligeramente el tono—. Y lo sabes. Y también sabes lo que quiero decir. Hagamos fiestas nosotros y vayamos a las que otros hacen. Mis amigas llenan sus casas, siempre acompañadas por sus maridos. Y yo siempre tengo que ir sola, es una imagen horrorosa —se lamentó.

—Déjame hacer, Clara. Llegaré a pisar La Moncloa y algún día tendrás que acompañarme. Lo tengo todo pensado. Pero mientras tanto, ¡calla! Sal, diviértete, haz lo que te plazca. Tienes la suerte de que no te pido cuentas.

—Si eso ya lo hago. ¿O no lo imaginas? Pero quiero ser la señora Russo en las fiestas que te estoy pidiendo.

—¡Claaaarraaaaa! —le gritó Marcelo como solo lo hacía en casa, como si vaciara de golpe el pulmón con todo el malhumor contenido hasta entonces adentro—. ¡No me toques los cojones! ¡Tengo un Cristo de pelotas con Vives,

que ni te cuento! ¡Y estoy cambiando el Gobierno! ¡Para que tú me vengas con gilipolleces! Mira, cógete a los niños el puente que viene y te vas a ver a tus padres. Un plan cojonudo para todos. Y me dejas en paz.

Nada sabía Clara de la marea de inconveniencias que Marcelo había ido desatando para desgastar a Vives de Gomáriz. Ni los trajines que se agitaban con furia contra el periódico en aquella época preelectoral. El Gobierno en fase de salida bramaba, los aspirantes a gobernar pedían más, y el editor Vives de Gomáriz vivía en un estado frenopático, en el que ya ni le inquietaba España, ni el terrorismo, ni la corrupción, ni la crisis económica, ni mucho menos la inestabilidad política del Gobierno. Solo le dinamitaba el cerebro *La Nación*, esa portentosa máquina diabólica que se le había programado, no sabía cómo, en un desordenado patrón seriado para generarle una caterva de problemas. El infeliz aún creía que aquel oleaje se había desatado de manera espontánea.

—Marcelo, hay que rebajar el tono contra el Gobierno; probablemente sin pretenderlo estamos contribuyendo a que crezca la alarma social —suplicaba en un tono realmente contrito—. Ningún otro periódico lanza las portadas y las noticias que nosotros hacemos. Creo que hemos pasado ya todas las rayas.

—Estoy de acuerdo, Juan, pero ninguno tiene a un látigo por director, al que tú mismo me pediste proteger, y creo que con razón. Ahora el problema no es él, gran tipo. El problema es de la redacción. Los periodistas son todos unos iluminados y los nuestros están enfervorizados por sus éxitos. Dan el coñazo con las exclusivas, el cuarto poder y esas cosas.

—¡Pero esto que me cuentas es la comuna! ¡¿Mandan ellos?!

—Ni te imaginas las majaderías que se les ocurren. Cualquier cosa menos pensar en la empresa. Hablaré con Antón, y veré lo que podemos hacer.

La respuesta que se encontró Vives de Gomáriz fue más y mayores escándalos, en la intención de Marcelo de buscarle más y mayores problemas. Lucas y Sanjurjo, desde las tinieblas, redoblaron equipos y esfuerzos para encontrar dossiers que tanto daba fueran sobre los robos en las viviendas, los trastornos en los aeropuertos, las camas en los pasillos de las urgencias, el aumento de las drogas y el sida, los errores en las obras públicas y, por supuesto, la corrupción. Todo valía para pintar el país en negro.

Vives reclamaba mesura y Marcelo sentía que aquella funesta tensión electoral era para él aire fresco que le venía de cara. «¿Qué responsabilidad tenemos en que los socialistas estén agotados, ni que el Partido de la Gente haya ganado las autonómicas y municipales? —le explicaba con ánimo de calmarle—.

Y si las encuestas pronosticaban un vuelco en el poder, ¿qué podemos hacer nosotros sino ser el salvavidas de todos para que España no se hunda?». En aquel tiempo, en verdad Marcelo sintió que su propio cuerpo tenía que partirse en dos, para estar con los socialistas por si no acababan de irse y los conservadores por si no acababan de llegar, como ya sucedió en el noventa y tres. Nada estaba escrito, salvo que él tenía dos manos, una de ellas para calmar nervios, organizar eventos, asesorar mítines, cobrar publicidad institucional y recaudar por acciones sociales, en unas filas. Y con la otra mano, asistir con idéntico denuedo al otro bando. Más que nunca desde las tinieblas. Así fue cómo, en ese río revuelto, se propuso hacerse él con el control total de *La Nación*. «Para conseguir que Guzmán llegue a La Moncloa», le fue explicando a la media docena de relevantes personalidades que necesitaba captar, entre ellos el *elefante blanco* que debía persuadir a Vives de Gomáriz de la genial idea de abandonar el periódico. Ese hombre fue nada menos que el presidente del Banco Español, «un socialista de toda la vida», como él mismo se había definido cientos de veces pero que, a tenor del color de las encuestas, rebuscaba ya en su armario el cambio de chaqueta. Justo el perfil de elasticidad que Marcelo necesitaba para tan delicada operación.

—Juan, hay mucho malestar con el periódico, del Rey abajo en todos los sitios; mira cómo está el país, y esto de *La Nación* no puede ser. Y te culpan a ti, no al director —le dijo el del Español—. Si esto sigue así, no solo arderá España, sino tu propia casa.

—¿Qué tengo yo que ver con todas las crisis que hay? ¡Yo soy un hombre recto! —se defendió

—Lo sé. Tú y toda tu familia. Y por eso no entiendo cómo te compensa. ¿No has pensado pasarle esta patata caliente a Marcelo Russo, y que se la coma él?

—Pues no, la verdad —respondió con aire anonadado.

—A fin de cuentas, hoy los periódicos no son negocio, y menos que van a ser. Ahora tus acciones aún valen una pasta y podrías invertir bien. Estamos saliendo de la crisis y hay buenas oportunidades en eléctricas, en renovables, en construcción... Yo en eso te podría ayudar.

—No puedo hacerlo, es la familia, toda una vida, entenderás... —le fue argumentando angustiado.

—Entiendo, pero también se murió Franco y aquí no pasó nada. ¡Quién lo iba a decir, ¿verdad?! La vida cambia. Lo que tienes que hacer es poner tus

condiciones, la cabecera, la mancheta, las tradiciones, en fin, lo que quieras. Yo mismo podría hablar con el Rey, que acogería con gusto y respeto cualquiera de tus decisiones. Al fin y al cabo, eres parte de su aristocracia. Piénsalo, no es ninguna tontería.

En su afán por hacer binomios, Marcelo llegó a desarrollar un axioma: España estaba dividida en dos grandes grupos, de un lado él y del otro el resto de los españoles. Su gusto por este juego lo fue aplicando a todo y así dividió el mundo, como si de hemisferios se tratara, en bloques de buenos y malos, listos y tontos, ricos y pobres, poderosos e indigentes, felices y desgraciados, influyentes e innombrables, cautivadores y anodinos. Sin matices entre el blanco y el negro. Lo mismo hizo con su tiempo, desdoblándolo en dos: media vida la entregaba a ensalzar con palabras bondadosas la bonhomía de su presidente; la otra media la empleaba en machacar su imagen, en campañas boca oreja y a golpe de escandalosas portadas.

En un mes, Marcelo se había hecho con la completa propiedad del periódico, no sin antes descubrir en el exterior de la entrada al edificio una placa de homenaje al presidente saliente y colocar en el interior, junto al mostrador de acreditaciones, un busto de él, en bronce, que había encargado medio año antes. En su discurso, Marcelo hizo un importante anuncio que emocionó a la concurrencia.

—Mi admirado Juan Vives de Gomáriz, me he permitido encargarme un retrato tuyo, que presidirá mi despacho a partir de ahora. Es del pintor Vela Zanetti, porque he creído que su figura resume muy bien los valores por los que tú y yo hemos trabajado siempre: el periodismo, las libertades, la reconciliación nacional, el mundo religioso y los temas populares. Esos principios que han guiado tu vida y la de tu familia serán mi inspiración, modestamente, a través de esta pintura.

Ninguno de los presentes habría imaginado que el nuevo amo del centenario periódico pensaba que los periodistas eran una legión de necios, cuyo final era terminar dementes como consecuencia de contar tantas desgracias. Ni habrían sospechado que el cuadro del hombre que se adentraba en la historia del periodismo sería un elemento más del atrezo del despacho, a ratos descolgado, a ratos expuesto. Marcelo sabía que esta treta la practicó con éxito el dirigente del sindicato vertical García Carrés con el retrato del que fuera ministro de Trabajo de Franco, Girón de Velasco. El sindicalista colocó la pintura de Girón en lugar preeminente del salón de su casa, con la eventualidad que da el formato de quita

y pon: la mayoría de los días la figura descansaba arrumbada en el desván; en las grandes ocasiones presidía las visitas de la dirigencia franquista.

La ocupación del periódico la realizó Marcelo con la inmediatez con la que un calamar esparce su tinta y tiñe de oscuro su entorno para esconderse. Con la misma diligencia se apresuró en clasificar a sus potenciales presas en otro consabido binomio: los que estaban con él y los que no; con los que contaría y a los que tendría que eliminar. De entre todas las prioridades, se fijó solo una de manera inmediata, con urgencia, a modo genérico: matar al Gobierno. La congregación de nombres concretos la apuntó para ir ajustando cuentas a conveniencia, sin prisa pero sin pausa. Una lista que le gustaba revisar para provocarse onanismo. Nada le hacía gozar más en la vida que apuntar enemigos, que solo saldrían de su cuaderno en estado de defunción.

Clara se enteró de que su marido había comprado la totalidad de *La Nación* en el desayuno del día siguiente.

—¡Toma! —le dijo Marcelo, extendiéndole el periódico sobre la mesa, con la noticia en portada—. Para que, cuando te digo que no estoy en gilipolleces, me creas.

—¿Y este evento?! —preguntó ella ansiosa, mientras rebuscaba las fotos en el interior del periódico—. ¡Ha estado hasta el alcalde, y yo me entero ahora! Está bien, Marcelo. No necesito ver más. Lo tengo claro.

CON LA DAGA EN LA MANO

Él era el dueño y el editor; y a partir de aquel momento, también su verdugo

Cuando Mariví le comunicó al director que debía reservar en su agenda un almuerzo semanal con el nuevo presidente, Antón Núñez sospechó que las cosas, a partir de entonces irían de otra manera. Con toda la dirigencia política y empresarial con la que se había visto desde la salida de Vives de Gomáriz, solo había oído elogios hacia Marcelo por apostar su dinero en el negocio ruinoso de salvar un periódico y a España. Entendió que las nuevas reuniones serían de control y se preparó para escuchar los enfoques editoriales que esperaba oír. Imaginaba que la intención no era otra que atarle en corto y limarle las asperezas de sus independientes propuestas.

A ese primer encuentro se incorporó Lucas, «para animar la conversación», le dijo Marcelo. Para controlar y asentir, comprobó él. Y para sugerir propuestas sin que se quemara el jefe. Fue Lucas quien planteó la idea de sistematizar en *La Nación* los «subes» y «bajas», «para premiar pero, sobre todo, para castigar a los enemigos. No debemos ser pichones». El director, acostumbrado a las aristocráticas formas de Vives de Gomáriz, identificó pronto que el nuevo jefe, apoyado por su acólito, era uno de esos tipos que se levantaba cada mañana con un Kalashnikov en la mano, para matar a medio mundo y amnistiar al otro medio. De hecho, fue Marcelo quien apuntaló de inmediato la propuesta.

—¡Magnífico, Lucas, esa sí que es una idea genial, sí señor! —comentó eufórico, ante la silente escucha del director.

—Es cojonudo, ¿verdad? Si la gente no nos quiere, tienen que saber que nosotros a ellos tampoco. Eso es todo.

—Mira, Antón —intervino decidido Marcelo—. ¿Quieres un ejemplo?

—Tú dirás.

—El ministro Sentís. A este le tendríamos que dar un «baja», ¡por lo menos cada semana! Y no es broma. Este es un gilipollas de categoría, un tipo al que le hemos querido ayudar y no se ha dejado. Y lo peor, no se termina de fiar. Pues muy bien, él sabrá. Él será todo lo ministro que quiera, pero eso se le acabará y lo nuestro no.

—Hombre, Marcelo, este es un tema delicado, yo creo que tendríamos que cubrirnos con verdaderas razones antes de atizar a un ministro —argumentó con seriedad el director—. Yo en eso siempre he sido muy independiente, y lo sabes. Opino que hay que dar a quien se lo merece. Y a Sentís le reconozco el mérito de haber sacado adelante la ley antisaqueo, una decisión muy valiente.

—¡Sí, hombre, sí! ¡Eso está claro! Pero ese es un tema menor. Porque ¿acaso no ha sido él quien ha hecho la peor ley de seguridad ciudadana de la historia de España? Pues contémoslo. Mira, Antón, es que la gente es muy cortita.

Marcelo se refería al trabajo de asesoramiento que su empresa Inforpol le había hecho al ministro Rodolfo Sentís, elaborando informes antes de que la ley de seguridad se aprobara. Desde que le conoció en *La Nación*, ambos habían mantenido varios encuentros, la mayoría de ellos desayunos en el coqueto saloncito amarillo de la sede del ministerio, en Castellana, 5. Pero la relación de simpatía y cordialidad no había pasado a mayores, y en todo caso estaba lejos de ser de la confianza y colaboración que Marcelo pretendió. Cuando la ley se promulgó, apenas recogía alguna de sus propuestas, lo que tampoco le extrañó, porque el jefe de gabinete del ministro cada vez le espaciaba más la petición de tareas y hasta en dos ocasiones pretendió rebajarle el precio. Impertinencias que Marcelo interpretó propias de una mente estúpidamente torpe, de la que solo podía esperarse actuaciones ministeriales en consonancia. ¡Cómo iba a llegar ese mentecato ministro a ninguna parte si mantenía en su puesto a colaboradores de semejante calaña!

—Una cosa, Antón, si en algún momento el ministro se quejara de algo, tú ni te inmites, le dices que me llame a mí, ¡y listo! Quiero que me dé las gracias por no haber puesto en circulación el mote con el que se le conoce. Que, por cierto, no me habías dicho nada, y seguro que tú lo sabías.

—No, Marcelo. Yo no tengo ni idea. ¿A qué te refieres?

—A como le llama todo el mundo. Sintí, Rodolfo Sintí. ¡No me digas que no lo sabías! ¡La gente es la leche! —Y rio a carcajadas, deleitándose con su propio ingenio y maldad—. Y a su ley, esa que dice que es de seguridad, la

llaman la ley del garrote —dijo, entre nuevas y más sonoras risotadas—. ¿Esto sí que lo habrías oído?, digo yo.

—No. Tampoco —le contestó, sin reír las bromas.

—En todo caso, no creo que se nos queje. De momento, el periódico no ha sacado estas cosas.

—¡Caray, Marcelo! ¿Cómo vamos a publicar un chisme? Que yo sepa, eso no corre por ahí, nadie se ha hecho eco.

—Pues tú deberías hacerlo —le provocó entre nuevas risas, que era la forma que tenía de decir las cosas imperativas, como si no las mencionara.

—A eso no me atrevo, Marcelo, a ver quién es el guapo que firma eso. No tendría a nadie dispuesto a hacerlo, la verdad.

—Mira, lo peor de los periodistas es que tenéis la piel muy fina; pero esto, además de ser un periódico, es una empresa. Habrá que pensar algo.

Ese algo lo apuntó de inmediato Lucas, a la zaga para ayudar al jefe. Les explicó que podría crearse una sección, haciendo un pequeño recuadro, «no necesitas más, Antón, en la misma página donde pongas los “subes” y los “bajas”, para que se vea que es la página de la mala leche. Eso no lo tendría que firmar nadie, sería información del periódico y la podrías llamar como a ti te dé la gana, que para eso eres el director. Por ejemplo, Superconfidencial».

—¡Joder, Lucas, acojonante idea! Pues ya lo tienes, Antón, ¿ves que fácil? Se oye, se habla, se dice, se comenta... Y metes la mierda que quieras. Y tú, a cubierto. ¿Quién te puede negar a ti eso?

—Entiendo que lo quieres así, que no hay que darle más vueltas.

—¡No, hombre, no! Esto tiene que ser idea tuya, que estás todo el día innovando. En realidad, el otro día lo pensé. ¿No me lo planteaste tú en algún momento? La idea es muy buena, la verdad. Serás el primero en hacerlo, y verás lo que tardan los demás en copiarte.

—De acuerdo, Marcelo.

—Lo mejor es que el primero ya lo tienes, la ley del garrote. ¡La gente es genial! De todos modos, ve tranquilo porque yo te ayudaré. Sabes que me muevo mucho y oigo de todo.

Cuando la camarera del periódico abrió la puerta del pequeño comedor para ofrecerles el café, Antón Núñez sintió que con ella entraba la bocanada de aire que necesitaba para hinchar sus encogidos pulmones. Aquel hombre en quien había confiado se le había revelado como el demonio con patas. Capaz no solo de inventarse noticias, sino de malograr las cosas con sus diabólicos inventos. E,

instintivamente, posó sus ojos en el retrato que Vela Zanetti había hecho, maravilloso, sobre el expresidente del periódico, Vives de Gomáriz, don Juan en su corazón. Volvió la vista rápidamente al plato, para que aquella ráfaga de nostalgia no se notase. Trinchó la carne con la mezcla de asco que le llegaba cercano y el gozo de la nostalgia, admiración y cariño que había inhalado. Una mezcla de regusto extraño, de sabor desconocido que no había experimentado antes.

—Marcelo, estoy viendo que el retrato de Vives de Gomáriz lo has puesto finalmente aquí, no en tu despacho, como dijiste —le comentó en cuanto tragó el pedazo de carne que se había llevado a la boca.

—Sí, bueno, depende... Mayormente estará aquí porque este será el lugar en el que haremos los encuentros para disfrutar de la compañía de nuestros invitados, sin la tiranía del trabajo, en un despacho. Quiero que nuestras visitas lo disfruten, en reconocimiento a la insigne labor que él y su familia han hecho por España. Ya sabes que en estos temas dejo al periódico en segundo plano. Seguro que tú harías lo mismo. Entiendes, ¿verdad?

Antón Núñez entendió eso y todo lo demás. No era la primera vez que había visto culebrear a Marcelo, ofreciendo al periódico informaciones aviesas. Y, en consecuencia, había vivido desacuerdos, como cuando se había negado a publicar que el patrimonio del presidente del Gobierno, Roberto García, estaba siendo investigado. «Se dice, Antón, se dice...», le pretendió forzar Marcelo, como si alargara con él su paciencia. El director le convenció que al periódico no le convenían los chismes, por lo que Marcelo resolvió la conversación de manera amigable, cerrando el asunto con un chiste y anotando el episodio en su «Cuaderno de Agravios».

Con el primer almuerzo en el periódico, que inauguró la tanda de otros venideros, Antón supo que el presidente había trazado la Línea Maginot entre ambos, defensiva en el caso de Marcelo, imposible de traspasar en el suyo sin retorcer el código ético con el que había trabajado toda una vida. Sintió una sensación de abatimiento, de cuerpo caído, como si el otro le hubiera cargado un saco terrero a la espalda. Lo notó al levantarse, sintiéndose como un fardo grávidamente pesado, como si una vigorosa fuerza lo engullera hacia el centro de la tierra.

—Antón, solo una cosa más —le pidió Marcelo—. Piensa en Belén Fernández, creo que es una buena periodista, una chica que te vendría muy bien como jefa de nacional. La política está demasiado revuelta para que nosotros no

nos adaptemos a las nuevas circunstancias. Solo piénsalo, y me comentás. ¡Ah! Y cuenta más con Pilar Garrido, parece una chica que te está yendo bien.

El que fuera conocido como el Látigo en toda la profesión había quedado engullido por la máquina de picar carne puesta en marcha por el nuevo presidente, decidido a pertrecharse con silentes aduladores cubiertos con la pancarta de *todo por el periodismo* para disimular su acatamiento al jefe sin rechistar. Con la técnica goebbeliana de convertir las mentiras en verdad a fuerza de repetir las una y mil veces. Antón supo que aquello no tenía vuelta atrás y que ese almuerzo había sido una perfecta encerrona para evidenciarle que, a partir de entonces, quien llevaba la fusta era el jefe, el gran Marcelo. Ante eso, no cabía discusión posible; él era el presidente, el dueño y el editor. Y a partir de aquel momento, también su verdugo. Intuyó que le prepararía una muerte a plazos, por entregas.

A la mañana siguiente, Mariví tocó la puerta del jefe, con la cautela que siempre lo hacía, como si tuviera que golpear los nudillos sobre brasas, para advertirle que debía interrumpirle en su reunión porque tenía una llamada importante. «¿Importante? ¿Como para interrumpir esta reunión?», sopesó Marcelo, sin hacer más preguntas delante de su interlocutor, el director de publicidad de una empresa automovilística que pretendía captar.

La voz de Pilar le bajó la intensidad de los pensamientos, pero le subió el bombeo del corazón.

—Marcelo, me acaba de llamar Antón a su despacho y me ha propuesto ser adjunta de nacional. Yo le he dicho que estoy a sus órdenes, pero que quizás esa tarea se la podría hacer divinamente otra persona, que yo estoy muy comprometida con lo que estoy haciendo. Y, además, no quiero hacer mesa, quiero seguir subiendo al País Vasco. ¿Te parece que he respondido bien? Porque quizás le he defraudado.

—Estupendamente, Pilar.

—¡Bien! —respiró aliviada, con un soplo de aire que pudo oír él—. Solo una cosa, Marcelo, si te llama para decírtelo, por favor, no le comentes nada.

—Tranquila, no creo que lo haga. Últimamente, Antón está especialmente centrado. Y con unas ideas francamente brillantes.

Marcelo tenía una capacidad extraordinaria para parcelar tareas. Así que, mientras colgó el teléfono, dio un salto al siguiente terreno y pensó que la maceración de Antón Núñez ya estaba lista.

CON EL ANTIPERIODISMO

Fue tejiendo una traslúcida tela, como la fina catarata en un ojo, para cegarle

A Marcelo le fueron entrando las urgencias por acometer sin pausa su plan estratégico. Esponjó la compañía La Red a su semejanza y así fue cómo dio origen a un grupo de cinco compañías, a través de las cuales diversificó diferentes actividades: la agencia de publicidad propiamente dicha; la asesoría en comunicación para pulir informes y perfiles; la empresa encargada de organizar eventos; la enfocada a gestionar inversiones inmobiliarias y, por último, la que proyectaba actividades en los medios. Realmente se sentía un hombre satisfecho con lo conseguido. Con disfrute repasaba el creciente éxito en los negocios, las maquinaciones que movía en torno al poder y sus influencias, y el control editorial que para sus juegos iba tomando sobre *La Nación*. El plan, en la mitad de la década, iba en línea recta.

Por aquellos tiempos, Lucas le propuso crear un periódico digital para alimentarle con una buena tajada su ambición mediática. Sería el primero de esa modalidad en España, para ser leído exclusivamente en la red digital, con escasa estructura y, «muy importante, un director sacado directamente de las cloacas del periodismo. Necesitado de dinero y con adicciones controlables —le sugirió con la suficiencia de quien sabe muy bien de lo que habla—. Esos son los más dóciles y así se dejará manipular sin problemas». A Marcelo, la idea le resultó tan espectacularmente brillante que de inmediato pensó denominarlo *El Sol*, lastimando con ello la insigne memoria del que fue un gran periódico liberal, reformista e intelectual en España hasta la Guerra Civil. Un extraordinario diario que se distinguió por su rigor profesional y también financiero, contrario a admitir subvenciones e ingresos que no fueran confesables. Justo lo contrario de lo que Lucas le propuso a Marcelo, y que este proyectó como un panfleto que no diera relumbre al periodismo sino a sus influencias y bolsillos. El engendro,

bautizado con toda solemnidad como «el nuevo estilo de informar en España», fue conocido popularmente como el *Confidencial El Sol*, de acceso libre para los usuarios y por lo tanto sostenido con las aportaciones de las empresas presionadas para entrar en el proyecto. «Te pondremos publicidad y cuidaremos tu sector, eso vale una pasta», les explicaba Lucas a los damnificados, el encargado de los maletines. Una pasta a cambio de no ser molestados con chismorreos ni con cuentos inventados presentados como noticias. «Nada menos que en el primer periódico digital», era el argumentario. Para Marcelo aquella ventana por internet se le presentaba como una bicoca, por cuanto podría echar bolsas repletas de basura sin los remilgos que se le planteaban en *La Nación*, con una repercusión que superaría con mucho la vieja fórmula del rumor en los cenáculos, para hacerlos correr de boca en boca.

—Lucas, está bien que el tipo sea un granuja que vaya tieso. Pero le quiero sin remilgos, que no se le revuelva el estómago con cualquier cosa.

—¡Claro, Marcelo! Aquí no estamos para recoger los vómitos de otros.

—¡Fenomenal! Y lo de las adicciones, que no sean caras. Si a las cuatro de la tarde quiere estar borracho, que lo disfrute. Lo importante es que antes de comer deje hecho todo lo que se le pida. De momento, no le ofrezcas sueldo, sino un buen porcentaje por los ingresos que pille. Para que se moje de verdad.

—¿Ni cinco mil pesetas le doy?! ¡Joder, Marcelo, creo que te pasas!

—¡Eres una nenaza, Lucas! Lloriqueas con todo. Pero está bien. Dale eso para empezar, pero ni un duro más.

Las llamadas de damnificados por las infamias de *El Sol* se sucedieron como en fila india. Una detrás de otra, todas desviadas hacia el tipo que a media tarde respondía gangoso y, al menor descuido, redoblando los ataques. Pronto el dinero circuló con diligencia para dar lustre a *El Sol* y dejar a las empresas a salvo de aquel mono con pistola que lo dirigía. Un desgraciado al que el triángulo marceliano, capitaneado por Sanjurjo, le había grabado pegando a su mujer hasta la inconsciencia en una boca de metro, a plena luz del día. Una agresión que nunca fue denunciada. Se guardó junto a otros valiosos documentos para el chantaje. Era un botín demasiado suculento como para compartirlo con otros.

—Comprenderás, Federico, que eso que has hecho está muy feo —le aleccionó Marcelo—, y lo peor es que lo sabemos. Seguirás como director de *El Sol* porque se te aprecia, y en nuestro ánimo solo está ayudarte. Pero no sería

bueno que esto saliera de aquí. Tendrías muchos problemas y, en el fondo, eres un buen chico.

Tras aquella advertencia, el tal Federico se convirtió en un zombi a las órdenes de Lucas, por delegación de Marcelo, quien no volvió a dirigirle una palabra más en un simple ejercicio de mantener las jerarquías. El miserable comenzó a soñar por las noches con las más oscuras de las mazmorras y su decaimiento se hizo visible. Haciendo una excepción, Marcelo se dirigió a él un día. Le regaló un rosario para ahuyentar al demonio que, según le explicó, con total seguridad le había poseído. A partir de entonces, el desgraciado Federico no solo se despertaba sudoroso peleando entre barrotes, sino abrasado en la combustible hoguera del inclemente infierno con el rosario entre las manos.

Paralelamente, el plan de Marcelo seguía su marcha en *La Nación*. A Antón Núñez le siguió enjugando con su invisible método habitual, una mezcla a partes iguales de amabilidad con socavación. Por un lado, le daba la buena cara de la política, mientras le hacía la guerra cavándole zanjas similares a las abiertas para tumbar, en los últimos meses, a figuras clave en la anterior etapa de *La Nación*: la secretaria de dirección, el adjunto al director, la jefa de nacional, el especialista en terrorismo y el jefe de economía. Todos ya estaban muertos de solemnidad. Antón Núñez comenzó a ver mermas en su presupuesto, olvidos para que él participara en eventos, invitaciones para hacer de figurante y no de director. Definitivamente, advirtió que Marcelo era un especialista en destruir personalidades, en tejer traslúcidas telas, como la fina catarata en un ojo, para ir cegando con ahínco a los librepensadores, hasta achicarlos, enflaquecerlos y debilitarlos en su *auctoritas* entre la profesión. Incluso en destruir su autoestima si la víctima no había advertido con antelación la jugada. En su caso Antón sí la había detectado. Y sabía cómo Marcelo maniobraba cuando quería liquidar a alguien. Por eso no le costó olisquear la tierra húmeda que se desprendía de la que estaba excavando para enterrarle él. Aunque, de puertas hacia fuera del periódico, el discurso de Marcelo fuera bien distinto. Con gestos apesadumbrados, explicaba sin descanso la conmiseración que sentía por el lastimoso deterioro del director. «Una pena que ya no sea tan brillante y sagaz como antaño, el muy desgraciado tiene problemas con su mujer, deudas económicas y depresión crónica derivada de un trastorno bipolar. Como lo oyes —comentaba en su campaña boca oreja—. ¡Y para colmo, le sucede ahora, para que me toque a mí! Porque el desequilibrio es tan grande que incluso afecta a la marcha del periódico, ¡ya me dirás, si el tipo se ha tomado vacaciones en Bora

Bora!». Aquel fue el lugar que a Marcelo, un hombre poco viajado, se le antojó como el más alejado del planeta para dibujar a un indolente director que, se suponía, marchaba al lugar más recóndito cuando el país y el periodismo estaban que ardían. «Una pena de tipo. Lo peor es que haya elegido Bora Bora, que es el colmo de la cutrez. Solo por este detalle tengo más que certificado que estamos ante un enfermo mental. ¡Pobre tío!», remataba, como disparando con pistola a un centímetro de la sien. Explicando la desgracia, sin descanso, en desayunos, comidas y cenas, a espaldas del director: «Mejor no decirle nada, porque el deterioro es tan grande que en esta fase de la enfermedad le ha cogido un trastorno de manía persecutoria en relación con los jefes y compañeros que le rodean. Cree ver enemigos por todas partes. ¡El muy pobrecillo!», apuntillaba, con gesto dolorosamente apesadumbrado.

Con esa pena, el nuevo presidente buscó al viejo látigo del periodismo un «acomodo interesante aunque me valga un riñón». Así fue como decidió que *La Nación* emprendería la celebración de actos institucionales del máximo nivel, para situarse en la referencia de las noticias, la opinión, el pensamiento y las citas político-sociales, el lugar imprescindible para todo insigne personaje que tuviera algo que decir.

—Y aquí te necesito a ti, Antón. No hay otro mirlo blanco para tan delicada tarea que no seas tú. —Y con afilada verborrea, siguió explicando—: Será otra etapa, de más maduración profesional. Y lo más importante: estarás muy cerca de mí.

—Está bien, Marcelo, tú eres el jefe y, por si eso fuera poco, también el dueño. O sea que nada que objetar. Solo decirte que no me ha sorprendido. Y que mi pasión es el periodismo, por lo que temo no estar a la altura de lo que ahora me pides. Desde luego lo intentaré, no te quepa la menor duda.

—¡Pasión por el periodismo! —rio abiertamente Marcelo—. ¡¿Y eso qué es?! — exclamó, cambiando el tono guasón, ahora a burlón—. El problema para tipos como yo es que tenemos que tratar con periodistas, que no entendéis nada, ¡qué calamidad! Pero oye, tranquilo, he pensado en todo. Tendrás el mismo sueldo, un buen despacho, tu nueva secretaria, esta María que es todo afabilidad, y algo muy importante, tendrás menos trabajo. Al final, todo te compensará, ya lo verás. Cualquier colega tuyo, esos a los que tú llamas periodistas, se matarían por estar en tu pellejo.

Al día siguiente, Marcelo ordenó colgar en las paredes de la redacción una veintena de artículos de Antón Núñez, enmarcados a gran tamaño, como

homenaje al insigne director, ese lujo del periodismo que con su pluma/látigo había engrandecido *La Nación*. Lucas supervisó la tarea sobre el terreno: «Cuélgame este aquí», «El otro ponlo un poco más alto», «Estos dos en línea». En verdad, esa sombra de Marcelo llamada Lucas se había convertido, en tiempo récord, en mejor capataz que el policía que fue. Aunque de aquella época mantenía intactas sus habilidades para espiar y controlar. Y su resabiada astucia para maniobrar, un máster imprescindible para la reencarnación con éxito en su nueva vida.

El asalto al poder diseñado por Marcelo incluía nuevos ingredientes más allá de la ambición.

Cuarta parte

EL PODER

1

CON UNA MUJER DE FUTURO

Podría decirse que era ligona, en el sentido más atractivo de la palabra

En el periódico, Marcelo seguía jugando al Tetris, encajando las piezas a su gusto y conveniencia. Acababa de estrenarse el nuevo director, Arsenio Cañaverl, un hombre de la casa responsable de la comunicación del periódico con los otros medios, a donde había recalado tras dirigir el departamento de *marketing*, las dos divisiones en las que siempre se fijó Marcelo porque a través de ellas llegaban patrocinios y otros dineros. Los contactos que aportó Cañaverl desde el departamento de prensa fueron otros colegas de su mismo nivel, a los que fue pidiendo favores para colocar buenas críticas hacia el periódico y sus exclusivas. De aspecto redondeado, lo que se dice bajito y ancho, su barriga tenía a bien anunciar su llegada con medio metro de anticipación, lo que le daba un aspecto bonachón que él corroboraba sonriendo de manera infatigable, con razones o sin ellas. Un tipo que a primera vista podría decirse que era feliz, por su voluntad de ser obediente y bien dispuesto. «Esto de que sea virgen en asuntos políticos es una joya —le reconocía Lucas a Marcelo—, porque lo podremos manejar mejor». El presidente asentía sabiendo perfectamente la elección que había hecho, la de un tipo ajeno a los conciliábulos, reservados a partir de entonces en exclusiva para él. A Cañaverl, el extraordinario hecho de tener una tarjeta de visita como director de *La Nación*, le sobrepasó con mucho en cualquiera de sus expectativas imaginables, lo que le amplió su aspecto beatífico, y en ese regodeo vivió extasiado sin ambicionar ejercer ningún poder, hechizado por la ventura de que el ojo del todopoderoso Marcelo se hubiera posado sobre su calva coronilla.

—Arsenio, tras la presentación que hemos hecho con la gente, ahora lo más importante es que te hagas con la redacción —le orientó Marcelo—. Los periodistas, en general, son todos unos cabrones, y esa es la suerte que tengo

contigo, que tú no lo eres. Así no cogerás los mismos vicios que los demás, empeñados en transmitir la verdad absoluta, como si la verdad existiera. Las verdades son tantas como las lentes con las que uno mire las cosas. Y de esto, créeme, yo sé más que nadie.

—Te creo, Marcelo. Haré una reunión con el equipo. Y, como dices, me apoyaré en Belén Fernández. Es la mejor jefa de nacional que se te podría haber ocurrido. Y estate tranquilo, entre ella y yo haremos el Superconfidencial, los «subes» y los «bajas», y los temas delicados, si a ti te parece.

—¡Ojo! En realidad, eso lo haré yo.

—¡Claro, Marcelo, cómo no! Quería decir...

Marcelo tuvo prisa, como siempre cuando pensaba que la categoría de su interlocutor no merecía más atención. Dicho lo principal por su parte, lo que quisiera aportar el otro solo era perder el tiempo.

—Y cuida a Pilar Garrido. Es una chica que entiende bien las cosas. Al menos, tener a una de estas que sea lista viene bien siempre.

—Por supuesto, jefe. Así lo haré.

A Pilar el cambio de director le sorprendió sobremanera. Había cerrado su incorporación con Antón Núñez, a propuesta de Marcelo, sin que este le apuntara la posibilidad de ningún cambio. Es más, en una conversación reciente, el presidente le había dicho que, últimamente, Antón tenía ideas brillantes. De alguna manera, se sintió traicionada. Pero, por temperamento y carácter entrenado en la discreción, prefirió no comentar el asunto en ninguno de los corrillos que a cada paso se fueron abriendo en la redacción. Aquel día, ella estaba enfrascada trabajando en un reportaje sobre los *territorios comanches* del País Vasco, las zonas del interior, los pueblos adentrados en la Guipúzcoa profunda y cercana a la frontera francesa donde los periodistas se jugaban la vida si osaban aparecer sin ser uno de ellos, lo que significaba que, o justificaban lo que llamaban «la lucha armada de ETA», o lo mejor era abstenerse de aparecer por aquellos lares. Sobre la mesa había extendido documentación para estudiar bien la situación antes de viajar a la zona, cuando le sonó el teléfono.

—Pilar, ¿qué tal en el curro? ¿Te hace una copa esta noche? Quería comentarte un tema.

—Claro, perfecto. ¿Qué te apetece?

—Tú y yo solos. Si quieres, podemos quedar en el mismo sitio del otro día. Picamos algo en el Elhecho y luego subimos a la plaza de Santa Ana. ¿Te hace, a las nueve, por ejemplo?

—Fenomenal, me hace.

La nueva jefa de nacional, Belén Fernández, se tomó el nombramiento del nuevo director como una bofetada en el frontal de la cara con puño cerrado. Al fin y al cabo, ella tenía oficio, conocía la política y llevaba tiempo trabajándose a los nuevos jefes para medrar en el periódico y no para ser el bastón de un tipo incapaz, una perfecta inutilidad para el cargo. Le reconocía su amabilidad para hacer los recados, pero, a sus ojos, eso no le confería ningún mérito para dirigir el gran periódico *La Nación* en momentos de convulsión política, económica y social. Calculadora como era, le dio su mejor bienvenida y solo tuvo que esperar tres días para que, con ocasión de un nuevo atentado cometido por la banda terrorista ETA, Cañaverall se apareciera en mitad de la redacción como el indigente profesional que era.

—¡Belén! ¡¿Dónde está Belén?! —gritaba como si estuviera peleando para desasirse del diablo. ¡Atentado de ETA! ¡Otra vez! ¡Y aquí, en Madrid! ¡En Madriiiiiid!

—Sí, Arsenio, acabo de coger el teletipo —le dijo Belén en tono pausado, mientras agrupaba a toda la sección de Nacional en torno a su mesa para repartir el trabajo.

—¡Ay, Señor, Señor, ¿y qué va a ser de nosotros?! —clamaba el director, agitando las manos y mirando hacia el techo.

—Me temo que lo de siempre, Arsenio. Tranquilízate. Solo tendremos que hacer un periódico, ¿qué otra cosa se te ocurre? —ironizó ella delante de todo el equipo.

Cañaverall asistió impávido al envío de redactores a cubrir distintos puntos de información: al lugar del atentado para valorar el impacto; al Ministerio del Interior, donde se daría la primera información; al Congreso de los Diputados, donde hablarían todos los líderes políticos; al palacio de La Moncloa, donde el presidente haría una declaración institucional; al tanatorio donde yacían los asesinados; al hospital donde habían sido trasladados los heridos. Y, por supuesto, a reportajear el perfil familiar y humano de las víctimas.

Pilar marcó el teléfono, de nuevo, con urgencia en la voz, claramente alterada.

—¡¿Te has enterado?! ¡Atentado en Madrid! ¡Tengo que ir a cubrirlo, madre mía, a esto creo que no me acostumbraré nunca! En fin, pero te llamo porque no podré estar a las nueve; la verdad, casi prefiero que quedemos más

tarde... por no hacerte esperar... En todo caso, te iré diciendo —relató, aupando su angustia.

—No te preocupes, pero en este caso te propongo otro sitio para escuchar música que te ayudará a relajarte. ¿Conoces el Templo del Gato? Está en Ópera. Con eso verás que vas a cambiar de chip volando. Yo estaré a las diez, y tú llega cuando puedas. Ahí te puedo esperar tranquilamente, el tiempo que haga falta.

Las llamadas de Pilar habían sido con su amigo Jorge Santamarina, un chico con el que había tratado poco porque aparecía de forma intermitente en el grupo debido a que viajaba con mucha frecuencia. Un día llegó para salir de marcha acompañando a otra amiga, y así fue como se introdujo en el grupo. De eso hacía varios meses. La conexión entre Pilar y él cuando se conocieron fue instantánea, de ese modo en que uno sabe que es de doble dirección. Divertido, prudente, cercano, ella le veía incluso maduro, con unos pocos años más que ella. El tipo de hombre perfecto para tener gancho. Y comprobó que también era serio, porque cuando ella llegó al bar, poco después de las diez, allí estaba él, esperándola apoyado en la barra con aire distraído. Hablaron del terrorismo, de la dura jornada que había vuelto a conmocionar a España. Y a ella misma. Así se lo reconoció a él, desnudando su alma, confesándole que la cobertura de aquel atentado que había sido la experiencia personal más impactante le había tocado vivir. Todavía llevaba en su nariz impregnado el olor a la carne quemada de las víctimas, entre los amasijos de hierro. Charlando, entre cañas y tapas, Jorge dejó que su amiga se fuera relajando, animándose, finalmente riendo. Dejándose sorprender.

—¿Qué tal si te contara un secreto, Pilar? ¿Serías capaz de mantenerlo?

Pilar sintió como si un mazazo le hubiera golpeado el pecho. El despertar de una torrentera de sangre que estaba amansada y le corría a toda velocidad. Eso ya le había sucedido otras veces antes, y nunca le dio importancia. Pensaba que se trataba de una especie de arritmia, quizás ligera, aunque lo cierto era que se le aceleraba el pulso y podía sentir el latido del corazón sin posar la mano en ninguna parte del cuerpo. Era el mismo sobresalto que le había agitado ante entrevistas comprometidas como la que mantuvo con Marcelo por primera vez, encuentros con personajes que admiraba, eventos de gran responsabilidad, exposiciones que tuviera que hacer a un grupo, intervenciones en público o el simple hecho de desenvolver un regalo inesperado de alguien que le importara. «¿Y con Jorge estaba ante un secreto?!», pensó turbada. A Jorge le conocía lo suficiente como para saber que, si la había requerido a solas para decirle algo

íntimo, era porque la confianza iba a ser comprometida. Rápidamente pensó que si la petición fuera de compromiso personal, la respuesta que le daría sería: sí. El chaval no le gustaba especialmente, quizás porque tampoco se había fijado mucho en él, dadas las circunstancias emocionales por las que ella había atravesado; pero, precisamente por eso, pensó, le vendría bien iniciar algo con este chico para superar al imbécil de su anterior novio. Repentinamente le inspeccionó de arriba abajo, y le vio atractivo, con aquella barba de tres días y su pelo despeinado, como recién salido de la ducha. Sí, definitivamente le diría que sí.

—Trabajo en el CESID, Pilar. ¿Sabes lo que es eso?

Fueron unos segundos en los que quedó petrificada, inmóvil, como si un escultor le hubiera cubierto de yeso para luego modelarla. Y dejarla plantada allí, depositada en aquella silla. Agarrotada por la escayola, sin poder articular una palabra. Reaccionó de inmediato, intentando que él no apreciara su desconcierto.

—¡Sí, claro, como para no saberlo! Con los escándalos que se han traído en esa casa, un día sí y otro también en la prensa, a cuenta de las escuchas. Pero me flipa que me digas esto, la verdad, ni por asomo me lo esperaba. ¿Tú qué haces ahí? —le preguntó con la figura perfectamente recompuesta.

—Pues, mira, ahora mismo tareas muy importantes. Me acabo de incorporar a la lucha antiterrorista de la mano del director de selección de personal, que lleva en ese departamento unos años. Por eso estoy con un pie aquí y otro en el País Vasco. Todo el día.

—Vale, ahora entiendo por qué últimamente viajas tanto, que eso siempre me había chocado de ti, porque nunca dabas explicaciones de adónde ibas y de dónde venías. Bueno, porque eres un tipo muy reservado, pensaba yo.

—Digamos que la discreción en esto es esencial. El trabajo que hacemos en el Centro es importantísimo. Y diferente al que hace la Policía Nacional o la Guardia Civil. Nosotros vamos a nuestro aire. Allá donde creemos que puede haber riesgo para la seguridad del Estado. Y lo que ahora estamos haciendo muy bien es anudar lazos con los franceses, que se nos pusieron de culo durante mucho tiempo. Ahora, casi te diría, que para nosotros es lo más importante. Nos permite tener mucha información.

—Entiendo. Pero, Jorge, ¿y por qué ahora, así, me cuentas esto? No sé, la verdad, me quedo chocada. ¿Temes por tu vida? Bueno, imagino que sí, claro, pero ¿yo qué puedo hacer? Me coge tan de sorpresa que no sé qué decirte — balbuceó ella, desconcertada.

—No, no, a ver, es otra cosa. ¡Claro que puedo temer por mi vida, pero como tú por la tuya, ninguno estamos a salvo con estas bestias! Quién te dice que ahora no entren aquí y sin mediar palabra nos descerrajen dos tiros en la nuca. Si tuviera explicación lo que hacen, podríamos pensar que estamos fuera de su radio, pero ya me dirás cómo están matando ahora, es una carnicería repugnante; socializar el terror, lo llaman. Hay que jorobarse, todo asquerosamente vil.

—Lo mejor es no buscar explicaciones para no caer en la tentación de entenderles. Desde lo de Hipercor... Cuatro niños mataron allí, pobrecitos...

—Correcto. No hay que caer en su relato.

—Pero, entonces, ¿de qué se trata? Si me citas aquí y me sueltas esto de repente, será por algo, ¿no?

Pilar tenía el lenguaje directo de una periodista eficaz, preguntas concisas, frases cortas, lo que ella llamaba hablar en titulares. Sin hacer frases huecas ni con lugares comunes. Y rompiendo el silencio después de haber considerado la oportunidad de lo que quería decir. En su opinión, esa era una de sus mayores cualidades, la prudencia. A su licenciatura de derecho decidió sumar la de periodismo, una combinación que para ella se le antojó perfecta. La inmediatez del periodismo, a veces no exento de evanescencia y ligereza, amansada con la analítica que le había enseñado la legalidad, la justicia y la razón. Un compendio al que ella añadía, cada vez con más frecuencia, la palabra ética. «Lo que se dice una friki», le decían a veces en su grupo de amigos, una tía tan joven embobada por investigar el porqué de las cosas. Y le preguntaban con frecuencia: «¿A cuento de qué?».

Su amigo Jorge la llevaba observando desde hacía tiempo, sabía que era trabajadora, con la ambición de entregarse al trabajo las veinticuatro horas del día, la vocación de colaborar en la lucha contra el terrorismo, sociable y comunicativa, con la habilidad de acercarse bien, lo que podría decirse ligona en el mejor sentido de la palabra. Con esa descripción, fue como Jorge le habló sobre ella a su jefe inmediato, al director del departamento de selección del Centro, con el que había comenzado a trabajar en la lucha antiterrorista. Y le vendió a una joven con valía, con buenas condiciones, que entendía la política, trabajaba en un periódico y sabía moverse en ambientes sociales. «En resumen, lo más parecido a nosotros».

—¿Y cómo piensa?

—Ideológicamente nunca se pronuncia, o sea que podríamos decir que es

neutra, de educación conservadora si tenemos en cuenta cómo es la familia y el colegio donde estudió, pero abierta al mundo, diría yo. Es moderna, le gusta viajar, y muy curiosa. Estudia para saber. Con veintitrés años ya ha terminado dos carreras y anda con el pie metido en dos trabajos. A mí me parece una *crack*. Por eso te digo que nos podría ir bien.

—¿No me la estarás vendiendo porque te gusta o porque estás enrollado con ella?

—¡No, hombre, no! Me sé las normas, ¡descuida!

—Muy bien. Tantéala discretamente y dame su currículum. Aunque no te puedo garantizar nada.

Y en eso estaba Jorge, en aquel momento, tomando con ella unas cervezas y unas tapas en el Elhecho.

—Sé que te gusta investigar, Pilar, lo he comentado ya con el director de personal y he pensado que quizás te interesaría incorporarte con nosotros. Tienes la edad perfecta para que pudieras dar ese paso, si te apeteciese.

La idea le sonó a ella como el tintineo de campanitas de cristal que de niña imaginaba que agitaban las hadas. ¿Cómo podía resumirlo? ¿Como si el cerebro se le estuviera inundando de risas, colores, retintines y aguas cristalinas? Le pareció que esa descripción era toda una cursilería, pero de inmediato pensó que no, que en sus oídos aquello sonó así y le evocaba su infancia, cuando había vivido los momentos más felices de su vida, los cuentos con la imaginación que le añadía su madre.

—Sí. Mi respuesta es rotundamente sí. Me interesaría, Jorge.

—¿Por qué estás tan segura?

—Hay cosas que no me pregunto, me gustan con certeza, y basta. Y en el periódico estoy viendo historias que no me agradan. He detectado que Marcelo Russo se envuelve en la bandera de España para hacer únicamente lo que a él le da la gana. Creo que esto aún no lo ha pillado nadie, salvo Antón, al que ha segado el cuello. Y lo que es peor, le ha puesto de jarrón chino, de todo a cien. En fin, que *La Nación* no me interesa. Creo que patriotismo, al menos como yo lo entiendo, es lo que vosotros hacéis. Y no quiero decir más.

—Está bien, lo comentaré. No me asegurarán nada, pero, en fin, ya se verá.

—Bueno. Estaré atenta. Que sepas que me hace una gran ilusión. Gracias por haber pensado de este modo en mí. Si supieras, dime, por favor.

—No me lo dirán. Si acaso, te llamarán a ti.

—Tiene gracia, Jorge, pero es el último de los secretos que hubiera

imaginado que compartiría contigo.

2

CON EL JUEGO ELECTORAL

Pasó a la ofensiva.

La vida le iba en que ganara un Gobierno favorable

Por fin llegó el día de la mudanza, con el que había soñado tras superar otras pruebas en su plan, como eran la de apropiarse del gran periódico, controlar al director, rodearse de afines, pastorear con Lucas, compadrear con Sanjurjo, ganar en reputación social y moverse entre quienes él llamaba los poderosos. Con el gozo que le daba fabricar noticias, impactar con portadas, enredar con bulos y disfrutar de fortuna.

Para sus nuevas dependencias en *La Nación*, Marcelo se había reservado la última planta al completo, con la siguiente distribución: una tercera parte sería para su amplio despacho, suntuoso y solemne; y otro, de menor tamaño, para Lucas, convertido *de facto* en el azote del periódico. El resto de la planta la repartió para la secretaría, la sala de juntas, la antesala de espera, la biblioteca y el baño de visitas. Y reservó una zona menor, completamente privada, con acicalado dormitorio, baño con ducha y *jacuzzi* y pequeña cocina, por si en alguna ocasión le urgía la necesidad de descansar o pernoctar en el diario. Su despacho lo pidió insonorizado, y mantuvo el clandestino sistema de escuchas a Mariví a través del pequeño micrófono incrustado en la lámpara de mesa.

En la quinta, a la que solo se podía acceder por ascensor exclusivo, aterrizaron cajas con los libros más epatantes que había ido coleccionando durante su ascensión social. Los cuadros, jarrones, espejos y una caprichosa alfombra que, en la mansión de El Viso, deslumbraron a los invitados durante años. En *La Nación* todo lucía igualmente espacioso, pero con el inconveniente de que ese glamur tenía que competir con el nuevo salón estrella, que no era otro que la galería fotográfica, por fin grandiosa, nutrida con todas las fotos que había ido arañando durante los últimos años. Cientos de retratos, con los que dispuso

adornar la gran sala de visitas, inundando estanterías, muebles bajos y paredes, para que ninguno de los ilustres personajes, fotografiados solos o en su compañía, quedaran sin espacio. Aquellas eran las ingentes imágenes que el fotógrafo de La Red había ido persiguiendo allá donde el jefe había acudido, en elegidos posados o pillando las instantáneas al vuelo. Por supuesto, ahí estaba el gran Marcelo con el Rey, con el Príncipe de Asturias, con el presidente del Gobierno, con el líder de la oposición. Con el presidente de Madrid, de Andalucía, de la Generalitat, del club Capital de España, del Banco Español, de los empresarios, del Tribunal Supremo, de los obispos. En la mayoría de los retratos, Marcelo saludaba sonriendo, poniendo la misma cara para alcaldes que para cantantes, futbolistas, periodistas, famosos todos. Con dedicatorias de los protagonistas en buena parte de los casos. Otras de las enmarcaciones eran reconocimientos, certificados, diplomas a su nombre, cartas recibidas, invitaciones a eventos o simples tarjetas de felicitación navideña. La última que consiguió de los Reyes por Navidad, tras esforzadas maniobras, le costó tanto esfuerzo que, una vez que la obtuvo, la encajó en un repujado marco de plata envejecida para realzarle aún más la solemnidad. Y la colocó junto a otras de la Familia Real, unas veces con los hijos, otras con los nietos. Una colección que ordenó y dispuso especialmente orgulloso, porque aquello era el epítome de su ascensión social. Allí estaban todos los que tenían que estar; en su lenguaje, todos los que pintaban algo en la vida. Con una penosa carencia: la del papa Juan Pablo II, una figura indispensable a sus ojos, especialmente para exhibir en un periódico que ahora tenía que ayudar a ganar las elecciones a la derecha, pero que le había sido imposible conseguir. «Todo un fracaso, inconfesable», tenía claro él. A través de diferentes contactos, había suplicado una audiencia con su santidad en Roma o, en su defecto, una imagen papal dedicada. La decepción de esa imposible conquista le llevó a perjurar en algunos momentos: «¡Si no fuera ateo me haría, porque hay que joderse!», clamó al cielo esa noche cuando llegó a casa.

—Lo tienes más que merecido —le encizañó Clara, rabiosa, porque él no había ordenado que fuera ella quien se encargara de la salida de los objetos de El Elíseo y de su entrada a *La Nación*—. Dios sabe que ni siquiera tratas bien a tu familia. ¡Mira que tener que enterarme yo de cómo quedan los detalles por Mariví! ¡Una vergüenza que me tenga que contar ella lo que tendrías que decirme tú!

—¡El papa me da lo mismo, no seas estúpida, hablo del negocio! ¡Y del

negocio tú no sabes! A mí me vendría bien tener al papa para cuando vengan a verme los meapilas, y esto no se te habría ocurrido a ti en la vida. Tú, en vez de quejarte, deberías besar por donde yo ando. ¿De qué vivirías si yo no estuviera atento a todo? Para ti los detalles son el color de las cortinas. Pues mira, aquí no hay nada que hacer. Todo son estores —le dijo con retintín.

Y, siguiendo su lema, tiró *pa'lante*. Al día siguiente, a falta del Santo Padre saludándole, en el lugar reservado para la imaginería de los devotos colocó una fotografía suya con el arzobispo de Madrid, una estampa de Santa Teresa de Ávila y otra del Cristo de las Penas y la Buena Muerte, la maravillosa talla de Mena que lucía en un lateral de San Jerónimo el Real, el templo donde él acababa de disponer, testamentariamente, que debería recibir todos los honores antes de ser enterrado. ¡Quién le diría que, en el día de su muerte, el enorme cuadro aparecería colocado en el altar mayor, presidiendo los oficios y su catafalco a los pies de ese Cristo! Para acabar con esa tarea, a falta de santidad junto a él, distinguió al papa en fotografía propia, todo el marco para él solo. La atestada muestra tenía un orden de presentación bailongo, lo que le generaba un enorme trajín de quita y pon ante cualquier insigne visita.

—Mariví, apunta bien cómo dejo las cosas y cómo las voy cambiando con cada uno de los que vienen. Algún día deberías hacer esto tú sola. Que total, es sota, caballo y Rey. Es ponerle a cada uno lo que quiere ver, y punto.

Mariví observó que la galería no estaba del todo completa porque no había ni rastro de la aparatosa sesión de fotos que en su día se hizo con Vives de Gomáriz y Antón Núñez en aquella primera visita que ellos le hicieron en El Elíseo. La secretaria, una de las personas que probablemente mejor le conocía, quiso pensar que aquello fue un simple descuido.

—Don Marcelo, faltan el expresidente y el exdirector del periódico. ¿Dónde podría encontrarlos?

—Ya saldrán. Tranquila. En caso de urgencia, siempre tenemos el cuadro de Vela Zanetti.

Sobre los estantes situó dos instantáneas, una de su boda con Clara; la otra, del matrimonio con los pequeños Valeria y Beltrán. Para la mesa de despacho reservó la fotografía que en el colegio acababa de hacerle a la niña, en sus primeros días escolares. Remataban la estancia las consabidas banderas de España, Europa y la Comunidad de Madrid, un cuadro de los Reyes de España colgado en la pared y, en un rincón, una monumental armadura de placas de acero, que había comprado a un anticuario del Rastro. Toda una ganga a precio

de ocasión para tan impactante resultado, pues imitaba a la perfección a las corazas que se les impusieron a los guerreros en su admirado siglo xv, primorosamente engalanadas. En el cajón de la mesa principal, guardó varios rosarios, con las cuentas en nácar, plata o madera, en diferentes colores, «bendecidos por el papa Juan Pablo II», aseguraba él, por si necesitaba exhibirlos o, llegada una ocasión especial, incluso regalarlos.

Con esas hechuras, definitivamente Marcelo pasó a la ofensiva para situar en el Gobierno de la nación a «seres como Dios manda, que atiendan las buenas razones». Desplegó el plan imaginariamente en su cabeza, que repasaba línea a línea con la pulcritud como un cartógrafo lee un mapa. Debía comenzar por trabajar la voluntad de los nacionalistas catalanes, «estos despatarrados que siguen empeñados en apoyar a un agónico Gobierno».

—Joan, España no se merece este Gobierno, no podéis apoyar los presupuestos generales del Estado de este año, la cosa es así de simple. Sin vuestro apoyo se adelantarían las elecciones y es la única salida patriota que yo veo a este asunto. Porque ya me dirás, con la ley antisaqueo que ha hecho el gilipollas del Sintí, ¿creen estos que la gente piensa que van a ir de limpios, a estas alturas?

—¿Sentís, dices?

—Sí, ese, Sintí. Pero a lo que vamos. No apoyar los presupuestos, evidentemente, tiene un precio, y ahí siempre nos vamos a poner de acuerdo.

—¡No te quepa la menor duda, Marcelo! Pero, oye, por curiosidad, ¿de qué y de cuánto estamos hablando?

—Tendrías apoyo mediático, desde luego de *La Nación*, *El Sol*, pero enseguida iré a por más medios y, descuida, sabes que soy eterno tanto para los amigos como para los enemigos. O sea que no pienses en hoy, aquí estamos hablando del negocio de nuestras vidas. De momento, ya tengo a tres grandes empresarios y a un banquero dispuestos a ayudar poniendo mucha pasta. Joan, la gente se orienta pronto si ven que vamos en serio. Y de esa pasta, gansa, tú te podrías llevar un buen pellizco.

—¡Hombre, sería el partido!

—¡Qué coño el partido! ¡Tú! Ya te digo ahora, un diez por ciento. Tuyo.

—¡Hostias, Marcelo! ¡Miedo da oírte! La cosa es que realmente veo razones para tumbar a este Gobierno. La corrupción es insoportable, el desánimo

general es muy molesto, yo solo tengo que escuchar a mi conductor. El hombre dice que en su casa no se habla de otra cosa.

—Así es, Joan. Pero lo peor son las empresas. Si el pesimismo se instala en los mercados, este país colapsa. Y todo se va a la mierda. Así que solo tienes que convencer a tu presidente de que la oportunidad es única. Y hasta donde yo sé, este sabe contar muy bien las pesetas. Espero noticias enseguida.

La conversación fue tan discreta como breve, en un reservado del hotel Palais des Courtes, donde habitualmente finalizaban su jornada los diputados, por la facilidad que les suponía cruzar únicamente la plaza desde el Congreso. De inmediato, el portavoz parlamentario Joan Ripoll pidió entrevistarse con su todopoderoso presidente en Barcelona, a donde marchó raudo en cuanto acabó el pleno. Eran los tiempos en los que el *president* de la Generalitat de Cataluña levantaba o tumbaba gobiernos en España, mientras hacía *país* en Cataluña con la vista puesta en la independencia y su familia robaba a manos llenas, aún contando en pesetas. Los tiempos en los que, cuando aparecía su respetadísima esposa, se abrían los corrillos de invitados para darle paso y reverenciarla. No en vano era *la madre superiora* del clan del *president* y sus siete hijos, dotada con admirable mano larga para mover con desparpajo dineros ocultos, con tapaderas bancarias, en paraísos fiscales.

—Marcelo, ya tengo cita con él, lo he ido pensando y creo que, efectivamente, hemos de dar un paso adelante. La historia nos lo reconocerá. Así que, confía en mí, da por hecho que esto saldrá.

—Pues adelante. Estamos hablando de hacernos influyentes y que con eso nos lluevan las intermediaciones y el dinero. Quiero que todo dios tenga que pasar por nosotros. Al fin y al cabo, el Congreso es una thermomix. Existe para que se hagan papilla unos a otros. Por tanto, nosotros no haremos nada diferente a lo que ellos hacen cada día.

La máquina de Marcelo se activó contrarreloj para acelerar los cambios en La Moncloa. Y tan importante era que Guzmán ganara las elecciones, como que Guzmán creyera que el éxito habría sido gracias a la laboriosa contribución y devoción incondicional de Marcelo a la causa de la derecha. Una cosa era cierta, Marcelo trabajaba veinticuatro horas sobre veinticuatro. Su auténtico disfrute en la vida eran los enredos, por lo que de inmediato comenzó a desplegar todo su plumaje en torno al conservador para bailotear su coqueteo como un pavo real. Y lo hizo sin descanso.

En su táctica de adorar al santo por la peana, estrechó relaciones con el

hombre del presidente de los conservadores que, con seguridad, sería el coordinador de la campaña electoral, llegado el día. Cada mañana, Marcelo llamaba a Adrián Ávalos para ofrecerle consejos, «Oye, Ávalos, gratuitos, ¡eh!, gra-tui-tos», le repetía cada vez que veía la oportunidad. Eslóganes para cada día, con la fuerza de algún titular, la frase con la que noquear al adversario, o la rentabilidad de una foto del líder abrazando a un niño o plantando un árbol.

—Adrián, hoy os convendría meterle mierda al presidente García con la corrupción. Porque lo de Mario Conde entrando en la cárcel con aquella maleta roja no hay quien lo olvide, joder, que fue muy fuerte, el rico banquero, el guapo engominado, ¡coño con la *beautiful!* Que de haberle dejado, este habría sido presidente del Gobierno.

Adrián ignoraba que Mario Conde había sido la inspiración de Marcelo durante años, para ambicionar poder, dinero y manejos políticos como él había hecho. Solo la sorda, muda y ciega Mariví, oyéndole hablar por teléfono aquella mañana, comprobó que Marcelo lo había eliminado del disco duro de su memoria.

—A ver, recuérdales el Waterguerra, el Flick, el Flock, Kio, Filesa, el Ave, los Fondos Reservados, las escuchas del Cesid, la fuga de Roldán, los Albertos, los cuadros que se llevó la tía del BOE, y ¡la madre que los parió! Llámales los «imputados de corbata», que eso les joderá mucho.

—¡Jo, esta sí que es buena, Marcelo!

—Sí, lo es. Pero mejor esa guárdala para mañana. Hoy céntrate en las fotos de Roldán, en *Interviú*, en calzoncillos con las putas. ¡Joder, que era su director de la Guardia Civil! Haz un titular muy corto, para que tenga impacto, algo así como: «La corrupción ha dejado al presidente en calzoncillos, como a Roldán». Al presidente García, claro está. ¡Esta es mejor, eh! —le dijo, regodeándose en su ingenio.

—¡Joder, Marcelo, la leche!

—Y lo rematas recordando que Roldán acudía a los actos públicos con un abrigo de piel de camello que valía un millón de pesetas. ¡Acojonante, el tío! Esto a los socialistas les destroza.

Las llamadas las hizo sistemáticas, a la misma hora. Marcelo primero ojeaba los periódicos y luego, tomando el primer café, llamaba a Ávalos para ofrecerle sus «consejos gra-tui-tos», con eslóganes que machacaran al Partido del Progreso, donde más pudiera dolerles.

—Hoy os convendría atacar por los obreros. Acabarán tirando la «O» de las

siglas. Recupérale al presidente García el «Toma nota» de la huelga general, con la Puerta del Sol tomada por la Policía. Eso les joderá mucho. Tenéis que fijar la campaña en él, en García, desgastarle a él, ¡a él! —enfaticó—. No al partido. Y pedirle cada día que se vaya a su casa.

El agradecido Ávalos le formalizó a Marcelo un goloso contrato con el Partido de la Gente para que su empresa Eventos en Red realizara informes con el fin de reforzarles sus actuaciones y rematar a los socialistas. Imitando a Mayoral, Marcelo propuso que, como eje de la campaña, se le vendiera a Marcos Guzmán con un perfil afable, cercano a los ciudadanos, para lo cual tendría que utilizar lenguaje directo y pisar mucho la calle. Y le ideó, siempre entre bastidores, visitas por los barrios más deprimidos de varias ciudades, comenzando por el campamento madrileño de la Celsa, el mayor mercado de la droga de Madrid, donde la Policía Municipal nunca se atrevió a entrar hasta el día que tuvo que acompañarle a él. En los alrededores se adivinaba el mercadeo de heroína que se producía en el asentamiento chabolista por el deambular de escuálidos drogadictos buscando sus dosis diarias. Se inyectaban arrumbados en el exterior del poblado, contra los muros, para cumplir con las exigencias de los camellos, quienes, una vez vendían la mercancía, no querían saber nada sobre sus consecuencias. Las muertes que pudieran sobrevenir las preferían fuera.

La crudeza de lo que el futuro candidato vio en aquella visita, rodeada de cámaras de televisión, le causó tal impacto personal y emocional que, cuando al día siguiente leyó la portada de *La Nación*, solo pudo pensar que ni siquiera él habría escrito un titular tan justo: «Guzmán hace historia con su visita a la Celsa». Pilar Garrido, que había cubierto la noticia para *La Nación*, pensaba lo mismo. Rebuscó junto a la directora de fotografía una imagen que se daba a toda portada: Guzmán agachado hablando con un maltrecho ser que sobrevivía tirado contra la tapia manteniendo una jeringuilla en la mano instantes antes de pincharse una dosis. En las páginas interiores del periódico, Pilar hizo un recuadro describiendo el caso de ese enfermo terminal de sida, con el que habló un rato pegada a Guzmán, luego ella sola. Se llamaba Antonio, contagiado a causa de la heroína, cuyo aviso de muerte inminente lo pudo advertir en su nariz necrosada, su desdentada boca y su esquelético cuerpo cubierto por una piel ajada y envejecida. El diario hizo un amplio despliegue del recorrido que por el interior del poblado hizo Guzmán, vestido con camisa blanca, pantalones vaqueros y anorak azul marino, una indumentaria informal que remataba con una bufanda al cuello, y que hasta entonces nunca se había visto llevar a un político

en España. Las imágenes contribuyeron a mitigar la imagen de dureza que la sociedad española tenía de la derecha política. Marcelo se sintió encumbrado por el acierto, elevado a los ojos del candidato hasta los niveles estratosféricos con los que él había soñado.

—El mérito es tuyo, presidente, tú eres el que literalmente te has jugado la vida. Los camellos no se andan con bromas, ahí las cuentas se saldan con navajas, eso te lo digo yo.

Cuando colgó el teléfono, su consabida aparente flema se tambaleó por un hormigueo nervioso que procedía de la actividad de sus neuronas. Cuando le bullían las ideas, Marcelo seguía siendo invariablemente consecuente, pero aparcaba su sempiterna personalidad tranquila con la agitación de su nuca y el hervidero de la sangre. Llamó, nervioso, a Lucas. Se le amontonaban las instrucciones que debía darle y no quería olvidar ninguna. Esperando su llegada, hizo entrar a Mariví.

—Cómprame una diminuta libreta y una pequeña pluma, masculina pero para llevar siempre en el bolsillo. La Mont Blanc que veas más ligera.

Y ahí estaba ya Lucas, cuaderno en mano.

—A ver, Lucas, apunta. A partir de hoy, te montas otro despacho en la redacción, déjalo únicamente para recibir visitas. Te quiero rastreando todo como un sabueso.

—Me pongo a ello. Más cosas.

—No tocar al Banco Español ni a su presidente. El tío se ha portado de cine, me acaba de confirmar que nos dará una pasta gansa. Habla con el jefe de economía para que esté al tanto, y mañana le pones un «sube», me da lo mismo el motivo, sobre lo que sea.

—Muy bien. Más.

—Mira cómo podemos incorporar al periódico al concejal de urbanismo de Madrid que tumbamos. Me le he encontrado hoy desayunando y va a leches con el alcalde y con Mayoral. Si nos queda agradecido, nos podría venir bien para que nos dé información de estos dos. Sería cojonudo. El Ayuntamiento visto desde una cloaca.

—Eso lo tenemos a huevo. Le podemos proponer que escriba un artículo en el periódico, y ¡listo! Con la periodicidad que tú quieras, cada dos o tres semanas, aunque yo con este, la verdad, no me comprometería demasiado. Con una vez al mes, va que arde, porque si no será un cante.

—¡Fantástica idea! Pues entonces también estoy pensando que podrías

darle algo a la Bien Pagá. Esta nos hace muchos contactos con los socialistas, y si escribe algo de vez en cuando, ella quedaría encantada.

—OK.

—Y lo más urgente. Haz una buena selección de las fotos de Guzmán en la Celsa y me las traes. Se las voy a mandar con una tarjeta mía. Míralas todas, una por una. ¡Quiero que sea la de Dios! —le pidió eufórico—. Y la de la portada, encárgala también en grande, para enmarcarla, y ponerla en el salón de actos. Para que la vea cuando venga.

—¿Algo más?

—Está bien.

—Yo te propongo que Pilar Garrido escriba un buen artículo sobre la visita de Guzmán. A ver lo que se le ocurre, al fin y al cabo ella lo ha visto en directo.

—¡Fantástico Lucas! Últimamente tienes unas ideas cojonudas —le contestó entusiasmado.

Pilar Garrido describió la vida del asentamiento de la droga a través de los ojos de Antonio, por donde asomaba ya la muerte. Relató lo que era una lucha diaria, arrastrarse para conseguir unas monedas y mendigar una dosis, esperando el punto y final sin abstinencia, «porque eso duele y ya no lo podría aguantar». Los ojos de Antonio habían visto el coraje del primer político que se adentró allí, su determinación para regenerar la vida política, acabar con la droga y el sida, «desde la calle», no desde un despacho desinfectado. «Diles —le había pedido Antonio a la periodista—, que bajen más a los infiernos, esta es la vida. Y así hoy yo me puedo despedir de este mundo en paz». Pilar se conmovió mientras escribía, poniéndole el alma a otra de las preocupaciones de los ciudadanos como era la droga; ella, que había pulido su estilo escribiendo de terrorismo, de sufrimiento humano, de caídos en un combate cruel.

—Ya lo tienes, Lucas. Échale un ojo, porque si no me pongo a otra cosa.

—Brillante, Pilar, realmente bueno.

Aunque el trasunto delicado para Pilar aquellos días era otro. Desde que su amigo Jorge le hizo su personal confidencia de que trabajaba en el CESID y le pidió su currículum, miles de veces se había preguntado si habría presentado bien su breve historial. Si se habría excedido destacando en el capítulo de gustos su pasión por la lectura de ensayos, la historia, el derecho. Si debería haberles mandado algunas de sus publicaciones sobre terrorismo. Y, en el terreno personal, si tendría que haberlo contrastado con sus padres, porque seis ojos habrían visto más que dos. Su prudencia, se fustigó pensando, la había llevado

demasiado lejos no contando con ellos. Volvió a mirar el teléfono, en aquel bucle de obsesión en el que vivía, esperando algún contacto que no se producía, algún mensaje que le hubiera llegado, alguna llamada perdida que no hubiera oído. Nada más entregar el artículo, con los pulmones descargados de la presión, en un impulso inesperado, marcó un número.

—Jorge, no me llaman, ¿tú crees que no les intereso? Es que preferiría que alguien me lo dijera claro. Si es así, lo encajo y ya está.

—Pilar, no tengo ni idea, te lo juro, a mí nadie me ha dicho nada, pero quizás es que están en otras cosas. Todavía estamos en el tiempo razonable. Esto suele ser así.

—Ya, Jorge, pero es que son meses. Y como encima has viajado tanto y no te he visto, pensé que era por eso, porque no querías darme malas noticias.

—Bueno, espera. Estate tranquila un poco más. A ver qué pasa.

Y siguió sin pasar nada.

Mientras, en el mundo marceliano nuevas piezas iban encajando en su Tetris. A rebufo del éxito de Guzmán en la Celsa, Marcelo, en su imaginario, tomó una ficha azul y se sintió como un perro sabueso cuya nariz no solo se centra únicamente en el rastro caliente de la presa, sino que lo persigue en el tiempo y la distancia que sean necesarios, hasta abatir el trofeo, agarrarlo por el cuello, caminar ligero con el guiñapo, zarandearlo y luego tirarlo para recibir el reconocimiento de su hazaña. La película la tenía, secuencia a secuencia incrustada en la nuca o en el hemisferio frontal, tanto le daba, mezclada con alucinógenas imágenes de él paseando por los jardines del palacio de La Moncloa.

3

CON LA PRIMERA VICTORIA

Decidió que la guerra ya no sería sobre el tablero de cartón del Risk

Sin perder tiempo, ideó organizar conferencias en el periódico, donde el ponente tendría barra libre para hablar al auditorio, hacerse fotos con él y los respetables que acudieran, de tal forma que el invitado saliera de allí con el orgullo enjabonado. Lucas se encargaría de controlarlo todo: asistentes, protocolo y despliegue fotográfico. La oferta empezaría, naturalmente, por Marcos Guzmán, pero contentaría a los socialistas con similares agasajos, pues no era cosa de poner todos los huevos en una sola cesta, por si no hubieran de cumplirse los pronósticos electorales; que las armas las carga el diablo era una música que a Marcelo le era conocida. El presidente del Gobierno, Roberto García, declinó la invitación, pero aceptó participación su amiga socialista, la secretaria de organización del partido. Marcelo había comprobado que los políticos solo se fijaban en sus propias fotos y las noticias que les atañían a ellos directamente, sin percibir el masaje que el periódico pudiera hacer, tanto daba que fuera positivo como negativo, con relación a sus oponentes. Con esa táctica de no dañar especialmente a nadie, y atendiendo en concreto a los conservadores, se propuso seguir hasta que se celebraran elecciones.

—Don Marcelo, es el diputado Ripoll, le urge hablar con usted —le comentó Mariví a través del teléfono.

—¡Sí, claro, pásamelo! —le respondió eufórico.

—Lo tenemos. Está hecho. Dejaremos caer al Gobierno.

Y él se sintió Dios. Comenzó a trabajar en el tejido de nuevos hilos, que podrían ser infinitos en los seis meses que calculaba hasta que se celebraran las elecciones. Todavía tenía que ver agonizar al presidente del Partido del Progreso, expirar al Gobierno; en su lenguaje: matar a Sintí, incensar a Guzmán y, en

definitiva, presentarse como el hombre con el Estado en la cabeza que España necesitaba. En esas estaba cuando entró Lucas al despacho.

—Te traigo una idea que te podría ir bien para ese jabón que le quieres dar a Guzmán.

—Tú dirás.

—Crea una empresa demoscópica, no necesitas gran cosa, pero con las encuestas les embobarás a todos. Pero sobre todo para venderles los ascensos a estos de la Gente.

—¡Joder, suena cojonudo!

—Y mejor como te lo voy a contar. Solo necesitas poner ahí a un testaferro con titulación en sociología. Que ande en apuros, y que te apañe lo que le pidas. Otro Federico, más o menos.

Marcelo se puso en pie, caminando en un ir y venir sobre dos metros de despacho, con la mano derecha agarrándose la barbilla y cara de estar cavilando. Fueron apenas unos segundos, que rompió parándose en seco, frente a Lucas, con una exclamación:

—¡Ya lo tengo! Acojonante, Lucas, acojonante. MR Poll. Lo registraré hoy mismo.

Y con la misma inmediatez, Lucas se puso a buscar al director, única infraestructura humana que necesitaban para el negocio. El hombre debía hacerlo todo: los estudios de campo, las gráficas, las presentaciones y, lo más importante, satisfacer las exigencias del jefe.

—Alfonso, ¿no pensarás que te he sacado con urgencia de tu atolladero para que hagamos tonterías? Repasa bien esos datos. ¿Cómo va a subir solo un punto Marcos Guzmán? Mi olfato me dice que subiría tres —le amonestó Lucas.

El nuevo despliegue de la ofensiva seductora Marcelo planeó arrancarla en domingo, publicando una gran encuesta a toda portada en el periódico. Con su ensayado tonó eufórico, cogió el teléfono.

—Presidente Guzmán, disculpa que te moleste en sábado por la tarde, sabes que todo lo hablo con tu coordinador, pero es que estoy tan emocionado con la subida que te da la encuesta que publicaremos mañana que me ha salido del alma comentarte personalmente. Perdona, eh, perdona. No lo he podido evitar.

—Pues sorpréndeme, porque has visto que los demás no dicen eso. Y ya no sé qué pensar.

—Es que los demás no están contigo, mejor dicho, van contra ti. Eso, si un día me das la ocasión, te comentaré lo de los medios para analizarlo con detalle.

Pero, a lo que vamos, en el último mes subes tres puntos, y los del Progreso bajan otro tanto. ¡Imagina lo que ha sido tu visita a la Celsa! Si las elecciones se celebrasen hoy, rasparías la mayoría absoluta. Así que le propondré a Ávalos nuevas ideas para que demos el último empujón. Tenemos tiempo y vamos a conseguirlo.

Marcelo utilizaba el iremos, haremos, tenemos, ganaremos, y todos los verbos que le fueran de interés en primera persona del plural, para expresar con naturalidad que él era uno más de ellos, por genética, porque llegó al mundo con ese defecto de alineación incondicional desde su nacimiento. Y es más, el estribillo: «Si volvieran a ganar los socialistas, te aseguro, presidente, que mi familia y yo nos iríamos de España, esto no hay quien lo resista», se convirtió en su música machacona, repetida hasta la saciedad. Es cierto que su presente y su pasado estaban limpios de ataduras políticas y, además, daba por hecho que nadie iba a escudriñarlos. Jugaba al «Por mis hechos me conoceréis» y ahí estaban sus portadas, superconfidenciales, flechas ascendentes y descendentes, que en el caso de los «subes» decidió que, a partir de aquel día, serían exclusivamente para los políticos, empresarios, jueces, pensadores, clérigos, académicos, educadores, deportistas, gentes de la cultura, quienesquiera que fueran, todos con el corazón latiendo por la derecha.

Para cumplir con la promesa que le hizo a Guzmán, pensó que celebraría grandes conferencias en el periódico, la primera con la figura estelar del hombre al que, según contaba en los reservados, él convertiría en presidente del Gobierno. Solo tenía que sacar a pasear a Clara, sensual para los hombres, sensacional para las mujeres y perfecta para su imagen de ferviente esposo y padre, hombre de familia, enormemente equilibrado. Pensó que esto en el partido de la derecha gustaba mucho, y en el de la izquierda no molestaba a nadie. Sería la particular campaña electoral de su matrimonio. Tomada la decisión, se la planteó a su mujer en términos de oportunidad para ella.

—Espero que dejes de quejarte de que no tienes eventos con lo que te voy a proponer. Voy a hacer un acto con Guzmán en el periódico y quiero que me acompañes. Tienes que estar impresionante, cualquier cosa menos que pases desapercibida. Que los hombres te deseen y las mujeres te envidien, pero sin dejar de sonreír a todos. Dile al chófer que te acompañe si quieres ir de compras. Y tómate los días que necesites para ello.

—¡Qué noticia tan maravillosa, Marcelo! Precisamente pensaba renovar el vestuario, hay cosas que ya me aburren. Pero si esto va a ser así, con bastantes

actos, quizás debería contratar a una buena estilista que me acompañe a las compras, ¿no te parece?

—Eso es cosa tuya. Para mí, lo importante es el fin, no cómo lo hagas.

Cuando Clara se marchaba con gesto de alborozo y ánimo exultante para idear su propio plan, se le cruzó un pensamiento que la paró en seco:

—Marcelo, pero tendríamos que repasar el guion de lo que tengo que hablar con la mujer del presidente. No desprecies ese detalle, que la mujer es muy importante.

Ciertamente Clara había nacido para levitar en actos sociales. Esos días se la vio feliz, cumpliendo a la perfección el papel de fiel y ejemplar esposa, el que su marido esperaba de ella en público, sagaz e inteligente, elegante y atractiva. Y dominando con eficacia la habilidad del doble lenguaje, ese que solo es propio de mentes prodigiosas, en competencia con la extraordinaria capacidad que poseía Marcelo de desplegar pensamientos veloces.

—¿Pilar? ¿No serás la chica de la que tan bien habla mi marido? Lo que no sé exactamente es lo que haces.

—Trabajar como una hormiga, señora, es mi única cualidad. La saludé el primer día que entré a trabajar en *La Nación*, en la conferencia del director. Recuerdo que usted iba tan espectacular como ahora. Yo creo que entonces llevaba un Chanel. Bueno, no sé muy bien, porque yo, en esto de las marcas me pierdo bastante. Ya me gustaría saber más... —le dijo en tono halagador.

—Lo de hoy es Cavalli, querida. Él siempre es un poco atrevido. Lo reconocerás por eso. La mezcla del pantalón de tela vaquera, con la pata ancha y con la blusa de seda me enloqueció cuando se lo vi a la modelo. Esa es la gracia. Bueno, y la combinación de colores, el verde vaquero con el punto salvaje de la blusa, me encanta. De vez en cuando le doy este gusto italiano a mi marido.

—Precioso también el cinturón, con esa hebilla. Me servirá de inspiración. —Y Pilar interrumpió su discurso, viendo que Clara ya no la escuchaba, con la mirada disparada hacia otro punto.

El radar de la señora Russo se había posado sobre la esposa de Guzmán, que andaba charlando en uno de los corrillos. Clara había estudiado concienzudamente los gustos de la mujer del presidente de los conservadores a través de fotografías de prensa, especialmente sobre la forma de vestir, para encontrar alguna cualidad que pudiera halagarle, dentro de un estilo que a ella le parecía absolutamente anodino. Había convenido con Marcelo que la gente era

fácilmente impresionable hacia el halago y no necesitó más datos para entablar conversación.

—Patricia, querida, enhorabuena por anticipado, las cosas van tan bien para el partido que estoy segura de que esta vez tu marido sí ganará las elecciones con holgura. Por cierto, el collar que llevas es ideal, ¿de dónde son las piedras, de México?

—No, son de Colombia. Las compramos cuando acompañé a Marcos allí. Son bonitas, ¿verdad?

—¡Preciosas! Bueno, es que a mí, te diré, las piedras me cargan de energía, son buenísimas. No te las quites en toda la campaña, ve cambiando unas por otras, pero intenta llevar siempre alguna, verás qué bien os va todo. Marcelo me ha dicho que haremos una celebración por todo lo alto en cuanto pasen las elecciones. De eso me encargo yo.

Desde otro punto del salón, Pilar rebuscaba para encontrar su teléfono entre el bazar de objetos que llevaba en el bolso. Oía el sonido, sentía la vibración, buscándolo ansiosa porque en el fondo aún mantenía la esperanza de recibir la llamada deseada. Lo encontró a tiempo para descolgar y responder.

—Pilar, mi nombre es Luis Holgado, te llamo del CESID, de parte de tu amigo Jorge. Acabo de hablar con él porque he visto unos reportajes que has hecho en *La Nación* sobre los *territorios comanches* del País Vasco que me han gustado mucho y quería asegurarme de que eras tú la autora; por aquí tengo tu currículum pero, la verdad, lo tenía un poco aparcado. ¿Podríamos vernos mañana por la tarde? ¿Te parece en torno a las siete o las ocho? ¿En el hotel Mindanao?

—Por supuesto, desde las siete menos cuarto yo estaré allí.

Mientras aquel hombre le habló directo y breve, ella solo percibió que le flaqueaba la voz y se le tensaba la mente, como si el cerebro hubiera recibido una descarga eléctrica que pidiera exclusiva atención hacia aquello nada más. Cuando colgó, notó los borbotones de sangre que el corazón estaba mandándole para esparcirla por todo su cuerpo. Le dio rabia saber que estaba nerviosa, porque eso le alborotaba las ideas. Tendría que pedir permiso a Belén para salir antes del periódico, se lo diría ya a sus padres, miraría dónde carajo estaba ese hotel Mindanao, estudiaría bien la ropa que ponerse —repentinamente decidió que vestiría el traje de chaqueta con el que conoció a Marcelo—, ¡ah!, y en cuanto acabara el acto de esa tarde llamaría a Jorge, seguro que se alegraría tanto como ella de que la hubieran llamado. Y de repente le asaltó una duda: «¿Y si es

para decirme que no?». Intentó no descomponer ningún gesto ante tantas miradas y sonreír airoso para bajar la arritmia. Pensó que a su talento no le gustaban los pensamientos mediocres que le metían en agujeros negros. Y buscó un corrillo en el que refugiarse.

El salón de actos de *La Nación* estuvo lleno hasta la bandera de gente influyente, que quiso escuchar el discurso preelectoral de Guzmán. «Aquello sí que era un buen termómetro para medir expectativas electorales, más preciso que cualquier tipo de encuesta», pensó ella, cada vez más concedora del mundo marceliano. Allí estaba el «todo Madrid» que, hasta hace unos meses, abarrotaba los salones cuando era el Partido del Progreso quien convocaba. Las mismas caras pululando entre copas, canapés, besos y charlas insustanciales. Por no faltar, incluso Sanjurjo anduvo por allí, relacionándose con el hombre que llevaba los temas de interior en el Partido de la Gente, por si estuviera llamado a ser el próximo ministro del Interior. A Pilar no se le escapó detalle alguno.

El reparo de los españoles a dar el poder a la derecha democrática, tras los cuarenta años de la dictadura franquista, hizo naufragar la euforia que prometían las encuestas de MR Poll. Los conservadores ganaron las elecciones, no con los diez puntos de ventaja como le habían pronosticado, sino con un resultado más escuálido del esperado. Los socialistas habían ensordecido la campaña electoral mordiendo con un vídeo en el que la derecha se identificaba con un agresivo dóberman que ladraba feroz, iracundo, en blanco y negro. «España en positivo» fue la alternativa planteada por una izquierda vestida con alegres colores, de cuyos carteles se había descolgado la «O» de obrero. La amarga victoria para el partido conservador, aquella calamidad anímica para los de la Gente, Marcelo la interpretó como la gran oportunidad de su vida. Esta vez sí podría, ostentadamente, desplegar su cola de pavo real para estar en todas las componendas que llevaran a la formación de un Gobierno para España, que a todas luces parecía imposible. En sus cálculos solo le falló uno, no menor. Guzmán, aquel joven político, no era impresionable como él pensaba, ni ante el formidable despliegue de plumas azules y esmeralda, ni ante los ojos irisados del pavo. Como tarea principal, siguió atento buscando alimento y en estado de alerta.

4

CON LA NUEVA TÁCTICA

Aparecía encorvado, como si llevara el peso de España sobre sus espaldas

En los días siguientes a la victoria electoral del noventa seis, Marcelo entraba en su despacho de *La Nación* con premeditado aire cansado, arrastrando ligeramente los pies, encorvado como si llevara el peso de España sobre sus espaldas y eso le impidiera dar sus habituales zancadas. A Mariví le sobrecogió su aspecto fatigado, pero la intimidación que le producía su jefe le impidió preguntarle si padecía alguna dolencia. Ni siquiera lo comentó con Azucena, la otra secretaria, su ayudante, que había sido seleccionada directamente por Marcelo para tener un papel secundario tras cerciorarse que cumplía con la primera condición exigida por él: tener la memoria de un pez, que decae a los tres segundos.

Sin saberlo, él practicaba la filosofía aristotélica del virtuosismo. No sabía de esa teoría y tanto le daba. El caso fue que, aquel día, estuvo cavilando que «ni los esclavos, ni los obreros, ni los mercaderes, ni los labradores, ni la madre que los parió a todos ellos, podrían ser felices» porque no disfrutaban del estado de grata satisfacción reservado solo para excelencias como la suya. Nadie, excepto él, podía adueñarse de los beneficios de haber ganado unas elecciones. «Y de haber colocado a un presidente del Gobierno en La Moncloa», se dijo ufano. Con esa convicción y la euforia del «hemos ganado», se citó con Sanjurjo y Lucas en el Bom-Bom.

Marcelo se acomodó a la espera en su habitual sofá del Bom-Bom, el que Memé tenía reservado para ellos y sus delicados negocios, en ese discreto rincón del bar. La madame se acercó a comentarle que se lo había iluminado con un halógeno cálido, para que le enfocara la mesa baja de mimbre y para mantenerles las caras fuera del foco, en una suave penumbra. Le notó diferente, con su habitual temperamento flemático algo más agitado. «Quizás la mente hoy le

coge todo el cuerpo —se dijo ella, alejándose—. Nunca se sabe con estos hombres de tanto negocio».

—Sanjurjo, hemos esperado años este momento. Te dije: ¿ganaremos las elecciones? Y estuve seguro. Te digo: ¿tendremos los favores del nuevo Gobierno?, también lo estoy. ¿Eso se traducirá en ingresos? No te quepa la menor duda. ¿Influiremos más en el Parlamento?, por supuesto. Pero todo esto es jugar al Risk, completamente absurdo. Tenemos estrategia militar, tropas, objetivos, ¡de todo! Pero vale ya de hacer la guerra sobre un tablero de cartón.

—Creo entenderte, Marcelo, aunque no estoy del todo seguro.

—Tú mismo te inspiraste en Sun Tzu para crear tu empresa. Pues hagamos lo mismo, explotemos todo. Y todo es todo, ¿entiendes ahora?

Lucas le interrumpió para decir un lacónico «Yo creo que sí». Ignorándole, Marcelo siguió con su perorata, que los otros dos vieron llevaba claramente estudiada.

—Hay que montar aquí un sistema de grabaciones profesional. Quiero una cámara de vídeo en el sofá donde Memé vaya a sentar a los pichoncitos que nos interesen y otra en una de las habitaciones donde vayan a retozar luego. ¿Me seguís?

—Sí, claro, ¡a ver si crees que yo no he pensado lo mismo! ¿Pero cómo haces con Memé, la drogas? —le respondió Sanjurjo.

—Simplemente la ayudamos. La pobre mujer tiene problemas con sus salidas de emergencia en este bar, lo sé desde hace años, y por desidia no la he atendido. Hacer esas obras le supondría cerrar el local por un tiempo. Así es que yo hablaré con ella para tranquilizarla, y tú, Sanjurjo, te ocuparás del resto. Si tenemos el Gobierno, habrá que acabar con las batallitas sobre una mesa. Hasta ahora hemos ganado mucha pasta, pero solo por nuestro talento. A partir de ahora, todo tiene que ser a lo bestia.

Las últimas palabras las pronunció Marcelo mirando a Memé, mientras se levantaba y se acercaba en su busca. Quería hablar con ella, a solas, en la barra. Para dar más rigor al discurso de solemne amistad que le quería hacer.

—Amiga, estoy preocupado por ti. Me dicen que el Ayuntamiento de Madrid está haciendo inspecciones a todos los bares para dar sablazos con cualquier cosa, hasta por pasarse algunos poniendo una mesa más en las terrazas. ¡Son la leche, ya sabes! Y me dicen también que tú aquí podrías tener problemas.

—¡Por Dios bendito, Marcelo, eso no puede ser!

—Ni será. Por eso te digo. Quiero que estés tranquila. Tienes la suerte de

contar con buenos amigos.

Le explicó que, con todo, lo peor no era que abrieran diligencias dolosas, sino la incomodidad de que lo pusieran todo patas arriba, «delante de cualquier cliente, estos no se paran en barras».

—Para ellos tú podrías ser un delincuente por no cumplir, pero de esto te olvidas, porque nunca será tu problema. Ahora, si me permites, tengo que retirarme, mañana voy a Barcelona muy temprano. Te dejo con los muchachos, el comisario te mimará con mucho cariño.

Marcelo cruzó una mirada con Sanjurjo, apoltronado aún en el sofá. Le hizo un gesto levantando la barbilla, que resumía un «Me voy y ahora te toca a ti». Y se esfumó con ligereza. Lucas quedó revoloteando por la sala, con la copa en una mano y exhalando el humo del cigarro que llevaba en la otra, en actitud de espera. La madame supo que el comisario la llamaba con la mirada y se acercó a él. «Échate conmigo una copa, Memé —le dijo—, debemos celebrar la suerte de tener a Marcelo». Ella la aceptó jubilosa. La Polaca, su encargada, le sirvió un dedal de whisky con un chorro de agua.

—Tenemos que protegerte como Dios manda, así que no queda más remedio que instalar un par de cámaras, una por aquí y la otra dentro. Comprenderás que con los tiempos que corren, si alguien te quiere extorsionar, tienes que estar a cubierto.

—¡Pero eso...! —Y no atinó a decir más.

—Eso te salvará. Marcelo, que es un genio, ha pensado blindarte si alguien quisiera tocarte las narices. Y para ello necesitamos tener algo de que tirar para tapar la boca de quien, inoportunamente, la quisiera abrir.

—¡Sanjurjo, este es un negocio decente, muy decente! —acertó ya a decirle, azorada—. Tú mismo estuviste pillado de una chica de las nuestras. Y mira Lucas con Sonsoles, una de nuestras mejores clientas, como tantas señoras respetables que vienen, como vosotros mismos. Este no es un bar de *cocottes*, bueno, quiero decir no solo de *cocottes*, tú ya me entiendes.

—Perfectamente, Memé, pero has de entenderme tu a mí. ¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra, la calidad de tus clientes con que no tengas salidas de emergencia?

—Pues que yo nunca he hecho esas cosas, comisario. Aquí todo el mundo que viene se siente seguro. ¡Si de esta boca mía jamás ha salido chisme! Y no será porque yo no haya visto y oído... ¡de todo!

—Las grabaciones no tendrían que salir nunca, por ninguna parte, solo nos

servirían para que te dejaran trabajar si alguien quisiera molestarte. Eso es lo que tú quieres, ¿no? Trabajar, lo mismo que queremos todos. Y con eso estaremos tranquilos.

—Solo lo que no se hace no se sabe.

—De acuerdo. Como mucho podría ser un run-run, un cotilleo que circulara de que podrían existir, pero nada más. Con eso los capullos se callan. Créeme, la gente se orienta pronto.

Memé era una mujer de mundo que encajaba los golpes esquivando la cara, de forma diligentemente instintiva, sin darle más vueltas a lo irremediable.

—Muy bien, he de entender que esto es así, porque efectivamente yo no puedo cerrar tres meses y nunca podría haber imaginado tener padrinos más ilustres e influyentes que vosotros. Estoy encantada, comisario. Pero sí os voy a pedir una condición.

—¿Cuál?

—Yo no sé nada de lo que me estás contando. Aquí habrá entrado alguien sin yo saberlo. Y si me estás grabando esta conversación, Sanjurjo, repasa lo que hemos hablado porque a mí no me compromete en nada.

A la última parte, la del trato, se había incorporado Lucas por si convenía reforzar algo. No hizo falta. Memé se volatilizó entre sus vaporosas gasas con su eterna sonrisa. El comisario lo celebró tras las cortinas rojas.

Lucas, en aquel día crucial para el equipo, no quiso darse un festín en el Bom-Bom como hubiera hecho en otras ocasiones. Desde hacía un par de meses era un hombre enamorado, que le dejaba a Sonsoles pintarle corazones en el reverso de la muñeca para sonreír bobaliconamente mirándolos a hurtadillas sin que le delataran cuando llegara a casa. Ella, la enamorada, era una veinteañera con los resabios de una mujer de cuarenta y la certeza de quien ambiciona una vida resuelta, envuelta en el lujo que su esplendorosa belleza podía permitirle. En el sofá reservado a los conciliábulos marcelianos, en esa discreta penumbra que le aseguraba el halógeno que miraba hacia la mesa, Lucas la esperó aquella tarde, con la boca entreabierto en expresión pasmada, paladeando un Macallan Amber. El trato cerrado por Sanjurjo lo merecía y él tenía por costumbre, a modo de ensalmo, celebrar con whiskies de altas tonalidades y precios cualquier buena ocasión. Aquella tarde, con la segunda copa, enterró la piel de lobo que habitualmente vestía como miembro del comando marceliano. Brindó con Sonsoles y le prometió con voz de corderito amor eterno. La lujuria de la noche, en su cama, hizo el resto.

La llamada de Marcelo lo despertó en un sobresalto violento. Asomó entre un rebujo de sábanas para coger el teléfono, dejando a su chica con la espalda y el culo al descubierto.

—Sí, Marcelo, iba a llamarte ahora. ¡¿Cómo que son las once?! ¡¿Las once de qué, de la mañana?! Es que se me ha estropeado el reloj.

—Oye, si estás con la puta esa, ¡espabila! No me jodas que te vas a enamorar ahora. Nosotros somos gente profesional, Lucas, y en lo que estamos no es un juego de tías. Aquí se necesitan muchos huevos para sacar esto adelante.

—Que no, Marcelo, que no, tranquilo. Que está todo hecho. ¿No te ha contado Sanjurjo? —le quiso tranquilizar, bajando la voz, alejándose de Sonsoles—. Memé solo ha puesto una condición, únicamente pide que hagamos una instalación rápida, como si fuera robada. Enseguida te veo y te cuento. Tranquilo, joder, que está todo controlado.

—De acuerdo, eso nunca nos pondría en apuros, y si a ella le va bien, pues adelante. Pero, sí, ven para acá ya mismo. Tenemos mucho que repasar.

El corazón de Lucas solo tenía un defecto a los ojos de Marcelo y es que acogía a las mujeres como si fuera una casa de huéspedes, donde le podían caer todas. En aquel momento, para el jefe, el escaparate de las bicocas era otro, amplio, maravillosamente expuesto, para que solo ellos lo disfrutaran. Rentabilizando la campaña electoral, cuya paternidad se atribuyó Marcelo, explicando a toda oreja que quisiera oírle que la amarga victoria de la derecha no se debía a la incompetencia ni del partido ni de sus asesores, sino al calamitoso déficit de medios de comunicación que la derecha tuvo para colocar sus mensajes, en especial en las televisiones. Una música que repetía con estribillo de canción de verano y que, indefectiblemente, acababa con un «y todo por no haberme escuchado a mí. Aunque nunca es tarde si la dicha es buena, y yo no soy un tío que desfallezca. Ayudaré en todo lo que se me pida». Esa fue su nueva maquinación, que vislumbró como una dulce nube de azúcar, algodónada como la más atractiva de las chucherías, dulzona hasta el empalagamiento. Una nueva oportunidad para él en la calamidad ajena.

CON EL PRIMER ADIÓS

Su teoría del sexo débil se le derrumbó con esa mujer

Pilar entró en la cafetería del hotel Mindanao con su estudiado envoltorio de traje de chaqueta beige a rayas, modelo apuesta segura; bolso de asa mediana, con solapa y broche dorado, y taconazos marrones nuevos, perfecta cobertura de empoderamiento para la intranquilidad que la carcomía y que no quería fuera percibida. Entendió que ella era la primera en llegar a la cita, porque se había anticipado quince minutos sobre la hora convenida. En la entrada, ojeó con discreción de un lado a otro de las mesas, atisbó la barra, miró si alguien la observaba, le pareció que no, aunque, pensó, tratándose de un lugar que probablemente frecuentaban los espías, «quizás haya alguien que yo no esté viendo». Eligió sentarse al fondo, sorteando las ventanas que daban a la calle para resguardar la discreción. Luis Holgado le había dicho que no era necesario que ella llevara ningún objeto para ser identificada, que él la reconocería sobradamente.

—¿Sobradamente? ¿Cómo?

—Tranquila. Sabré.

Esperando al camarero, revolvió en su bolso para aparentar distracción, sacó el billetero, ordenó algunas tarjetas, inútiles ardides que no consiguieron alejarle sus pensamientos agitados. Ideas que le brotaban como evanescentes burbujas de champán, brillantes por segundos, que decaían en cuanto se agotaba su fuerza, desplazando unas a otras, naciendo y muriendo en instantes, pugnando por explotar todas a la vez. «¿Y si alguien, ahora mismo, ya me está espionando? Tendría yo que aparentar más tranquilidad. Al fin y al cabo, si hemos quedado aquí, es porque esto está al lado del CESID, seguro que todos estos son espías — se dijo, ojeando disimuladamente todo lo que tenía a su alcance—. ¿Y cuántas veces me habrá observado este hombre a mí sin yo saberlo hasta ahora? Qué

estupidez; ninguna. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Quién soy yo para él? Le pareceré una ameba, a fin de cuentas él es el jefe de personal nada menos que del Centro Superior de Información de la Defensa. O sea que me dirá que sí; para decirme que no, no vendría él. Bueno, tengo que aparentar calma. Voy a revolver en el bolso de nuevo. A ver si viene. ¿Por qué se me habrá ocurrido anticiparme?», se preguntó angustiada.

El camarero la sacó de los caóticos pensamientos que se le revolvían en la cabeza como todos los artilugios que llevaba en el bolso. Y la devolvió al pequeño mundo de la cafetería.

—Sí, gracias, tomaré una botella de agua, sin hielo, pequeña, por favor.

Como si la hubiera estado observando, Luis Holgado se presentó ante ella, en el momento en que estaba distraída mientras pedía el agua, sin verle acercarse. «Verdaderamente, debe de ser un buen espía», concluyó su mente alborotada.

Se saludaron cordialmente, pero con profesional distancia. Era un hombre de unos cuarenta años, ni alto ni bajo, ni feo ni guapo, ni cercano ni lejano, el perfecto espía, pensó ella, ni sal ni azúcar, la indefinición ideal para pasar desapercibido. «Nunca me habría fijado en él», se dijo, a la vez que le sonreía y sus pensamientos saltaban a cuando su madre, siendo ella niña, le contaba cada día cuentos de Disney y ella imaginaba a todos los ladrones actuando con antifaces como los Golfos Apandadores. De alguna manera, ahora imaginaba que un buen espía debía ser alguien traslúcido, gris, que no llamara la atención, en lo que —imaginó por un segundo— acabaría cristalizando su amigo Jorge. «¡Pobre tío, por eso antes yo no me había fijado en él!».

Holgado, le preguntó por el trabajo en el periódico, las razones por las que había estudiado derecho, trabajaba en periodismo, su afición por organizar eventos, los contactos que mantenía, su vida en familia, sus gustos. En una conversación que aparentemente fluyó informal, en la que ella se dio cuenta de que el único que preguntaba era él y ella, aleladamente, la única que narraba su vida. «¡Atenta a eso!», se advirtió.

—¿Por qué te gustaría trabajar en el CESID? ¿Por dinero?

—No, eso nunca me ha importado, aunque lo necesito, la verdad. Pero en el periódico empecé a trabajar gratis, sin beca ni nada, solo por abrirme camino. Ahora tengo un sueldo, y no sé lo que ganaría si entrara en el Centro. Quizás sea menos de lo que gano ahora, pero ya haría carrera, en eso confío. Cubriendo atentados he visto cosas horribles, y tengo claro que esa vocación querría

desarrollarla en el CESID, si pudiera ser. Soy leal y comprometida. Y aspiro a tener la oportunidad de demostrarlo.

A Holgado le gustó el tono de esa joven tan firme y con tanta templanza. Para el trabajo, precisamente, necesitaría templar mucho y ese había sido un buen arranque.

—¿Y España, en qué lugar la pondrías?

—Creo que para trabajar en el Centro tiene que ser el primero, ¿no? Mi compromiso en las informaciones sobre terrorismo está escrito y publicado. Por cierto, he estado en el País Vasco varias veces y he podido comprobar el trabajo que están haciendo allí las Fuerzas de Seguridad del Estado, literalmente jugándose la vida. Les admiro mucho y entre ellos he hecho buenos amigos.

—¡Ah! No sabía.

—Bueno, siento este comentario, creo que no ha sido oportuno; son amigos, y no debería haberles mezclado en esta conversación.

Holgado no supo si ella seguía un guion o si estaba siendo espontánea; en todo caso, la chica no le defraudó, por lo que siguió adelante explicándole. Le dijo que el proceso sería largo, tendría una o dos entrevistas más con un equipo de selección específico y, en el caso de ser aceptada, debería hacer un curso de al menos seis meses de formación a cargo de diferentes jefes de distintos organismos dentro del CESID. «¡En el caso de ser aceptada!», le golpeó esa frase en la cabeza. Ese limbo en el que la colocó le pareció lo peor. Concluida la conversación, se dio cuenta de que no le había pillado ni un gesto de buena o mala impresión. Lo que significaba que aquello de «no puedo garantizarte nada», que le había advertido su amigo Jorge, seguía en pie. Tenía la sensación de estar de nuevo en la casilla de salida.

Solo unos días después, recibió, exultante, la llamada de un miembro del equipo Holgado para concertar una nueva reunión, «porque todo había ido por buen camino». Fue a partir de entonces cuando realmente tomó aire, con la intensidad que necesitaría para cerrar lo que, hasta entonces, había sido un breve capítulo de su vida profesional. A partir de ahora y para el resto de su existencia, se adentraría en un nuevo mundo, tendría que despedirse de sus compañeros del periódico y agradecerle a Marcelo la confianza que había depositado en ella. Pensó que ese encuentro debería prepararlo bien. Podría decirle cualquier cosa menos la verdad, imposible que iba a ser un agente secreto, porque la evidencia sería flagrante. En todo caso, supo que necesitaría coraje para resolver esa trama en, prácticamente, un solo acto.

Pasó por el periódico a media mañana, la mejor hora para no tener que besar muchas caras porque la mayoría de los compañeros o no se habían incorporado aún o estaban en alguna cobertura. A todos los que vio les dijo que ya les contaría. Habló con Cañaveral y con Belén de pie, en un lado de la redacción sin querer entrar en el despacho del director. Su idea era marcharse discretamente.

—Comprenderéis que no es fácil para mí, os debo todo, me he sentido querida y os quiero.

Observó con pesar la cara de lelo con la que reaccionó el director, y la de pérdida que intuyó sentía Belén, de quien se consideraba una amiga, quien mejor la había escuchado en los tiempos de turbulencias.

Cosa distinta fue su encuentro con Marcelo. Con antelación, le había pedido cita a Mariví para subir a la quinta planta sin comunicar el sentido de la visita. «Mariví, le quiero ver, él entenderá», le reiteró ante la protectora insistencia de la secretaria cuando le quiso poner barreras. Y, a la vista de la diligencia con la que fue recibida, claramente él entendió.

Al entrar, le sorprendió la nueva decoración del despacho, y se dio cuenta de que hacía tiempo que no habían estado a solas. Ahora predominaban los detalles modernos, identificó nuevos cuadros y abundantes fotos alusivas a la campaña electoral, como regados por los estantes, lo que en su agudeza interpretó como la nueva adaptación de Marcelo a los nuevos tiempos. Y de pronto se topó con él. Esta vez no había salido a recibirla hasta la puerta, la esperaba de pie tras la mesa de despacho. Los ojos de ella saltaron de las fotografías y los posó sobre los de Marcelo, frente a frente, con la mesa de por medio. «Mejor no le beso —pensó—, total, vengo a decirle sin rodeos que me voy». ¡Ufffff!, le oyó él resoplar, mientras ella pensaba «menudo trago». Y sin más rodeos, con un solo: «¿Me invitas a sentarme?», le soltó lo que tenía que decirle. Que le agradecería de por vida la oportunidad que un día le dio, que le gustaría contarle entre sus amigos para siempre, que más adelante le informaría de sus proyectos, pero que no podía hacerlo en aquel momento porque estaba desorientada, únicamente sabía que necesitaba otra vida, que quería cambiar.

—Perdona, soy algo supersticiosa, ya me conoces. Las cosas no se deben comentar hasta que no están cerradas, porque de lo contrario se tuercen. Pero serás el primero en enterarte —le mintió, sin remedio.

Marcelo reaccionó con literal pasmo ante la inesperada noticia, mezclado con un ligero cabreo y esa especie de embeleso que le producía aquella

desenvuelta joven que, en el colmo de su atrevimiento, llegaba allí para posarse ante él y, sin razón alguna, decirle «simplemente adiós».

—Pilar, ¿sabes cuántas chicas me estarían rogando una oportunidad? Siempre fuiste muy atrevida, y no sé muy bien si eso es lo que me gusta o lo que me disgusta de ti. ¿Has pensado bien lo que estás haciendo?

—Sí, Marcelo, muy bien. Y no creas que para mí este es un momento fácil.

—Muy bien, entiendo. Si lo que quieres es un aumento, lo tienes. ¿En cuánto estás pensando? ¿O buscas tener buenas oportunidades?

—No, Marcelo, no se trata de nada de eso. Es un cambio de vida, lo necesito, nada más. Ya te diré. Lo único que pido es que me entiendas.

—Muy bien, y si te ofrezco la dirección de Nacional. Terrorismo se te ha quedado pequeño.

—Marcelo, lo siento, es que no estoy en ninguna puja. He decidido salir, eso es todo.

—No puedo aceptarlo, Pilar. Nacional y adjunta a la dirección. Cañaveral necesita muchas manos.

—Marcelo, por favor. ¡No!

—Está bien, tengo otras cosas en la cabeza. Muy tentadoras. Tendrás que volver conmigo, o la amistad que me pides será muy difícil que podamos mantenerla. Y tienes suerte de que tenga estos proyectos y esté dispuesto a esperar. ¿Sabes? Es que yo no admito un «no» por respuesta. Jamás en la vida.

—Gracias, Marcelo. Para dar este paso necesito tu comprensión. Eres la persona que más me ha ayudado en mi vida profesional. De verdad, muchas gracias.

—Está bien, al menos dime que me aceptarás una cena. Algo especial. Lo pensaré muy bien.

Cuando Pilar desapareció de su vista, Marcelo se quedó pensando que su teoría del sexo débil se le derrumbaba con esa mujer. Ni siquiera su hija, a la que adoraba como a nadie en el mundo, apuntaba maneras para desenvolverse así en la vida. Quizás fuera esa torrentera de carácter, ese caudal de agua fresca, que le purificaba solo con verla, lo que le atraía de ella. La excepción que confirmaba la regla del «sexo débil como un conjunto de mujeres», como decía el diccionario, o sea todas débiles menos Pilar. Ella era distinta, una hechicera, una coctelera que le batía los sentimientos. Nada menos que a él, un hombre tan admirado por su fortaleza, icono del triunfo del sexo fuerte, braceando a escondidas como un náufrago imponente para no hundirse por su marcha. Pensó

que debía salir del marasmo de inmediato. Buscaría un bonito restaurante para llevarla, pero lo haría más tarde. En aquel momento debía trabajar en cosas serias, como él mismo le había ordenado a Lucas.

—Mariví, entra, por favor. Quiero repasar la agenda un momento.

6

CON LOS GRANDES SABLAZOS

*Vislumbró una cartera de clientes desplegada en trescientos sesenta grados,
como un paipái*

Sin flaquezas, Marcelo desconectó el interruptor del corazón y activó el de la cabeza. Y, sin descanso, siguió trabajando en su proyecto de poder, esparciendo por los salones de Madrid la teoría de su infalible método con el que había conseguido la victoria de Guzmán: una mezcla de portadas, «subes», «confis», encuestas, eventos, mítines y, lo mejor de todo, asesoramiento. «Pírrica», decía *La Nación*, repitiendo como un mantra que «España habría tenido estabilidad si el Partido de la Gente hubiera afrontado una correcta política de medios de comunicación», como siempre hacían los socialistas. Y es más, dada esa indigencia mediática, si no hubiera sido por *La Nación*, Guzmán ni siquiera habría ganado. Con rotundidad, sus editoriales le exigieron reaccionar ante la lacerante situación. Repentinamente, como si estuviera ante una aparición mariana, Marcelo tuvo una visión. A gritos le pidió a Mariví que llamara a Lucas.

—En la sala de visitas hay que abrir un santuario con la Virgen de Fátima, la de los augurios.

—¿¿Qué dices, Marcelo?? ¡Se te ha ido por completo la olla!

—¡Nooooo! ¡Escúchame bien! Unas puertecitas que, cuando sean inconvenientes, pues las cierras. Pero ahora vendrán muchos de todos estos a los que les gustará verla.

—Bueno, si a ratos puede cerrarse, no está mal.

Lucas oyó, una vez más, la teoría de que el hábito hace al monje, y que las apariencias engañan. Que en la vida lo importante era la envoltura, la imagen, la palabrería y el halago. «A ver si te enteras, no es que yo me haya levantado devoto de repente».

—Y hay mucho por hacer. Redecora todo el salón de actos. Cuadros de las mejores portadas por todas partes. ¡Grandes! Las quiero de un metro por uno cuarenta o algo así. O más. Para cubrir las dos paredes laterales.

—¿Y no serán muy grandes? —le preguntó estupefacto.

—No, no, que destaquen bien. Y desde luego quiero la portada de Guzmán en el balcón en la noche electoral. Y en la que está con su mujer, abrazados. Agrandas en la que posamos todos cuando él estuvo aquí. Haz una con él y yo juntos. También la que tenemos de la Celsa. Mantén, por supuesto, las de los Reyes, el Príncipe en los premios, en fin, lo que va de suyo. Y busca algunas que hayamos hecho religiosas, por supuesto del papa. ¡Ah! y de manifestaciones de derechas.

—Vale. Tendrás una propuesta después del almuerzo.

—Por cierto, ahora que hablas del almuerzo, en el de hoy ni abras la boca.

—Si nunca digo nada, Marcelo.

—Lo sé, pero hoy menos que nunca. Es un tema delicado y nos jugamos mucha pasta. De vez en cuando asiente con la cabeza y deja caer un «claro» o un «lógicamente». Pero no más.

Para el almuerzo con el presidente de la eléctrica Ilumina, Marcelo eligió un reservado del restaurante Zalacaín de Madrid, que cumplía a la perfección sus exigencias de lujo: por supuesto cinco tenedores, con el imperativo de vestir traje y corbata para los caballeros. Le encantaba ir allí, al templo de la más selecta gastronomía, comensales, servicio y rico abolengo. «Es que no hay nada igual —le respondió a Lucas, cuando este pretendió cambiar—. ¡Ni hablar! Ahí me acogen y despiden con un agasajo como en ninguna parte. Y está bien que los eléctricos vean esto». Y se afanó a esa tarea, desplegándose portentosamente ante sus ojos para que lo vieran.

—Nos va a costar mucho tener Gobierno —explicó Marcelo al presidente de Ilumina, que había acudido acompañado por su jefe de comunicación—. Y desde luego si hemos ganado es por *La Nación*, y si tenemos Gobierno será por lo que yo estoy haciendo.

—Sabemos, sí. Eso es lo que se comenta por todas partes.

—Muy bien, pues eso cuesta mucho dinero. Los eventos, el periódico, en fin. Que sería bueno que quienes estéis por la estabilidad de España ayudarais en la medida de lo posible. Oye, tenemos muchas formas de hacerlo.

—¿De qué estaríamos hablando?

—Bueno, lo que más ayudaría sería una aportación y ahí pon tú los

millones de pesetas que puedas. Nosotros con diez, doce millones, podríamos hacer algunas cosas. Y por supuesto tú tendrías todo el apoyo del Grupo. Y a partir de ahora podré influir en lo estatal, en la Televisión Nacional y en la Agencia Alfa, como poco.

—Ya, pero el tema siempre es el mismo, cómo justificarlo.

—Hombre, seguro que te interesa un buen suplemento sobre energía, la publicidad que te daríamos a toda página, los estudios de Inforpol sobre las nuevas oportunidades en el sector dentro y fuera de España... A bote pronto se te ocurriría pedirme Argentina, Chile... Latinoamérica entera tiene muchos análisis que hacer. ¡Si vamos a conseguir llevar a la derecha al Gobierno, imagina dónde podemos poner a tu empresa, a la cima es poco, deja que piense en otra palabra! ¡Cumbre! Eso es, a la cumbre —remató tras una brevísima pausa.

El sablazo quedó cerrado antes de que llegaran los postres, y fue el modelo que replicó ante una variada selección de clientes a partir de aquel momento. Con alguna que otra variante.

—Baltasar, no es tan difícil lo que te pido, después de todo, tú eres el presidente del Banco Español. ¿Necesitamos donaciones? Sí. Pero ahora lo que te pido son papeles, hay que tirar contra el Banco de España. Cualquier detalle me vale, solo es por acojonar un poco.

En apenas una semana, el diario *La Nación* sacudió el mundo político y financiero con una de esas portadas que a Marcelo le desataban las glándulas salivares: «La *dolce vita* del nuevo gobernador del Banco de España», con el antetítulo de «Exclusiva», en caracteres rojos. La noticia insinuaba corruptelas, siguiendo estelas de épocas anteriores.

Tras la advertencia, lo que quedaba era el espíritu de Marcelo por marcar su territorio y subir el precio con el que tasaba su amistad. Apuntarse la victoria electoral y alumbrar el nuevo Gobierno, lo que iba a ser «más difícil que el parto de los montes», según él iba explicando, tenía que traducirse, a todas luces, en un coste más oneroso para los nuevos donantes. Porque su cartera de influencias la vislumbraba desplegada como un paipái, en trescientos sesenta grados.

Fue a partir de aquel momento cuando los caminos de Marcelo y Pilar tomaron rumbos divergentes. La vida de ella parecía comprimirse, centrada como estaba únicamente en sus estudios y en el aprendizaje que tuvo que ir haciendo en distintos departamentos del CESID. Le encargaron un trabajo de investigación para ver cómo era capaz de resolverlo. «Con nota, Pilar, le dijo uno de los jefes, tienes un lenguaje ejecutivo, buen análisis y has hecho claras

conclusiones». «Y ¿entonces?», preguntó ella deduciendo buenas noticias. «Entonces seguirá el proceso de pruebas y biografía de seguridad. Son muchas cosas, Pilar. Ya dijimos que sería largo». Ante su cara entre angustiada y decepcionada, el jefe le dijo que estuviera tranquila, que apuntaba maneras para ser una apuesta de futuro en la organización. «De futuro...», quedó pensando ella. Acostumbrada como estaba a la inmediatez de la ejecutoria del periódico, el ritmo del Centro la cocía. Le pareció la marcha de un caracol.

Frente a esa cadencia, de verso a verso, el compás que fue cogiendo Marcelo aparentaba ser más enloquecedor que nunca. Era como si él jugara al Tetris que había planeado, de manera apresurada, ansiosa, encajando una ficha tras otra, para dar ajuste a la siguiente y a continuación, sin pausa, a otra más. Aquel día el turno fue para una pieza nueva de color naranja. La introdujo mentalmente en el molde donde iba introduciendo todas y la visualizó bien. Tomó el teléfono y marcó sin la intermediación de Mariví.

—Joan, tenemos que vernos de inmediato. Sí, en Madrid. Si te parece en el hotel Palais des Courtes. Confírmame la hora en que llegas

Joan Ripoll, el portavoz parlamentario del Partido Nacionalista Catalán en la anterior legislatura, la pieza clave que tumbó a los socialistas obligándoles a convocar elecciones anticipadas, era de nuevo la ficha necesaria para «levantar un Gobierno, aunque con esos resultados hayan nacido muertos —le reconoció Marcelo—. Pero eso, a nosotros, tanto nos da. Mejor, si me apuras. Más caro será todo». En el ambiente relajado del bar de los diputados, casi mortecino cuando el Congreso permanecía cerrado de sesiones, la pregunta de Marcelo no dio rodeos.

—A ver, Joan, ¿de quiénes somos servidores, de los antiguos o de los nuevos? ¿Somos socialistas o somos conservadores? No te voy a dar veinticuatro horas para que lo pienses, como tú mismo supondrás.

—Marcelo, me pones en un aprieto, yo soy de los catalanes.

—Muy bien, o sea que estás en el partido que da la estabilidad a España. Pues te alabo el gusto. Prepárame una reunión con tu jefe. Iré a Barcelona. Tiene que ver las oportunidades que se os abren, los empresarios le verán como un hombre de Estado, con España en la cabeza por encima de banderías y haciendo grande a Cataluña. Y, Joan, el Estado será nuestro. Lo que teníamos hablado. Todo muy fácil, aunque parezca imposible. Ese será nuestro mérito.

Por suerte, Marcelo no tuvo que explicarle a Ripoll que el andar se hace con ligeros balanceos: primero dando un paso con el pie derecho y, a continuación, el

siguiente con el izquierdo. Nada nuevo, pues así lo ha dictado la madre Naturaleza. ¿Quién iba a ser el osado que viniera a rebatir eso? Otra cosa era la mansa muchedumbre que tenía por costumbre caminar sin observarse, sin atender a que el sol despuntara al alba o se pusiera al atardecer, no por gusto sino porque lo mandaba el universo. Leyes todas ellas por encima de cualquier capricho humano. «¿No te parece, Joan?».

Marcelo dio por cocinado el potaje político. A ratos, la imagen de Pilar se le aparecía desafiante, diciéndole: «Me marchó», como si un puño le alcanzara el pecho. Pero la apartaba de inmediato, sabía que el método era enfocar la mente hacia el trabajo. Por la noche habló con Clara para explicarle lo que había conseguido. Que ni su padre habría llegado tan lejos. Que él, acompañado por ella, pisarían La Moncloa no tardando. De momento, tenía que llamar a Patricia, la mujer de Guzmán, para felicitarle por la marcha de las negociaciones políticas y recordarle que tenían una celebración pendiente en El Viso.

—En casa, ¿verdad, Patricia?

—Sí, en vuestra casa. En la nuestra no cabemos —rió la mujer de Guzmán.

CON LOS PIES EN LA MONCLOA

Disfrutó de la adrenalina que le daba su propio resabio

En El Viso volvieron a desempolvarse los mejores ajuares de la boda, las mantelerías de finísimo lino con sus exquisitos bordados, la regia vajilla de porcelana de Hermès fabricada en Limoges, la cubertería de plata con repujados de fina orfebrería, la cristalería austriaca de delicado cristal con talle de oro y los cuatro diamantes de ocho quilates incrustados en las bases. El champán Moët & Chandon Imperial, servido a seis grados, y los puros habanos a todo gas, al gusto de Marcelo. Al capricho de Clara, el servicio se embutió en delicados delantales, cofias y guantes de fina seda, y el mayordomo se vistió con el traje imperial reservado exclusivamente para las grandes ocasiones.

A la entrada, el fotógrafo de la casa se acercó gentil a captar la histórica instantánea en el *hall* de Hércules.

—No, Marcelo, las fotos para la próxima vez —le frenó Guzmán, haciéndole un gesto de retirada al de la cámara—. Quedamos en que esta cita sería íntima y discreta. Está bien así, ¿no?

—Claro que sí, presidente. Estas son las cosas de Clara, que lleva una semana eligiéndolo todo. Bueno, qué te voy a contar, ya sabes cómo son las mujeres.

Patricia le miró tragándose la pregunta de ¿y cómo somos?, ante la risa de Clara, acostumbrada a fingir el acompañamiento a su marido a la mínima dificultad.

—No os lo podréis creer, pero Clara lleva una semana también para elegir el «¿qué me pongo?».

—¡Anda, Marcelo, no exageres! Con los amigos sabes que no ando con tanto remilgo —le respondió ella, tragándose el reflujo gástrico que le llegó hasta la garganta.

—Bueno, bueno, algo de razón sí tendrá —intentó suavizar Patricia—. Porque esta mesa no la sabré montar yo en toda mi vida. Ni con un jefe de protocolo. ¡Todo es precioso, Clara!

Y a partir de ahí entablaron conversaciones paralelas, ellos de política, Clara confesándole a Patricia que, para la ajetreada vida social que se le aventuraba, había contratado a Carmen, una estilista con tienda en Barcelona, que acaba de abrir también en Madrid. «¡Con un ojo para las marcas que ni te imaginas!», porque, le siguió contando, en un santiamén le seleccionaba burros de ropa de hasta una veintena de piezas —«Sí, sí, de una tacada»—, todo conjuntado siempre con estilosos zapatos. «¡De morirte! ¡Qué perdición, Patricia! ¡No sé bajarme de unos Manolos!», le confesó en referencia a los modelos más caros y prestigiosos del mundo, los de Manolo Blahnik. También le contó que otras veces las dos mujeres preferían salir juntas, por el disfrute que les proporcionaba recorrer las tiendas de la llamada Milla de Oro madrileña. Ese enorme templo de las grandes firmas entre las calles Serrano y Ortega y Gasset, donde se exhibían una tras otra sin necesidad de apiñarse, porque las dimensiones de cada uno de los establecimientos eran tan imperiales que, al entrar, parecían catedrales sin fieles, envoltorios monumentales donde los selectos ropajes se percibían como perdidos, engullidos por las impresionantes dimensiones de las tiendas. Para aquella noche de invierno, Clara había elegido una chaqueta de rayas que retiró enseguida para lucir el vestido negro coordinado, sin mangas. «¿Has visto? Este *outfit* me lo ha sugerido ella para que me destaque la cintura, porque dice que adora mi talle, ¡qué mona!». Lo que no le reveló fue la máxima de Carmen para que luciera con buen atractivo: «Estar impresionante para los hombres, sin molestar a ninguna mujer». Y así quiso vestirse esa noche.

—Yo es que no estoy para remilgos, Clara —rio Patricia—. Nuestra casa es muy pequeña; después de ver esta, no sé cómo podremos devolveros la cena. Creo que tendremos que esperar a La Moncloa para estar a vuestra altura —bromeó.

—¿Y dices, Marcelo, que lo tienes hecho? A ver, ¿qué tienes? —preguntó Guzmán en la otra conversación cruzada, a la que Patricia quiso atender, cazándola al vuelo.

—Los nacionalistas más pequeños se sumarán si ven a los catalanes dispuestos. Y estos, ya lo tengo apalabrado, estarían por apoyarte. Ahora, tienes que dar tú el paso, presidente, sabiendo que no va a ser fácil, pero si las cosas

van como las tenemos previstas no será en falso, que es lo importante. Por eso, me he permitido anticiparme con el contacto de Ripoll, que no nos ha fallado nunca. Oye, yo he trabado con él una relación muy buena, de cenar todas las semanas, cada vez que viene a Madrid. Esto, creo yo, te podría ser muy útil también para el futuro, modestamente.

—Bueno, si es así, mañana mismo mi equipo dará pasos importantes. Ya veremos, porque estos no son de fiar.

—Insisto, no será fácil. Aun así, yo me atrevo esta noche a proponer un brindis por tu nuevo Gobierno. Tendrás que ir pensando en los ministros. Economía, Exteriores o Defensa imagino que ya los tienes en la cabeza desde hace tiempo, pero Interior, Hacienda o Fomento también son muy importantes. Bueno, ¡qué te voy a decir yo! —exclamó para elogiarle—. Pero ahí te puedo dar alguna idea cuando la cosa avance, si me permites.

Guzmán, como buen político, extremadamente audaz, tenía por costumbre obviar las respuestas cuando quería expresar un «No te he oído» o cuando simplemente no quería expresar nada. De ese cariz hubo unos cuantos silencios aquella noche, que Marcelo, maestro de la audacia igualmente, dio por ignorados para, sin inmutarse, seguir hablando.

En los días siguientes hubo mucho trabajo, con igual prudencia pero con arrojo por parte del Partido de la Gente, y con Marcelo atendiendo a sus manejos. La expresión marceliana de «el parto de los montes» corrió de boca en boca, para su satisfacción y apropiación de méritos. Los vascos —le dijo a Ávalos— estaban incluso dispuestos a hacerse la foto en Madrid, pero los catalanes, ni con las advocaciones marcelianas ni ripollianas, iban a ceder a otra cosa que no fuera «hacer país», reclamando más competencias, firmando en Barcelona y bautizando ellos el acuerdo. «Joder, Ripoll, no podéis ir más allá», le abroncó a su amigo trabajando con un lado del cerebro, mientras con el otro le regalaba eufóricas lisonjas a Guzmán. Acariciar su anhelado asalto al Poder le aumentaba el ardor.

—Harás Historia, con mayúsculas, presidente. La gente verá que el dóberman no muerde, que los perros son ellos y que tú has sido capaz de hablar con todos.

—Esas han sido mis campañas, las de un hombre de palabra y de fiar.

—¡Exx-xacto! —enfaticaba en cada respuesta—. El acuerdo con estos es lo mejor que podía pasarte. Si Dios no te ha dado mayoría absoluta, ha sido para

que te luzcas. ¡Y vaya si te vas a lucir! ¡Toreo fundamental les vas a hacer, sí, señor, dialogando!

El gran acuerdo de Gobierno, en el noventa y seis, se cerró finalmente. Nadie dudó en ponerle la etiqueta de «histórico». Marcelo sintió que tocaba su sueño con sus propias manos, sus ambiciones sin límites, ni de tiempo ni de espacio. Se creyó poderoso, un ser nacido diferente al resto, realmente excepcional. Capaz de actuar como por telequinesis, desplazando objetos y moviendo personas con pautas paranormales. Con esa euforia que da el triunfo, puso a trabajar sus ideas, que ya viajaban a la velocidad más rápida que nadie pudiera imaginar, por encima de ninguna otra partícula en todo el universo. Vislumbró que sus pensamientos eran de tan gigantescas dimensiones que temió no poder controlarlos. La idea no le dio miedo, pero prefirió apartarla rápidamente de su mente. No era momento de flaquezas, se dijo, y siguió apostando por su fuerza. Aquella noche, hablando con Clara, se sintió un leviatán.

—La cena en La Moncloa la dejo en tus manos. Guzmán no atiende, solo está para el trabajo. Así que éntrale tú a ella. Algo tendrás que hacer en esta vida, querida —le dijo retador.

—No eres más estúpido porque no te pones —le contestó ella, airada.

Él ignoró la respuesta, porque cuando la oyó ya se había encaminado hacia el despacho cercano a su dormitorio. Desde allí llamó a Ávalos.

—Adrián, un día te dije que Roldán, con aquello de las putas en el *Interviú*, había dejado a «García en calzoncillos». Ahora tendrías que repetir que ha sido Guzmán quien le ha dejado así. Convierte eso en un titular, hazme caso. El tío, cerrando un Gobierno por el que nadie daba un duro, le ha dejado más que en calzoncillos, ¡podrías decir que en bragas! —Y rio abiertamente con su propio chiste—. Dile, por favor, al presidente, que yo esta idea la voy a ir repitiendo boca oreja. Por todas partes. Para que todo el mundo le vea el mérito. ¡Y tendremos que celebrarlo por todo lo alto! También dile eso a Guzmán, para que no se olvide.

Para la cena en el palacio de La Moncloa, Clara derrochó toda su imaginación sumada a la de su estilista, apareciendo espectacular pero sin molestar a la señora presidenta. «Nunca hagas que otra mujer se sienta como una trucha fría a tu lado», fue otro de los consejos que le dio Carmen para aquella noche. Clara seguía la moda cada vez con más devoción hacia las grandes *tops* de la época. Le inspiraban Linda Evangelista, Cindy Crawford, Valeria Mazza o

Elle McPherson, con predilección por Claudia Schiffer, su auténtico ideal de estilo y belleza, y una cierta desgana por Kate Moss. El día que vio a la alemana en la revista *Forbes* con una abundante cabellera rizada y un transparente vestido rojo de encaje cubriendo otro interior, tipo enagua ajustada de seda color hierba, decidió que esa sería su propia metamorfosis. Dejaría de ser una crisálida para volar como una inspiradora mariposa. Y si no podía cambiar el contenido de su vida, empezando por su marido, se reinventaría a sí misma, empezando por su apariencia. Decidió que, a partir de entonces, abandonaría el pelo lacio para hacerse permanentes con gran volumen, se maquillaría muy natural en tonos rosados claros para iluminarse, y se complicaría, únicamente, apostándolo todo a la ropa. ¡Esa era la tendencia!, se dijo con determinación. Resolvió que, sin abandonar sus gustos por Chanel o Dior, se entregaría a la pasión por Versace, que también vestía a su otro icono de elegancia y liberación, la princesa Diana de Gales, una mujer que desde su separación del Príncipe de Gales exhibía *outfits* más atrevidos, enseñando los marcados huesos de las rodillas y medias de seda. Extasiada se quedó Clara el día que vio a Diana cómo había desempolvado del armario un espectacular traje, al que había cortado el largo, para convertirlo con osadía en el memorable *vestido de la venganza*. Un vestidazo negro con hombros descubiertos, que revolucionó el mundo de la moda y las mentes de muchas mujeres.

Una de aquellas cabezas desmelenadas fue la de Clara, que se lanzó a imitar a mujeres icónicas y encontró en Versace más que una inspiración. A falta de amor de marido, invirtió sus pasiones en ella misma. Con determinación, había decidido convertir su propia imagen en el ideal de su vida. Y se empleó en aparecer más provocadora, barroca y elitista. Rompedora. Así, a la cena en el palacio de La Moncloa, asistió con un ajustado vestido negro con remate blanco en el escote, que cerró con un broche en un solo hombro y dejando el otro y los dos brazos por completo al descubierto, como si imitara una túnica romana, naturalmente con un largo de cóctel. Pero, con la misma inspiración liberadora de Diana, ella apareció con la falda más corta, enseñando los huesos de sus rodillas. El diseño no era atrevido para los años en los que Kate Moss mostraba patrones con espaldas al aire o insinuantes transparencias. Pero sabía que no era el adecuado para una cena en palacio. Aun así, aquello le importó poco. Si para su marido era translúcida, seguro que los anfitriones repararían en su tipazo y estilo. «Al carajo con Marcelo», se dijo al tiempo que se calzaba los Manolos. Mientras se ponía la cazadora de cuero rosa palo, de alta costura, con pedrería a

lo largo de las mangas, en armonía con su nuevo maquillaje, luminosísimo, supo que el espejo le devolvía una Clara diferente.

A la llegada a palacio, en la garita de entrada los agentes del control les estaban esperando para abrirles la verja. Un vehículo oficial *follow me* les guio sorteando los diferentes edificios, dejando a un lado la vicepresidencia del Gobierno, al otro el destinado al Consejo de Ministros. Mientras recorrían el complejo, adentrándose en él tras nuevos saludos de la Guardia Civil, el matrimonio no intercambió palabras ni se cogieron las manos como antaño. Sumidos cada uno en sus propios pensamientos, Marcelo creyó tocar con los dedos el cielo cuando vislumbró el palacio presidencial privado, un coqueto edificio de dos plantas: la inferior de trabajo del nuevo presidente, la superior la destinada a su residencia. Percibió de manera sólida lo que hasta entonces había sido una ambición etérea. Por fin podía decir al carajo a Sintí, a su jefe y a todos los socialistas. Había llegado su hora, el momento de pisar alfombras de la Real Fábrica de Tapices, el de los saludos en La Moncloa, con todo el personal pendiente de él, invitándole a disfrutar del hermoso arbolado que acababa en el recoleto palacete, el destino final. Allí, en ese ambiente familiar, Patricia le había sugerido a su marido ofrecer una de sus primeras cenas a los Russo. El conjunto aún estaba en fase de decoración, para adaptarlo a lo que sería el hogar de la nueva familia para toda una legislatura. Pese a ello, la esposa del presidente tuvo tiempo para vestirse perfecta, con un traje de chaqueta rosa chicle que coordinó con zapatos de color beige de tacón mediano.

—Marcos, ¿qué te parece cómo voy? —le había preguntado instantes antes de bajar—. Discreta de estilo, pero he apostado por el color, porque, conociendo a Clara, vendrá como la Schiffer, y tampoco es cosa de que las demás parezcamos idiotas.

—Estás perfecta —la elogió su marido—. Lo tuyo es estar en tu sitio, lo de ella es otra cosa.

Tras bajar del coche, Marcelo quiso comprobar el frescor de las botellas que llevaban para obsequiar a los anfitriones. Le había pedido a Tony que el Moët & Chandon tenía que llegar «a la temperatura de siempre, esto ya te lo sabes. Y los Vega Sicilia Único, lo mismo, también lo sabrás». El conductor estaba más que entrenado en manejarse con aquellos caldos de leyenda de los que el jefe hablaba sin parar de las crianzas, las barricas, los robles, las producciones limitadas, las añadas. «Y especialmente las temperaturas, Tony, esto es verdaderamente importante».

—Don Marcelo, deje las botellas en los recipientes, ya las bajaré yo —se atrevió a indicarle el conductor.

—¡Sí, sí, claro! Solo era para ver cómo estaban. Tócalas tú. Yo creo que han llegado perfectas.

El encuentro con el nuevo presidente del Gobierno y su esposa se inició informal y agradable, con aperitivo en el jardín y un brindis «por la gobernabilidad y la estabilidad de España», a propuesta de Marcelo. Sentados a la mesa, el presidente Guzmán habló de la libertad como su gran convicción y, en consecuencia, lo que sería el eje que vertebraría todas sus actuaciones.

—Te lo digo porque así entenderás muchas cosas, Marcelo, de las que el Gobierno irá haciendo. Desde la política exterior a las privatizaciones. Mi primera preocupación siempre será España, para que sea un país fuerte en el mundo y económicamente pujante. Y, por lo tanto, eso lo asumo como mi gran deber como presidente.

Marcelo escuchaba con aparente interés aquella conservación que le pareció de insustancial contenido para sus propios intereses. Por lo que pasó la mitad del almuerzo asintiendo sin convicción pero sonriendo, buscando la ocasión de atornillar la tuerca para lo que había estado esperando la mitad de su vida.

—Presidente, necesitas medios que expliquen a los españoles tus mensajes, sin manipulación. Para eso es indispensable que la Universal tenga la dirección correcta, no la que la izquierda ha imprimido a todas las televisiones hasta ahora. Los socialistas lo ocupan todo, y eso tenemos la obligación de corregirlo. Yo, con tu permiso, me atrevería a decirte que de inmediato. Es una necesidad urgente y patriótica, para la que estoy dispuesto a trabajar e invertir lo que haga falta.

Siempre que Marcelo no quería ser interrumpido, impregnaba a sus frases una entonación vehemente, con una entonación final alta, de esas que parecían no acabar, como si las oraciones fueran acordes encadenados en la misma melodía. Con esa táctica, tardó en llegar al primer punto y seguido de la conversación, momento que aprovechó el presidente para convertirlo en punto y final, y emplazarle a tratar ese asunto con sus colaboradores. El corte lo interpretó Marcelo correctamente, como un golpe con el puño cerrado en el rostro. Pero lo encajó con su habitual profesionalidad. De inmediato entendió que aquel no eran ni el lugar, ni el momento, ni la compañía para hablar de problemas. Nada había pasado de la formalidad e incluso de la rigidez del presidente. Marcelo activó su consabida técnica, la de trabajar en la dirección

correcta, en línea recta, e interpretó que esa vez tendría que tomar alguna curva para negociar a otro nivel. E identificó también que debería aplicar su segunda regla infalible, la de adorar al santo por la peana. «Otra vez Ávalos, todo me lleva a él. Tendré que volver a llamarle cada mañana sin ningún descuido, para ofrecerle mis consejos gra-tui-tos», pensó. El pragmatismo de Marcelo le invitó a paladear el Vega Sicilia a diecisiete grados, brindando consigo mismo, sorbo a sorbo, disfrutando de la adrenalina que le generaba su propio resabio. Guzmán había oído la música de la Universal y con eso certificó la tarea que le había llevado allí como «misión cumplida».

8

CON EL PIE DERECHO

Solo era cuestión de tiempo.

Y el tiempo siempre encuentra un final perfecto

Lucas circulaba ya por el periódico como en su día meneaba el trasero por la calle de la Montera, embutido en sus sempiternos trajes estrechos, en los nuevos tiempos de calidades y precios altos a juego con el nivel de vida que fue adquiriendo. Descendía de sus Ferrari con aire rompedor, vistiendo *blazers* cruzadas de color azul marino, azul eléctrico, beiges; trajes de sencilla botonadura con impecables chalecos, combinando camisas blancas, violetas; pantalones ajustados, a veces con terminación en vuelta; zapatos de cordón simple o de doble hebilla; cueros pulcros, en colores beiges oscuros, marrones claros, marrones a secas o azules marino; con caprichosos pañuelos en el bolsillo de solapa, corbatas de anchura media, terminadas con nudos primorosos; pelo engominado, peinado hacia atrás delineado con perfecta raya, con lo que hacía malabarismos para no alterarlo cuando se encajaba los sombreros. De fieltro, Gucci, para el invierno; y para el calor los clásicos Panamás, tejidos en pajas beige, o gorras de aire deportivo indefectiblemente de grandes marcas, «que para eso tengo dinero», se decía con convicción. Eran los tiempos en los que Julio Iglesias cantaba dándole más importancia al traje que a la voz, y Michael Jackson hacía contorsiones con el sombrero Fedora de fieltro negro, calado hasta las cejas, un atuendo que le coronó como el Rey del pop.

En *La Nación*, Lucas movió periodistas de la redacción como saltan las fichas de un tablero de damas, unas sobre otras, devorándose entre sí. Su pretensión era dejar claro que nada de lo que allí sucediera, desde que él asentó sus reales, se haría sin su consentimiento. Daba órdenes al director sobre noticias, elegía titulares y portadas, revisaba las fotos, los «subes» y los «bajas», enredaba con el Superconfidencial, organizaba a las secretarias y esparcía sus

intoxicaciones a través de los gabinetes de prensa a los que seducía abriendo la chequera. Incluso se permitía discutir sobre estrategia.

—Sanjurjo, acabaremos teniendo un problema si a Marcelo solo le reportamos cintas de futbolistas retozando con putas. Necesitamos otro material, alguien potente, aunque no lo usemos. Y que sea el tiempo quien nos diga qué hacemos con eso.

Como su jefe, para tan ingente tarea, Lucas dedicaba los días con sus noches, los desvelos y los sueños por los que siempre sobrevolaban las maquinaciones. Por sus manos pasaban todos los asuntos que Marcelo decidía delegar, lo que le convirtió en el gallo del corral. Entre otras tareas, recibió el encargo de atusar el hombro a las víctimas que ellos mismos provocaban, con el propósito de que nadie viera una mano marceliana detrás de esos accidentes; más bien al contrario, el periódico tenía que ser percibido como un asentamiento de damnificados y caídos. Y del mismo modo, si *El Sol* generaba un problema, *La Nación* debía aparecer como la solución.

—A ver, Cañaveral, tienes que hacer un reportaje para que le escueza al jefazo de la telefonía, que es amigo de Guzmán. Rastrea algo de él, de la compañía, me da lo mismo, cualquier cosa que suene a escándalo y que se comente por todas partes. Y al día siguiente se lo arreglamos.

Cañaveral, cuya primera cualidad era la buena caligrafía con la que apuntaba al dictado, dejó que *El Sol* arrancara la ristra de embestidas con una foto de los dos amigos cuando iban juntos al colegio. Para salir al día siguiente al rescate del telefónico en *La Nación* con entrevista exculpatoria a toda portada, buenas fotos en el interior, elogioso editorial y un «sube» en el que solo faltaba por destacar el buen corte de pelo del susodicho. Fue el momento Marcelo de derechas de pura cepa que cultivaba con esmero. De hecho, fue él mismo quien le pidió a Mariví que le contactara con el presidente del Gobierno.

—Presidente Guzmán, te quiero ver para hacerte una buena propuesta sobre cómo podríamos ayudarte más. En este caso con el terrorismo. No solo desde el periódico. Me preocupa que los medios en general no estemos haciendo más de lo que podríamos. Creo que la sociedad ya ha interiorizado que esta es tu primera preocupación. ¡Y tengo ideas magníficas!

El presidente Guzmán, que interpretaba los barómetros del CIS como si fueran el catecismo, conocía bien que los tres principales problemas que preocupaban a los españoles eran el paro, el terrorismo y la droga, abrumadoramente por encima de la corrupción. A pesar de todo, eran más los

que percibían que la economía y la política habían mejorado desde que él era presidente, e incluso que irían a mejor a lo largo del siguiente año. Por el contrario, la brecha del terrorismo no se acortaba, sino que los españoles respondían con desesperanza.

Con todos los argumentos, incluidos los del ministro del Interior, el presidente del Gobierno le pidió al director del CESID que le elaborara un documento para explicar a los medios de comunicación la importancia de que incrementaran su implicación en la lucha antiterrorista. Sería una petición de colaboración para que prensa, televisión y radio supieran transmitirle a la ciudadanía la importancia de combatir todos juntos, la sociedad entera, contra la degradación moral que suponía esa terrible lacra asesina. El director le encargó el trabajo a la división de terrorismo del Centro, cuyo responsable era Luis Holgado. En el departamento la idea ya estaba trabajada, por lo que semejante petición fue recibida con entusiasmo. Solo tenían que pasar los papeles a limpio.

Y en ese papel, se plasmaron recomendaciones tan útiles como la conveniencia de mantener reuniones entre el Gobierno y los directores de los medios para informarse sobre la lucha contra el terrorismo, recíprocamente de forma periódica. Para que, también, Televisión Nacional y las cadenas privadas desplazaran la realización de sus informativos al País Vasco en caso de atentados graves. Para que se formara a los periodistas, que habitualmente informaban sobre la materia, más allá de la común especialización que tuvieran sobre el Ministerio del Interior. Y para que los periodistas no hicieran seguidismo del lenguaje y las expresiones propagandísticas que la banda criminal utilizaba en sus comunicados. Un rosario de propuestas concretas desde el CESID, que el presidente acogió con entusiasmo y quiso implementar, con el reconocimiento a la labor que estaban haciendo las Fuerzas de Seguridad del Estado y la serena contribución de las víctimas del terrorismo. Cuando Marcelo fue llamado a colaborar junto a otros editores, recibió el encargo con agrado y alardeó entre el grupo como si todas aquellas ideas hubieran sido suyas. Aquello molestó al ministro del Interior, que le hizo, según él interpretó «cruz y raya». O lo que fue una evidencia, lo tachó de su grupo de confianza. Marcelo no le fue a la zaga y tomó el «Cuaderno de Agravios» para apuntar su nombre con buena letra. No era el primer desencuentro que tenía con un ministro de la seguridad.

«Tengo que ir a saco a por la Universal, a toda marcha aunque aparente paso lento —se determinó Marcelo—, porque o espabilo, o me darán por todas partes. Aquí ni dios agradece nada». Planeó que debería ser una operación

blanca y amistosa de participación minoritaria, en ningún caso hostil, con la bendición del Gobierno para que el accionista mayoritario del momento saliera por la puerta grande. Pensó que no había tiempo que perder, que la primera tarea debía ser envolver «al tipo que pusiera la pasta» para acometer tan ambiciosa operación. «Al menos esto sé cómo hacerlo —respiró aliviado—. Y tengo claro quién será el pichón. —Y aflojó una leve sonrisa, mientras pensaba en Vives de Gomáriz—. El pobre gilipollas de Vives, que aún está encantado con el busto que tiene en el *hall* de *La Nación*. Todavía no se ha enterado quién le puso los palitos para que se enredara y se largara de allí». Se arrellanó en el sillón, recostado en la levedad de sus pensamientos, con aire satisfecho. «¡Y pensar que todos estos sabios solo quieren entrar en la Historia! ¡Pedazo de cretinos!»

—Mariví, localízame a Abreu, el empresario mallorquín que estuvo en mi boda. Y dile que lo quiero ver. Mi suegro tendrá sus datos, pero prefiero que lo encuentres tú. Con discreción. Es un tipo muy reconocido en las islas.

La secretaria acompañó al empresario mallorquín José Ramón Abreu, con todos los honores, desde la entrada principal del edificio, a donde bajó personalmente a recibirle, hasta la puerta del despacho, donde Marcelo le estaba esperando para abrazarle con la efusividad propia de un viejo amigo, agradecido.

—Nunca olvidaré lo que disfrutaste en mi boda. A pesar de la putada que te hizo mi suegro, ¡joder, el tío! Ni una foto que te dio en *El Periódico de Mallorca*. ¡Dios mío! ¡Ni sabes la de veces que se lo he recriminado!

—Bueno, en su descargo he de decir que aquello no fue cosa suya, fue del periódico, que tenía un inútil por director. Pero, chico, es agua pasada —le disculpó Abreu.

—En todo caso, tú siempre has merecido más reconocimiento social del que tienes y de eso es de lo que quiero hablarte hoy, precisamente.

Marcelo le recordó los comunes orígenes de los negocios Abreu y Cirer y, sin embargo, las desiguales relaciones sociales que los dos empresarios habían desarrollado. Su suegro, Pascual, codeándose con los *royals* mallorquines, gozando del favor del principal periódico de las islas, de enorme influencia política y de una reputación de primera. Y frente a ese modelo de éxito, huérfano de todo ello, estaba él. «Tú, José Ramón».

—Un esforzado payés, como Pascual; que también has sudado el dinero desde el contrabando, como Pascual; asquerosamente rico, como Pascual. Pero ¿sabes cuál es tu diferencia con Pascual, eh? ¡Dime!

—No, dime tú.

—Pues que tú no tienes brillo. Yo diría que eres opaco, eso es lo que tú eres, un rico empresario velado, injustamente ensombrecido seguramente porque no puede haber dos brillos a la vez. O mucho brillo para tantos. Oye, que esto al final no tiene más vueltas, que la cosa seguramente es que no cabéis todos, y por eso si Pascual ha sacado la cabeza, pues tú has acabado aplastado. ¡La física! ¡Qué le vamos a hacer!

—¡No, hombre, no, yo no dramatizaría tanto!

—Pues no dramatices —le respondió Marcelo con desdén—. Tú verás. Pero lo que yo te ofrezco es la oportunidad de tu vida, de oro, escúchalo bien, de-o-ro —enfaticó—. Con esta sí que brillarías. La de Dios para destacar. Que...

—¡¿Qué?! —le interrumpió un ansioso Abreu.

—Que o la aprovechas tú o la coge otro. ¡Ya le gustaría a Pascual que se la diera yo a él! Bueno, y no te digo si supiera que tú y yo estamos hablando, esto sí que te lo pido, que lo dejes aquí y no lo comentes. Ni a Clara se lo he dicho. No entendería que por ética social nosotros no debemos tener tanto poder, todo en una misma familia, ¿sabes? Se entendería mal, y yo soy un hombre de principios, no quiero equívocos, la verdad. Tengo muy buenas relaciones en Madrid, el presidente del Gobierno es mi amigo y de ahí para abajo lo que quieras. Así que comprenderás que eso no lo voy a estropear con avaricias ciegas.

La música de aquel discurso le fue sonando bien a la nueva mosca sobre la que revoloteaba Marcelo, pero lo que al mallorquín le disparó el olfato para echarse en picado sobre las heces fue oír el nombre de Pascual. La rivalidad que soterradamente mantenían las tres grandes fortunas isleñas cimentadas desde el contrabando, Cirer, Abreu y Castañer, se fue haciendo más sólida con los años, con aparente disimulo social, lo que a José Ramón, el más tapado de los tres en sus aspiraciones sociales, le provocaba zozobras anímicas permanentes.

—A ver, la cosa es así de fácil: ¿tú estás dispuesto a perder mil millones de pesetas a cambio de tener todo el reconocimiento social no de Mallorca, ni de Baleares, sino de España entera?

—Pero ¡¿qué dices?! —

—Sí. Lo que oyes. Siendo el dueño de una televisión nacional. De la Universal para ser más exactos. Tú, con una buena mayoría para que seas el presidente y te lleves todos los honores, aunque yo pondría el resto para animar la operación, que el Gobierno nos apoye, ya sabes, esas cosas y, ¡claro está!, para compartir el compromiso contigo.

—Pues...

—Tú lo tendrías todo, el mundo a tus pies. Yo ya estoy decidido, pero una cosa te digo: solo voy a esa operación si es de tu mano. Si aceptas ser tú el presidente. Mira cómo suena: la U-ni-ver-sal —le repitió, regodeándose—. El pre-si-den-te. ¿Estás dispuesto, sí o no?

—Sí.

—Muy bien. Siempre te tuve por un tipo listo. Me habrías defraudado si hubieras dicho otra cosa.

—De todos modos, Marcelo, estoy pensando, bueno, así a bote pronto, que esta es una operación política de envergadura. ¿No? A mí nadie me conoce, ¿estás seguro de que podría salir adelante?

—A ver, Abreu, quién dijo que nada fuera fácil, pero para las cosas difíciles ya estamos nosotros. Tengo el intermediario perfecto para animar a la propiedad actual a que venda, y también todos los parabienes del Gobierno. ¿No te he dicho que era una oportunidad de oro? Para ti, digo.

—Sí.

—Pues eso.

Una vez más, la fórmula del halago le había ido bien a Marcelo, aunque en este caso a la mermelada le tuvo que añadir una buena dosis de azúcar y de excrementos. Y lo peor para él: paciencia para persuadir a un acomplejado, un tipo que se había hecho grande obsesionado con ser pequeño, al que tendría que convencer de que en las batallas que se avecinaban él sería Napoleón. Aun así, saboreó la jugada, como siempre hacía, recreándose en el deleite que le producía saberse un ser superior manejando los hilos de una mente inferior. Avistó las fascinantes oportunidades que se le abrirían para generar el caos con intrigas. Y pensó que aquello merecía un premio, por lo que tomó el teléfono para marcar directamente, sin pasar por Mariví.

—¿Sabes quién soy?

—Sí.

—Pues es la primera vez que te llamo desde este teléfono.

—Ya. Pero te he reconocido la voz.

—¿Me estabas esperando?

—Si te digo que sí, no me conviene. Si te digo que no, te enfadarás. O sea, que no hay respuesta.

—¿Hablas así porque ya no soy tu jefe?

—¿Tú qué crees?

—Que seguiremos el juego en la cena, me gusta. Mi coche te recogerá en tu casa mañana a las nueve. ¿Te va?

—Sí. Me va.

Marcelo sintió que la apuesta de poder con Abreu y el combate sensual con Pilar eran la ascensión a un trono para el cual solo él había nacido. Notó esa sensación que ya no le era ajena cuando estaba pletórico de gozo, cómo las hormonas se le desataban por todo el cuerpo, desfilando por el torrente sanguíneo, regándole el ánimo y la energía, los músculos y el cerebro. Todo activado con la potencia con la que empuja el deseo, pero con la alerta con la que él olfateaba el peligro. Se recostó sobre el sillón director del despacho, ergonómico y flexible, para dejarse reclinar con una suave presión. Lo disfrutó. Con sonrisa golfa. Y dejó sus sesos suspendidos en un único pensamiento: «Solo es cuestión de tiempo; y el tiempo siempre encuentra un final perfecto».

CON EL MÁS TRISTE DESAFÍO

Ella comprendió lo que era trabajar por la patria y servir a un país llamado España

Pilar y su amiga Isabel habían quedado a comer en el restaurante vegetariano Artemisa Sol Huertas, en el barrio de las Letras, para picar unas tapas y charlar un rato, pero también para conocer un local que se había puesto de moda en los últimos meses. Aunque llegar en coche hasta allí fuera un laberinto, pensó que le convendría conducir porque necesitaba pasar antes por El Corte Inglés para hacer unas rápidas compras, todo sencillo y situado en la planta baja, una crema hidratante, otra con protección solar, una barra de labios, un colorete inequívocamente de Bourjois, dos esmaltes de uñas en colores rosa chicle y rojo intenso y algún bonito sombrero, el *kit* imprescindible para ella en cuanto asomaba el verano. Arrancó el coche, el Ibiza amarillo que acababa de comprarse de segunda mano, y se aplicó a la tarea con dinamismo. La misma mecánica de siempre, abrocharse el cinturón, ponerse las gafas de sol, colocar el bolso en el asiento de al lado, encender el contacto, mirar por el retrovisor para maniobrar y echar un vistazo general. Ya por Castellana, le pareció que un coche semejante al suyo, pero de color gris, llevaba su mismo ritmo, sin despegarse de su trasera. Le pareció curioso. Hizo como si tuviera prisa, saltó en ámbar el semáforo que regulaba Castellana con la transversal de Fernández Villaverde y comprobó que el tipo del gris también lo saltó, en su caso ya en rojo, hasta acabar ambos en el mismo aparcamiento. «Una coincidencia», se dijo Pilar, que la puso en alerta cuando, probándose el sombrero, vio a través del espejo a un tipo merodear detrás de ella, revisando los tocados de mujer que le quedaban a mano; cogiendo uno, para soltarlo y tomar otro sin aparente interés por ninguno, curioseando la pluma de ese de ahí y, no sin cierto desdén, la rejilla de aquel de más allá. Quizás quisiera orientar a su novia, imaginó Pilar, pero le pareció raro.

«Estas cosas nunca funcionan como no las compre una misma, porque luego no hay quien se las ponga». Pilar pagó su sombrero de paja azul marino para llevar con vaqueros, y se marchó.

—Isabel, llego en diez minutos. ¿Por dónde andas tú?

—Tranquila, yo estoy por la zona, pero me gusta caminar por aquí, y hoy no tengo prisa.

Astuta y discreta como era, Pilar buscó aparcamiento dando varias vueltas por las intrincadas calles de las Letras. Descubrió un *parking* y, cuando se disponía a entrar, volanteó para seguir conduciendo de frente, girar a la derecha, recorrer el cuadrilátero de la manzana y volver de nuevo al punto de partida. No había duda, el tipo del gris la seguía. Con disimulo, apuntó la matrícula y le asaltó un paralizante pensamiento: «¿Dios mío, será el loco de Marcelo?! ¡Este tío está de atar! ¡Será posible que me haya puesto un detective?! ¡Ostras, pues es para preocuparse!». Su cerebro se activó como una thermomix. Y la papilla resultante era inequívoca: Marcelo se había cabreado después de la cena que tuvieron. No le cabía la menor duda. Y le asaltaron los recuerdos de algunos detalles.

Marcelo, como le había prometido, había elegido un coqueto restaurante-bar para invitarla a cenar, en la calle Libertad, en el corazón del barrio madrileño de Chueca, pensando que ese estilo moderno, en una zona que se ponía con brío de moda, a ella le podría gustar. Aunque también se aseguró de que cumpliera con sus propias exigencias de discreción y calidad. El brindis que hizo con un «por nosotros» le sacudió a Pilar la boca del estómago viniendo de un hombre que, le conocía ya bien, solo pensaba en él mismo. Y, como los fuegos de artificio nunca vinieron solos, le faltaba sortear el momento delicado de «tomemos una copa aquí», finalizada la cena. Con un Marcelo recostado en el sofá de cojín corrido, el ambiente propicio para hacerle a ella una disimulada caricia en la mano antes de ofrecerle otro brindis.

—Este es un whisky excelente, perfecto para este gran momento, por ti, por nosotros y por el futuro.

Un deseo que cerró estampándole un beso en la boca, que ella rechazó tal y como había planeado hacer en el hipotético caso de que sucediera, girando levemente la cabeza y con amplia sonrisa.

—Marcelo, no tendrás tiempo para esto ahora. Con el Gobierno y la televisión te urgirán nuevas tareas que requerirán toda tu atención. Y tenemos mucha vida por delante.

Marcelo entendió perfectamente el mensaje, con la incomodidad propia de quien no estaba acostumbrado a que nunca nadie le llevara la contraria. Y menos aún que le rechazaran en esos trances, por muy delicada que fuera la excusa. Aquella chica era la primera persona en el mundo que, por segunda vez, le decía a él, escupiéndole en su mismísima cara, «no», un monosílabo maldito para él, que sus entendederas jamás habían aceptado como respuesta, ni siquiera cuando su niña, siendo pequeña, entre baile y disfraz, disparaba «noes» como un autómatas. Y con los «noes» de Pilar no estaban ante el mismo caso. En ella había premeditación, no espontaneidad, y más que retranca con la frasecita del «tenemos mucha vida por delante». Interiormente Marcelo sintió una furia que en otras circunstancias le habría desatado una respuesta violenta, pero la encapsuló como si se hubiera cubierto con una férrea armadura para resistir los envites. Porque aquel episodio con ella, determinó él en su rápida mente, desplegándole unas risitas, no sería el último. Se juró que jugaría con la elasticidad del tiempo, lo que tanto a él le divertía. Mientras, la vida le iría limando a ella su impetuosa juventud, haciéndole comprender que el mundo no claudicaría a sus pies sino más bien todo lo contrario, un natural desgaste que la llevaría a aceptar su propia rendición. Así vislumbró el final para su «por nosotros y el futuro», jugando casilla a casilla, con la niña blandiendo una espada sin cubrirse el rostro en una escaramuza de aprendiz, que ni siquiera alcanzaba la categoría de batalla. Rieron divertidos en el asiento trasero del coche, ajenos al discreto Tony que les conducía de vuelta a casa de Pilar. Marcelo, con la sensación aún de tener el estómago anudado, quiso bajar para ayudarla a salir del coche. De la mano la acompañó hasta el portal, mirándola orgulloso de arriba abajo, la vio preciosa, y le cascabeleó el ánimo pensando «Hay que ver el carácter que tiene la mocosa». Ella rebuscó las llaves en el bolso, en ese ejercicio suyo de meter la mano para sortear cosas inútiles hasta lograr el objetivo. Sonrió cuando, siguiendo el tintineo, las encontró. Rieron juntos.

—¿Lo has pasado bien?

—Sí, muy bien. Gracias, Marcelo, hasta siempre.

Y allí mismo, entre los dos besos que él le dio en ambas mejillas, su boca ansiosa se contuvo para solo rozar los labios de la chica. Fue solo un instante, pero esta vez ella le dejó: «Total, no volveré a verle en un tiempo y tampoco es cosa de darle la espalda por completo». Con esa resolución, ella se adentró en el

portal y él quedó en la acera para escuchar su taconeo hasta que lo cubrió el silencio.

Todas aquellas imágenes, Pilar las revivió a cámara rápida, la cena y su despedida, como si su cerebro las hubiera postproducido para concluir que sí, que Marcelo quedó contrariado, «que a este ahora le ha dado por vigilarme, lo que me faltaba por ver». Pensándolo, se quedó plantada a las puertas del Artemisa antes de encontrarse con su amiga. Decidió llamar al jefe de personal del CESID, para quien estaba haciendo el curso de formación. Estaba realmente asustada.

—Luis, un tipo me ha seguido desde que salí de casa, lo detecté en Castellana, pero he venido hasta Ventura de la Vega, por la Carrera de San Jerónimo, y anda por aquí, dando vueltas conmigo. Me temo que me lo manda Marcelo. Ya te dije que este tipo estaba haciendo cosas raras. Pues, mira, para que veas. Forzará lo que haga falta para que vuelva con él. Ahora, imagino, que a la tele, porque el otro día, al comenzar la cena, me dijo eufórico que se quedaba con la Universal y que tenía planes conmigo. Supongo que esto de la televisión lo sabíais, ¿no?

—Escucha, no ha sido él, Pilar. Hemos sido nosotros.

La descarga de una hormigonera de cemento no le habría petrificado más. Pegada al suelo, aún en la calle, plantada ante la puerta del restaurante, la idea le zumbó la cabeza sin dejarle entender qué locura era aquella, si a la más que probable amenaza de Marcelo tenía que sumar también la de los espías, nada menos que agentes del CESID. «¿O es que Luis era también un loco obsesivo? Definitivamente —pensó—, el mundo de los hombres no había mujer que lo entendiera».

—Tranquila, hoy has hecho de *Pepe*.

—¿¿Qué?! —atinó a decir, pasmada.

—Sí, te hemos puesto contravigilancia, uno de los nuestros te ha seguido para ver si lo detectabas. Y lo has hecho muy bien, porque lo has visto rápido.

—¡Caray! Es que hace unos meses, no sé, dos o tres, noté algo parecido, como que un coche me seguía y, de hecho, me metí en el metro. Por eso desde entonces he ido un poco más mosca. Procuero mirar todos los días los bajos del coche y voy con cuidado con el correo, porque soy consciente del riesgo que corría haciendo terrorismo en *La Nación*.

—Sí, sabemos que tomas esas precauciones, y eso no está de más. Pero, con respecto a lo de hoy, estate tranquila. Es más, el día del metro también fuimos

nosotros, pero no sabíamos si entraste porque nos habías detectado o porque aquellos eran tus planes. Por eso hemos repetido hoy.

—¡Ostras, Luis, qué fuerte!

—Tranquila, Pilar, todo ha salido perfecto. Con esto cierras el curso que has estado haciendo en el Centro, y he de decirte que lo pasas con sobresaliente. Detectas rápido, deduces y sintetizas bien y sabes transformar la información en inteligencia. Lo que necesitamos. ¡Enhorabuena!

¡Aquello sí era electricidad sacudiéndole todo el cuerpo, no la mano de Marcelo posándose sobre la suya en el restaurante! ¡So-bre-sa-lien-te!, se repitió, exultante. Llamó como loca a sus padres, y a Jorge, y a... querría habérselo dicho a Isabel, a todos sus amigos, a Belén y a Marcelo. Pero se detuvo. Tenía que interiorizar de una vez por todas que, a partir de entonces, su vida sería clandestina.

Se emocionó cuando Luis Holgado la recibió en su despacho, «Superencantador —les dijo a sus padres—, y, por suerte, me ha asignado a la división de terrorismo del Centro, que la dirige él, pero lo ha hecho pensando que esta era mi especialidad en el periódico. Y que el tema me toca hondo».

En los días siguientes recibió intermitentes llamadas de Marcelo buscando una nueva cita, que ella fue esquivando. Ante la insistencia, se hizo un guion previo en la cabeza, y en una de esas le respondió. Le explicó que necesitaba meditar en su vida tras el impacto vivencial que le había supuesto conocer de cerca el daño causado por el terrorismo. Que pasaría una temporada fuera, en Londres, en casa de una amiga, estudiando para perfeccionar su inglés. Él entendió la explicación como una excusa, por lo que decidió que la castigaría no ofreciéndole la oportunidad que le tenía reservada para el futuro inmediato: la de presentar el informativo estrella, el de las nueve de la noche, en la cadena Universal.

—Te tenía por más lista, Pilar, quizás tu inteligencia es lo que me atrajo de ti, pero realmente no te entiendo. Si eres tan tonta como dices, realmente no mereces que yo me entretenga contigo —le soltó él para cerrar la conversación, como podría sonar la despedida de un amante despechado al constatar un amor traicionado.

Pilar Garrido comenzó a trabajar en su oficina del CESID, en el gran edificio que se construyó a la salida de Madrid, al comienzo de la carretera de La Coruña. Con ilusión y con la intensidad que correspondía al elevado desafío que los terroristas estaban lanzando a la firmeza con la que el presidente Guzmán se

estaba enfrentando al terrorismo etarra. Sin embargo, ella notaba que algo se iba transformando en la sociedad española. Los terroristas no consiguieron cambiar el color del voto de los ciudadanos en marzo del noventa y seis, con el asesinato en el arranque de la campaña del expresidente del Tribunal Constitucional Francisco Tomás y Valiente. Con frecuencia, ella recordaba aquellas manos pintadas de blanco de los jóvenes universitarios plantándole cara al terror por primera vez en la calle. La primera vez que los gritos se hicieron clamor. Hablando una mañana con su jefe, él le había advertido de que, cuando los asesinos se veían acorralados, su respuesta podría ser una brutalidad mayor. «Y, de hecho —le dijo—, así debemos interpretar cómo van incrementando sus métodos de terror y los meses que Ortega Lara lleva secuestrado. No hay que confiarse, tenemos que estar siempre preparados para lo peor, porque esos jóvenes valientes que han salido a la calle, con sus manos levantadas en señal de paz, inmaculadas sin manchas de sangre, le han hecho a ETA mucho, pero que mucho daño».

Desgraciadamente, Luis Holgado no se equivocó y sucedió lo más horrible. Los etarras querían socializar el terror, que nadie se sintiera a salvo, como castigo a la liberación por la Guardia Civil del funcionario de prisiones José Antonio Ortega Lara, retenido por más de quinientos días en un oscuro cubil, húmedo el suelo, con el techo tan bajo que podía rozarlo con la cabeza, tan minúsculo que podía abarcarlo con los brazos extendidos. Su tortura estaba planeada para ser indefinida, condenado al martirio hasta que el cuerpo le dijera «basta», hasta que la muerte le sobreviniera por degradación física y mental. La Guardia Civil le halló en ese túnel que habría acabado en la muerte, a punto de vislumbrar la cegadora luz blanca que transporta al otro mundo.

Así fue como, solo diez días después de que la Guardia Civil cazara a los carceleros de José Antonio, las alimañas volvieron con la brutal sacudida, a las tres y media del diez de julio de 1997, anunciando un secuestro con final funesto, lo que podría llamarse un asesinato a plazos. Otra nueva modalidad de terror, esta vez poniendo precio y tiempo a la vida de un joven concejal de Ermua, Miguel Ángel Blanco, de tan solo veintinueve años. El chantaje era diáfano: o el Gobierno cumplía su petición de acercar presos etarras o en cuarenta y ocho horas el rehén sería ejecutado. Chantaje al Estado y a las emociones de todos los ciudadanos. El país contuvo la respiración, nadie en toda España quedó ajeno a aquella extorsión, a la firmeza del Gobierno, la comprensión de la familia, la tortura de aquella tensa espera, la angustia

ciudadana compartida, las lágrimas, la ansiedad y el desconsuelo. A la inútil petición de cordura a quien es incapaz de sentir estremecimiento en el corazón ni temblor en la mano asesina. La coacción terrorista llegaba aquella vez hasta el mismísimo presidente del Gobierno, obligándole a elegir entre ceder al chantaje a la democracia o salvar la vida de un joven muchacho. Tanto daba que fuera concejal, maestro, médico o taxista. Del partido del Gobierno o de la oposición. Era una simple víctima, un ser inocente. El presidente encontró la comprensión de la familia y de la sociedad entera. Y toda España, unida, aguantó la crueldad de la presión. A las cuatro de la tarde del 12 de julio no había ojos que no miraran los relojes y ni oídos que no estuvieran pegados a los transistores de radio. Las televisiones se habían desplazado al País Vasco, a retransmitir por la mañana la gran manifestación que en Bilbao pidió a los asesinos parar. Un millón de personas clamando en la calle piedad a seres sin alma. A pesar de eso, Pilar Garrido, que estuvo allí, sintió que la movilización no sería inútil. Por la tarde, esperó junto a sus otros compañeros de división el desenlace en Ermua. Ninguno esperaba clemencia por parte de los terroristas, pero no había forma de no sentirse en vilo, con las entrañas encogidas, esperando lo peor. A las cuatro y diez, dos vecinos de Lasarte encontraron el cuerpo de Miguel Ángel, abandonado en el monte, con un hilo de vida. Era joven y su corazón luchó por no irse de este mundo. Pero su anhelo de vida, tan grande como el de todos los españoles de bien, no pudo con la fuerza de las balas. Los verdugos habían sacado a la víctima del maletero de un coche, maniatado, obligado a arrodillarse, empujado por las zarpas de uno de ellos mientras otro le descerrajaba dos tiros en la nuca para reventarle el cerebro. ¿Dónde buscar estremecimiento en unas fieras? ¿Dónde hallar el corazón? ¿Cómo esperar pesadumbre de un asesino? La Televisión Nacional hizo programas y actos de homenaje en recuerdo de Miguel Ángel para movilizar a los ciudadanos y llamar a la concentración más grande que ha vivido España en democracia. La Universal, Telemundo, las regionales y las cadenas de radio interrumpieron su programación y se lanzaron a hacer especiales. Todo fue el mismo clamor. En los cuarteles de la Guardia Civil del País Vasco, las familias, los niños y los abuelos lloraron juntos como si hubieran perdido un hijo, un hermano, un nieto. Los periodistas de las televisiones tragaban lágrimas en lugar de saliva, narrando el llanto del pueblo de Ermua. Las banderas a media asta colgaron de los edificios públicos. En las ventanas pendieron banderas de España. La gente, por primera vez, se echó a la calle para organizar manifestaciones. Sin miedo a los terroristas. Luis Holgado, Jorge

Santamarina, Pilar Garrido y otros compañeros supieron que ETA pagaría caro aquel desafío. Con aquel asesinato, ¡claro que habían socializado el terror! Habían disparado al cerebro de Miguel Ángel, pero esas balas impactaron en el corazón de los españoles. Nunca antes los ciudadanos se encararon, frente a frente, a los verdugos. Ni les habían gritado a la cara. Ni habían pintado pancartas con la palabra «asesinos», ni pedido libertad y el fin del terrorismo, aun sabiendo que los criminales seguirían revolviéndose como perros sarnosos.

Nunca como entonces Pilar comprendió lo que era trabajar por la patria y servir a un país llamado España.

CON LOS VIDEOCHANTAJES

Se sintió un principito, sentado sobre una estrella, contemplando el mundo a sus pies

El comisario entró exultante al despacho de la quinta planta, sabiendo que portaba una bomba en el bolsillo interior de la cazadora. Solo quien camina así, con esa mercancía escondida, puede imaginarse por qué el corazón le late más rápido, por qué necesita tomar más aire para respirar, por qué camina activado, como si no hubiera mañana. Sabía que aquello les cambiaría la vida e incluso la relación entre ambos, que les convertiría en *socios* de igual a igual. Marcelo tuvo la idea, pero él la ejecutoria, como tantas veces; pero lo que llevaba precisaba de una pituitaria como la suya, con síndrome de abstinencia por el olor pestilente.

—¡Ni te imaginas lo que traigo!

—Soy capaz de imaginarme de todo. Mejor que no me pongas a prueba.

—Pues a ver si adivinas a quién hemos pillado con la más dispuesta de las putas que tiene Memé. ¡Mira, mira! ¡Anda! ¡Adivina!

Y se abalanzó a cerrar los estores de la pared acristalada para darle más oscuridad al despacho. Introdujo la cinta en el reproductor de vídeo y, repentinamente, con gesto de cavilación, se paró en seco.

—Pero ¡espera! —le dijo con voz de alerta—. No escuchará la seta de tu secretaria, ¿no?

—El despacho está insonorizado, venga, ¡ponla! —le urgió Marcelo, impaciente.

Y rompieron en risas incontenidas, revisando la cinta una y otra vez. Ni siquiera Memé había tenido acceso al material, por lo que podían monitorizar la extorsión a demanda, atendiendo exclusivamente al gusto de sus tiempos.

—Joder, Sanjurjo, ¡es la leche! El mundo a nuestros pies. Nada menos que el presidente de la Caja de Ahorros Agraria. ¡Es la de Dios!

—Es bueno, ¿eh?

—¡La de Dios es Cristo, buenísimo, joder, joder! Estoy pensando —y paró de hablar unos segundos mientras cavilaba— que le podemos hacer una campaña. Sí, señor. Le haremos una campaña en el periódico y, cuando se queje, nos iremos a comer con él Lucas y yo. No hará falta ser muy explícitos. Ya te he dicho muchas veces que la gente se orienta pronto. Y escucha lo que te digo, esto nos va de cine para conseguir la pasta que necesitamos para la televisión. Aunque nos tenemos que quedar por debajo de la mitad, eso es lo que de momento nos conviene. Controlar desde la sombra.

Cuando quedó a solas, recostado como le gustaba en su sillón del despacho, Marcelo vislumbró el cielo desplegado a su capricho. Ideó que Abreu llegaría hasta el sesenta por ciento y él no más, para vender sus sacrificios a plazos y cobrar por cada entrega. Sembraría su contribución a España con la música de siempre, y se repitió el estribillo de cuatro estrofas con el que desde hacía días jugaba mentalmente:

«El mando se lo regalo al presidente de la compañía.
Quiero ser un hombre en la sombra, sin poder.
Por patriotismo acudiré al rescate si él se desvía,
aunque malgaste mis dineros, si es menester».

«¡Maravilloso! ¡Todo rima! —se regodeó para sus adentros, pensando en la sedosa tela de araña que iba tejiendo. Le interrumpió una llamada—. ¡Joder con el teléfono!, no falla. Cuando más a gusto estoy, los moscones me huelen para joderme. ¡Porque no saben lo que les espera a ellos!».

—Don Marcelo, es don Manuel Casavieja, ¿le paso? —le preguntó Mariví.

—Sí, claro.

Y se irguió sobre el sillón, despejando la cabeza de otros pensamientos que no fueran las grabaciones del Bom-Bom al presidente de la Caja Agraria. Intencionadamente, impostó la voz para darle más fuerza al discurso.

—¡Presidente! ¡Cuánto honor! ¿Qué hay de bueno por la Caja de Ahorros Agraria?

—Marcelo, siento llamarte para esto, pero es que *La Nación* saca hoy una información tremenda. Nada menos que los gastos de algunos de mis consejeros. Te rogaría...

—¡No me digas más, Manuel! Ni lo he visto, llevo una mañana de locos, pero deja que me ocupe, a ver a quién se le ha ocurrido semejante desafuero.

Al desafuero le seguiría otra tropelía, o atropello, o injusticia, o lo que se le ocurriera decirle a Casavieja cuando el tal Casavieja volviera a llamarle al día siguiente cuando viera la segunda entrega que le tenía reservada. Lucas apostó una mariscada a que no habría llamada, pero él dio por hecho que sí, que acudiría de nuevo suplicante, «como un corderito», en cuanto viera el cariz de la ofensiva. Su olfato tenía una especificidad distinta de la de Sanjurjo, pero estaba igualmente entrenado, en su caso para identificar a kilómetros de distancia el hedor de las excreciones humanas desencadenadas por el miedo. Tufo intenso, por repentino. Como le apestó el infeliz don Manuel cuando al día siguiente, sí, repitió la llamada. Con un hilo de voz. Antes de responder, le pidió a Mariví que llamara a Lucas con urgencia, para que asistiera a la jugosa conversación que, daba por sentado, se produciría.

—Marcelo, ¿sabes ya de quién fue el desafuero? Porque hoy me sacan a mí. ¡Mis gastos! Todo es correcto, pasado por el Consejo, pero siembra las dudas. ¡Un horror, Marcelo, un horror! —dijo el egregio presidente de la Caja con tono lastimoso.

—Sí, Manuel, hoy ya lo he visto, yo mismo te iba a llamar ahora. Se ha despistado Lucas, que algo le pasa estos días; no sé yo, está como desorientado, como si se hubiera enamorado, a ver si me entero. Pero, descuida, haremos un almuerzo con él y te pedirá disculpas. Eso te lo aseguro yo. ¡Y sabes que soy un hombre de palabra! —dijo proyectando la voz con energía, pero sin alzarla para transmitir seguridad.

—No caigo ahora quién es Lucas, perdona, Marcelo.

—Sí, hombre, sí, el que tengo yo por aquí, le llaman el Pulpo, seguro que por el apodo te suena más, todo Madrid le conoce así, porque el hombre quiere abarcarlo todo, pero, como verás, hay veces que ni con ocho tentáculos se alcanzan las cosas.

Lucas Martínez asistió atónito al sobrenombre que desde ese mismo instante supo correría como un reguero de pólvora prendida por todo Madrid. Nadie como Marcelo sabía lo que era hacer una campaña boca oreja, con Sintí, la Bien Pagá, la Cochinita, la Escote XL, la Putilla, el Cadáver. O referencias como «el inútil este», la «enferma mental», la «desequilibrada», el «picha floja». Al fin y al cabo, lo suyo era un blasón, nada menos que el Pulpo, bichos que miran y observan no solo con los ojos, sino con todo el cuerpo. Cuando volvió a

su despacho, buscó en la enciclopedia y quedó alelado cuando supo que los pulpos pueden cambiar de mirada y camuflarse mejor que cualquier otro animal. Lucas se volvió loco con aquello, «¡Que buen tío Marcelo!». Y siguió leyendo: se agarran con ventosas como hacía él y en algún caso hasta llegar a ser letales. «¡Joder, joder, no puede ser más perfecto para mí!», concluyó, en ese estado en el que caía con frecuencia, como extasiado. El jefe le había querido ensalzar. Lo de menos era perder la mariscada o parecer un abrazafarolas.

Ciertamente, el alias le vino a Lucas al pelo por el gusto que, con su ascensión social, le cogió a abrazar bellas mujeres, a las que habitualmente tenía el capricho de doblarles la edad. Aunque todas ambicionaban la pantalla de televisión, a tan egregio destino solo aterrizaban las amantes de más enjundia, lo que Marcelo aparentaba ignorar no sin regocijo porque le iba engordando su tejido de espionaje. Atrás quedaron los tiempos en los que Lucas se distraía con las prostitutas de la calle. A medida que su fortuna fue aumentando y ganó en el control del grupo, fue eligiendo señoritas más distinguidas, a las que paseaba por Madrid en alguno de sus cuatro Ferrari. El color del coche para los paseos se lo dejaba elegir a ellas. «*Love is in the air*», se repetía a sí mismo de vez en cuando.

Marcelo disfrutaba viéndole beberse así la vida, con lo que para él eran pequeños sorbos. Sabía que, si su capataz gozaba de las mujeres, los Ferrari, las copas, el dinero y el alardeo, él se aseguraba de que le vigilara su obra como un sabueso. Un criterio que hacía extensivo también a Sanjurjo. Cuando le llegó el pelotazo de la adquisición de la Universal, los tres compartieron una celebración por todo lo alto en el Bom-Bom. Convertido el bar, tras el éxito de las grabaciones, en otro de sus puntos calientes de Poder. Entre risas y whiskies repasaron cómo Marcelo había enganchado al Gobierno para animar a vender al accionista del momento de la Universal y permitir la entrada de Abreu como presidente en las condiciones diseñadas por él. Marcelo les hablaba como un principito, sentado sobre una estrella contemplando el mundo a sus pies. Aquel ya no le parecía el rutinario sofá de siempre. Desde esas alturas, les relató cómo había «corregido los desvíos» de don Manuel Casavieja y la pasta que le había trincado, que les llegaría a ellos; cómo había hibernado el comprometido vídeo en una caja fuerte del Banco Español; cómo había atado al presidente del Banco con nuevas donaciones, por la confianza de depositar en sus cajeros documentos comprometidos; cómo se había acojonado el director Moneo al saber que lo guardado eran «historias jodidas contra todo dios», tal y como le dijo; y cómo todo aquello quedaba a buen recaudo, por si se necesitaba.

Y rompieron en estruendosas risas en una de las noches más tumultuosas de jolgorio.

—No, no, poca broma. Ya sabéis que conmigo las cuentas no se saldan nunca, son tan elásticas como la propia vida de mis capturados. Eso si no las pagan *post mortem* los herederos.

Y el desparrame por el sofá de los tres, con más sonoras carcajadas, sobresaltó a Memé y la colocó en situación de alerta, lo que no pareció importarle a Marcelo. Con el mismo divertimento, les explicó que en el edificio de la televisión había ordenado construir dos lujosos despachos, uno para el presidente Abreu y el otro para él.

—Pero no me veréis el pelo por ahí, todo seguirá como siempre.

—¿Por qué? Ahí sí que me pillas —le interrogó Lucas con expresión atónita.

A ver, a ver... —le interrumpió Sanjurjo, esperando ansioso la respuesta.

—Sencillamente, porque no nos conviene.

Y les explicó que, en verdad, él debía tener un buen despacho en la Universal porque iba a ser el hombre fuerte del presidente, su asesor en los siempre delicados temas editoriales. Pero la representación prefería dejársela a Abreu, «y que cargue con esas consecuencias, de momento».

Las dos dependencias se construyeron de idénticas dimensiones, pero solo el mallorquín se instaló en la suya. Marcelo, como había avanzado a sus amigos, renunció a su derecho y permaneció en el periódico. Con tono solemne, se lo explicó al presidente.

—Disculpa, José Ramón, pero ahora es importante evidenciar que el único que mandas aquí, en la televisión, eres tú, que para eso eres el presidente. Esto lo tiene que ver todo el mundo desde el primer día, para que te refuerce, que eso es lo que queremos. Para mí el despacho es lo de menos, lo importante es que nada ni nadie te haga sombra. Y, desde luego, yo menos que nadie, ¡faltaría más!

Abreu quedó suspendido en un estado de beatitud indescriptible, bobalicón, prendido en el aire de dos hilos invisibles como angelito en portal de Belén sobre pesebre. Y pensó que, habiendo nacido payés, sus ambiciones en la vida nunca habrían sido tantas, por inimaginables. Sintió el significado de las palabras gozo, oportunidad, suerte. Y dio gracias al cielo. Solo Dios podía haberle enviado a Marcelo, haber puesto en su camino a un ser con una generosidad tan descomunal que desbordaba los límites de este mundo.

Mientras, en el edificio de *La Nación*, Marcelo siguió trabajando como una

laboriosa araña. Programó almuerzos con destacados periodistas, junto al Pulpo y ocasionalmente con Cañaveral, con la consabida fórmula de ser recibidos con masaje y despedidos con el compromiso de una inquebrantable amistad, que posteriormente facilitara al comando marceliano la petición de favores. Aquel fue otro modo de tener un mayor altavoz para sus manejos políticos. En justa correspondencia, la Universal les invitaba a sus programas y *La Nación* les regalaba «subes», noticias y fotos de eventos. Gentes, en apariencia, con las neuronas normales incapaces de detectar la velocidad de los pensamientos de Marcelo y sus inagotables maquinaciones.

—Lucas, para que mi plan siga en marcha, necesitamos hacerle una putada al Gobierno.

—Joder, Marcelo, perdona, pero esta vez no te sigo.

—No hace falta que me entiendas. Sé que no me sigue nadie, ni Abreu con lo del despacho. Es igual. Tampoco me entenderá Clara cuando le diga lo que tengo en la cabeza —rezongó, bajando la voz.

En la cabeza tenía que, ante la magnitud de trabajo, debía trasladar su residencia habitual, de lunes a jueves, al refinado hotel Palais des Courtes, para acometer una diplomacia de manteles que le facilitara su trabajo de lobista con los diputados. Si en sus salones se discutió quién se hacía con el Gobierno de España tras la abdicación del Rey Alfonso XIII, e incluso el presidente de los socialistas salió a su balcón a celebrar el «triunfo del cambio» del ochenta y dos, él, tan amante de las tradiciones y del rancio abolengo, tendría que contribuir en su modestia a mantener las leyendas vivas. Cuando conoció que entre aquellos muros Juan March, el exitoso hombre de negocios admirado por su suegro, pasó largas temporadas en habitaciones de ese hotel, vislumbró su verdadera ocasión.

—Clara, supongo que no tendrás inconveniente en que me instale en el hotel Palais tres noches a la semana. He de trabajar cerca de las Cortes, que es donde en Madrid se mueve todo lo que ahora nos interesa. Tenía otras opciones por la zona, sin ir más lejos el Ritz, que, te diría, incluso me podría gustar más, pero en mi decisión ha pesado que en el Palais se instaló durante mucho tiempo *el abuelo* Juan March. Dile a tu padre que mi elección la he tomado pensando en él, que es mi pequeño homenaje a tanto como nos ha enseñado.

—Verdaderamente es un detalle bonito, Marcelo. Y seguro que a él le gustará mucho cuando se lo diga, porque, ¡pobre hombre, no te conoce como yo! Y aprovecharé para animarles a que vengan a casa, que hace tiempo desde la

última vez que estuvieron. Si quieres, te puedes quedar en el hotel ese todo el fin de semana mientras estén aquí.

Para Marcelo el tiempo era una variable distinta a la de cualquier otro ser humano, que medía en función de diferentes coordenadas como el espacio, la intensidad de las cosas, su luminosidad, el provecho o las oportunidades generadas, conceptos que cada vez se le hacían más complicados de explicar a Clara, cuyos movimientos le parecían eran paquidérmicos, lentos y pesados, de los niños a las amigas y de los estilismos a las citas sociales. Marcelo aún no había comprendido que la mente de Clara se movía a la misma velocidad que la suya. Mientras él elegía la Suite Ejecutiva en el Palais des Courtes, con cama celestial y sala de estar independiente con vistas a la fuente de Neptuno, ella calculaba que tendría que hacer su propio asalto a los cielos.

Quinta parte

EL TRONO

1

CON UNA TELEVISIÓN

Nadie como él sabía lo que era hacer una campaña boca oreja

La relación de Marcelo con el espacio no era elástica como lo era el tiempo. Sus movimientos los desplegaba mayormente sobre cuatro únicos escenarios: el periódico, los reservados de restaurantes, el Bom-Bom y, desde el traslado, también el Palais. La dirección del hotel le ofreció la comodidad de gozar, por un lado, del lujo de las zonas comunes para ser visto en mesa *propia* bajo la impresionante cristalera de la cúpula-vitral. Y, por otro, de la privacidad de las zonas reservadas, como el bar interior decorado en tonos verde botella, donde cerraba negocios quemando finos cigarros puros, encadenando unos con otros.

Hasta que proyectó ampliar sus conquistas desde el Palais, Marcelo se había ganado a empresarios, banqueros y políticos de todo pelo, pero solo había llegado a monitorizar los movimientos del conservador Adrián Ávalos, de la socialista Henar Robles y del catalanista Joan Ripoll. Indudablemente con ellos tres había logrado grandes hazañas, pero su ambición era ampliar el círculo para resguardarse de la caprichosa extravagancia que, de vez en cuando, tenían los partidos de sacar de la circulación repentinamente a algunos de sus cuadros.

—Escúchame bien, Lucas, lo importante es el fin, y el fin es que el Gobierno nos respete. Y para eso, de vez en cuando, hay que hacer que se orienten.

Incluso su lugarteniente, Lucas, tardó tiempo en enterarse que los personajes, los partidos, las circunstancias podían ser cambiantes; lo único inalterable debía ser el método, el de crear de forma invisible un problema, fanfarronear con la oferta de una solución y pasar la factura por el auxilio prestado. Cada vez cobros más onerosos, por lo que las piezas ya eran caza mayor. Para aquel momento Marcelo señaló al vicepresidente económico, Esteban Flores, el hombre fuerte de los dineros y la última voz en el asunto de

las televisiones. Sacó del cajón la fórmula Casavieja y le aplicó indiscutibles mejoras. El tiovivo lo empezaría por su amiga socialista, a la que reclamó una conversación con el portavoz del Progreso, Ignacio Galileo, al que le olisqueaba un buen futuro.

—Ignacio, estos de la Gente están vendidos a los nacionalistas y hay que ponerles pie en pared. Al menos vosotros os negasteis a regalarles España. No tuvieron bastante con lo que pillaron con la investidura, como para que cada año nos vuelvan a atracar con los presupuestos. Así este país derrapa. Con el terrorismo, Guzmán lo está haciendo de cine, y ahí seguiremos apoyando a muerte. Pero en lo demás, iremos a leches contra ellos. Por encima de unos y otros, sabéis que yo pongo a España.

—Sí, sí, claro, y nosotros también. Ya es imposible que vayamos más de la mano. Pero ¿en qué estás pensando, Marcelo? —le preguntó con ansia el portavoz socialista.

—A ver, es delicado. En el periódico tenemos papeles sobre las empresas del vicepresidente económico y su familia. Esto, si lo hacemos bien, les hará mucho daño. Pero tenéis que trabajar también vosotros. Cañaverall os pasará la información, vosotros hacéis una pregunta parlamentaria al Gobierno, y a continuación los periodistas preguntarán a todo dios en el Congreso. Con eso ya tenemos el belén montado.

—¡Joder, qué bueno!

—Sí, porque entrará todo el mundo, y *La Nación* lo recogerá a saco. ¡Ojo, que nadie tiene que saber que os lo pasamos nosotros! O sea, que la mecha es cosa vuestra.

—¡Cojonudo, Marcelo! ¡Es buenísimo! ¿Y dices que tenéis los documentos?

—Todo. El registro mercantil, el de actividades, en fin... Hasta las empresas familiares que se suponen son la pantalla. Y las influencias que mueve Flores, porque ¿tú sabes lo que manda? Pero te digo una cosa, en su partido le llaman el Crisantemo, o sea que más de uno le ve ya en el cementerio.

—¡Hay que ver, menos mal que tú nos cuentas estas cosas! Les diré a los nuestros de prensa que se pongan las pilas, que ni las huelen, es que no se ganan el sueldo.

—Bueno, eso olvídale. Lo importante es que a todos nos vendrá bien que estos tíos vayan teniendo problemas.

Terminado el desayuno, Marcelo se dirigió raudo al periódico, no había

tiempo que perder. Reunió a Lucas para que fuera engrasando la maquinaria de los confidentiales y a Cañaveral para que montara la campaña boca oreja. Pero antes pidió a Mariví que le pasara una llamada.

—Vicepresidente, tenemos que vernos con urgencia. Me llega que los socialistas te van a montar una campaña de cuidado a cuenta de las empresas de tu familia. Quieren hacerte un Waterguerra con eso de que tu familia se está forrando. Es indecente, lo sé, pero ya sabes que a estos tíos les vale todo.

—Me acojonas, Marcelo, porque, efectivamente, ¿qué tienen que ver los negocios de mi familia conmigo?

—¡Olvídate, Esteban! ¡Ahora lo importante es trabajar! Deberíamos preparar ya mismo un argumentario. Y mover todas nuestras terminales mediáticas. Si quieres, en cuanto lo saquen, yo me ocupo. Lo importante es que vayamos coordinados.

El «¡Graaaacias, Marceeeelo!» se lo tomó el interesado como un cumplido pendiente de aceptar el día que el Gobierno tuviera listas y, en orden, las reformas de las leyes de las televisiones que Marcelo pretendía cambiar. Colgó el teléfono con sonrisa diabólica, una debilidad que se permitía cuando no le veía nadie, excepto en contadas ocasiones Mariví. Disfrutó pensando en una araña gigante, prodigiosa, capaz de tejer la mayor tela jamás vista, de una seda tan resistente que pudiera sostener decenas de presas atrapadas. Por su cabeza desfilaron las caras de los más relevantes insectos que había cazado, balanceándose, suspendidos y estremecidos tratando inútilmente de escapar de su siniestra malla. Le pareció imposible pensar en todos. Ni siquiera una mente prodigiosa como la suya podía recordar tanto sin acudir a sus «Cuadernos de Caídos, de Muertos, de Enterrados, de Agravios, de Agraviados, de Tocados, de Objetivos». El deleite de esos pensamientos le acomodaba en una situación de embelesado éxtasis que le hacía temer por sus neuronas. Llamó a Lucas para darle instrucciones precisas de que en la Universal de ninguna de las maneras se levantara el pie al vicepresidente, porque lo que se empieza se termina como Dios manda.

—Pero mucho ojo con los editores en la Universal. Ya sabemos que estos tratarán de colarnos sus morcillitas, con el rollo de la coherencia, el rigor y sus demás gilipolleces —le advirtió Marcelo.

Aquel día su capataz fue mesa por mesa, revisando los vídeos del Área de Nacional que salieron sobre el escándalo. Para poner, y pidió atención porque, les dijo, aquello era importante, el rótulo de Waterflores todo el tiempo. Hasta el

informativo, Lucas revisó entradillas, para poner ahí un «ahora dice» y allí un «era un clamor». Una tarea de brocha gorda de la que se desentendió el director de los Informativos, Andrés Buenavista. Solo el jefe de Nacional le hizo una precisión:

—Creo que deberías poner Floresgate, como en otros escándalos, ¿no?

—No, no. Water, que me he enterado de que eso es agua en inglés y el agua le viene muy bien a las flores, y al hombre ya le van llamando el Crisantemo. Si se muere que no sea por nosotros —remató el Pulpo ante la silente mirada de los redactores.

El capataz volvió al despacho del jefe a explicarle la anécdota del Waterflores y los dos rieron con estruendo al ver confirmado el ruido que desencadenaría el nuevo apodo ideado por Marcelo, cuyos métodos para los enredos cada vez eran más depurados, no así el concepto de la televisión, que seguía siendo el que siembre tuvo: «Una caja tonta para idiotizar a la gente». Su conocimiento del medio era intencionadamente escaso, con preguntas como «con esta noticia no se irá todo a negro, ¿no?», y poco más. El resto tanto le daba. Al carajo con las puestas en escena, la idoneidad de los presentadores, los grafismos, el plató, la iluminación, la postproducción o la realización. La digitalización de la redacción o la escritura con tinta china. Lo importante era que Mariví le pasara la llamada del vicepresidente del Gobierno, que esperaba de un momento a otro. A esa hora almorzaba con Lucas y un diputado del Partido de la Gente. Su intuición, una vez más, no le falló.

—Sí, Esteban. —Y le fue hablando cada vez con más soltura, como si le tomara mayor confianza—. Me acaban de decir que en la televisión han ido a lo bestia contigo, y no será porque yo no me haya dejado los cuernos para que así no fuera. Pero ya sabes cómo es Abreu, un buen tío, bueno, pero todo lo que tiene de bueno lo tiene de incapaz. Se ha creído el cargo de presidente y cede ante cualquier presión. Ahora le ha dado por escuchar a los socialistas. En fin... Creo que deberíamos hacer cambios en la cadena. Si te parece, lo preparamos tú y yo, antes de plantearlo a otros niveles. Y aprovechamos para revisar el asunto de las nuevas licencias, que, por cierto, no os veo por esa labor.

—Pues sí. Y te digo más, me parece que todo es una tarea urgente. Viendo como me han cogido los del Progreso, no sé cómo lo vamos a parar.

—De momento, voy a mandar a Cañaveral a las tertulias de la mañana de la televisión para que te defienda. Y si quieres, también a dos o tres emisoras de radio. A Televisión Nacional podemos enviar a Belén, la subdirectora.

—¿Y esa quién es?

—Una tía cojonuda. Antes era la jefa de nacional y le encantará salir por la tele. Hará lo que se le pida. Tranquilo. Y que sepas que yo estoy dispuesto a lo que sea.

Y ahí englobaba él la culminación de su plan, el haberse evidenciado ante toda la dirigencia del Partido de la Gente como la mejor cabeza pensante del país, sin haber detectado nadie sus sinuosos movimientos. En todos los ámbitos, Marcelo había cosechado una imagen impecable, como el tipo más fiable dentro del panorama mediático español, un hombre dispuesto a hacerle favores a cualquiera, con el único interés de «hacer patria». Por fortuna, «los cualquiera» no se hablaban entre sí, por lo que la generosidad de su mano derecha no la conocía su dadivosa mano izquierda. Misión cumplida tras unos años «de servicio a este Gobierno», concluyó en su argumentario mental. Y en ese croquis, el parapeto de Abreu ya había consumado su papel con creces. A partir de entonces no escaparía al patrón de «tipo tan noble como incapaz», para liquidarle con el olisqueo que a él le daba el tufo de un Gobierno moribundo. Con el cambio de ciclo político a él le convenía tener amarrada la mayoría de la Universal. No sin que antes todos le rogaran semejante sacrificio.

A sus variados cuadernos incorporó el dedicado «a los Agraciados», donde anotaba todos aquellos casos de los que, presumía, él había contribuido a mejorar, y les tenía aún pendientes de cobro. Ahí apuntó la ayuda que, especialmente desde la televisión, le brindó al Gobierno para rebajar la alarma sanitaria que se produjo en 2001 a cuenta de la crisis de las «vacas locas». Debía rentabilizarlo con los mercados que quedaron sacudidos, el sector ganadero y las mesas de los consumidores. Con letra redondilla, que en su lenguaje significaba algo especial, anotó el éxito de haber logrado el consenso de los partidos para sacar una nueva legislación de controles sanitarios. Más difícil fue capear desde la televisión la mayor catástrofe medioambiental conocida por los españoles de aquella generación, la del «chapapote» tras el hundimiento del petrolero Prestige, en el año 2002, y que cubrió de negro la Costa de la Muerte gallega.

—Marcelo, nos tienes que decir a quién llamamos en la Universal, es una barbaridad las cosas que se están diciendo allí. Es cierto que el Prestige es una catástrofe, pero podíais hacer algún reportaje en positivo, aunque fuera con los miles de voluntarios que están limpiando —clamaba Ávalos.

Marcelo pensaba que, como la energía ni se crea ni se destruye solo se transforma, la cantidad de presión recibida era cuestión de colocarla. Durante un

tiempo le valieron las espaldas de Abreu para cargar con el saco del trabajo mal hecho, pero definitivamente vio que el modelo estaba agotado. Decidió que le urgía escayolar al socio. Sabía cómo hacerlo. Lo aprendió con Antón y lo perfeccionó con Vives de Gomáriz. Y pensó en una fórmula magistral.

—José Ramón, yo te metí en este negocio y yo te voy a sacar. Ni por asomo me hubiera imaginado que este Gobierno se pondría a la cabeza de la guerra de Irak. Y claro, si el Gobierno se equivoca, es imposible que la televisión lo haga bien. ¡Y te están echando una mierda, que ni te imaginas!

—Te lo decía yo, Marcelo. Había que levantar el pie —le recordó con tono cansino.

—¡No, hombre, no! Que, como van a perder las elecciones, necesitan disparar a alguien. La han cogido contigo porque están de los nervios.

—¿Pero tú crees que la cosa está tan fea como para que pierdan?

—¡No te quepa la menor duda! Por eso te digo que, si tú fueras mi padre, mi consejo sería que aceptaras ser el Presidente de Honor de la Universal. ¿Has oído lo bien que suena? De honor, sí, señor. Y le damos la vuelta a la situación. A partir de ahora, los marrones me los como yo. Yo me quedo con tu sesenta por ciento y tú con mi cuarenta. Y el dinero que te dé, te lo embolsas para lo que podamos hacer en el futuro, cuando lleguen otros y te puedas lucir. Porque ideas no nos van a faltar. ¡Descuida!

De haber sido una hierba, Marcelo claramente habría sido una valeriana. Quizás en otra vida fue un potente analgésico, una valeriana mezclada con manzanilla, melisa, pasiflora, tila y un buen puñado de amapolas. Y de ahí le vendría el resabio. En ese estado de sedación, Abreu realizó la operación sobre la Universal, todo un asalto de Marcelo para controlar la televisión por si el Partido de la Gente perdía su segunda y definitiva legislatura. Desde que Guzmán llegó al Gobierno, el barómetro del CIS advertía que los españoles estaban en contra de las operaciones armadas en Irak de los americanos y británicos. Cuando en marzo de 2003 se difundió la llamada «foto de las Azores», entre los presidentes de Estados Unidos, Reino Unido y España, con el concurso del portugués como anfitrión, Marcelo consideró que tenía que echar mano de nuevo de su paipái para desplegar el radar político en trescientos sesenta grados. Los nervios que vislumbraba entre los conservadores eran la prueba evidente de que el ciclo político que habían iniciado era una inmisericorde bajada de escaleras, como ya vio descender a los socialistas, cada día, paso a paso, un peldaño más abajo. Hasta el trompazo final.

En la larga precampaña de 2004, las quejas nerviosas de todos —unos por agarrarse y los otros por auparse— se hicieron frenéticas, el mejor termómetro con el que Marcelo midió la temperatura preelectoral. Pensó que tenía que montar un gabinete de crisis, el triángulo marceliano para enfocar el tiro, como en su momento hizo con la caída del presidente García. En la penumbra de su plácido sofá del Bom-Bom, los tres compinches trataron de capear los temporales que les anticipó el jefe.

—¿Cómo van nuestros negocios, princesa? —le preguntó Sanjurjo a Memé, provocador como él era, antes de entrar en enjundias.

—Van, comisario. Aunque ahora la gente tira más de combinados que de las bebidas de hombres. Se nos está amariconando la clientela. Daikiris, manhattans, margaritas, mojitos, todo para darnos más trabajo. ¡Y menos caja! ¡Donde esté un *on the rocks!* —suspiró

—Eres lista, puñetera. Sabes que no te hablaba de eso.

—Pues entonces os mando a unas chicas. Yo no sé de otras cosas.

Y se marchó contoneando airosamente sus generosas carnes. Los tres hombres se quedaron riendo ante la astucia de Madame, que había convertido el Bom-Bom en el templo de los triunfadores Millennials, de la nueva gente guapa y ejecutiva, dirigiéndolo con puño de hierro y envoltura con gasas de seda.

Fue un buen arranque para rebajar los malos humores con los que había llegado Marcelo. Aun con eso, confesó que estaba «hasta los mismísimos», de los nervios con Ávalos, de las ansias de los del Progreso, de la purga de dirigencia en la que estaban, de la tropa de los periodistas, de las madres que les parió a todos ellos, de las putadas que le intentaban colar en la Universal, de lo rojas que eran las redacciones y, en esos tiempos para más inri, de lo guais y pacifistas que todos se aventuran a ser. «¡Y de Ávalos, ni os cuento! ¡No va el tío y me cronometra los segundos que nos ha durado una imagen de apertura! ¡Para mear y no echar gota, es poco! ¡Como si yo les debiera algo! —siguió alzando los decibelios—. ¡Que el tío, con dos cojones, me dice que para esto no me habrían dado la televisión! ¡Como si yo tuviera la culpa de la guerra de Irak, el “No a la guerra”, el chapapote y toda su mierda!» —acabó bramando, en un vociferio amortiguado por la música.

—Pues ni puñetero caso, Marcelo —le trató de apaciguar el Pulpo—. Este, porque te tiene confianza, pero a mí Galileo me hace lo mismo con los segundos. Bueno, incluso me cuenta el número de veces que hemos dado una pancarta. El otro día me dijo que la del «No a la guerra» había salido cinco veces en la

Universal, mientras que en Telemundo la dieron solo una vez. Ya le dije, yo no miro la competencia, no la jodamos.

—A ver —intervino Sanjurjo—, que la cosa está fea es un hecho. Pero aquí lo que nos urge es un plan. Y no tardando.

—Lo tengo. ¿Lo quieres oír? Pues escucha: primero, que no me toquen los huevos —le respondió Marcelo con tono irritado—. Segundo, que gane ahora Mayoral en la Comunidad, que sería nuestro pelotazo. Y tercero, que recuperemos los grandes eventos en el periódico, cojonudos en tiempos de crisis. ¿Queremos más o empezamos por esto?

El whisky les regó con alegría «la buena visión de esto» —le certificó Sanjurjo. «Joder, Marcelo, me pongo a ello, todo es cojonudo» —apostilló el Pulpo, echando mano a la cajita que guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta, abriéndola con cautela, tapada con la mano izquierda para hacerla invisible, mientras el dedo meñique de la izquierda arrasaba con el polvo blanco y se lo llevaba a la nariz. Mirando al tendido lo inhaló, despistándose un instante con las chicas de la izquierda, con nuevo disimulo, mirando hacia la derecha, hasta sorber con fuerza la mucosidad nasal y dar la misión por cumplida.

—Danos unos puros de celebración, Memé —le pidió el comisario, tras hacerle un gesto a la *madame*, que ella atendió con ojos avizores.

Allí, entre la vegetación tropical y los humidificadores de ozono trabajando, el ambiente se fue haciendo más evanescente, para distribuir bien el calculado trabajo. Sanjurjo buscaría alguna exclusiva contra el Gobierno para bajarles los humos. Marcelo envolvería a Mayoral. Y Lucas prepararía algún gran evento, solo con primeras espadas. El comisario pidió otra ronda para celebrarlo y para relajar siguió en tono chistoso.

—Aquel que está en nuestro sofacito para pichones, ¿no es el socialista del Progreso, el del Ayuntamiento?

—¿Quién dices? —le preguntó el Pulpo, avaro de información.

—No sé, no me acuerdo del nombre, el que le daba las leches a Mayoral cuando estaba allí.

—Míralo, nos podría venir bien —le pidió Marcelo—. Dile a Memé que la puta le caliente para que vayan adentro.

Sobre los ardides de Marcelo, Mayoral aprendió pronto, aunque aparentara ignorarlos. Así fue como, para aquella campaña decisiva de 2003, no tuvo dificultad en contratar a las empresas del Grupo La Red para ir de su mano y alzarse con la mayoría absoluta que necesitaba. Fueron estas las que organizaron

actos, contrataron publicidades, elaboraron informes e incluso indujeron las encuestas. A la veterana concejala, los años le habían reforzado el carácter y afilado los colmillos, por lo que Marcelo le ideó una campaña pragmática buscando el voto de las mujeres, un día inaugurando una guardería, al siguiente reuniéndose con colectivos. Mayoral trabajaba la cercanía con la gente como el orfebre bruñe la plata, puliendo cada gesto, con lenguaje coloquial y directo, enfundándose en indumentarias estudiadas para cada ocasión, llamativamente modernas si el encuentro era con jóvenes, casuales en la mayoría de los casos y, en general, vistiendo con marcas españolas de bajo coste para empatizar con las mujeres de la calle. En cada recorrido callejero, la impetuosa candidata acababa literalmente estrujada entre achuchones, lo mismo en una verbena que en los asentamientos chabolistas, donde las familias gitanas le salían al paso con los pequeños moqueando, tirándole del traje para pedirle «Señorita, queremos un piso», un coro que repetían al unísono los niños, los padres o los abuelos. Y los vecinos, todos cobijados entre paredes de hojalata, bajo techos de plástico y cartón.

Las conclusiones que sacaba de las zonas más deprimidas, Mayoral las incorporaba a posteriores discursos, al margen de los argumentarios que le preparara el partido, lo que reforzó su imagen de una nueva manera de hacer política. Su nombre salía entre los cinco políticos mejor valorados del Partido de la Gente, donde no pocos la miraban con recelo, especialmente entre quienes aspiraban a estar bien situados en la carrera por la sucesión de Guzmán. Cualidades políticas que le atraían a Marcelo. Aunque nada como el montón de tesoros que ella administraría si se alzaba con la presidencia. Tentadoras competencias donde él podría manipular procesos de licitación e intermediar a placer. Salivaba con las infraestructuras, que en esos años eran de pelotazo. Con las adjudicaciones de suelo para urbanizar. Con el metro y los trenes de cercanías, imaginando kilómetros de obras para ella inaugurar y él trincar en comisiones. Con la educación, aspirando él a crear una universidad para dar *honoris causa* a quien le diera la gana. Con la reciente competencia de Sanidad, que movía millones, con la posibilidad de abrir hospitales con dinero privado. En aquel 2003, era mirar la cara de Mayoral y Marcelo ver caudales de euros haciéndole chiribitas en los ojos, a cuenta de los cálculos de los tantos por ciento. Mayoral ganó las elecciones prometiendo abrir media docena de nuevos hospitales.

En las municipales, el resultado quedó muy igualado entre los dos grandes

partidos, los conservadores contando más concejales, los socialistas más votos, lo que en una trinchera se interpretó como el comienzo del fin de un ciclo y en la otra, como el estancamiento de la oposición. Ello generó un nerviosismo inusitado en ambas formaciones, ya con la vista puesta en las elecciones generales. Al acecho, el Partido del Progreso con una mano tejiendo alianzas para gobernar ayuntamientos y comunidades, y con la otra redoblando la ofensiva para conquistar La Moncloa. Esta vez ya no era necesario pasear a ningún dóberman, los socialistas habían mordido con la foto de las Azores y la guerra de Irak. Lo demás, como el *Prestige*, fueron aderezos para hornear más el ambiente, potenciadores del ruido para convertir la tensión de una precampaña hartamente larga en una tortura que parecía eterna. Y salpicaba a los medios con nuevas y cada vez mayores presiones políticas.

—¡Lucas! ¡Monta ya los eventos! Esto va a ser la de Dios, se van a matar todos, y nosotros tendremos que torear como nunca —le urgió nervioso, un estado en el que raramente caía Marcelo—. Trae a los dos candidatos a las generales, que se estrenen en *La Nación* antes que en las urnas.

Clara recibió con alborozo la noticia de nuevos eventos cuando la llamó Mariví para comunicárselo, aunque le avinagró por un instante, y rápidamente lo dejó pasar, que no fuera Marcelo quien se lo hubiera dicho. Con apremio, llamó a Carmen, su *personal shopper*, para encontrar un estilismo adecuado con el que empezar con el candidato de los socialistas. Se sentía insegura, porque, «créeme —le dijo—, a estos no les tengo pillados el punto, solo sé que no son como los de antes». Juan Carlos Velasco jugaba a ir más desenfadado, había observado ella en varias publicaciones, repasando a su mujer para encontrarle fortalezas en las que trabajar cuando se los encontrara en la recepción.

—Esta ya es una trucha fría en sí misma, ¿no, Lola? No necesito ya ponerle más aderezos. Porque la veo siempre con el cuello tan estirado que será difícil trabajarla.

—¡No, mujer! Es que tiene cuello de cisne, ¿no ves cómo lo refuerza con el pelo tan corto? Por ahí le podrías entrar, seguro que eso le gusta. Y mira lo de las piedras, fíjate a ver si lleva alguna, porque esta no irá con joyas.

—Sí, eso ya lo tenía pensado. Las piedras no me han fallado nunca.

Llegó el día en el que el candidato Juan Carlos Velasco estrenaba discurso en *La Nación*, con toda la dirigencia del Partido del Progreso abarrotando el salón, pugnando por alcanzar la primera fila. Marcelo le había recomendado que a la mujer del candidato le hablara también de música, «y así no te complicas la

vida, y llevas un argumentario completo». Clara se detuvo en unos saludos cuando a su lado la vio a ella. «Sí, yo creo que es Pilar», se dijo.

—Sí, Clara, estaba esperando para saludarte. Tanto tiempo después... —Y se besaron con afecto—. Más mayor, y tú, como siempre, ¡espléndida! —la piropeó con franqueza.

—Tú siempre tan generosa conmigo —le agradeció Clara. Pero, dime, ¿has vuelto al periódico? Marcelo no me lo había dicho. Bueno, como ahora anda tan ocupado, menos de él, se olvida de cualquiera.

—No, ni volveré. Pero como estos actos me gustaban tanto... —dijo con aire melancólico—. Y este me ha parecido especial. Según están las cosas... Ya veremos. Interesante, en todo caso.

Aquella tarde en la que charlaron animadamente, ninguna de las dos mujeres hubiera imaginado que tardarían más de trece años en volver a verse. No sería en *La Nación*, como siempre había sido. Sería en unas circunstancias muy distintas.

2

UN ENCUENTRO INESPERADO

*Tenía tantos cadáveres en el armario que alguno le pudo resucitar
inopinadamente*

Fue en la noche de la capilla ardiente de Marcelo. Clara había salido de la iglesia con cajas destempladas. Desde que conoció la muerte de su marido, no tuvo dudas sobre el ajetreo que le depararía el día con la organización del evento y la retransmisión en directo, pero en su guion nunca estuvo el plato picante de Lucrecia que se tuvo que tragar. Los agentes del CNI advirtieron a la jefa, Pilar Garrido, en el momento que la viuda y los hijos de Marcelo abandonaban la iglesia de los Jerónimos dando por finalizado el besamanos de las condolencias de un modo más abrupto a lo esperado. Aún no eran las diez de la noche cuando Clara bajó resoplando la escalinata. «Aquí me pegaré un trompazo, no hay quien vea en la oscuridad con las gafas de sol puestas», se quejó para que la oyeran sus hijos. Cubriéndose los ojos, ella buscaba el anonimato ante las decenas de personas que todavía aguardaban en la calle, aunque era difícil que pasara desapercibida. Aún no se había desprendido de la gran flor blanca y negra de la solapa, y las gafas que había elegido para la ocasión no eran especialmente discretas, unas Dolce & Gabbana de color negro ribeteadas con oro en las patillas y el logotipo de la marca realizado en diamantes que destellaban a pesar de la mortecina luz de la calle. Su hija también se enfundó sus Dior para tapar las ojeras. «Pues quítate las gafas si crees que te la vas a pegar —le dijo Beltrán—. Parecéis dos flipadas». Clara rezongó por lo bajo, pero no hubo más comentarios, solo diligencia para alcanzar el que hasta entonces había sido el coche de Marcelo, en el que ya esperaba Tony, el conductor. La limusina había sido despedida tras la llegada estelar. También los focos del plató de televisión se habían apagado. Solo quedaban dos periodistas de Lo Más para intervenir en el programa que aún se emitía en directo, sentados en sendos taburetes sobre un

practicable, una especie de tarima que les elevaba para que el tiro de cámara siguiera siendo la fachada principal de la iglesia. «¡Hay que jorobarse —masculló Clara entre dientes—, todavía queda todo este gentío! ¡Seguro que son todos unos cotillas, que lo único que quieren es vernos hechos un asco! ¡Ya sabrán lo de Lucrecia! ¡Gentuza!».

—¡Ma-máááá! Tranquilízate, anda —la afeó Valeria, bastante más repuesta, mientras se separaba de ella para entrar al coche por la puerta trasera del lado izquierdo, momento en el que vio que su madre era abordada por una desconocida.

—Clara, hace más de veinte años que te conocí —le interrumpió la mujer, de una edad aparentemente similar a la suya, justo cuando Tony ya estaba con la puerta abierta del vehículo para dispensarle a la viuda el acomodo—. Luego nos vimos un par de veces más, siempre en *La Nación*. Desde entonces me has inspirado muchos momentos por tu fuerte personalidad. Sé que no es el lugar de decirlo, y perdona el asalto, pero me ha salido del alma cuando te he visto.

Quien así le hablaba era Pilar Garrido, en la misma puerta derecha trasera del coche, franqueándole con disimulo la entrada. Clara se paró en seco, agarró la patilla de las Dolce & Gabbana, las deslizó por su nariz y la miró por encima de la montura, fijamente.

—¿Pilar?

—Sí, pensé que no me recordarías. Han pasado tantos años...

—De milagro, porque con este trajín de día, he acabado loca.

Pilar se fue desplazando, muy lentamente, para no entorpecerle la entrada. Pero disparando palabras en ráfagas de segundo para entretenerla.

—Recuerdo el primer encuentro. Yo era becaria. Y llegaste con un Chanel, imponente.

—Sí. Era bonito, sí —le respondió con cierto aire nostálgico—. Todavía lo conservo, aunque no me lo pongo nunca.

Complacida por el halago —«Sí, era bonito, sí, con las sandalias de tacón ancho, blancas y negras, tan modernas», recordó—, Clara entró en el coche, bajo la atenta mirada del chófer, que se había retirado un par de metros con su habitual discreción.

—¡Perdona, solo una cosa! —la urgió Pilar—. Esto me ha cogido fuera, no he llegado a tiempo para la misa, ¿podría ir al menos al entierro? Tu marido me dio mi primera oportunidad en el periódico. Y por acompañaros en lo que pueda —remató en tono apesadumbrado.

Desde el asiento trasero, con Tony agarrando el tirador de la puerta para cerrarla, Clara plegó las gafas de sol, le dijo que el enterramiento sería privado —«Sin ni siquiera mis pobrecitos padres, ¡ha sido todo tan de repente!»—. Que le agradecía las atenciones, pero mejor que no. Que no debía ir.

—¡Que más te da, mamá! —le reprochó Beltrán desde el asiento delantero—. No queremos a todos los de La Red, porque hemos dicho que no sabríamos dónde poner el límite, pero donde vayamos a ser ocho podemos ser diez. O los que seamos. Pobre mujer.

La pobre mujer seguía con cara de clemencia, esperando. Nadie hubiera dicho que era la jefa de la Inteligencia del CNI.

—Hombre, desde luego, uno más no estropeará el césped —le contestó a su hijo.

Y, alargando el cuello, sacando ligeramente la cabeza, la viuda miró a Pilar y le ordenó a Tony.

—Dale la dirección de casa, ¡anda! Total, la sabe todo el mundo.

A la mañana siguiente, Pilar madrugó más que de costumbre. Eligió con esmero la ropa que debía ponerse, no pensando en la primera reunión que tenía con el SED del CNI, sino en el entierro de las diez de la mañana. La operación era arriesgada. Clara no era una mujer sencilla, más bien todo lo contrario, inteligente, astuta, ambiciosa y colaboradora necesaria para muchos de los manejos de su marido. Con una vida sombreada que ni siquiera el difunto, estando en vida, probablemente conocía. El micrófono instalado en el despacho de Marcelo por los agentes del CNI, en su casa de Puerta de Hierro, había grabado recientemente una conversación de ella con un tipo desconocido, en la que Clara le comentaba: «Necesariamente tiene que acabar mal, Ernesto, no puede ser de otra manera. Las cosas se afrontan y no hay que darle más vueltas». Casi las mismas palabras que le había dicho ella misma cuando le advirtió «Marcelo, acabarás mal». Los agentes de Pilar le habían contado aquella grabación, pero descartaron ese pasaje sin darle más importancia, ¿chismorreos de salón o de habitación? Qué más les daba entonces, cuando el hombre investigado era Marcelo y no su esposa ni las amistades de ella. Ahora, la cabeza de Pilar recuperó el comentario y pensó que podría serle útil para la investigación.

Sumida en esos pensamientos, Pilar siguió revolviendo en su armario la ropa que ponerse, algo sencillo que no oscureciera a Clara, tonos apagados con algún detalle negro, quizás. Rebuscó entre los chaquetones porque el día estaba

fresco y ahí encontró el detalle justo: un morado oscuro que combinaría con falda negra. «Iré perfecta», se dijo reconfortada. Decidió que llevaría el pelo recogido en una «simple coleta» y botines de tacón ancho para no acabar con unos tacones finos haciendo malabarismos en el jardín.

A las diez menos diez de la mañana, Pilar tocó el timbre de la Casa Azulada. Vigilada desde la acera de enfrente por los dos agentes de la Policía Municipal que la alcaldesa Irene Velázquez había decidido mantener. La fiel servidora Juana le respondió y salió hasta la puerta a recibirla, con la cara de quien ha reído poco en la vida y ha llorado mucho recientemente.

Al franquear la puerta, los ojos se le fueron a la majestuosa piscina que abrazaba la mansión. Bordeando uno de sus laterales, la sirvienta la dirigió hasta el jardín posterior. Allí estaban todos. La viuda, los hijos, el yerno, el comisario, el Pulpo, los dos de la televisión, el presidente del Capital de España, charlando animadamente con el arzobispo Castillejos, degustando café, cruasanes y pastas, bajo la gran pérgola desplegada, mientras los sepultureros abrían la fosa bajo la rosaeda. Con cara de circunstancias, Pilar se acercó al grupo, se presentó como «una amiga no suficientemente agradecida», dio la mano uno a uno, y besos a los hijos y a la viuda.

—¡Clara, te iba a preguntar qué tal has pasado la noche —le dijo casi pegada a su oído—. Pero déjame que te diga antes, ¿es este el Chanel tan divino que llevaste a *La Nación* cuando te conocí? Sí, ¿verdad? —le dijo Pilar completamente segura. Las imágenes de aquella primera visita las había visionado varias veces.

Clara se apartó ligeramente del grupo para responderle en el mismo tono.

—¡El mismo! —Y aquello más que una respuesta fue una exclamación de regocijo—. Me lo recordaste ayer y, mira, he pensado que me vendría de perlas. ¡Qué bueno! Has pasado la prueba, Pilar —le dijo riendo—. Ya veo que te acordabas de verdad.

—¡Huy, es tan precioso! Pero aquella vez lo llevabas con unas medias de red espectaculares. Lo recuerdo como si fuera hoy. ¡Ay, perdona, Clara! Pensarás que soy una frívola, te pido disculpas, ha sido un comentario espontáneo, al verte. Te decía, ¿has podido descansar un poco?

—Bueno, no gran cosa. Valeria, mi hija, que como la pobre no lo esperaba, está destrozada. Beltrán tiene otro carácter, pero ella es una cosa mala. No durmió hasta que llegó su marido, y por la mañana ha sido la primera en

despertar. Ahora dice que quiere ver a su padre otra vez. ¡Un horror! —se lamentó, asomándole ese genio que le caracterizaba.

—Pues tienes tú razón. Quizás eso le impacte más.

—¡Pues claro que tengo razón! ¡Imagínate! No ves que no ha estado refrigerado. Pues estará hecho un asco. ¡Ya me dirás qué va a sacar viendo eso!

Una vez estuvo lista la fosa, los operarios se retiraron y súbitamente se acabó el chismorreó. El arzobispo se acercó al ataúd para encabezar el cortejo, rezar los últimos responsos y rociar al difunto con el agua bendita que le había prometido al párroco de Los Jerónimos. A un lado del porche, el Pulpo, a petición del yerno, había instalado un gran reloj con pie de bronce que marcaba con gran sonoridad las horas en punto y con menor estruendo las medias. Con su aviso de las diez y media fue cuando Clara se dio cuenta de que la conversación previa se le había ido de las manos. Agitando los brazos animó a que todos se colocaran en torno al hoyo, se atusó el pelo y se estiró la falda negra. Alargando el cuello hacia arriba y tirando de la chaqueta hacia abajo, dio un cabezazo de aprobación al fotógrafo para que comenzara a inmortalizar el momento. Rápidamente se repasó la cinturilla y los puños para que no quedaran arrugados, y las cintas negras y burdeos que ribeteaban la chaqueta. Ese día no llevaba las piernas cubiertas con rejillas octogonales, ni las sandalias combinadas con el traje. Había revuelto entre los zapateros de botines y acabó calzándose unos de media caña de color blanco roto. «Estos también le van a la chaqueta —se dijo —, con tacón ancho y puntera cuadrada». «Una tendencia total», le resumió halagada a Pilar cuando esta exclamó: «¡Qué botines tan monísimos llevas!».

En el mismo instante en que Valeria vio al fotógrafo listo para disparar, se acercó a su madre haciéndole a él un gesto con la mano de que esperaba.

—¿Cuándo lo abrimos, mamá? ¡Tiene que ser ya! —la apremió con urgencia.

—Un momento, don José —mandó parar Clara, interrumpiendo al arzobispo en sus primeras palabras, deshaciendo ligeramente el arco que todos habían formado—. La niña quiere ver a su padre, pero su padre ya está en el cielo. No es momento ya, querida, ya le viste ayer —le dijo a su hija, en un estado de paciencia semiagotada—. ¿Le importaría convencerla usted, Eminencia?

Don José mostró un gesto de desconcierto que hizo intervenir al yerno.

—Valeria, ¡vale ya! —le reprobó Javier a su mujer.

Pilar, que estratégicamente se había situado al otro lado de ella, le dijo al

oído que más le valdría recordarle cómo fue en vida y con el último beso que le dio. Que así lo había hecho ella con su padre, y que Dios le había mandado su bendición desde el cielo porque eso les había cubierto de paz a los dos.

—Tengo más años que tú —le murmuró—, podría ser tu madre, hazme caso, hijita, ahora lo mejor es que monseñor le bendiga. Eso nos hará mucho bien a todos y, sobre todo, a él.

La voluntad de Valeria fue fácilmente quebrantable tras más de un día de pesadumbre anímica y mental. En cuestión de segundos se achicó como un globo pinchado, asintió más calmada, Pilar le acarició la melena, la tomó por un hombro, y Clara, que no había perdido detalle de la escena, le dio de nuevo su aprobación a don José Castillejos para proseguir con su letanía. Mascullando un: «¡Hay que ver, la pobre, es que está destrozada de verdad!». Las lágrimas de Valeria humedecieron el ambiente sobrio de los demás presentes.

Nuevos corrillos se formaron una vez acabó el entierro y sus oficios religiosos. Pilar se fue despidiendo de todos los presentes, ofreciéndoles de nuevo su mano y un sentido pésame entre besos a Clara.

—¿Quieres que quedemos a comer un día? Te vendrá bien distraerte.

—¡Uffff, ni te imaginas lo que ha sido esto! —rezongó.

—Podríamos ir por la zona de Almirante, si quieres. Hay sitios chulos, y unas tiendas diferentes. Yo cuando ando por Madrid es donde compro zapatos. ¡Son de morir!

—Pues, mira, sí. Déjale el teléfono a Juana. O mejor, si quieres quedamos ya. Yo podría mañana. Hoy quiero estar con los niños.

—¡Fantástico! Sé de un sitio con un ambiente muy mágico. Eso nos vendrá bien. Si te parece reservo yo, tú olvídate de todo.

«¡Pero no te olvides de ti!», le urgió Pilar a Clara mientras besaba a Valeria y a Beltrán, con singular cariño, como si estuviera reviviendo una escena similar en sus propias carnes y ellos fueran sus pequeños hijos, ya crecidos. Luego se acercó con celeridad al chófer, antes de que marchara a otros asuntos.

—Tony, he quedado mañana con la señora a las dos y media de la tarde en el restaurante La Kitchen, en la calle Prim, número 5. Luego daremos una vuelta por la zona. Para que se lo apunte usted, por favor, y no se le olvide a la pobre. Con estos días tan horribles... —se marchó diciendo.

El encuentro en el restaurante fue como el de dos viejas amigas que, tras largo tiempo sin verse, conversan como si la última vez hubiera sido la tarde anterior. A Clara el lugar le pareció agradable. «Primera prueba superada», se

dijo Pilar, quien desplegó todas sus técnicas de inteligencia aplicadas a las habilidades de una astuta mujer sentada frente a una ladina. Las dos gustaban de los halagos, pero ninguna se los tragaba fácilmente. «Empezaré —pensó Pilar— por pedir la carta, una bebida de aperitivo y yo tomaré lo mismo que ella elija». Le explicó que dejó el periódico porque lo suyo no era el periodismo, que el terrorismo le hacía sufrir, que lo siguió de cerca como compromiso, y que montó una agencia de comunicación que la obligaba a viajar a menudo: «Ahora, bastante a Barcelona». No le dijo que iba a Cataluña por el desafío independentista que se había lanzado desde las instituciones catalanas. Se limitó a darle una tarjeta con los contactos de la agencia que Pilar había registrado para pertrecharse tras ella cada vez que había necesitado dar explicaciones. Una sencilla tapadera que llevaba años usando.

—¡No puedo creer que adores el tartar de atún, Clara! Es lo que voy a pedir yo —le dijo en tono eufórico—. Aquí lo cortan muy bien y lo hacen con un ligero sabor a *wasabi*. ¿Te gusta así? ¿O lo prefieres más fuerte?

Entre risas, alabaron la bendición del atún crudo, la indigestión que les causaban los fritos. «El pan, yo ni lo pruebo», confesó Clara. «Quizás sea el gluten, yo soy intolerante a tope; prueba no tomarlo y te sentirás como una pluma», le aconsejó Pilar. «¡Ah! Pues lo haré; ahora lo que no tomo ni muerta es fruta de postre, me cae como un tiro». «¡Bueno y a mí! Es que la fructosa también es muy irritante para el intestino, la gente no lo sabe. Me hinchaba la barriga para toda la tarde. De no poderlo soportar. Ahora tomo papaya en el desayuno ¡y estoy de maravilla!», fue la horrorosa confesión de debilidad que le describió Pilar, en un exitoso ejercicio de aproximación. Eligieron el menú: una tacita de salmorejo cordobés, «No lleva pan, ¿verdad?», le preguntaron al camarero. Y, para compartir, una ensalada de burratina con tomate, rúcula y avellanas. «Acabaremos con un tartar cada una. Perfecto, sin tostas, ni buñuelos, eso es veneno, te lo aseguro», le insistió Pilar, alimentándole la curiosidad a una mujer que se cuidaba para estar perfecta a sus cincuenta, tanto que aparentaba diez años menos. Cuando les sirvieron los segundos platos, la del CNI entró de lleno en la conversación que buscaba.

—Clara, como durante tanto tiempo he estado muy comprometida contra el terrorismo, tengo entre la Policía algunos buenos amigos, buena gente, que al final es lo que importa en la vida. Me salía del alma decírtelo. Quizás alguien nos pudiera ayudar en la investigación, si la necesitas. Hablo en plural porque me llega que quieren publicar que Marcelo murió con una prostituta. Que, por lo

visto, había tomado varias pastillas azules y que ella le dejó algún recado mafioso. Si eso es así, cuenta con la ayuda que yo pueda darte. Me parece un horror que alguien saque eso.

—¡¡Pues imagínate a mí!! —bramó la viuda—. Pero sí, eso parece, ¡el muy cabrón! —exclamó con ese gesto tan suyo de avinagrar involuntariamente la cara y estirar el cuello cuando quería mantener la figura—. ¿Y quién dices que lo va a sacar?

—Un amigo periodista me ha dicho que un confidencial de esos que se dedican a los enredos, pero no sé más.

—¡Anda que será que no se lo dije! Él crio a esos cuervos, y serán ellos los que le saquen los ojos. Avisado estaba.

—Pero ¿te lo ha dicho ya la Policía? ¿Lo de que pudiera haber sido un encargo? —preguntó Pilar.

—Sé que estaba siendo investigado en la Operación MESO, y la M iba por él. En eso sabes que están empezando ahora. Pero puede que se encuentre mucha porquería contra mucha gente.

—Ahí tu yerno te puede ayudar, parece un chico muy majo y que, por lo menos, me da que conocía muy bien a Marcelo. Y tus hijos, tan estupendos. Los míos son más pequeños. ¡Aún me queda! —exclamó, buscando la complicidad de la otra mujer.

—¿Sabes una cosa, Pilar? Tenía taaaaantos cadáveres en el armario —admitió, acentuando la resignación arrastrando las aes cansinamente—, que no me extrañaría que alguno hubiera resucitado para darle el estoque mortal. Lo de la puta no va más allá. Y sí, es lo mismo que cree la Policía. ¿Quién le pidió que le dejara el carmín y la flor? Eso tiene mucha mala leche. ¡Lo tengo claro! Mi yerno me da la razón. Y vamos, que lo del calzoncillo de Armani, nuevécito, sin abrir, ahí con la etiqueta puesta, en mitad de la barriga... ¡Vamos, que tendríamos que ser idiotas para no ver que a una puta no se le ocurre sola!

Pilar no le dio opinión alguna. Solo un «parece que tiene sentido lo que pensáis». Sus agentes ya estaban descifrando el significado de cada uno de esos mensajes, aparentemente dejados por la prostituta Katia, quien, con aspecto inmutable, como si no estuviera dentro de esa escena, había confesado a la Policía que ella no le veía intención ninguna. «Todo fue espontáneo, ¿por qué le dan ustedes tantas vueltas?». De esa confesión, con gesto extrañado, no se movió Katia, el nombre de trabajo en España de Ekaterina Vinográdov, nacida en San Petersburgo hacía veintitrés años.

—Es que lo de la tipa no es normal —apuntó Clara—. A no ser que también ella fuera otro de sus cadáveres, pero no creo, él nunca se habría tomado muchas molestias en matar a una puta. Sus caídos siempre fueron gente importante, los que le estorbaban en el camino. ¡¿Y tú?! —preguntó repentinamente, como sorprendida ella misma, iluminada por una idea inesperada—. ¿Tú no te fuiste del periódico porque la cogió contigo, no? Porque de este cualquier cosa...

—No, Clara. Aunque me hostigó bastante cuando le dije que me marchaba. No quiso que me fuera. Y eso se le quedó incrustado no sé dónde. Con su carácter, no aceptaba el «no» por respuesta...

De este modo Pilar le dio a entender que el final entre ambos no había sido fácil, pero giró con habilidad la conversación.

—¿Quieres que vayamos a ver zapatos, o no? —le recordó.

—¡Cómo no! ¡Si me has dicho que son divinoss! —Y cambió el gesto repentinamente.

Las dos mujeres caminaron charlando por Conde de Xiquena para coger la calle Almirante. Entre ojeo y tanteo, Clara acabó de echar la bilis que guardaba en el estómago, lo que a buen seguro le facilitó una mejor digestión de la comida, más allá de la eliminación del gluten. Le explicó a Pilar que él incluso le había entorpecido el desarrollo de su fundación por la igualdad de niñas y mujeres que ella había creado en 2005, cabalgando la ola de la progresía desatada por el presidente Velasco. «Hasta me torció que la otra Reina estuviera en uno de mis actos. ¡Descansado se ha ido al otro mundo!», le confesó airada.

—Dicho así, tenías más que razones para habértelo cargado tú —le dijo Pilar, socarronamente, entre risas—. El milagro es que lo soportaras tantos años. Oye, perdona el chiste, pero si es verdad lo que me dices... ¡es que es muy fuerte!

—¡No lo sabes bien! —exclamó en un grito—. ¡Una santa que soy! Él no sé dónde estará ahora, pero si el cielo se gana en esta tierra, ¡yo ya lo tengo ganado!

3

CON EL PIE IZQUIERDO

Admiró a esa izquierda pura, de camisa blanca; para ladridos ya estaba la derecha

«Tengo el cielo ganado» era una de las expresiones a las que Clara recurría cada vez que en vida Marcelo la irritaba, por desdén o por los ajeteos que adivinaba extraordinarios en su marido sin explicación alguna. Circunstancias que ella notó se acentuaron a partir de febrero de 2004, a cuenta del agitado clima electoral. Extremando todas las precauciones, él había afinado su olfato político y depurado sus aportaciones a la propaganda, hasta alcanzar el más alto magisterio jamás conocido antes entre los medios. Pero, no sin desasosiego, porque ni las mejores mañas le amansaron las presiones.

Fue por aquel entonces, cuando pasó del «decimos» o «hacemos» de los tiempos de *La Nación* al «me han dicho» o «han hecho» de la televisión, para repartir los mochuelos que con anterioridad le cargaba únicamente a Abreu. En contra de su naturaleza, a cuenta de la agitación política y social, comenzó a sentir síntomas de nerviosismo, una mezcla de ansiedad y tensión derivada de la incertidumbre, que le delataban las manos temblorosas, bailonas como resultado de la anormalidad en el ritmo de los latidos del corazón. Organizó nuevos eventos en *La Nación*, uno con Guzmán, otro más con Quiroga, el sucesor en el Partido de la Gente, reclamando de nuevo la participación de Clara. Comenzó a mantener conversaciones a dos bandas con el Gobierno y con la oposición, con el propósito de corregir la cojera derivada de la marcha ladeada a la derecha de los últimos años. En ese caminar, con los pies al mismo compás, mantuvo sus consejos matutinos con Ávalos, y propició frecuentes encuentros con los socialistas, de la mano de Ignacio Galileo. El Partido del Progreso había tumbado de sus listas para las generales a buena parte de sus contactos y conocidos, entre otros a su amiga Henar. «Una vuelta a empezar con estos tíos,

hay que joderse, qué fatiga» Que, él interpretaba, le devolvía, «¡qué cansino, a mi edad!», a la casilla de salida.

Fue a partir de entonces, en que los dos grandes candidatos a la presidencia del Gobierno aspiraron por primera vez a ese cargo, cuando Marcelo pensó que el poder era un carrusel aún más enloquecedor que el periodismo. Definitivamente. Al fin y al cabo, los medios de comunicación, y sus ejecutores, como era su caso, trabajaban a borbotones al ritmo con el que latía el corazón de la política. Con aquella deducción trazó una línea que, según le confesó al Pulpo, «será histórica, esto lo estudiarán nuestros nietos en el colegio». Se refería a las tablas de la ley que a partir de ahí trazó para sí mismo, cuyo primer mandamiento fue la obligación que se autoimpuso de controlar él a los políticos, y no al revés, como hasta entonces había sucedido.

—Hasta los cojones estoy de que esos tíos nos digan lo que tenemos que hacer, Lucas, y cuando lo hacemos, tampoco se quedan contentos. A partir de ahora ni puñetero caso, bailarles a todos, sí; pero la música y el ritmo los marcaré yo. ¿Has oído?

—Sí, y me parece bien. Tú eres más sensato que todos ellos juntos.

—Exactamente, muy bien dicho —apostilló ufano.

A España todavía le tocaría sufrir el trágico atentado yihadista del 11-M, diez explosiones simultáneas en cuatro trenes, que arrancaron en la estación de Atocha, en plena hora punta, cuando en los vagones no cabía un alma más, abarrotados de mujeres, hombres, niños, jóvenes, viejos, enfermos que habían madrugado para cumplir en el trabajo, los estudios, la guardería, la consulta médica. Ciertamente, el corazón de los españoles se congeló, a las siete horas y cuarenta minutos de la mañana, entre el pánico, el terror y el dolor por la masacre brutal e indiscriminada de vidas inocentes. Ciento noventa y dos infortunados conciudadanos murieron entre el amasijo de hierro y el olor a dinamita quemada, y más de dos mil víctimas quedaron amputadas, con el cuerpo y el alma desfigurados. Miles de seres humanos, los incontables, sobrevivieron a la pesadilla, cargando hasta el fin de sus días con una vida cercenada, mutilada sin sus seres queridos. Fue el ataque terrorista más brutal padecido en nuestro país y en toda Europa. La gestión del atentado por parte del Gobierno y el acoso de la oposición, llamando a manifestarse en las sedes de los conservadores, zarandeó al país y lo agujereó como un harapo. Hubo quien habló de «ciberturbas», dedicadas a convocar, por primera vez a través de las nuevas tecnologías, invitando a pasar mensajes contra la guerra, el Gobierno o la

televisión. Los SMS aumentaron un veinte por ciento en la jornada de reflexión y doblaron esa cantidad el día de las elecciones. Ahí nació una nueva era de la comunicación política. Y un periodismo convertido en *agitprop*. Se volvió a reabrir la herida de las dos Españas, que la Transición había taponado. La ciudadanía, confusa, buscó información de manera ansiosa, con la sensación de estar recibiendo, radiada y televisada, la reapertura de la histórica fractura social española. Por primera vez en democracia, la Junta Electoral Central, reunida de urgencia, clamó porque la votación electoral discurriera con «orden y libertad». Pero la insuperable visceralidad de los españoles llenó las urnas de votos emitidos con las tripas. Los socialistas se alzaron con la victoria, dándole la vuelta a todas las encuestas.

El olfato de Pilar, de los agentes del nuevo CNI, de la Policía Nacional, de la Guardia Civil, tan bien entrenados para luchar contra ETA, hizo que avistaran que el nuevo enemigo terrorista que se había adentrado en esta nuestra casa, llamada España, se llamaba yihadismo. Venía para quedarse por un largo tiempo con proporciones galácticas y con métodos diferentes a los conocidos por los españoles. Desde esa mirada global, ETA quedaba reducida a una lucha aún más absurda, diminuta, vecinal y trasnochada.

Marcelo olisqueó la misma sensación de derrumbe pero sin identificar ni siquiera un cuánto ni un porqué. Pero intuyó que el ciclón socialista que llegaba con nuevos aires le arrasaría. La caída Henar le había informado que los nuevos del Progreso pretendían hacer de Juan Carlos Velasco la referencia del socialismo, no del reformismo, como iban diciendo había sido García. Hablaban de ruptura para transformar la sociedad de verdad, sin anestesiar a la gente como los del Progreso habían hecho hasta entonces, que aquello ni era de izquierdas, ni Cristo que lo fundó. «Esto no hay quien lo entienda», se lamentaba Marcelo, pensando que la nueva generación política, más joven y dinámica, llegaba para arrollarle.

—Todo me encaja —apuntaló Ripoll, cenando con Marcelo en el Palais—. Por primera vez en todos estos años, el partido ganador no está negociando la investidura con nosotros ni con los moderados vascos, sino con los republicanos catalanes y con la izquierda radical. Quieren ir de «somos lo auténtico», efectivamente, y en consecuencia todo lo que hagan tendrá aspecto revolucionario.

—Por primera vez no te pillo, Joan —le dijo Marcelo.

—Muy fácil: el que no se sume, será derecha casposa. Ya habréis visto que

hablan de derecha extrema.

—Bueno, y eso ¿dónde me coloca?

—Pues que te ven igual, Marcelo. Que desde el 13-M eres pura caspa. Quieren gente de los suyos, los del «pásalo» y todo eso. Se creen con esa misión histórica, qué quieres que te diga. La verdad.

—Perfecto, está bien, ya me has dicho bastante. A mí estos tíos no me conocen. Compraré el mejor champú anticaspa del mercado. Y se irán enterando.

El habitual mudo y sordo Pulpo se había acostumbrado a apaciguar sus momentos de tribulación silentes pasándose unas rayitas de finísima coca para sobrellevar el frenético ritmo de su mundo de Ferrari, Armani, Macallan, fiestas y chicas. En aquella cena de confusión entre Marcelo y Ripoll, él estuvo a lo suyo, acompañando, como era habitual, de forma discreta. Intentó una vez más disimular cuando echó mano al bolsillo, sacó la cajita-pastillero que contenía el polvo blanco, hendió el dedo meñique con disimulo y lo inhaló con fruición, antes de pasearlo por el interior de ambas ventanas nasales. Solo el acto de esnifar le producía un bienestar puramente psicológico, sedante de ansiedad, antes aun de que la toxicidad le alcanzara la sangre y le regara el cerebro. Ese efecto anestésico le invitaba a hablar sin corsés.

—Sí, Marcelo, pero me temo que no hay tiempo que perder. Si van a por nosotros, tienes que actuar ya.

«¿Y cómo queréis que lo haga?!», les preguntó irritado a los dos. Los nuevos gobernantes, empezando por el presidente Velasco, habían llegado con una diferente idea de lo que hasta entonces había sido la comunicación política, para un tiempo distinto.

—Esto se llama *storytelling*, Marcelo —le comentó Paco Sotillos, afamado periodista por brujulear entre el poder ganador, lo que enseguida olisqueó él. Consiste en contar historias cercanas a los ciudadanos para impactarles en sus emociones. Así se les capta mejor.

—Si tú lo dices... Bueno... —le respondió con la misma cara que habría puesto ante una explicación de física cuántica.

—A ver, es muy fácil, se trata de contar a la gente buenos rollos para comerles el coco.

El nuevo gurú que le aconsejó estaba en lo cierto. El *storytelling* era cautivador, un género de comunicación política nacido con éxito en los Estados Unidos hacía unos años, que los socialistas habían ensayado exitosamente en la campaña electoral. El resultado percibido era que al pueblo llano se le cautivaba

mejor con mensajes líquidos, cortos, contruidos con eslóganes, impactos, frases hechas y hartamente repetidas. Mucho mejor que con espesos discursos. Y, como elemento esencial de la innovadora comunicación, las formas eran especialmente importantes. Con esa inspiración, los primeros argumentarios para los recién estrenados ministros, diputados y senadores les recomendaban dar imagen de cercanía, sonreír en los posados y no perder la calma en sus intervenciones de radio o televisión. Consejos que coincidían de la A a la Z con los informes que comenzó a elaborar Inforpol. «Para ladridos ya estaba la derecha —les aconsejaba Marcelo en su argumentario a los nuevos gobernantes—. La izquierda debía presentarse pura». Y así fue como la dirigencia del Partido del Progreso fue apareciendo ante la sociedad española, con camisa blanca, imagen angelical para aplicar radicales políticas y excluir a la derecha. Velasco hablaba de diálogo, mientras se iba embutiendo en diferentes camisetas. La de un líder con ideario paritario, con un Gobierno formado por igual número de mujeres que hombres. Feminista, impulsando la ley contra la violencia de género. Vanguardista, prometiendo un futuro Ministerio de Igualdad. Pacifista, con el inmediato gesto de sacar a las tropas de Irak. Dialogante, promocionando la Alianza de Civilizaciones. Progresista, no de boquilla como hicieron sus hermanos mayores. Igualitario, legalizando el matrimonio homosexual. Solidario, regularizando la inmigración ilegal. Federal, con una visión discutible sobre el concepto «nación». Los «ismos» y los «istas» se pusieron de moda entre lo que se llamó gente «comprometida». Con un calendario apremiante, «como si llegaran a la fiesta y tuvieran que darse a conocer con media docena de tarjetas de presentación, en donde primara el diseño», relataba Marcelo escocido.

—¡Joder, y para colmo ha nombrado a Ignacio Galileo ministro de Defensa, para uno que teníamos amarrado! Porque a mí que saque las tropas de Irak me da lo mismo, pero ya me dirás para qué nos sirve este tío, a nosotros, a partir de ahora —se lamentó Marcelo—. ¡En Defensa, pero eso qué es! —tronaba—. Sanjurjo, encárgate tú del tipo de Interior, sabes que este no me gusta ni un pelo. Y yo me pondré con los vicepresidentes. Porque como no nos hagamos con alguno de estos dos, estamos perdidos. En eso tiene razón el Pulpo. Hay que actuar ya.

En una semana Marcelo le había dado la vuelta a la calamidad. Estudió las debilidades de los ministros que con más premura le interesaba captar, para acudir en su auxilio. Y consiguió concertar varios desayunos y almuerzos con diferentes cuadros del Partido del Progreso. Atendiendo a sus exiguas

posibilidades, comenzó por el ministro Galileo. A este le llamaría para felicitarle por la retirada de las tropas de Irak, «Total —pensó Marcelo—, Guzmán nunca se va a enterar, y yo tendré que sobrevivir. Al fin y al cabo, el gilipollas de Flores no me dio la otra televisión». Dicho y hecho. Quedó para almorzar con Galileo y preparó un argumentario. Le garantizaría el apoyo de sus medios para explicarse. No habría ningún mal comentario sobre el monumental enfado de los aliados de la Alianza Atlántica con el viraje español. Y le atacaría por su debilidad. Dado que Galileo era un católico confeso, le conmovió con una oferta de colaboración con la Iglesia.

—Oye, y aquí, con los curas, yo estoy para ayudaros. Sabes de mi estrecha relación con el arzobispo de Madrid y con el presidente Episcopal, uno de los que mayor influencia tiene sobre el papa. No olvides que con los obispos, como no tengáis mediación, vais de cráneo. Me consta que os han recibido muy mal, creen que si cumplís con vuestras promesas sociales os situaréis fuera de la democracia. ¡Es fuerte, ¿eh?! Y muy injusto, con la pasta que les estáis dando. Pero es lo que hay. Y yo con *La Nación* les tengo muy bien pillados.

—Es que el fundamentalismo católico no soporta que un socialista sea cristiano, como yo —le respondió Galileo con tono de resignación—. Y de lo que no se dan cuenta es de que el laicismo del presidente es de boquilla. Si Velasco es un tigre de papel.

—¡Olvídate de Velasco! Ellos van contra el Gobierno. Y os quieren dar un escarmiento. Prepararos para la encerrona que os van a hacer en el Vaticano cuando vayáis con los Reyes. Toma nota de lo que te digo, porque será. Informa solamente al presidente, porque aquí me la juego, Ignacio. Estas cosas son muy delicadas.

—Le comentaré que te has ofrecido a ayudarnos. Lo que me cuentas nos será muy útil. Y el presidente te lo agradecerá mucho.

—Sí, firmemente. Aun así, España necesitaba una televisión verdaderamente de izquierdas, por si le quieres ir avanzando la idea. Entre tú y yo, esto es urgente. Creo que deberíamos hablarlo en serio.

Marcelo comenzó a expandir, como un gurú iluminador allá por donde olía izquierdas, el argumento de que si el Partido del Progreso había sido un crisol en la campaña electoral, denunciando la manipulación que hizo la Televisión Nacional a cuenta del atentado del 11-M, al Gobierno le convendría, tirando de ese reluciente *claim* de libertad, pasar a la «Historia de España», con mayúsculas. Para ello, solo tendrían que nombrar a un director de la cadena

pública con imagen de independiente. Eso les permitiría apropiarse del discurso de la despolitización renunciando al mangoneo mediático, una generosidad nunca vista, en su caso por su vocación de servicio público. La hoja de ruta la explicaba Marcelo de forma sencilla, de boca a oreja para que le llegara al presidente Velasco: primero, el Gobierno tendría que hacer un plan técnico de Televisión Digital Terrestre y luego, para relanzarlo, debería revolver un poco en las licencias, permitir la aparición de pequeños canales, generar barullo, y ahí, en medio del lío, colar un canal analógico de izquierda pura, «lo que se dice una izquierda como Dios manda, no las gilipolleces que habéis tenido hasta ahora». El nuevo plan técnico nacional para la TDT nació en el verano de 2005. Por aquel entonces, en el tiempo récord de un año, Marcelo ya brujuleaba con comodidad entre las moquetas palaciegas de La Moncloa y los ministerios del Progreso, ofreciendo consejos con la aguda orientación auditiva, olfativa y visual, como hacen los peces en el agua.

—Ministra, tú que eres la titular de las tecnologías, dile al vicepresidente sobre la urgencia de que saquéis este canal ya mismo. Europa nos va a forzar a apagar todo lo analógico, y, o lo hacéis ahora, o ya no podréis hacerlo nunca. Y tenéis a vuestro electorado huérfano de información. ¡Una barbaridad! ¡Una indigencia política! ¡Lo nunca visto en gente como vosotros, que sois la vanguardia de la comunicación!

—Pero ¡¿cómo vamos a hacer eso?!

Y ahí, en esa generación del caos, él llevaba la solución.

—Dentro del plan. Lo tengo todo: el proyecto, la inversión y hasta el nombre: la televisión Lo Más. No me digas que no te suena bien, ¡si es la leche!

—Bueno, lo hablaré con el vicepresidente y te digo.

—Pues a él y al presidente Velasco también, les cuentas que es urgente no solo porque nos lo imponga Europa, sino porque, además, estas cosas hay que hacerlas a comienzos de una legislatura para que no os penalicen. De aquí a las elecciones, la oposición habrá perdido la voz desgañitándose, y la gente ya no se acordará de nada. Y menos si tenéis una televisión solo para vuestra propaganda. Ahí también os podría ayudar yo.

—¡Qué maravilla, Marcelo, tendríamos que replicarte!

—Fuera bromas, hasta remediar la parálisis en la que estáis, yo ya me he ido moviendo. He orientado la Universal al centro, al centro-centro, no damos ni una sola crítica hacia vosotros. Miradlo, para que alguien me dé las gracias. Díselo al presidente, por favor, porque es bueno que lo sepáis todos.

—Pero la Universal es de derechas, Marcelo, eso lo sabe todo el mundo.

—¡Era de derechas! ¡E-ra, e-ra! ¡Ya no!—enfaticó con mucho retintín—. ¿No ves la crisis en la que he metido a los de la Gente? ¡Si están que no levantan cabeza, con un líder noqueado! En esas les he metido yo.

—¡Qué me dices!

—Lo que oyes. ¿Cuántas veces tendré que decir que yo no soy un tío de partidos sino de personas? ¡Y si Guzmán se creyó Dios, pues qué culpa tengo yo! ¡Y si el nuevo, el Quiroga este, no tiene nervio, pues lo mismo! ¡Y si tu presidente tiene las ideas claras, pues que le duren! A ver, a Velasco ya le iré conociendo, pero, hasta donde sé, este es un tío de palabra y de ideas fijas. Lo que necesita España, un poquito de nervio pero con buen talante. ¡Sí, señor!

—¡Exxxx-acto! De palabra y de talante. ¡Lo has clavado, Marcelo! Mucho talante.

—Pues repetidlo, tenéis que machacar a la gente con estas dos ideas, sí, señor, palabra y talante. Y dile al presidente, por favor, que por nosotros no quedará.

«Hay que joderse lo capullos que son todos los políticos, lo que le hacen a uno trabajar, con lo fácil que podrían ser las cosas», marchó farfullando Marcelo desde que abandonó el reservado del Palais, en el que desayunó con la titular de Industria, hasta que llegó a su habitación. Verdaderamente, sentía que aquel encuentro le había producido fatiga. No era la primera vez que les explicaba lo de la TDT, que la Universal estaba en el centro, que les ayudaba con la Iglesia y que les rebajaba lo que él calificaba como «las barbaridades que se les ocurren en el Consejo de Ministros». ¡Con lo fácil que habría sido hincharse a sacar por la televisión inmigrantes invadiendo las calles! ¡Si hasta el barómetro del CIS situaba la inmigración como la primera preocupación para casi la mitad de los españoles! Y no, todo lo contrario, en la Universal, la inmigración salía como una bendición que nos caía del cielo. Y, encima, él aconsejaba al Gobierno tener una televisión a su medida, a mayor gloria del progreso de España, de su partido y de la izquierda. Frente al espejo del baño, en el que se miraba sin verse cuando le azuzaban las dudas, se preguntó si es que entonces lo que querían de él es que se bajara los pantalones bajo la bóveda del Palais, donde desayunaban todos los diputados. El espejo le devolvió una imagen que aquel día no le gustaba, quizás porque reflejaba demasiadas preocupaciones. Resolvió, sintiéndose jorobado, que, ante tipos tan cerriles mentalmente, lo mejor sería darles hilo a la cometa, dejarles que se ahorcaran solos en sus locuras, sin ayudarles en sus relaciones

con la Iglesia, hasta que les faltara el aire y cayeran asfixiados, faltos de oxígeno.

Del baño fue a la habitación. Se descalzó, dejando los zapatos a los pies de la mesilla, como tenía por costumbre. Se aflojó la corbata, tiró la chaqueta sobre la cama y vio un sobre encima del escritorio. «¿Y esto qué es!?!», se preguntó. Lo abrió con desinterés. Era una invitación que le mandaba su propia mujer a la presentación de la Fundación Clara Cirer, presidida por ella misma, para «educar en la igualdad dentro de las escuelas». Cogió el teléfono y sin pensarlo marcó su número:

—¿Qué coño haces, mandándome esta gilipollez aquí!? ¿Me puedes decir esto qué es?! —le preguntó con un tono agrio, como si escupiera las palabras.

Ella, calmada como si hubiera estado toda la tarde y noche esperando esa llamada, le explicó que era una idea para dar respuesta a la corriente de igualdad de oportunidades de mujeres y hombres, empezando por la escuela, que circulaba imbatible por todo el planeta, a la que se sumaban las reinas y esposas de los dignatarios más destacados del mundo.

Mientras la escuchaba, con gesto iracundo, pensó: «¿Y esta puta qué me dice? Claramente la educación a ella le importa una mierda. ¡Esto lo ha hecho para tocarme a mí los huevos! Y encima no aparece el Russo por ninguna parte. Se lo ha borrado de un plumazo».

—¡Acojonante, es acojonante! —acertó únicamente a decirle, henchido de impotencia, como si una vena rota le hubiera paralizado el cerebro.

—¿Por qué, Marcelo? ¿No me dirás que no es una idea preciosa? —apostilló con voz sedosa—. Que reforzará tu humanidad y modernidad, que falta te hace. Y todo el mundo sabe que soy tu esposa.

Ahí fue cuando él colgó el teléfono, como si el imaginario ictus le hubiera desplomado. Las neuronas del cerebro que aún le trabajaban le repetían: «Esto solo lo hace para aparecer ella sola en los eventos y hacerse fotos. Para darme en los morros porque yo no la saco de paseíto».

Tiró la invitación sobre la cama. Y se dejó caer él encima. Sabía que la invitación añadía una nota manuscrita de su mujer con un escueto mensaje que no quiso leer. El whisky acabó por dejarle rendido, aplastando el mensaje que se despegó de la barriga a las cinco de la mañana, cuando volvió a despertar inquieto. Entre una nebulosa de resaca, sueño y cabreo, cogió la tarjeta y la trató de leer, marcando la distancia para enfocar la visión, borrosa por la presbicia y la

escasa luz. «Como es un asunto personal, no he querido hacértelo llegar al despacho. Espero que te guste la idea. Clara».

—¡Putaaaaaaa! —se le oyó gritar en la *suite*, también ejecutiva, de al lado.

En los últimos tiempos, a Marcelo solo se le destemplaba el carácter con ella, lo que le había convertido en un ser atrabiliario, con genio destemplado de puertas para dentro de casa. Esa vez estaba fuera, pero sintió la larga mano de Clara como un puño cerrado. Releyó la nota, una y más veces. «Ya está bien — se dijo—. ¡Que le den! Son las cinco y media de la mañana, tengo que seguir durmiendo». A las seis, con la inquietud que da la oscuridad de la noche, se levantó. «Por lo menos escucharé a Carlos Herrera, que este siempre está de buen humor». Conectó la radio, pero su cabeza no desconectó de Clara. Volvió a releer mentalmente su mensaje y entre dientes farfulló, con tono despectivo: «¡Será pedazo puta!».

Notó que necesitaba refrescarse en el lavabo inmediatamente, antes de la ducha. Otra vez, frente al espejo, secándose la cara, se repasó de arriba abajo, mientras cavilaba en lo que había sido su matrimonio. Y decidió dejar a un lado esos pensamientos. «Nada en su mundo debía ser tóxico, y Clara para él era lejía de fregar», se dijo. Y dio por zanjada la cuestión. Decidió centrarse con urgencia en el trabajo. Ocuparse en ser mortífero con el Gobierno. «Estos sí que me han tocado los huevos de verdad, más que otras veces». Hablaría con el Partido de la Gente, les pondría la cabeza como un bombo a cuenta de las políticas extremas de Velasco; les explicaría que la ley de memoria histórica que preparaba el Gobierno solo tenía por fin perseguir a la derecha con el fantasma de Franco, levantando las tumbas de la Guerra Civil. Les agitaría el laicismo como el espantajo que deberían frenar. Y les aconsejaría convocar manifestaciones contra el matrimonio homosexual, para que los curas salieran a protestar a la calle sosteniendo la misma pancarta que los conservadores. Generaría el caos en todos los mundos. Engañaría a todos. Crearía un estado de confusión en el que se enredarían unos con otros. Solo él quedaría a salvo, el muñidor del monumental fárrago, con la mano escondida, capaz de hacer germinar las más brillantes ideas en medio del desorden.

Apagó la radio para avanzar con más concentración en sus pensamientos tóxicos. El placer se le fue esponjando por todo el cuerpo, como si borracho de alcohol y drogas toda la sustancia negra de su sistema nervioso estuviera trabajando a toda máquina para liberarle toneladas de dopamina. En su adicción al poder, toda intriga le parecía poca. Su cerebro le reclamaba más y mayores

dosis de la hormona de la felicidad, como el drogadicto necesita nuevas ingestas de su estupefaciente para no sufrir el temido *craving*. Posó los ojos sobre el teléfono y pensó en llamar a Pilar. Se detuvo. Se sentó en la cama. «No puedo llamar a estas horas». Se derrumbó. Cogió el teléfono y marcó.

—Sanjurjo, tenemos que...

El comisario no le dejó acabar la frase.

—¿Qué!? ¿Pasa algo?! Son poco más de las seis de la mañana.

Las seis, las tres o la una, tanto le daba a él la hora que fuera. Todos los suyos sabían que su cabeza podía reposar sobre una almohada, pero eso no significaba que la suspendiera en ningún limbo. Y si la había levantado, no había más que hablar.

—Sí, Sanjurjo. Que tenemos que dejar de ser buenos. Quiero que me propongas cien putadas a las nueve de la mañana. De todas, alguna me valdrá.

Hacía tiempo que Sanjurjo había pensado que los negocios de comunicación, consultoría, seguridad e inmobiliarios de los dos socios se les habían quedado pequeños. Y trabajaba en presentarle nuevas propuestas. Pero aquella llamada, intempestiva, de un Marcelo ido, le inquietó. Orilló el pensamiento y siguió su ritmo. En tres horas, Marcelo tendría una, solamente una propuesta que le volvería literalmente loco de gozo. Le conocía bien, y estaba seguro. No se equivocó.

—Te propongo crear una empresa de formación jurídica para que reputados jueces, magistrados, fiscales y policías desfilen dando charlas, al son de nuestra llamada, sin sospecha alguna. A los alumnos les daremos un máster, que será la de Dios. ¿Qué te parece? ¿Quieres más?

—¡Genial idea, Sanjurjo! —exclamó un eufórico Marcelo—. ¿Con esto me estás diciendo que captaríamos a los jueces y fiscales que necesitamos? ¿Y a quién vas a poner ahí?

—Un abogado con nombre. Con eso nos basta. Solo necesito de ti una cosa, que hables con la presidenta Mayoral para que la Comunidad nos homologue el sistema y podamos dar títulos como los del Colegio de Abogados. Estos se cabrearán, pero ya lo arreglaremos. Les montaremos algún premio o lo que se nos ocurra.

Marcelo admiraba la inteligencia en los otros, como motor para sentirse retado y desarrollar él la suya. La hormona de la felicidad se le desparramó desde los pulgares de los pies hasta las puntas del pelo. Por primera vez temió ser bipolar porque lo suyo, claramente, era ciclotimia. Tras mandar al carajo a su

mujer, durante dos horas la imagen inalcanzable de Pilar le había hundido en la miseria. Y en ese momento se sentía exultantemente eufórico.

—Pero tengo más. ¿Lo quieres para hoy? ¿O lo dejo para otro día? —le propuso Sanjurjo retador.

Ansioso, Marcelo se levantó del sillón de la mesa baja y se sentó junto a él, en el mismo sofá contiguo.

—¡¡Di!! —le urgió, sin moderación.

—¿Te imaginas tener un par de asociaciones con paraguas jurídicos que nos permitan personarnos como acusación popular en los casos que queramos. En los procesos judiciales. Entiendes, ¿no?

—Más o menos.

—Fácil. Desvirtuar cualquier proceso judicial a lo bestia. A ver, entiéndelo, como a-cu-sa-ción —le repitió, enfatizando cada sílaba—. No fabricando pruebecitas, como ahora. Y el juez nos tendría que dar los sumarios. Completitos, para echarles un ojo a la vez que las defensas. ¡¿Qué!?

Por unos segundos, la mente de Marcelo se quedó como suspendida, desenchufada. Se activó como por ensalmo.

—¡Acojonante, Sanjurjo, acojonante! ¡Magistral idea! —vociferó como fuera de sí—. ¿Pero esto cómo funciona? —siguió preguntando, ansioso—. ¿Que si yo quiero tocarle las narices al Rey, voy y me persono contra su yerno, y ¡listo!?! ¿Es eso?

—Hombre, lo tiene que aceptar el juez. Pero, sí, es eso. Trabajándolo bien, ni el juez nos puede decir que no. Está claro.

—Pero igual que te he dicho el Rey, te digo el presidente del Gobierno. ¡Es que esto que dices, Sanjurjo, es una máquina de tocar los cojones nunca vista! ¡¿De dónde te has sacado esto, tío?!

Y rompió a reír entre estruendosas carcajadas, murmurando: «Joder, joder, joder...», como si los fascinantes calificativos se le hubieran acabado. Con Sanjurjo delante, con una risa incontenible, echó una ojeada al televisor que le daba en el despacho el programa de la Universal. Y volvió a sentirse el principito sentado sobre una estrella, con el mundo a sus pies.

—Lucas, ocúpate de que no salgan muchos negros en la televisión, que no parezca que nos están invadiendo con la llegada de pateras. La derecha no se enterará de que lo hacemos y este favor se lo venderé bien a Velasco. ¡Que hoy es mi día!

Media hora después, Lucas, acompañado por Fierro, desembarcó en el

despacho del director de informativos de la Universal, para explicarle que, si el Partido del Progreso ganó las elecciones apelando a «una España mejor», ellos no deberían regodearse en imágenes pesimistas.

—Porque eso, Andrés, te quitaría audiencia. La gente quiere alegría, cambios, todo dios compra pisos, viaja, gasta; nunca España ha parecido tan feliz como se ve ahora, con dinero por todas partes. No son tiempos para contar malas noticias —le indicó Fierro.

—Javier, las noticias son lo que son, no las que nosotros queramos. Otra cosa nos llevaría al ridículo. Y eso acabaríamos pagándolo en audiencia.

—Pero vamos a ver, Andrés, ¡que de televisión sabemos todos un poco! —le contestó Fierro en tono chulesco—. Solo te estamos diciendo que midas las primeras imágenes, los rótulos, que no hagáis reportajes con la gente de la calle quejándose sobre la inmigración, y que no salga nadie diciendo que los negros vienen a quitarnos el trabajo. ¡Creo que es fácil de entender! ¡¿No?!

—Sí. Ha quedado entendido.

4

CON LAS AFLICCIONES

Esa laguna nunca se secó en su corazón, aunque él la ubicaba en el cerebro

Desde que Marcelo recibió la invitación de su mujer para acudir a la presentación de la Fundación Clara Cirer, la relación entre el matrimonio fue prácticamente inexistente. Él hacía vida fuera de casa, de lunes a jueves, como si el domicilio familiar estuviera a quinientos kilómetros en vez de a cinco, y ella disfrutaba de hijos, amigas, compras, salidas varias y nuevo trabajo. Para su cuidado, la rutina diaria de Clara incluía ejercicio matinal, con nuevas técnicas para complementar el Pilates, como la de gyrokinesis para activar el cuerpo y cargarse de energía, lo que empezó a hacer furor entre sus amigas. Con regularidad visitaba al doctor Ruiz, su afamado dermatólogo, quien le aplicaba en cara, cuello y escote novedosas técnicas de radiofrecuencia *antiaging* alternada con láser de foto-rejuvenecimiento. El mismo doctor le pinchaba infiltraciones de vitaminas y su plasma sanguíneo batido. Y, sin dilación, Clara lo mismo le plantaba cara a la menor mancha que le aparecía en el cuerpo, que eliminaba una mínima variz que quisiera asomarle por un tobillo. Para tonificar la piel y equilibrar las células de todo el cuerpo, programó tratamientos semanales de Indiba, que le ayudaban a reafirmar y alejaban cualquier oportunidad a que un gramo de grasa se le adhiriera a la cintura, vientre, glúteos y piernas. El resultado era tan espectacular que, si Clara se hubiera dedicado a la comunicación audiovisual, con su imagen podría haberse asegurado trabajo para otros veinte o treinta años más. Ella se sabía envidiada por sus amigas, con su eterna cintura de sesenta centímetros, pechos revisados y piernas canónicas; y cautivadoramente sexy para los hombres con un solo batir de pestañas. Sabía que para su marido era invisible bajo las sábanas, pero no en los eventos sociales, donde, cuando ella acudía, la exhibía como a un loro de feria, dando por hecho que luciría sumamente vistosa. Él ya había aceptado que la belleza y estilo de

ella le restaran protagonismo cuando le acompañaba, pero asimiló la situación en su beneficio. Su mujer le cerraba un *pack* de excelencia imbatible a los ojos de todos. Con ella al lado, también él hablaba de su buen gusto. El problema era que, estando juntos, el humor se les tensaba y acababan repelidos como dos imanes enfrentados por el mismo polo. Cuando Marcelo le planteó la celebración de nuevos eventos para *La Nación*, la Clara rediviva le desconcertó.

—Marcelo, yo antes te interesaba para los actos del Gobierno de la derecha, porque me decías que a esos les gustaban mucho las familias. Ahora no lo veo tan preciso. Si estos son tan progres, entenderán que no siempre vaya contigo. Con la fundación ando bastante ocupada. Voy a hacer unas jornadas en las que va a participar la mujer del presidente Velasco. Bueno, ¡y un montón de mujeres más! Todas increíbles.

—¿Te estoy entendiendo bien? ¿Quieres decirme que quizás no tengas tiempo de acompañarme a *La Nación*?

—Exactamente, Marcelo. Porque para mi éxito social estoy invirtiendo también en ponerme en forma. Necesito incluso contratar a una nueva *personal shopper* como Dios manda.

—Una, ¿qué?

—Una estilista. Lo que tenía que haber sido la mujer de Ripoll, que será muy amiga de quien tú quieras, pero la pobre ha sido una inutilidad. Mucha tienda aquí y en Barcelona, pero no tiene ni idea de moda internacional. A Versace lo tuve que descubrir yo sola, y si no fuera por lo que yo busco y leo, no tendría ni idea de lo que es tendencia en el mundo. ¡Claro, que a ti esto ya sé que te importa un rábano, pero a mí no! Además, no quiero volver a salir en tu periódico, que no ha habido una vez que no me sacaran espantosa.

Sus vidas se fueron separando como con una dulce sedación, porque con ello también bajaron los malos humores. Ella a hacer su vida sin darle más explicaciones. Él a indagar sobre las costumbres de los ministros en su afán de captarlos a todos. «Esta vida mía es un sinvivir», se quejaba con la espalda más cargada que nunca. Cerró amistad con la jefa del gabinete de presidente Velasco, Piluca, a la que comenzó a llamar cada mañana, para sugerirle «¡gra-tui-tas ideas, para vosotros, a mayor gloria del Gobierno, ¡eh!»». El comando marceliano se profesionalizó con la celebración de consejos, al menos uno todas las semanas. Normalmente eran cenas en torno a la mesa del Palais, en las que programaban las siguientes acometidas, cuyas ideas brillantes podían acabar con rondas encadenadas de whiskies hasta que veían caer los párpados de los

camareros. Lo que no anulaba la fabricación de otras tramoyas a la sombra de su sofá en el Bom-Bom.

Aquella tarde eligieron ese ambiente evanescente, «para que nos fluyan mejor las ocurrencias», les propuso el comisario. Ciertamente allí los ardidés parecían benévolas ficciones con el negro desteñido. Las fechorías, envueltas en la vegetación tropical, las chicas risueñas, las señoras cazafortunas, los hombres puteros, el whisky, los daiquiris, los tocamientos y la cortina roja parecían simples travesuras en un escenario de dos rombos.

—Sanjurjo, proyéctanos un gran acto en *La Nación*, algo que nos salga muy grande sobre Interior, para que hable el ministro y capturemos a los directores de la Policía Nacional y de la Guardia Civil.

—Me temo que después del 11-M este no se va a prestar a hablar sobre terrorismo en un gran evento. Es un tipo simpático, pero muy listo.

—Bueno, pues ve dándole zascas hasta que nos lo suplique. Y tira entonces por el mundo de la justicia para que vengan el fiscal general del Estado y el del Consejo del Poder Judicial. A estos no los hemos trabajado nunca, y con la escuela que vamos a montar nos vendrán de maravilla.

—¡Hombre, Marcelo, lo dices como si estos fueran unos pichones, para ti todo es pan comido! Y además, si el protagonista es el ministro, que es un cargo político, estos dos, precisamente, no creo que vengan. Ya sabes, la imagen de independencia de la justicia y esos rollos que se traen.

—¡Joder, Sanjurjo, todo parecen problemas! Pues hagamos ciclos y que vengan todos, cada uno por su orden. Ahí tienes la solución.

Marcelo diluyó la reunión a la segunda copa e invitó a sus amigos a seguir pensando después de que se esparcieran por los sofás de la sala y los reservados.

Lucas se había deshecho meses atrás de Sonsoles. La colocó en la Universal para dar las noticias del tiempo, por lo que volvió a degustar los múltiples escarceos de las prostitutas de siempre, entremezcladas con volátiles enamoramientos. Así, cuando Marcelo le invitó al recreo en el Bom-Bom, fue airoso en busca de la mulata de quien Memé le había dado las mejores referencias. Con ella desapareció tras la cortina roja, casi al tiempo en que Sanjurjo hizo lo propio con su amiga Penélope, un capricho de mujer «muy especial» para él. Desde el sofá, repantingado, Marcelo siguió a los cuatro con la mirada. «¡Hay que joderse! —se dijo para sus adentros—. ¡A ver si ahora va a ser Sanjurjo el que se enamore, con lo que tenemos a la vista! ¡Con las veces que les he advertido que las mujeres son tóxicas! ¡Que uno solo tiene que echar un

polvo y acabar!». Sumido en aquella teoría, sin percibir cómo fue cayendo en una languidez que acabó en la nostalgia.

Nuestro hombre percibía muy bien cuando necesitaba poner en orden sus neuronas. Cavilar solo, hacer balance de las cosechas recolectadas, de las estrategias venideras para, con sus ideas claras, compartirlas posteriormente con los colegas. Pensó en cómo expandir sus tentáculos sobre el Gobierno, más allá de Piluca, para captar a su verdadero objetivo, que no era otro que el presidente. Devanándose los sesos, le fueron desfilando por su cabeza no menos de cien ideas distintas. De entre aquella maltrecha psicodelia, ahí estaba aquella, única, la que brotó como una genialidad, abriéndose paso con la fuerza de lo sobresaliente: ¡llamaría a Pilar! ¡Cuánto tiempo sin saber de ella! Y le ofrecería hacer en la Universal un programa estrella, un matinal a su medida, una tertulia política, pero no cualquier cosa, no tipo desayunos como hasta entonces hacían los tres canales generalistas, no, eso no. Él le ofrecería un programa grande, de referencia, a lo que una mujer ambiciosa como ella esta vez no se podría negar. Salivó con la idea de que aquel programa sería un gran contenedor donde colocar él a sus elegidos periodistas e invitar a los políticos que él pidiera. Formi-da-ble era poco. ¡Sublime! «¡Y a esto no se podrá negar, es grande, sí señor, la leche!», se reafirmó eufórico. Gozoso, se recostó en el sofá, dio un trago largo al whisky y una calada profunda al fino cigarro puro. Aquello le supo a gloria. Nada como el humo inundándole los pulmones cuando el alcohol le calentaba las venas. «¡Y la mierda de estos socialistas, que me quieren prohibir el tabaco, no dicen nada más que gilipolleces! —bramó para sus adentros—. Lo malo es que esas cosas las dicen y las hacen. ¡No se paran en barras! ¡Hay que joderse!». Con pensamientos entremezclados, siguió bebiendo, apurando el cigarro, dejando su sesera suspendida como en estado líquido. Así se quedaba cada vez que quería reponer la energía gastada, como si conectara su mente a un enchufe y la cargara como la batería del teléfono. En esa levedad fue cuando se le combinaron imágenes retrospectivas, dulzonas, de las dos mujeres que le habían impactado alguna emoción en su vida, al margen de su hija: Pilar y Clara. Su mujer —dio por hecho— estaría ya buscando ropajes para cubrir de cuché los grandes eventos de su fundación «¡Será capaz la muy puta de llevar al fiscal general del Estado a su fundación antes que yo a *La Nación*!». Aparcó la idea y su pensamiento fue a buscar a Pilar. Esa laguna que nunca se secó en su corazón, aunque él la ubicaba en su cerebro. La pegajosa gelatina que se le escurrió entre las manos pero que le impregnó con solidez sentimientos perdurables. Recordó

que hacía mucho tiempo desde que le había dejado, sus últimas conversaciones, su ímpetu, su contagiosa risa. Su visita a *La Nación* para escuchar a Velasco, sin decírselo a él. Sin quererlo, le invadió una melancolía. ¿Por qué ella no quiso verle aquel día?, se preguntó y, para engañarse a sí mismo, imaginó que «sería para no distraerme en un día tan agitado. Hacía mucho tiempo que no hablaba con ella». Durante unos minutos colgó ahí su mente, y sintió que todo su ser se enroscó en ese pensamiento. Por una vez, se abandonó a su suerte.

—Pilar, ¿sabes quién soy?

—¡Claro que sí, Marcelo, cómo no saberlo! ¿Por qué siempre me haces la misma pregunta?

—Hace tanto tiempo, tanto...

—Sí, es verdad, pero ¿has visto la hora que es? Las once de la noche, yo casi ya estaba en cama.

Él siguió hablando, como sin querer escuchar, oyendo sin querer saber, sacando a borbotones lo que había comprimido durante años, los sentimientos neonatos sobre ella, que guardaba ocultos, agarrotados sin dejarlos brotar. Sin que asomara reproche alguno, ni el porqué no me avisaste en *La Nación*, ni tampoco el porqué saludaste a Clara y a mí no.

—Dios sabe que siempre tuve otros planes para ti, que habrías sido mi estrella de la televisión. Pero no hablemos de eso en estos momentos, lo que tengo en la cabeza te lo contaré de otro modo. Ahora te llamo porque vamos a preparar grandes eventos sobre la justicia, y quizás te atraiga el tema, hacer buenos contactos con jueces y fiscales. Me gustaría contar contigo de alguna manera. Hace tanto que no te veo... tanto...

—Gracias, Marcelo, por acordarte de mí. Quizás me acerque para escuchar, porque de todo se aprende, pero sabes que desde hace años estoy en mi mundo. Nací para vivir hacia dentro, y por fin me encuentro bien ahí, en mi piel. Realmente descubrí que no habría podido vivir bajo los focos.

—Pero, dime que sí. ¿Vendrás entonces? —le pidió en tono suplicante, ahogando de nuevo el «¿Y por qué a Velasco sí, y ahora...?».

Ella rehuyó la respuesta directa. Hacía años que no había estado con Marcelo, y su vida había cambiado por completo. El CESID se había modernizado y transformado en el nuevo CNI. En el trabajo había sido nombrada jefa de área, viajaba con frecuencia, se había casado con un atractivo ingeniero industrial y tenía dos hijos pequeños. Toda una vida por acallar, la primera parte por ser secreta, y la segunda porque, intuía, Marcelo no la

aceptaría de buen grado. Pensó que su orgullo de triunfador y cazador exitoso, sin resultado en su caso, se lo impediría.

—Pues dime al menos, ¿sigues pensando que tenemos mucha vida por delante? —le comentó él con tono desabrido.

—¡Por supuesto que sí! ¿Cómo pensar de otra manera?

Por primera vez, Pilar intuyó que aquel hombre, que mientras le trató de cerca solo fue deseo ardiente de poder y riqueza, el tiempo le había desnudado de sus ímpetus y se presentaba ante ella despojado de su eterna e inquebrantable dignidad. Le notó hueco por dentro, con la voz retumbante y profunda, anhelante de algo que ella no sabía identificar con claridad, pero que le sonaba a desvencijado, lejos de su conocida avidez. Y sintió ternura por él, quizás porque, desde que nacieron los niños, había notado que el sentimiento protector se le había desarrollado más, no solo con su familia.

—Pues entonces me tendrás que aceptar una cena, Pilar. Y te prometo que no querré imaginar si esa vida es contigo o sin ti. Ni siquiera si aún podría serlo.

—De acuerdo. Propuesta aceptada. Pero, si no te importa, yo preferiría un almuerzo. ¿Cómo te va eso? ¿Por qué no me invitas en la televisión, y así la conozco?

El cerebro de Marcelo nunca se detenía aunque, como en este caso, estuviera desbalanceado por el corazón. Sin conocer más detalles, imaginó que Pilar tenía a alguien que la esperaba a la cena, razón poderosa por lo que había sorteado con él un encuentro más íntimo. Desde aquella infausta noche en la que él rozó sus labios, y ella se los selló para siempre, él había meditado muchas veces dónde estuvo el error, cómo repararlo, por qué no haber entendido que el ritmo debió ser otro, cómo haberla retenido junto a él, al menos en el periódico. Aquel pensamiento le estuvo sobresaltando, como un tormento, durante años, cuando dejaba la cabeza en reposo y el mundo de las ideas se descolgaba de la montaña rusa que era el trabajo. Por eso, después de oír su voz, cálida como siempre, cercana como si la hubiera escuchado solo unas horas antes, de saber que el diccionario de ella seguía recogiendo la palabra «futuro», se reconoció a sí mismo despojado. Aceptando mansamente sus propuestas. Y su destino.

—Sí, en la Universal, si prefieres eso.

Incapaz de hacerle una moción de censura a ninguna de sus ofertas.

5

CON LAS PESADUMBRES DEL ESTADO

Somatizó aquel avatar hasta el punto de que el espatarramiento se le hizo visible

Cuando Sanjurjo y el Pulpo se deshicieron de sus acompañantes en el Bom-Bom, Marcelo había recompuesto el ánimo, con la ilusión adolescente que le produjo saber que volvería a ver a Pilar. Sentía los latidos atropellados del corazón y podía medir el pulso de la sangre circulando por las venas.

Exultantes, repasaron el éxito que había sido el evento con los jueces. «Hay que hacer más para engancharles», les dijo Marcelo, que sentía el cerebro bien regado, más vigoroso que nunca.

—Habrà que ofrecerles algo —sugirió Sanjurjo—. Que estos tíos son duros de roer.

—Pues que escriban en el periódico, de vez en cuando, como hacemos con los otros caídos, ¿no? —propuso el Pulpo.

—¡No, hombre, no! —clamó Marcelo—. ¡Lucas, por Dios! Tiene que ser algo menos evidente. Una cosa es que les tratemos como pichones y otra distinta es que lo sean. Les promocionaré en sus carreras, ya veremos —dijo pensativo—. ¿Y de Puercoespín qué sabemos?

—¿De quién hablas, de Pedro Vallespín? —preguntó Sanjurjo.

—Sí, claro, de Puercoespín. Estos bichos son ratas, ¿no?

—¡Joder, Marcelo! ¡Qué cosas tienes!

—¡¿Cómo que qué cosas tengo, Sanjurjo?! —se revolvió iracundo—. A este tipo no le gustamos un pelo. Así que mira a ver cómo le cazas, pero cázale. Me da lo mismo si es el ministro del Interior y si está acabando con ETA. Nos ignora, ¡y punto! Y que entienda el precio que se paga por eso. Buscad cinco objetivos en el Gobierno hasta matarlos, con este tío a la cabeza.

—¿Y con Velasco qué hacemos?

—Con el presidente y los vices, sonrisitas. Pero ya está bien de hacer el gilipollas con los hijoputas —sentenció colérico, poniéndose en pie, con el remolino de Pilar agitándole la sesera.

Amaneció tendido en el sofá del salón de El Elíseo, sin saber bien ni cómo acabó allí, ni por qué la noche anterior, que era miércoles, Tony le había devuelto a casa sin pregunta previa alguna. Por la mañana, notó la cabeza resacosa y el cuerpo pesado, con una gravidez extraordinaria. En el despacho comenzó tomando su consabido café, desairando la lectura de los periódicos.

—Mariví, hoy más cargadito, porque, aunque aún es jueves, ya voy de cráneo. Y quiero estar lúcido para el almuerzo con el presidente Velasco. Menos mal que será temprano.

La perseverancia de Marcelo era uno de sus activos. Obraba con una medida del tiempo distinta a la de cualquier humano, paciente como un perro adiestrado para desfilas, como si le hubieran desconectado los instintos. En pocos meses, había vuelto a conseguir adentrarse por los vericuetos del palacio de La Moncloa. Unas veces para ver al presidente, otras a la ministra de la Presidencia, las más a Piluca, la jefa del gabinete de Velasco. Los guardias de la garita de entrada conocían el coche antes de leer la matrícula o detectar a Tony. Le saludaban en posición de firmes con el consabido «Don Marcelo, le esperan», y le levantaban la barrera para asistirle con el *follow me* por el recorrido de los esplendorosos jardines palaciegos. «Estos saben que soy la de Dios, si no de qué me iban a tratar a mí como si yo fuera Obama», se recreaba pensando, desde la ventanilla trasera del coche, ojeando el paisaje a través de los cristales tintados. Fue en una de esas visitas, que repetía con un promedio semanal, cuando le sacudió aquel pensamiento genial. Cuando llegó a la conclusión de que él debía ser el actor principal que ocupara el sillón presidencial. Él sí que estaba hecho para ocupar La Moncloa, no esos políticos de tres al cuarto, al fin y al cabo, seres corrientes que se movían en lugares comunes, expresando ideas comunes, con lenguaje común. «Tipos adocenados, pedestres» —musitó, recostado en el asiento trasero—. ¡Qué vulgaridad tan insoportable de resistir! ¡Y pensar que yo les tengo que hacer la pelota! ¡Hay que joderse!» —masculló, contrariado.

Antes de entrar en palacio, recibió la llamada de Lucas.

—Marcelo, el presidente Velasco la ha vuelto a liar. Esta mañana ha dicho en la radio que en estas elecciones de 2008 a su partido «le interesa la tensión». Por lo de la derecha extrema, y esas cosas.

—¡Joder, lo que te digo! ¡Esto no hay quien lo resista! ¡Al tío hay que reconocerle que es una máquina! A ver qué le digo yo ahora. Mira —le dijo al Pulpo—, haz que lo suavicen en el programa de la mañana. Y habla con Cañaveral y con Belén para que le defiendan en las tertulias.

—Será difícil, Marcelo. Está yendo todo el mundo a saco. No sé lo que podré hacer.

—Bueno, pues que no se recreen mucho, por lo menos hasta que yo salga de aquí.

Esperando en la antesala, elaboró mentalmente el discurso que le haría a Velasco, un genio, «un niño grande», pensaba él, porque, mientras el mundo entero iba como pollo sin cabeza hablando de crisis mundial por el pinchazo de la burbuja financiera, él seguía dando cheques a los bebés y cientos de euros a los trabajadores. «¡Eso es!», descubrió. Le diría que era un valiente y un optimista, justo lo que necesitaba España, que para eso siempre fuimos un país diferente.

La secretaria de Velasco le sacó de su ensimismamiento.

—Don Marcelo, el presidente se retrasará media hora. Está despachando con su jefa de gabinete —le comunicó.

«Follón a la vista», pensó Marcelo, y le dio conversación a la secretaria para sonsacarle. Luego, ya a solas, se sentó a esperar con placidez. Cogió el teléfono y se le escapó esa sonrisa boba que le delataba malicia cada vez que su mente maquinaba algo que le generaba disfrute. Marcó al secretario de los Obispos:

—Monseñor, acabo de conocer el programa de los socialistas para estas elecciones de 2008 y no he podido por menos que llamarle. Van a prometer el aborto libre y el divorcio superexpres. ¡Que Dios nos coja confesados, Eminencia! En mi modesta opinión, creo que es momento de que reaccionemos todos. Nuestros medios van a ir a por ellos. Se lo digo, porque quizás la Iglesia también debiera pasar a la acción.

Y reaccionaron. En aquella campaña la mano de Marcelo se alargó como nunca hasta entonces. La Conferencia Episcopal pidió en un manifiesto lo nunca visto: que los españoles no votaran a los partidos de izquierdas. Con aquello, a Marcelo se le alargó la mano y los lóbulos cerebrales se le activaron para responder al reto de urdir una gran confabulación. El hemisferio diestro con el siniestro, en aparente coordinación. Aquel avatar de sesos, que no derivó en locura, sí lo somatizó hasta el punto de que el espatarramiento se le hizo visible

físicamente. A su impostada imagen encorvada, para evidenciar el peso que soportaban sus espaldas cargando con las pesadumbres del Estado, se le añadió entonces un caminar cansino echando un pie a cada lado, uno hacia el Partido de la Gente y el otro hacia el del Progreso. Lo que le acentuó un aire desvencijado. Como el de un carricoche destartado. Mientras los «capullos de los políticos seguían en sus batallas —relataba como si rezara un rosario con sus cinco misterios y sus letanías—. Dando todos el coñazo». El brioso coordinador general del Partido de la Gente, Alejandro Mediavilla, era ya para él Alejandro Pesadilla.

—A ver, Alejandro, si alguien os ha ayudado, ¡ese he sido yo! Pero es que estos tíos van de progresistas, repartiendo cheques y pasta como si les cayera del cielo, ¡gargas, lo que a la gente le gusta! ¡¿Qué quieres que le haga yo?!

—Pero eso no justifica que os hinchéis a hacer reportajes sobre lo buenos que son esos regalitos. España se va a quedar hecha unos zorros. Y no te dimos la Universal para joder España.

«¡Acojonante lo que uno tiene que oír!», se quedó mascullando cuando colgó el teléfono. Malhumorado, oyó el nuevo timbrado del teléfono y respiró hondo para volverlo a coger. Aparentando la serenidad de quien recibía cientos de llamadas al día y no atendía sino a sus conveniencias. Miró la pantalla resoplando. Y lo que vio le produjo una sensación electrizante. Era la primera vez que ella llamaba, y en una ráfaga de segundos se preguntó «¿Por qué?». «¿Le daría nuevas largas al almuerzo de la televisión?». «¿O le diría que no, que definitivamente no iría?». «¿O quizás se habría divorciado?, porque seguro que estaba casada». «¿O se habría equivocado, marcando su número sin querer?». Quiso creer que más bien sería eso, un error. «A cuento de qué iba a llamar ella, si nunca lo había hecho».

—Marcelo, creo que nos conviene ese almuerzo que tenemos pendiente. Hagámoslo ya.

Conteniendo la euforia, le dijo que sí. Y se le desató un ánimo excitado, pensando en los preparativos. Marcelo le pidió a Clara que Lola, su nueva *personal shopper*, se acercara al periódico «para orientar» a la nuestra de protocolo, que es más sosa. Tendrían que conseguir un diseño que encajara con esta chica, le explicó la mujer, ella no era exigente, pero deberíamos causarle buena impresión. «¡Ojalá pudiera convencerla para que presentara el programa de la mañana!», le dijo. Reunió a las dos profesionales en su despacho. Les explicó que la invitada iba a ser una señora conservadora, pero muy viajada y de

aire moderno, «con un don para atraer a la gente como si fuera un imán». Pidió revisar cada iniciativa que tuvieran. Y aprobó que la asistente de Clara revolviera entre distintos estilismos, en estudios de decoración para hallar piezas que resumieran una mezcla de corrientes. «¡Muy bien —le aplaudió la idea—. Eso de dar calidez al formal comedor de trabajo me gusta». Cuando, en el ensayo previo vio los manteles individuales y, sobre ellos, las vajillas de porcelana, las copas de cristal puro y los vasos de color, combinados con las velas, dio su aprobación inmediata. El detalle de los jarrones y las flores distribuidos para estar sin apenas ser sentidos le arrebató. «Perfecto, que nada le distraiga antes de que me vea a mí».

Nada más entrar en la sala, Pilar reconoció una mano femenina tras aquella exitosa decoración, y descartó que fuera Mariví.

—Qué agradable todo, Marcelo. Noto la mano de Clara por todas partes. Siempre te di la enhorabuena por tenerla, desde el primer día que la conocí me pareció una mujer muy interesante. Una joya en tu vida.

Marcelo hizo esfuerzos por no torcer el morro, y esquivó el asunto Clara para evitar describirla como una esposa-trofeo. Una mujer-traje oscuro que él se ponía únicamente para cenas de etiqueta y selectos compromisos. La sagacidad de Pilar percibió el despeje, y ella lo aprovechó para entrar en asuntos menos livianos.

—Marcelo, ¿qué está pasando con el terrorismo? Aunque ya no lo siga como cuando estaba contigo, comprenderás que me siga interesando. Aluciné un poco, hace tiempo, cuando no hicisteis sangre con el republicano catalán que se fue a negociar con ETA para que dejara de matar únicamente en Cataluña. Pensé entonces que era candidez por parte vuestra. Pero luego he visto que estáis apoyando la política de negociación con ETA, desde que llegó Velasco. Sin apenas críticas cuando, tras su optimismo, los terroristas volaron el *parking* de la T-4. ¿Cómo has llegado a la conclusión de que esto saldrá bien? Porque no te imagino apoyando causas perdidas —se permitió decirle entre risas.

—Nadie está seguro de nada, Pilar. Pero a mí este presidente del Gobierno me ayuda. Y eso me basta.

Pilar era de las que pensaba que los terroristas preferían cerrar acuerdos con Velasco ante la eventualidad de que llegara a gobernar la derecha. Ella era de la opinión que, tras el 11-M, la globalización y el ímpetu de las nuevas tecnologías, incluso la propia ETA veía que su lucha era de caserío. Pero había observado que la Universal era oscilante. Por un lado, apoyaba al presidente del Gobierno, pero,

por otro, fustigaba al ministro del Interior. Un puzle de enredos en el que ella no conseguía encajar todas las piezas.

—Bueno, es que Puercoespín es muy especial —se justificó Marcelo.

—¿Quién?! —preguntó ella sorprendida.

—El ministro del Interior. Un tío enredador donde los haya. Mira que ni dándole como le estamos dando por todas partes, hemos conseguido enderezarle. Lo de siempre, que los hay que no se dejan. Pero me alegro de que tú lo hayas notado, porque es lo que pretendo, que la gente se entere de que este tío es un capullo.

—¿Y por qué no sacas a De Juana Chaos dándose la vida padre en Venezuela?

—Comprenderás que la política antiterrorista, a ese nivel, no es solo cosa suya. Si fuera así, ten por seguro que ya le habría destrozado.

La observación de Pilar sobre el azote que la Universal le hacía al ministro del Interior resultó enormemente provechosa a Marcelo, hasta el punto de que la fue extendiendo en sus campañas boca oreja para granjearse al Partido de la Gente, irritado con la política antiterrorista del Gobierno del Progreso. «Lo nuestro es un no parar contra Puercoespín, hasta matarle», repetía como un mantra.

Los conservadores, alertando de estos y otros espesos asuntos, especialmente de la crisis económica y de sus devastadoras consecuencias, perdieron las elecciones de unos españoles resistentes al pesimismo, más devotos de las sonrisas y las mentiras piadosas que de las verdades sangrantes. Los socialistas prometieron en esas elecciones «llegar tan lejos como queremos». La ambición era una legislatura larga, duradera y en paz. Pero los grandes líderes mundiales le rebanaron el sosiego a Velasco en la trágica noche del 12 de mayo de 2010, en que le conminaron a realizar el mayor recorte del gasto social de la democracia. Ahí se acabaron las alegrías y sus regalías. Y la retahíla de consejos de Marcelo. El Partido del Progreso, aupado escalón a escalón a lo más alto en su primera legislatura, se dispuso a lanzarse ese día por la escurridiza pendiente en vertical de un tobogán. En caída abrupta y dolorosa hasta la derrota final.

—Otra vez a la mierda los míos, después de hacerme con ellos —les explicó quejoso Marcelo a Sanjurjo y a Lucas en una cumbre de urgencia, de las que montaba en el Bom-Bom cuando sentía su ánimo alicaído.

—Pues aprovéchalo tú —le respondió Sanjurjo, como no entendiendo el

cansancio de su socio—. Con su mierda podrías resucitar, hazte más dadivoso, dales más consejos, lo que has hecho toda la vida, ¡joder! Y sin tanto quejarte. ¡¿Qué coño te pasa ahora?!

—A mí, nada. Y a ellos, todo. Pero no dejaré que se vayan sin que me den la televisión. Esa es la cosa. Que, si todo se va a la mierda antes, se me joroba el invento. Y no.

La determinación de Marcelo por conseguir un segundo canal de televisión le apretó sus pesadumbres, que arrastraba desde los mármoles del Palais a las moquetas de La Moncloa, de los despachos del periódico a los ministeriales, de las intrigas televisivas a las maquinaciones de los reservados. Entre aquella debilidad del Gobierno, encontró nuevamente la gran oportunidad ansiada.

—La gente se siente huérfana, Piluca. En la calle, la gente está cabreada con la crisis, los desahucios, los recortes. Y a eso le tenéis que dar la vuelta, desde una televisión que le ponga la mierda a la derecha. ¡No entiendo cómo no sois capaces de verlo!

Desde aquella conversación, corrigió él, de nuevo, el espatarramiento. Escondió sus encuentros con los de la Gente en reservados, redobló sus reuniones con Piluca y comenzó a asesorar directamente al presidente Velasco. Debía arrimarse de manera inquebrantable al Partido del Progreso. Con el discurso exitoso que, en otro tiempo, ya les hizo a los contrarios.

—Si es que lo tengo todo en la cabeza, os lo llevo diciendo desde hace años, hasta el nombre de la televisión, Lo Más. ¿No te suena de «izquierda real», como tú quieres? Como te descuides, perderás las elecciones y no volverás a tener una oportunidad igual.

—Está bien. Pero deja la Universal donde está, en el centro. No la lledes a la derecha, que toda ayuda nos va a ser poca.

—Tranquilo, presidente. Lo tengo todo bajo control. Ahí sabes que a nadie se le ocurre tirar de hemeroteca. Ni con tu sentada ante la bandera de los Estados Unidos lo han hecho. Y en Lo Más te colocaré a tus rojos, que ya les va tocando.

—Los de la Gente se pondrán como fieras. ¿Los tienes controlados?

—¡Por supuesto! Y para la televisión Lo Más tengo a Abreu en la recámara. Le volveré a sacar. Nos puede venir bien de tapadera de todo. Le ponemos de parapeto hasta que pasen las elecciones y lo afloremos luego, ¿te parece? El tipo se meterá en Lo Más de hoz y coz, como yo le pida. ¡No sé qué más quieres, Juan Carlos!

—Vas demasiado deprisa, Marcelo. Deja que yo haga y mida los tiempos.

«¡Joder con el Velasco este! Que todo el mundo cree que es tonto, pero hay que ver lo que sabe. ¡Para tontos los otros!», les explicó al Pulpo y a Fierro para que siguieran sus escrupulosas instrucciones de no molestarle. Gracias a ese guante de seda con los del Progreso, Marcelo consiguió hacerse con un pellizco en el accionariado de Lo Más. «Está bien para empezar —se dijo convencido—, a fin de cuentas, este ha sido mi método toda la vida. Ya me caerá todo cuando me convenga».

Sus pronósticos sobre la indignación de la calle se fueron cumpliendo, letra a letra, como Mayoral le iba contando, cada vez que ella taconeaba por los barrios. Nunca le faltó información para saber que, con tres años de crisis, los más desgraciados se contaban por millones. Con el Estado del bienestar quebrado, la clase media diezmada, la pobreza creciendo, las ayudas a la dependencia estranguladas, el paro disparado, los pensionistas congelados, las pensiones tirando de la hucha, los jóvenes sintiéndose la generación perdida, el sistema financiero colapsado, los créditos cerrados, los desahucios disparados, las familias perdiendo sus viviendas. Con el Gobierno del Progreso, los sindicatos decidieron ver la crisis desde la barrera, hacer política en vez de sindicalismo, y su tradicional puesto en la calle lo ocuparon los indignados. La gente reclamaba: «¿Dónde están, no se ven, Comisiones y UGT?». Pancartas fabricadas a mano, con pinturillas en trozos de tela y cartón, exigiendo, como las voces más repetidas, un «No a los recortes» y «Este desahucio lo vamos a parar».

—Marcelo, ¿no puedes hacer nada con Lo Más? —le reprochaba Piluca en sus habituales encuentros—. Si esto sigue así no solo perderemos las elecciones, sino que nos vuelan el partido.

—Piluca, ahí no puedo meter mano como Dios manda, no lo controlo del todo. Ya te lo dije. Que, o lo pillaba yo, o tendrías problemas. Al final me la daréis cuando hayáis perdido las elecciones. ¡Sois unos fenómenos!

La realidad era que miles de ciudadanos, azuzados por la televisión y conectados en hermandad por las redes sociales, salieron a protestar a las calles, de forma pacífica, que no festiva, por la trágica situación del momento. Imploraban una democracia participativa, auspiciados por el Movimiento 15-M, reclamando «democracia real ya», movidos por quienes refutaban el bipartidismo, al grito de «No nos representan», como si la democracia representativa hubiera caducado y el sistema de partidos políticos nacido en la Transición hubiera sido una estafa. Los guiñapos a mantear eran los políticos, los

banqueros y los empresarios, contra los que se coreaba «Banqueros al furgón», se reprochaba «la dictadura de los mercados» y se señalaba al Congreso de los Diputados como «la cueva de Alí Baba». Las acampadas de los indignados marcaron la campaña electoral de noviembre de 2011. De nada sirvió la comprensión del Gobierno hacia ellos. Los socialistas perdieron las elecciones embarcándose en una crisis dramática de dimensiones históricas. Con la hecatombe, Marcelo recibió su apalabrada televisión de «izquierda real».

Con aparente fatiga, vio con claridad que debería reinventarse como nunca. Además de sus dos pies para espatarrarse, dos manos para pillar, dos lóbulos del cerebro para vislumbrar a diestra y siniestra, esta vez tenía dos televisiones para acapararlo todo. Por fin veía cumplida su ambición de su modelo paipái para desplegarlo a sí mismo, hasta componer un virtuoso círculo cerrado con sus brazos abarcándolo todo. Con las varillas abrazando los negocios, el poder y sus influencias, en trescientos sesenta grados. Tanto daba que el futuro se dibujara incierto y se resquebrajara el bipartidismo. El mundo se desplomaba por todas partes menos para él. Por fin tocaba el Poder real y lo podía sentir palpándolo con sus propias manos.

No era un pensamiento nuevo. Pero ante el cambio de color político que se produjo en el Gobierno —«¡Otros que se han ido al carajo! ¿Y cuántos van?»—, pensó que el único ser perdurable, por encima de todos, además del Rey, era él. Sintió ansiosamente que, en justo reconocimiento a sus capacidades, necesitaba más. Desde hacía tiempo le rondaba por la cabeza la idea de que su ambición era una esponja secándose al sol, en proceso de achicamiento. «¡Y no!», decidió reaccionar. Le faltaban reconocimientos, placas, premios, condecoraciones. Crear opinión fabricando encuestas. Maquinar alguna gran conspiración. Lanzar exclusivas de infarto. Montar un eficaz espionaje de correos y teléfonos. No entendía por qué Sanjurjo, tan hábil en las nuevas tecnologías, no le había propuesto un sistema operativo más avanzado. Si los indignados, «esos muertos de hambre se comunican por las redes sociales, ¿por qué nosotros ni siquiera hemos entrado en el mundo del *corta y pega* con las grabaciones? ¡Somos la caverna!», le zarandeó al comisario a través del teléfono.

—Ya estamos en ello, tranquilo. Y en trucar fotos con el Photoshop, Lucas te va a proponer un proyecto para controlar biografías en Wikipedia. Bastará con que fabriquemos media docena de confidenciales y los *linkeemos* a la Wiki. Con eso le podrás hacer una muerte a plazos a quien te propongas. Lo haremos con empresas pantalla, todo opaco, que no podrá cambiar nadie.

—¡Cojonudo! ¡Joder, Sanjurjo, es que hasta ahora hemos sido como monjitas! Y a los nuevos, hay que empezar a darles. La han cogido con Lo Más, lo que me faltaba por ver.

—Ahí, al único que tienes bien amarrado es a Quirós. De los demás, ni fiarte. Y del presidente Quiroga, del que menos.

—Ellos sabrán. Me tendré que cargar a algún ministro para que alguien las pase realmente putas. Porque está visto que los de derechas solo entienden que la letra con sangre entra. Y te lo digo una y otra vez, Sanjurjo, hay que captar jueces y fiscales, tenemos que protegernos.

—Que sí, Marcelo, que estamos en ello. ¡Si somos una máquina, no sé de qué te quejas!

—De nada. Pero te digo que la gente es muy cabrona, y levantamos sospechas. Mueve tus hilos para evitar que alguien nos investigue.

Solo de ese modo estaba convencido de que podría poner las cosas en su sitio. Los nuevos tiempos no le daban buenas vibraciones. Por su historial de caídos, muertos o enterrados ya habían pasado: el socialista «García y todas sus viejas glorias; el conservador Guzmán, con su recua de desaparecidos; y ahora Velasco, de entre todos, el más agradecido». Pero la llegada del nuevo presidente, Agustín Quiroga, no le tranquilizaba. Había desplazado de La Moncloa a un amigo y el tipo llegaba resabiado, conocedor del poder y sus alcantarillas. Y por si ello fuera poco, tenía que cargar con una mochila con los problemas de España, hartamente pesada. ¡Hasta él se lo reconocía! La banda terrorista ETA había pretendido evitar su triunfo anunciando el fin de los atentados en plena campaña electoral. Cataluña reaccionó radicalizando su proyecto independentista. Y, levantando las alfombras que dejaba Velasco, el nuevo presidente descubrió más porquería económica de la contada. La crisis económica era galáctica. En apenas unos meses, desde Europa se nos veía al borde de la quiebra. De lo que Marcelo dedujo que el tal Quiroga no sería fácilmente captable. Incluso le ignoraba a pesar de sus dos televisiones. «¡El colmo!».

Fueron días en los que Marcelo desarrolló un carácter bipolar agudo. La plenitud de tener un Grupo para cubrir todas las sensibilidades y contentar a unos y a otros le ensanchaba los pulmones, pero le generaba agotamiento la sola idea de pensar que debía cautivar a un nuevo presidente que no se dejaba, a volver a hacer llamaditas cada mañana, «¿A quién ahora?», caviló. Y ya para nada, porque no había más espectro televisivo para repartir. Necesariamente —

concluyó satisfecho, con los ojos distraídos y la sonrisa bobalicona— diversificaría el negocio.

—Marcelo, perdona que te interrumpa, se te ve placentero ahí recostado. He pensado en el nombre de nuestra nueva casa, muy solemne, que para eso la hemos comprado en Puerta de Hierro. La quiero llamar la Casa Azulada, como la Casa Blanca o la Casa Rosada, para que suene a lo grande, incluso más que El Elíseo, pero con un nombre que no esté visto. El azul sabes que es mi color favorito. Y como tú en estas cosas ya no te entretienes... Pues espero que te parezca bien.

—No es momento de hablar de esto, Clara. Así, de repente...

—De repente, ¡¿qué?! ¡Contigo nunca es momento de nada! ¡Hablaré con tu secretaria para que convoque una fiesta de inauguración! —le contestó, levantando la voz—. Permíteme que por lo menos te lo comunique. Será dentro de un mes, para el cumpleaños de la niña. Y la presentación oficial de su novio. Tú no tendrás que ocuparte de nada. Basta que estés, si te apetece.

—¿Y si no me apetece?

—Sabré bien cómo justificar tu ausencia.

—¿Es una decisión tomada? Es que hay veces que no te entiendo, Clara.

—Marcelo, no has cumplido con nuestro contrato social.

—¡Pero si has estado hasta en el palacio de La Moncloa! ¡Cuántas lo habrían querido!

—Sí, pero no nos hemos mudado a Puerta de Hierro para seguir yo encerrada. ¿Sabes los vecinos que tenemos? Si quieres te hago una lista, pero, vamos, que creo que no hará falta. Ya te dije un día que no me quedaría encerrada para ver cómo me iría arrugando. Y siento decirte que eso no lo verán nunca tus ojos.

Clara salió de la habitación con gesto altivo, lo que le remarcaba la esbeltez de su cuello. Se dirigió a los vestidores, a trabajar duro para elegir un buen estilismo que le destacara todas sus cualidades. En la fiesta aparecería, absolutamente, como una envidiable *it girl*.

6

CON LA NUEVA ESTRATEGIA

La política ya no decidiría sobre los medios; ahora manejaría él a los políticos

A la fiesta de inauguración de la nueva casa de Puerta de Hierro, acudieron quinientas personas, la *beautiful people* del siglo XXI, hombres y mujeres de todos los poderes del Estado, la empresa y la cultura, temerosos adoradores del becerro de oro en que se había convertido Marcelo con su poderoso grupo mediático La Red. Un enjambre de gente a los ojos de Clara que ella aprovecharía para relanzar su Fundación y cerrar contactos y eventos. Como objetivo último se fijó uno: que todos alabaran a Marcelo por tener una mujer tan inteligente y atractiva. Todos menos él, que acudiría como el convidado de piedra a chismorrear y comer canapés. Porque ella le quitaría todo el protagonismo.

Lola, su *personal shopper*, le había seleccionado varias propuestas sobre la base de lucir sus piernas aupadas en sandalias Valentino, de cuero negro con piedras semipreciosas de coral rojo y azules turquesas. El vestido sería inequívocamente rojo. Lo pretendía ajustado, para que le abrazara cadera, culo, cintura y pecho; dejando sus hombros marcados y los brazos delgados y musculados al aire. Premeditadamente vestiría ropa interior en rojo, para que asomaran, de vez en cuando, los tirantes del sujetador del mismo color, coordinados también con la barra de labios. Sabía que ese detalle imantaba a los hombres y no molestaba a las mujeres. Y algo muy importante: mostraría una sonrisa eterna y, solo en los momentos en que decayera, la sustituiría por una expresión risueña. Sería la mujer perfecta, divertida y con buena conversación para «ellos y ellas». En ese «todos», no vislumbraba a su marido.

A su hija le había pedido ayuda para elegir y decorar cada uno de los detalles de la mansión. Valeria se había convertido en una joven estudiante de diseño y, con aquella prueba redecorando aquel pedazo de paraíso, prepararía su

trabajo fin de grado académico. Sobre una parcela de cuatro mil metros cuadrados ajardinados, la vivienda parecía suspendida sobre una espectacular piscina que abrazaba la fachada y los laterales. Clara dispuso que todas las luces estuvieran encendidas, en jardines, porches y terrazas corridas, «para recibir con calidez a los invitados», le dijo al servicio. En realidad, lo que pretendía es que destacaran mejor los contrastes de la piedra, la madera y el vasto acristalamiento exterior, para que se entreviera la fastuosa decoración de dentro. Lámparas de techo, en armonía con apliques en columnas y paredes, abrillantaban el mármol del suelo de la gran entrada de la casa, un espacio amplio, abierto, decorado con baldosas de color gris azulado, salpicadas de pequeñas lucecitas que le daban un aire de cielo invertido, cuajado de centelleantes estrellas. Madre e hija habían diseñado la distribución de salones, comedores, áreas de trabajo y recreo, repartidos por la planta baja. Del *hall* se alzaba una majestuosa escalera para ascender a las demás estancias, con dormitorios en *suite*. La piscina cubierta se construyó en el sótano horadando tierra para abrir ventanales con vistas al jardín y la pista de tenis. Para la noche, madre e hija crearon en el jardín diferentes escenarios de barras, mesas altas y sofás, pensado todo ello para celebrar una cena-cóctel, en la que los invitados pudieran mantener conversaciones sueltas, unos con otros. Clara se acercó a la ministra de Sanidad y Asuntos Sociales.

—Quiero sistematizar dos grandes actos con mi fundación, ministra, uno en torno al 25 de noviembre, sobre la violencia contra las mujeres, y otro en la semana del 8 de marzo, por la mujer trabajadora. Necesito gente potente, y ahí me podrías echar una mano. Yo te haré las propuestas, si te parece. Y también te podría ayudar a ti, porque es un tema que sigo desde hace tiempo. Para empezar, ministra, deberíais dejar de hablar de violencia de género, llamadla machista. Esta materia hay que llevarla a las escuelas, háblalo con el ministro, para educar en igualdad a los niños y a las niñas. Y haz tuyo el feminismo moderno, integrador, el que cuenta con los hombres. Hay una ola mundial con eso, a la que te deberías subir la primera.

—Te invito a comer en el ministerio, Clara. ¡Me encanta lo que me dices! Para noviembre cuenta con un foro potente en el que, dalo por seguro, yo participaré.

—¡Eso sería fantástico! Porque necesito *partners*. Para el almuerzo te llevaré una propuesta de foro y un dossier sobre cómo veo yo las cosas.

—¡Maravilloso! Y a ver si conseguimos que vaya la Reina.

Clara recorrió otros corrillos, animada escuchando las risas y la música

elegida por su hija. Se habían decidido por el 12 de junio para la celebración porque Valeria cumplía veintiún años y anunciaba su compromiso con su prometido, Javier. El joven, siete años mayor que ella, se introdujo en la familia con los estudios del IESE Business School, finalizados con matrícula, completados con un máster en Harvard. Esas acreditaciones le abrieron no solo las puertas a la casa familiar, sino la inmediata aceptación de Marcelo en el entramado de sus empresas y el pasaporte para una boda inmediata. Desde entonces, las cualidades de Beltrán, un joven que estudiaba economía y empresas en ICADE sin mucha aplicación, se convirtieron en un borrón en la familia. Marcelo le abroncaba su indolencia comparándole con la brillantez del recién llegado. Hasta la arquitectura interior de la mansión acabó reflejando la ambición del intruso. «Mi amor —le había propuesto Javier a su novia—, en la zona del gimnasio deberíamos tener la sauna y la piscina cubierta para relajarnos después del ejercicio». Idea que ella aprobó de inmediato, así como los proyectos que él sugirió sobre las salas de juegos y cine.

Clara se había reservado la última palabra en la distribución de las cocinas, una de ellas la externa, que aquella noche funcionó a toda máquina. Así como la decoración de los baños —que ideó a modo de balneario— y los amplios vestidores. Su pensamiento era que «se podía gozar en una casa tan acristalada como aquella con escasas paredes para colgar cuadros, pero nunca sin zapateros diseñados para almacenar botas altas». Madre e hija eran como dos gotas de agua que, unidas, componían una mayor, caprichosamente entregadas a los mismos placeres de la vida. Para las dos, la fiesta de inauguración era un broche de oro a meses de esforzado trabajo.

—Mamá, ¿te parece que pliegue ya los parasoles? Para que todos los invitados disfruten mejor de la puesta de sol.

Valeria accionó su iPhone y, como en un ballet acompasado, fue ordenando el cierre de las cubiertas de piscina, quitasoles del jardín y entoldados de las fachadas. A su capricho, y haciendo las delicias de su padre, ella había proyectado la demótica que climatizaba por suelo radiante y bloqueaba la casa entera, lo mismo puertas que ventanas, cortinas, estores, luces, clima o alarmas. Con el juego de la iluminación, fuentes y humidificadores, aquella noche creó distintos ambientes para que los invitados disfrutaran relajados hasta la madrugada.

Marcelo, que no quitó ojo en toda la velada a los movimientos de Clara, se acercó a su viejo amigo Juan Quirós, con el deleite que le producía pensar que

era el primer ministro del Interior al que «¡por fin voy a conseguir controlar en toda mi vida!».

—¡Hombre, Quirós, qué bueno verte! Hagamos un brindis para superar estos tiempos tan difíciles para vosotros. Porque con la tropa que te rodea, no sé ni cómo puedes.

—Gracias a ti, Marcelo. Eres como mi hermano. A veces creo que sin ti no podría.

—¡Hombre, no digas eso! Pero más difícil sí lo tendrías. Porque, por cierto, a Lo Más le ha llegado una información sobre ti, personal, tremenda, que te destrozaría si se conociera. Vamos, que sería tu muerte.

—¿El qué, Marcelo, el qué?! —le reclamó Quirós con tono afligido.

—Lo que ya sabes. Pero no lo vamos a dar. Por encima de todo, tú eres amigo mío. Sabes que eres el único a quien pongo por encima de mi interés por España. La Virgen María y el Espíritu Santo te han debido poner en mi camino, y eso es lo más grande.

—¡Marcelo, me emocionas! —atinó a decir el abatido ser en que se había transmutado el todopoderoso ministro.

—Te llamaré cada día para ayudarte en lo que necesites, que para eso estamos los amigos. Oye, si no te importa, ¿eh?

A la mañana siguiente, Marcelo, cumpliendo la palabra dada, comenzó con «estas pesadas llamaditas» diarias a Quirós, a la misma hora que en otros tiempos hiciera con Henar, con Ávalos o con Piluca. Por el tono apocado de su amigo, pudo notar que la descomposición que le invadió la noche anterior le había durado más allá de la fiesta. Quirós le confesó que, quizás por el vino tomado, había soñado con algunos apóstoles, y le citó en concreto los martirios de Pedro crucificado boca abajo, de Mateo atravesado con una espada o de Juan abrasado en aceite hirviendo. Marcelo dijo entenderle, aunque le garantizó la protección de Santa Teresa, a la que dijo haberse encomendado antes de dormir, lo que pareció tranquilizar al ministro. Desde su abjuración de la Iglesia, Marcelo llevó ese detalle personal con enorme disimulo social, apareciendo como un piadoso practicante a los ojos de los Quirós de este mundo, sabiendo golpear hábilmente cuando el papel que le convenía era el de ateo redomado.

—Juan, nos resarciremos con un buen almuerzo en Jockey. Iremos de la mano en todo.

Sus gustos hacia ese restaurante se habían inclinado desde que supo que por allí aparecía de vez en cuando el Rey, la eterna pieza que siempre codició y

nunca le resultó alcanzable. Acababa de escuchar a Clara hablar por teléfono con la ministra de Sanidad sobre una comida y citar la palabra «reina». «¡¿Qué coño sería eso?! ¡Lo que le faltaba por oír!».

Malhumorado, Marcelo salió de casa para trasladarse al Palais, donde tenía previsto un desayuno más tardío. Había quedado con Paco Sotillos, el periodista elegido para dirigir Lo Más, cumpliendo una de sus promesas al presidente Velasco. «Un gurú —les explicó fascinado a Sanjurjo y el Pulpo—, el tío me cuenta unas palabras en inglés para captar las mentes de la gente que son ¡la leche! Y la tendencia, según dice. Fajado «en el combate de la izquierda real, no de la izquierda blandita», para reorientar al viejo Partido del Progreso, que por lo visto está apolillado». El timbrado en el teléfono de Marcelo les interrumpió la conversación que mantenían sobre los nuevos programas de la cadena.

—Necesito verte con urgencia. Lo de Memé se nos complica.

—Joder, Sanjurjo, ¿tan grave es? Últimamente todo lo ves negro. ¡¿Qué te pasa, te ha dejado la novia?! Estoy con Sotillos, y lo que tenemos entre manos es importante.

—Esto también lo es. Acaba de venir a verme esta. ¡Imagínate, por la mañana, con cara de no haber pegado ojo en toda la noche!

—¿Me estás diciendo que tenemos que dejar todo para ocuparnos de una puta? Bueno, si tanto te preocupa la historia, te acercas al Palais, y te veo cuando acabe con este. Ponte por el lado de los sillones.

Sanjurjo esperó impaciente la llegada de Marcelo bajo la imponente cúpula de cristal de la rotonda del hotel, observando el juego de vidrieras modernistas trabadas en decenas de varillas, para dejar abierto el paso a la luz natural. Se detuvo en los detalles de flores, las lámparas engarzadas, las columnas que la sujetaban. Y pensó que, habiendo estado miles de veces bajo esa cristalera, nunca hasta entonces había reparado en la serenidad que daba la belleza de la luz refractada en coloreados efectos. Supuso que ahora sus ojos se habían acostumbrado a vislumbrar la opulencia que antes no veía. Al fin y al cabo, él era ya un hombre forrado, acostumbrado a los cálculos del dinero. En ese dilema estaba, cuando apareció Marcelo.

—Memé quiere parar ya. Desde hace tiempo me ha cogido varias veces aparte. Como angustiada. Ayer iba a ir a tu fiesta y al final se rajó. Va mal de ánimos. Y ahora me ha dicho que prefiere cerrar, pero que no sigue con lo nuestro.

—¿Ella sabe que va jodida si pretende marcarnos a nosotros?

—Sí, claro, ¡la tía no es gilipollas! Pero teme que alguien nos haya detectado. Yo creo que tenemos ya material de sobra. Quizás tenga razón. Entre los políticos hemos pillado de todos los colores y en el mundo de la pasta hay varios tipos bien forrados.

—Bien, pues hazme otra propuesta. Porque, con todo, lo peor que huelo es que con Quiroga las cosas se nos van complicar. Este es de los que a todo te dice amén pero luego ni puto caso. El tío es un témpano y solo va a lo suyo. Lo único bueno es que Quirós es un pichón. Va a seguir con la política antiterrorista de Velasco y le montaré una audiencia con el papa en el Vaticano. Con eso quedará encantado.

—No te fíes de nadie, Marcelo. Las cosas van jodidas, todos nerviosos, como está la calle.

—Pues búscale un par de follones a Quirós, para luego sacarle y dejarle en deuda para toda la vida. Eso lo tienes fácil con tus contactos en el ministerio. No se me ocurre otra cosa. Y piensa más que nunca en controlar el mundo judicial.

—Tengo información de que al Gobierno se le van a complicar las cosas en los juzgados. ¿Lo dices por eso? —preguntó con cierto retintín el comisario.

—No. ¿Tú por qué lo dices?

—Porque me lo han soplado. Ahí, cuando eso arranque, nuestras asociaciones se podrían personar para empujar a quien nos moleste.

—¡Ojo con eso! Está bien, pero habrá que ir con cuidado.

Ciertamente, la ley en España permitía a un particular o una asociación actuar como acusación popular, lo que generaba el derecho a conocer todos los detalles de la instrucción de un sumario. Por esa rendija se fue colando la política en la justicia, contaminando los poderes independientes del Estado. Con nombres rimbombantes surgieron Manos Limpias como la Mani Pulite italiana, Democracia y Libertad, Abogados Demócratas por Europa, Acción Cívica o Movimiento Ciudadano contra la Corrupción. El círculo «virtuoso», decía Sanjurjo, se cerraba si las televisiones daban visibilidad a los casos, fabricando circos mediáticos para convertir a los investigados en condenados a los ojos de los ciudadanos con la pena de los telediarios.

—¡Esto sí será divertido! —jaleó Marcelo—. ¡Pero lo jodido es que hemos tenido algunos amigos muy gilipollas que acabarán trincados! Este negocio nuestro no es para aficionados, Sanjurjo, y ¡hay que joderse!, cómo se han comportado algunos. También habrá que tener cuidado con eso.

Mientras Quiroga, con sus idas y venidas por Europa, había encontrado

amistades y dinero para evitar la quiebra de España, la pertinaz crisis seguía despeñando el Producto Interior Bruto en una serie tan diabólica como sucesiva. El empleo se seguía destruyendo, y en los bares la gente se graduaba en economía, conversando sobre los recortes, la prima de riesgo, la deuda y el rescate de la banca. Una vez que los ciudadanos se convirtieron en catedráticos en crisis económicas, otros nuevos recitales se colaron en la sabiduría popular, especialmente en torno al desafío creciente de los independentistas desde Cataluña. Entonces los trasuntos fueron Constitución, derechos, votar, deberes, referéndum, «España nos roba», el artículo 155 y cumplir la legalidad.

En los mismos tiempos, los españoles también se doctoraron hablando de la corrupción. Lo mismo a cuenta de la trama Gürtel, que impactaba a los conservadores en sus feudos de Madrid y Valencia; que de la Operación Púnica, que arrastraba a concejales, funcionarios y empresarios relacionados con Mayoral. Todo sonaba con el mismo tintineo: de Brugal a Taula, de Terra Mítica a Palma Arena, o al ático de Estepona. Salpicados con el Caso Nóos. El soniquete que da el dinero, el trinque y las corruptelas. El ruido de las tapaderas. Escándalos que se cruzaban con las desvergüenzas socialistas a costa de los ERE y los expolios de los nacionalistas catalanes, capitaneados por la familia Pujol, Millet y el tres por ciento. España, a vista de pájaro, se vislumbraba como una gigantesca charca nutrida de tramas de cohechos, prevaricación, blanqueo de dinero, tráfico de influencias, evasión de capitales, extorsiones, sobornos, malversación, paraísos fiscales, información privilegiada. Una descomposición que Marcelo leía, una vez más, en términos de oportunidad. Solo le importunaba el esfuerzo de tener que despegar de su red capturas que ya tenía bien impregnadas, por inservibles, porque debido a la corrupción debía apuntarlas en el «Cuaderno de Cárceles», el más nuevecito de todos. Pero en esa calamidad fueron engordando, de un lado, el «Cuaderno de Caídos», lo que él traducía en más informadores por despecho; y, de otro, el «Cuaderno de Deudores», adonde iban a parar todos aquellos que se beneficiaban de sus socorros.

En la sede de televisión, Marcelo convocó el Comité Editorial, renombrado así con toda la pompa para impresionar al presidente Abreu, «nada menos que para iluminar nuestro camino, querido José Ramón», le remarcó delante de todos. Todos eran la más amplia gama de colores: el Pulpo, Fierro, Cañaveral, Buenavista y Sotillos. Todo un arco iris a las órdenes de Marcelo.

—Presidente, si te parece, reparto yo el juego para quitarte trabajo. A ver, ¿Cañaveral?

—Nosotros, bien, el periódico está tratando de cine al Gobierno y también les defendemos en las tertulias. Quiroga está contento.

—¿Buenavista? —le dio el turno Marcelo.

—Yo creo que si Lo Más es de izquierda real, la Universal tendría que ser más de derechas que de centro, por equilibrar las cosas, digo yo.

—¿Sotillos?

—Yo tengo varias propuestas, pero vamos, Marcelo, que son las que tú y yo hemos hablado, hacer el programa de guiñoles *El Desafuero* y la tertulia política *Lo Más de lo Más*.

—¿Fierro?

—Creo que lo estamos haciendo muy bien. Yo estoy hablando con todos. Y todos piensan que soy de ellos. Un poco como tú, Marcelo, en mi medida, claro.

—¿Lucas?

—No estoy de acuerdo con Cañaverl. Creo que el Gobierno va cabreado y, como puedan, van a por nosotros. Suerte que al final Quiroga no hace nada.

—Pues muy bien —zanjó Marcelo—. ¿Eso significa que quieren guerra? Porque yo a Quiroga le hago algún favorcito y con eso le meto en un lío de cojones. Vamos, que lo tengo ya en la cabeza. O sea que, a este hay que darle hasta que diga basta. Y me trabajaré a su jefa de gabinete. Con los demás, como hemos ido hasta ahora. Quirós, que salga cada día. Ya me encargaré yo de que hable por todas partes para luego sacarle sin parar. ¿Estás de acuerdo, Abreu?

—Bueno, han sido varias cosas, pero yo no hablaría de guerra con nadie, porque...

—...porque está bien, presidente. ¡Magnífica aportación la tuya! A fin de cuentas, tú eres el director editorial y todos venimos aquí para tomar nota de tus sugerencias. Espero que sea así, y todos hayáis entendido los deseos de nuestro presidente. No quiere guerras. ¿Entendido? No-quiere-guerras —remarcó, enfatizando cada una de las tres palabras.

Marcelo repasó con mirada irónica a cada uno de los asistentes, lo que desató alguna sonrisita. Y disolvió con tono jubiloso la reunión, sin que el presidente Abreu pronunciara una palabra más, ni siquiera el «amén». Saliendo, Marcelo le tomó por el hombro. Amistosamente le susurró: «¿Sabes una cosa, José Ramón? El peor enemigo del talento es la estupidez, al talento no le gusta la mediocridad, por eso no nos gusta Quiroga. *El arte de la guerra*, Sun Tzu, deberías leerlo. Te lo mandaré esta tarde».

Desde el coche, mientras el discreto Tony le conducía al almuerzo que iba a

mantener en Zalacaín con Lucrecia, la jefa de gabinete de Quiroga, marcó el teléfono.

—Pulpo, coordínate con Fierro para trabajar varios confidentiales. Dale un buen zasca a Buenavista. ¿Este tío qué se ha creído, que tenemos que equilibrar? ¿Por qué razón habríamos de hacerlo, porque él lo diga? ¡Será gilipollas! Hazle un confidencial que lo destrozé, algo así como que «La dirección de La Red impone a la Universal la misma tensión con la que trabaja Lo Más». Tensión, ¡eh! La palabra es tensión. Y dile a Sanjurjo que le monte una contravigilancia. Quiero saber por dónde se mueve este tío, que no me fío ni un pelo.

—Me pongo enseguida. ¿Más cosas?

—Sí. Otro a Abreu. Algo así como que «El Gobierno desconfía de Abreu tras su viraje político por conseguir la televisión de izquierdas».

—¡Joder! Más.

—Que traten de cine a Quirós, el tío es un desastre como ministro del Interior, pero nos va bien. Cuanto más descojonadas estén la Policía y la Guardia Civil, mejor nos moveremos nosotros por esos mundos. Y, por último, recuérdame luego que hay que destrozarse a Grupo Media.

—¿A la competencia? ¿Por algo en concreto?

—Destrucción de la marca. Daño reputacional. Todo lo que se os ocurra. Política de empresa, consejero delegado, accionistas, barullo si tienen en la Junta, caídas de la acción, todo lo que les destruya el valor de mercado. Esto todos los días hasta nueva orden. Y a lo bestia.

Durante el trayecto, trató de bajar la ansiedad ejercitando la respiración para controlar el ritmo cardiaco. Quería llegar al almuerzo con la imagen de un corderito. Sin aliviar el trabajo del cerebro, que le determinó con lucidez cuál sería la nueva etapa que se le abría en su vida. Se acabaron los tiempos en que la política había decidido sobre los medios. Ahora sería él quien decidiría sobre los políticos y sus circunstancias. Y aquello, pensó mientras inhalaba con fruición el cigarro puro, necesitaría de un formidable plan. Sin renunciar a su exitoso «capitalismo clientelar», como lo describía él con sorna, ni a perfeccionar su aspecto fatigoso y renqueante. Decidió que caminaría como vuela un tordo, como borracho y aturdido, para que fuera más difícil saber cuál sería su siguiente movimiento.

CON EL ESPATARRAMIENTO TOTAL

Contempló su Tetris prácticamente completo; solo le faltaban las tres últimas fichas

En la puerta del restaurante, Lucrecia fue recibida por el *maître* de Zalacaín con la discreción que se otorgaba a los invitados de Marcelo que tenían por destino uno de los lujosos reservados. Allí le esperaba el capo de la comunicación, en compañía de Lucas. La jefa del gabinete del presidente se había incorporado a su tarea medrando desde puestos inferiores, con la avalada reputación que le daba su ambición y capacidad de trabajo. Guapa, abierta, desenfadada, sagaz, astuta e inteligente, tenía todas las cualidades para sintonizar a la perfección con los personajes que ella consideraba útiles para su tarea. Y en esa categoría, sin duda, se encontraba el todopoderoso Marcelo, presidente del grupo mediático de referencia, con la capacidad de hostigamiento que le daba Lo Más. A la comida se presentó con sus golpes de melena morena, sus ajustados pantalones de cuero calzados sobre taconazos con plataformas, y su inseparable mochila de última moda. Para ella las mochilas eran como los zapatos, las tenía de las mejores marcas para todos los conjuntos. Sabía que ese elemento se identificaba con ella y le reforzaba su personalidad.

—A ver, Lucrecia, una vez más, cómo haría yo para explicártelo. Con Quiroga no volveréis a ganar las elecciones. En 2015, la economía seguirá hecha unos zorros y la calle arderá con los escraches. Y, mira lo que te digo, España necesita estabilidad. Mi Grupo te va a hacer ministra y, de ahí en adelante, ya hablaremos, podrías llegar a más. De momento, te ofrezco colaboraciones en todos nuestros programas; te convertirás en la mujer de referencia del Partido de la Gente. Y yo te trabajaré al Gobierno y al grupo parlamentario para que no suscites suspicacias. ¿Qué más quieres?

—Marcelo, prefiero pensar que esta conversación no ha existido.

—Efectivamente, Lucrecia, solo estamos hablando de España. Y de que una inutilidad como Juan Quirós, que el pobre hombre todo lo que tiene de bueno lo tiene de tonto, es el ministro más valorado del Gobierno. Supongo que te habrás dado cuenta que, en eso, algo tengo yo que ver. Imagina lo que podría hacer contigo, con la inteligencia y el olfato político que tú tienes. Si yo me pongo a hacerte ministra...

—Tu poder lo conozco bien, Marcelo. Pero no quiero enredos.

—Está bien. Si me permites, yo únicamente te llamaré cada mañana para comentar alguna buena jugada que te podría ayudar a marcar el día. Te afianzará con el presidente y para destacar en el equipo. Eso nunca sobra. Y si queremos que seas ministra, tendrás que actuar así.

Las llamadas se producían cada mañana, puntualmente antes del desayuno, dándole preferencia sobre Quirós. Cuando ella acudía al programa matinal de la Universal, normalmente esas intervenciones las preparaban juntos la noche anterior. «Periodismo de mantel», le decía él riendo. Una ayuda que Lucrecia comenzó a valorar extraordinariamente. Ella, la *influencer* del presidente del Gobierno, la mayor experta en las nuevas tecnologías de todo el complejo de La Moncloa, se sentía insegura siendo protagonista en una tertulia política. Dominaba el mundo de la red como nadie. Había inspirado los últimos *claims* de campaña al presidente Quiroga para conectar con los jóvenes, «en positivo», «a favor», versionando su himno con música de villancico, jazz, rock o incluso merengue. Pero le amilanaba la cámara. Había conseguido ser la amiga de la gurú internacional de The Messina Group, la genialidad de mujer que le hizo la campaña a Obama, a Cameron y a Renzi, gran experta en el voto táctico focalizado en el uso de las redes sociales. Pero —reconocía—, ante una cámara de televisión, temblaba.

—Marcelo, imagínate tú ahí. Tienes que entender que yo nunca he hecho eso.

—Pues tendrás que hacerlo. Tómate un Lexatín antes de salir. Qué quieres que te diga. Que si quieres ser una voz de referencia dentro de tu partido y medrar, te tendrás que aguantar. Y salir por todas partes.

—¿Tú sabes lo que es el Big Data?

—Pues no, ni falta que me hace.

—¡Ah, pues eso! Zapatero a tus zapatos, jolín. Me parece bien que te empeñes en hacerme famosa, pero lo mío es la tecnología, la innovación y la

escenografía, esas cosas. O sea, que si te digo que lo de la televisión me cuesta, por lo menos entiéndeme.

—Vale, Puño de Hierro, si lo que querías es acojonarme, ya lo has hecho —le dijo, como si él ignorara que ella era la persona que controlaba toda la informática del palacio de La Moncloa, incluyendo el acceso a los correos de Quiroga. Y que por eso a él le interesaba.

Otro día, para la cena, Marcelo la invitó al comedor de su *suite*. Le explicó que el tema era tan delicado que necesitaban la máxima privacidad. Debía comentarle un asunto «extremadamente delicado», le advirtió.

—Con las asambleas y los colectivos del 15-M se va a montar un partido de izquierda radical, republicano, el Partido del Despertar. Tienen pasta que les viene de fuera, de los comunistas. Me dicen que de Venezuela y de algún sitio más. Esto nos podría ir muy bien.

—Los comunistas no venden nada en ninguna parte del mundo —le replicó ella con aire seguro.

—¡Entérate, Lucrecia! No tienen ideología, pero recogen la indignación y el sufrimiento de la gente con la crisis. Y eso, ¡claro que funciona! Hablan para los desesperados, los desahuciados, la gente que lo ha perdido todo y, lo que es más importante, la gente que tiene miedo a perder lo que tiene. Van a jugar con eso, con el miedo. Acojonar y señalaros a vosotros como culpables. Más viejo que el mundo, lo de las víctimas y los verdugos. Pero esto se puede trabajar.

—¿Trabajar? ¿Cómo?

—Explotándolo bien en Lo Más. Para dividir a la izquierda, ¡coño! Lo que se dice partirlas por la mitad. Haciendo con ellos una buena pinza a los del Progreso. Pero, con todo, lo más importante no es eso.

—¿Y qué es lo más importante? ¿De dónde sacas tú todo esto? —le preguntó intrigada.

—Bueno —se jactó riendo el Marcelo más fanfarrón—, digamos que uno tiene muchos amigos. A ver, hay grandes empresas que quieren ayudar a un nuevo partido liberal que acabe con vosotros y con Quiroga. A este le ven flojo, lo de siempre, ya sabes.

—Yo no sé nada.

—Lo van a llamar Futuro Brillante. Pero a lo que voy, que antes de que llegue el tipo del futuro por el que está apostando todo el Ibex, tengo que ir yo contigo. Esta es la tuya. O eres ministra y sacas la cabeza, o nada. No nos queda otra.

—¡Jo, Marcelo, es que da miedo hasta oírte!

—Lucrecia, siento decirte que tú eres un pichón. He sabido que Quiroga no va a hacer ningún cambio en el Gobierno, ya sabes cómo es. Por eso tendré que forzar las cosas. O lo desestabilizo todo o no llegaremos a ninguna parte. Yo solo miro por España y cómo fueron las cosas en Italia. Allí, después de Mani Pulite, reventó el sistema y se acabó la corrupción. Aquí estamos en lo mismo. Va a reventar todo sin que nos coja preparados. En Italia, en aquellos tiempos, Mario Monti estaba como tú ahora. Un poco peor, incluso, porque solo era un profesor. Y ahí le tienes, presidente de su país, nada menos que a propuesta de Europa. O sea, que solo hay que estar preparados. Déjate ayudar, que nadie tiene los medios de comunicación que tú tienes. En España te conoce ya todo dios.

—Eso te iba a decir, tendrías que invitar a una o dos diputadas más a las tertulias, para que no quede yo sola. ¿No te parece?

—Está bien. Lo haremos. Y una cosa importante, estate atenta a los movimientos del jefe. Controla bien sus correos, visitas, todo, que para eso eres la jefa del gabinete. Una negra, todo sea dicho. Que si no fuera por mí, no habrías salido de la cueva en toda la vida.

Marcelo despidió a Lucrecia hasta la puerta del Palais con dos besos y un «Tranquila, déjame hacer». Volviendo sobre sus pasos, ansioso, camino del ascensor, tiró de teléfono.

—Sanjurjo, ¿lo tenemos?

—Sí, todo. Se la oye muy bien, de las veces que mejor hemos grabado. Ha quedado perfecto.

—¡Joder, lo que cuesta todo! —dijo, como si la espalda se le partiera por la mitad. Pero, bueno, la tecnología es la única vía para llegar a Quiroga. Es la única que le puede reventar el sistema desde dentro. Así que a por todas. Porque la tía es dura de pelar.

Los compinches cerraron una nueva cumbre marceliana, a la que por primera vez se incorporaron Fierro y Sotillos como ideólogos. Entre otras cosas, decidieron que Sanjurjo promovería alguna acusación en los tribunales contra el Partido de la Gente, por corrupción, «para que vayan tomando nota». Y que Marcelo registraría en el Ministerio del Interior un nuevo partido político, bajo la denominación del Pueblo de la Libertad, inspirado en la formación que fundó Silvio Berlusconi con los restos de la original Forza Italia. En su imaginario, pensaba que solo con imitar al italiano, perfeccionándole, ya tendría bastante. El tipo le había ido enseñando el camino por el que transitar, los modos de hacerlo

con la propaganda y las televisiones, y hasta la filosofía de la vida y el trabajo. Como él, también se propuso, firmemente, que llegaría a ser el *Jesucristo de la Política*.

—Es lo que la gente quiere oír ahora, «pueblo», para reconocerse ahí, y «libertad», para deshacerse de la casta que les oprime. Hay que reconocer que Berlusconi fue un fenómeno, ¡sí, señor! —les dijo Marcelo, yéndose arriba—. Lo reventó todo. ¡Qué tío! Pero os digo que yo le dejaré en calzoncillos. De Armani, por supuesto —se carcajeó jocosamente.

—Yo creo que tendrás que esperar un poco antes de presentarte tú con tu partido —le aconsejó Sotillos, apodado definitivamente ya por Marcelo como «el gurú»—. Mantenlo aún en el congelador. Si te funciona monitorizar a Lucrecia, tira con ella, y le daré bola en Lo Más. Y, entretanto, vamos viendo cómo se comportan los del Despertar. Y podemos reflexionar. Porque tú hablas «del pueblo», y no quiero joderte, Marcelo, pero...

—Pero... ¡¿Qué?! —le increpó airado—. Todo el día estáis con el pero en la boca.

—No, nada. Que lo de «el pueblo» es machista. Nadie como yo conoce a los del Despertar. Y ellos hablan de «la» *ciudadanía*. Todo lo hacen en femenino, «la» *casta*, «la» *trama*, «la» *corrupción*, «la» *gente*. Esto es lo que se lleva. Quizás con tu partido de «el» *pueblo*... ¡Coño, pues nos hemos equivocado! ¡Que ya nace viejo!

—¡No me jodas, Sotillos! ¡No me vengas con esto ahora, se te podía haber ocurrido antes, que cobras una pasta! ¡Demasiado para ser comunista o como cojones seas!

—Que no, hombre, que no —salió al quite el solícito Fierro, para rebajar tensiones—. Que ellos también hablan mucho en masculino. Si están todo el día con «el» *debate*. Eso no se les cae de la boca, que estoy harto de oírsele cada vez que los veo. Tranquilo, Marcelo, es que Sotillos habla como si solo él les conociera, y de esto todos sabemos poco.

Marcelo aceptó con incomodidad el hecho de que tuviera que esperar a que reventara el sistema. Pero era la única salida que él mismo también veía, analizando las cosas. Meditó sobre ello a solas. Y se dijo que, durante meses, tendría que seguir cosechando y esperar más tiempo para hacer la recolección. Frente al espejo de la entrada de su *suite*, se examinó de arriba abajo y concluyó que era joven, mucho más que Berlusconi o incluso que Putin o el prometedor Trump. Solo Mario Conde intentó el asalto a La Moncloa siendo más guapo, más

joven y más alto que él, pero —se regocijó— se fue al carajo. Recostado sobre los cojines de la cama, sorbiendo otro whisky, supo que nadie le haría sombra. E hizo algunas llamadas.

—Quirós, te doy la última encuesta de MR Poll. Los comunistas y los liberales, estos nuevos, parece que avanzan y con eso acabarán por joder a España. No tendremos Gobierno en la vida.

—¡Eso es un horror, Marcelo! ¡Ahora que salíamos de la crisis!

—Lo solucionaremos. Dile a Quiroga que nosotros seguiremos con él. Y ojo con Lucrecia, que la tía cada vez está más rarita.

Llegó el día de las elecciones y el Partido del Despertar hizo honor a su nombre arañando un alto porcentaje de votos y diputados, apenas dos años después de constituirse, lo que llegó a inquietar al histórico del Progreso, que vio con enorme preocupación el trasvase de votos que se produjo en el seno de la izquierda hacia posturas más radicales. El plan de Marcelo de introducir el caos y romper por la mitad a la izquierda se había cumplido, atendiendo a su planilla. Aunque, en ese horizonte, él no había contado con las broncas de todos contra él y sus televisiones. «Otra vez en la rueda del hámster, no, ¡ni de coña! Escalar para estar en el mismo sitio me niego», se dijo tan determinado como contrariado. De nuevo le tocaba vivir lo vivido, recibir lamentos de todos, a diestro y siniestro, con la diestra y la siniestra partidas por la mitad. «He hecho un pan como unas hostias —se maldijo, porque ahora para controlar el follón necesitaría cuatro manos y cuatro lóbulos en el cerebro—. Me niego a seguir pensando en esto».

Cabreado como un mono que ha olido los cacahuets sin catarlos, saldó el asunto descartando volver a hablar con seres insignificantes sobre minutajes, portadas, aperturas, titulares o sumarios. Cuando le sonó el teléfono con la llamada del portavoz socialista, dio a la tecla de rechazar. Hizo lo mismo con el conservador, porque seguro que me llama para decirme que hemos dado alas a Futuro Brillante. «Son como murciélagos, la luz les aturulla. En vez de mirar quién va dándoles pasta a los nuevos, me miran a mí. ¡Que les jodan, ahora no podrán hacer ni gobierno!», fue mascullando con un cabreo crecientemente supino. El teléfono siguió sonando, lo miró con arrebatada furia, como queriendo, en vez de responder, lanzarlo contra la pared: «¡Serán cabrones! ¿Cómo voy a tener buenos razonamientos si no me dejan ni pensar?». Ante la insistencia del de la Gente, tomó aire y respondió:

—¡Mira, Mediavilla, le dices a Quiroga que llame a los del Ibex. ¡A mí qué

me cuentas! Y que ponga Lo Más para que vea la bola que le estamos dando al Partido del Despertar para joder a la izquierda. Si Quiroga no tiene televisor, se lo compras. ¡Coño! ¡Que lo vuestro es quejaros de vicio! ¡Con la nefasta comunicación que tenéis! Si no fuera por mí...

Aquel desahogo le dejó a gusto. Y le ayudó a relajarse de ese cacharro que era el teléfono, al que todo el mundo le llamaba, directamente, «sin ton ni son». Para pedirle, felicitarle, adularle o quejarse. «Había que tener un cerebro como el suyo para cambiar de interruptor a cada minuto», se dijo. De entre todas las llamadas, la última que le sonó, aquella no estaba en el guion. Cuando leyó el nombre en la pantalla, se preguntó en una ráfaga de segundos, antes de descolgar, «¿Qué querría ahora?». Dedujo que sería algo concreto, aunque no supo imaginar el qué, porque no era de llamar. Se abandonó al destino, una imposición donde él no encontraba disfrute.

—Marcelo, ¿qué estás haciendo? Me alegro mucho de que tus negocios sean prósperos, pero ¿cómo puede interpretar Lo Más que el resultado electoral es el triunfo de los antisistema y los antimonárquicos? Si seguimos así, acabaremos liquidando las instituciones. Y todo esto es muy serio. He estado varias veces por llamarte, viendo la campaña que habéis hecho, desestabilizando todo, dando aire incluso a los independentistas... Me apena tanto... ¿No crees que nos estamos jugando España?

Perplejo, él tardó en responder, lo que le permitió a ella decirle lo que quería e incluso hacer algunos silencios. Pero, aun en las más difíciles y emocionales situaciones, él reaccionaba con genio y figura

—Oye, oye, que hoy no estoy para bromitas.

—No, Marcelo, no es una broma. Solo por nuestra amistad y el cariño que te tengo, me he permitido llamarte. Es que creo que no es bueno para España, pero tampoco es bueno para ti. La campaña que se está haciendo contra el Rey está siendo brutal. Te aseguro que nadie sensato lo entiende. Porque una cosa es informar, que nadie lo discute, y otra es estar veinticuatro horas hablando de lo mismo, como si no hubiera mañana. Con la matraca de los errores del Rey. ¿Acaso no ha tenido aciertos para que también se comenten? No lo entiendo, Marcelo; lo que yo sé de patriotismo me lo enseñaste...

—¡Mira, niña! Es que creo que no te has enterado. Hoy no estoy para bromas —le interrumpió furioso.

Y le colgó. En contadas ocasiones, Marcelo, con su saber hacer, había utilizado el calificativo de «niña» para dirigirse a una mujer formada y con

argumentos. Y pocas veces había colgado el teléfono sin previo aviso. Pilar sintió el silencio del fin de la comunicación como un acto ruidoso, con desconcierto porque ese no era el Marcelo que ella creyó haber conocido. Pero quedó en paz consigo misma. En su carrera, Garrido había ascendido a jefa de departamento, y gozaba de confianza y respeto en la organización. Llamó a título personal, sin refrenar un deseo, esperando encontrar al otro lado al hombre que en otros tiempos solo hablaba de España y de patriotismo. Le quedó claro que, o nunca fue quien aparentó, o se había transformado en otra persona.

Por la noche, ese día era jueves y a él le tocaba dormir en casa, se extrañó de que, al llegar, Clara no estuviera a esas horas. Cenó con su hijo Beltrán y estuvo, relajadamente, charlando de sus avatares en negocios. A medianoche decidió leer las primeras ediciones de los periódicos del día siguiente. Extrañado de que su mujer aún no hubiera llegado. Trató de que aquel inconveniente no se convirtiera en preocupación, «porque la muy puta seguro que me está montando algo», por lo que resolvió dormir. El día había sido especialmente intenso y no grato. Despertó tres horas después, con un sueño agitado. Cogió el móvil, que estaba junto a la mesilla de noche y marcó. La llamada a esas horas sobresaltó a Quirós. El ministro dormía con el teléfono abierto durante toda la noche, aunque pocos osaban molestarle de madrugada, salvo caso de fuerza mayor.

—Juan, te lo digo a ti, porque de esto prefiero que no se entere ni Sanjurjo. Las cosas personales no me gusta airearlas. Y sé que en esto tú no te vas a ir de la lengua.

—¡Qué pasa, Marcelo! ¡Me estás inquietando! —le contestó el ministro, colocándose en su habitual modo alterado, como cada vez que se abría un interrogante.

—Búscame con discreción a Clara. La tengo en paradero desconocido.

A las siete de la mañana, cuando sonó la alarma del reloj, como de costumbre cuando dormía en casa, a él ya no le hizo falta. Había pasado las tres últimas horas en duermevela y el despertador ya le cogió espabilado. Con una taza de café en una mano, volvió a marcar con la otra el número de Quirós. Clara seguía sin aparecer, y «las discretas pesquisas no habían dado fruto alguno», le confesó, cariacontecido, el ministro. Pensó en ignorarlo. Y lo despejó con un «que le den, ¡pero es acojonante, la tía!». Se dispuso a hacer como cada día el desayuno en el Palais. Y allí recibió la llamada, a las diez menos cinco. Era el día 2 de junio, solo una semana después de las elecciones generales.

La noticia había corrido, oficiosamente por todas las redacciones de

España, como prende un reguero de pólvora. El presidente del Gobierno iba a hacer una declaración institucional desde el palacio de La Moncloa, a las diez y media, sin aparente razón alguna. Quien le llamaba era Buenavista. «Y este qué querrá ahora», farfulló.

—Me llega que el Rey va a abdicar, que eso es lo que va a anunciar el presidente.

—¡Qué dices! ¡No puede ser! Ya me lo habrían dicho a mí, y yo no sé nada. Me extraña mucho que esto vaya a ser así.

—Bueno, en todo caso, si te parece yo voy a ir montando todo el operativo, por si sucede. Porque si es así, tendríamos que seguir con la programación en directo, quizás hasta después del informativo. En todo caso, que nos pille preparados. Voy a ir mandando gente a Moncloa, Zarzuela, Congreso, partidos, y avisando a los corresponsales. Esto puede ser la leche.

Marcelo llamó de inmediato a Sotillos para advertirle del rumor y que, si se convertía en hecho, no le cogiera desprevenido.

—La Universal querría seguir, así que tú en Lo Más estate preparado para que no te quedes atrás. Y además, a ver qué pasa en la calle, con tanta gente indignada que van de republicanos. Igual se lía jaleo, estate atento a eso para darle bola. ¡Este Rey no se ha portado un carajo!

—Gracias, Marcelo. Eres mi ángel de la guarda.

—Es lo menos que puedo hacer contigo. Si la Universal lo hace, tú tienes que ser más. Al fin y al cabo, tú eres un tío que se porta de cine. Es lo menos que te mereces.

Cuando el presidente del Gobierno anunció, a las diez y media de la mañana, que el Rey abdicaba de la jefatura del Estado después de casi cuatro décadas, Marcelo pensó que a él, a lo largo de su vida, a su inteligencia y astucia, también se le había sumado la suerte. España tendría un Rey joven. Y tanto le daba que fuera un digno heredero como que no; que estuviera formado e informado, como de hecho era el caso. Lo importante en su cabeza es que fuera otro, uno nuevo. Recordó que su vida cambió el día que consiguió que el socialista Roberto García saliera por la puerta del palacio de La Moncloa. Para que entrara un nuevo partido con dirigentes que, él calculó, serían «incapaces e inexpertos».

Mientras todas las televisiones del país emitían en directo el anuncio de una noticia histórica, Marcelo se recostó, como tanto le gustaba, en su sillón ergonómico, encendió un puro fino y dio una calada profunda. «Al carajo las

tías; Pilar con sus remilgos y Clara con sus desapariciones». Se sirvió un whisky para saldar a las doce de la mañana sus disturbios emocionales y matrimoniales. El humo a él le ensanchaba los pulmones, lo que le producía un efecto sedante que le esponjaba la mente. Y el alcohol le aligeraba la sangre. Decidió que compraría un nuevo sillón con reposapiés modulable e integrado, para ayudarlo a flotar en el aire. Necesitaba confort de la cabeza a los pies. Sumido en ese balanceo de pensamientos, fue como vislumbró que su juego del Tetris prácticamente estaba completo. Solo le faltaba por incorporar las tres últimas fichas para terminarlo.

PRIMER OBJETIVO: LA NOBLEZA

Cualquier ser con una inteligencia como la suya tenía por obligación no estar contento nunca

El Pulpo le había dejado sobre la mesa del despacho la noticia de que lo último en drogas caseras consistía en picar Mejoral® (el nombre comercial de un medicamento compuesto de paracetamol), mezclarlo con tabaco, liarlo como un cigarro y envolverlo en tela de araña. El reportaje citaba que en las cárceles de Sudamérica era muy común fumar telas de araña para conseguir efectos alucinógenos o de embriaguez.

—Pero, Pulpo, ¿y tú esto lo has probado?

—Solo estoy investigando, porque al parecer la tela tiene muchísimo potasio y eso, al fumarlo, te quita oxígeno en el cerebro, con lo que en vez de alucinar solo te mareas.

—¿Y por qué me lo has dejado?

—Para que alucines tú con las cosas que se pueden hacer con una buena telaraña. Pero hay otra página debajo.

La segunda noticia relataba que investigadores de Eslovenia y Estados Unidos habían encontrado en África una nueva especie de arañas gigantes Nephila, famosas por tejer las telas circulares de mayor tamaño del mundo, auténticas fortalezas jamás vistas. El bicho recién descubierto era capaz de fabricar el material biológico más resistente del mundo, una seda dura de casi tres metros cuadrados, suspendida sobre ríos y lagos, por donde pasaban muchos insectos, con anchuras de hasta veinticinco metros. De ahí que la tela pudiera sostener colgadas decenas de presas como si nada.

—¡Acojonante, Pulpo! ¿Estas arañas capturan tantas presas solo por instinto? ¿O simplemente lo hacen por el divertimento que les produce su

voracidad? Esto sí me lo deberías mirar. Y con lo otro, ni se te ocurra hacer chorradas.

—¡Hombre, claro! Era para que supieras que lo de las arañas está de moda. Deberías haber registrado el *copy*. Las mafias rusas se tatúan grandes telas de araña en los codos cuando quieren demostrar que tienen prisioneros atrapados tras sus rejas. Lo mismo que has hecho tú toda la vida con discreción estos ahora lo van pregonando por las redes sociales. Como diría tu mujer, «es tendencia».

—¡Joder, lo que te digo! Las putas tendencias acabarán con todo. Si me apuras, hasta con las mafias —le dijo con el tono que empleaba cuando el asunto le resultaba cansino.

Marcelo tenía grandes obras pendientes y las anécdotas le divertían pero no le distraían de sus imperiosos objetivos. En el horizonte inmediato se había fijado tres grandes conquistas a las que lanzarse, definitivas en su vida, lo que para él no significaba bajar los brazos en las demás intrigas de cada día. En su imaginario, una persona contenta con todo era un absoluto idiota. Cualquier ser en su sano juicio, con una inteligencia como la suya, tenía la obligación de no estar contento nunca. Y en su caso le sobraban razones. Desde hacía tiempo, estaba convencido de que le faltaban reconocimiento institucional y condecoraciones, más allá de la influencia política y mediática de la que disfrutaba. La idea, que le reconcomía la sesera, cobró forma de urgencia aquellos días. «Tendré que pedirlo yo —se dijo a sí mismo—, porque de lo contrario a nadie se le ocurrirá. ¡Hay que joderse, con lo que yo soy!».

Se informó bien sobre el personaje que Lucas le recomendó, don Alfonso de Figueroa y Melgar, duque de Tovar, Grande de España, una eminencia en títulos nobiliarios, genealogista, historiador y escritor, con obras publicadas como *Hidalguía, honor, hispanidad*. Chequeó su biografía, entró en Wikipedia, vio que había tenido algún problemilla con la justicia, pero concluyó que el tipo era todo un portento, justo lo que él necesitaba. En los años ochenta, el duque había rehabilitado unos cuarenta títulos nobiliarios, algunos en desuso durante siglos, confeccionando incluso las instancias y los árboles genealógicos de los demandantes. ¡Todo un fenómeno! Entusiasmado, pidió a Mariví que le contactara. Habló con él y, con la mente clara sobre lo que quería, quedó a almorzar con el ministro de Justicia para informarle. Tendría que conseguir ser Grande de España, sí o sí.

—Te digo que no será complicado, Alberto, que tengo el contacto que me lo haría todo. Hasta las instancias que tendría que rellenar me las haría el tipo. Es

un gran experto, el duque de Tovar, no sé si le conoces. Yo solo necesito que me eches una mano, como yo he hecho contigo, ¿o es que no fuiste tú el primer ministro que inauguró los eventos de *La Nación* cuando llegó Quiroga al Gobierno? Nadie se ha portado contigo como he hecho yo.

—Marcelo —le interrumpió Alberto Daroca, exhibiendo toda su paciencia—. El Rey anterior fue muy inteligente alejando de sí las camarillas nobiliarias, y este Rey no ha concedido ningún título más. Además, lo que tú propones, eso de rehabilitar algún título en desuso, ya no es como era. Hace muchos años que se cambió la ley para establecer grandes restricciones, precisamente cuando se conocieron los manejos de este duque del que me hablas, el duque de Tovar.

—Bueno, pues lo intentamos con un título nuevo. Porque ya me dirás cómo se hizo con el duque de Suárez, el marqués de Dalí de Púbol, el marqués de Tarradellas o el marqués de Iria Flavia. Me lo he estudiado todo. Y si ellos pudieron, ¿por qué yo no?

—¡Marcelo, por Dios! ¡Estos hicieron grandes obras, en la política, en el arte, en la literatura, cuando, por cierto, España necesitaba grandes referentes!

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué me dices entonces del marqués del Valle de Tena? ¿Y del conde de Godó? ¿Del marqués del Pedroso de Lara? ¿O de la condesa de Gisbert? ¿Eh? ¿De estos, qué? —le interrogó irritado—. Estos lo recibieron solo por ser editores. Y puestos a hablar de eso, yo soy más grande que ellos. Y te digo una cosa, ministro, no me voy a conformar ni con señor, ni con barón, ni con vizconde. Yo, como poco, conde. Y de ahí, ya te aviso, que no bajo.

—Marcelo, que no —le pretendió conformar inútilmente el ministro—. Que esto fue en otro tiempo. Nadie te va a ayudar en este asunto ahora.

—Me da igual. Yo solo quiero que lo sepa Su Majestad. Es lo único que te digo, Daroca. Y si no, ya me encargaré yo de que se entere. Aunque creo que eso no le convendría.

—¿Qué?!

—Nada. Lo que has oído.

El ministro de Justicia salió del almuerzo con un regusto amargo en la boca. Conocía lo que por todos los salones de Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia, Bilbao, España entera, se decía de Marcelo. Que era un hombre atento en lo formal, pero sibilino en sus intenciones, al que convenía tener de frente mejor que de espaldas, al que los políticos le prestaban servicios y los empresarios le pagaban dinero, encantados todos para evitarse daños reputacionales. No había firma de convenio, patrocinio de evento o publicidad insertada en los medios de

La Red, que los enterados —toda una legión— no supieran que ello era a cambio de que Marcelo les retirara confidenciales y denuncias judiciales. Como tampoco los mismos enterados ignoraban que esos favores los cobraba Marcelo con gran beneficio personal, mediante un entramado de empresas con buenas tapaderas por las que el dinero circulaba en abundancia. A medida que Daroca fue avanzando en esos pensamientos, la cara y las manos se le fueron impregnando de un sudor frío. Lo que acababa de oír superaba todo lo imaginable. Su deber le obligaba a compartirlo con el presidente del Gobierno. Pidió a su conductor que se encaminara al palacio de La Moncloa, mientras le advertía a Quiroga de su visita relámpago.

—Presidente, desde hace tiempo me cuentan que detrás de algunos de los casos que salpican al partido o al Gobierno por corrupción, o de las extorsiones que sufren decenas de empresas, está la larga mano de Marcelo. Pero es que lo que hoy me ha dicho a mí lo supera todo. Amenaza ya con tirar contra el Rey si no le da un título. Y creo, francamente, que, viniendo de este personaje, es para tomárselo en serio.

—¿Imaginas en qué podría estar pensando? ¿Tirar contra qué? Si no hay nada en el Rey, es imposible.

—Ni idea. Pero viniendo de él, me cabe cualquier cosa. Ya sabes su práctica de «miente que algo queda». Estamos hartos de verlo. Su cadena antitodo se ha convertido en una especialista en mezclar noticias falsas con hechos ciertos para que todo parezca real.

—Sí, sí, la postverdad a la que el tío se refiere todo el tiempo. ¡Y tanto! ¡Al de Lo Más no se le cae la palabra de la boca!

Tenía razón el presidente del Gobierno, ese que según Marcelo no se enteraba de nada, habiendo captado el juego de palabrería que se traía en su grupo. Fue Sotillos, definitivamente ya apodado como «el gurú», quien por primera vez le habló a Marcelo de la conveniencia de introducir en sus apariciones públicas ese término nacido de la modernidad líquida. «Desconcertarás a todo dios —le dijo—, y cabalgarás sobre el mismo lomo que los grandes populistas del momento, aupados a base de *fake news* y de *hechos alternativos*. Mira lo de Trump, el tipo va lanzado liándolo todo, este podría ser tu nuevo modelo». A Marcelo le entusiasmó la idea, porque con aquella corriente, según se informó más tarde, lo más relevante no era el contenido de las noticias sino la inestabilidad que se conseguía con ellas. Frente a la tozudez de los hechos, se podía imponer la tozudez de las interpretaciones. Las

emociones e incluso los deseos. Los hechos más convenientes, independientemente de que fueran verdaderos o falsos. Lo que en otro tiempo él había llamado mentiras, embustes, bulos, noticias falsas, fingimientos, ardidés, artimañas, verdades mezcladas con falsedades, manipulación, desinformación o propaganda ahora venía a llamarse *postverdad*. «Acojonante —le pareció—. Ahora vienen estos que solo hablan en inglés a decirme a mí cómo se llama lo que yo he hecho toda mi vida sin haber sabido decir ni siquiera *hello*. Acabarán inventando las sopas de ajo. ¡Pedazo de masturbadores!».

El caso Marcelo ya se había debatido en el Consejo de Ministros en alguna ocasión, por el uso malicioso que en las televisiones de La Red, especialmente en Lo Más, se hacían de asuntos que afectaran a ciertos ministerios para presionar a sus titulares. Por tanto, nada más terminar el encuentro del ministro Daroca con el presidente del Gobierno en el palacio de La Moncloa, este marcó desde su móvil, sin dilación, el teléfono del director del Centro Nacional de Inteligencia.

—Jaime, naturalmente no he olvidado que nos vemos mañana, pero quiero que vengas preparado, porque esta vez se trata de Marcelo Russo, al parecer disparando por todo lo alto. Exige que se le conceda un título de conde o marqués y, ¡coño!, el tío, sin cortarse un pelo, encima lo pide con Grandeza de España. Pero eso sería lo de menos si no fuera porque, de no conseguirlo, amenaza al Rey. O al menos eso es lo que parece. Sígueme esto, por favor.

El Secretario de Estado Director, el SED del CNI, Jaime Soria, a quien le gustaba resumir su hoja de servicios en relación con su dedicación a España y la devoción por la monarquía, también conocía, naturalmente, el sinuoso trajinar del capo. La velocidad de sus pensamientos no tenía que envidiar a la de Marcelo, así que, de inmediato, pensó en su nueva subdirectora, Pilar Garrido, responsable técnica de la Inteligencia, para encargarle el caso. Recordó que, en una ocasión, ella le comentó que siendo joven conoció a Marcelo e incluso trabajó con él por un tiempo. Sin duda, vio con claridad, ella era la persona más adecuada para coordinar una investigación tan delicada.

Precisamente fue Garrido quien sugirió que el CNI pusiera el nombre «Olivares» a la investigación, por la última ambición de Marcelo de convertirse en conde o duque, como pórtico de otras aspiraciones delirantes que tuvo antes de morir.

—Le conociste, ¿verdad? —preguntó el SED a la jefa de la Inteligencia.

—Sí.

—¿Cuánto?

—Lo suficiente.

—Pues esto lo tienes que llevar tú, Pilar. Será muy delicado, porque al parecer está haciendo de todo. Llévalo personalmente, te lo pido por favor.

—SED, entiendo tu preocupación porque, desde que tomó la participación del periódico, le vi hacer cosas rarísimas, pero ahora creo que se ha vuelto loco del todo. ¡Ni te imaginas lo último! Solo días antes de que abdicara el Rey le llamé por teléfono y me colgó como si le hubiera poseído el demonio. No te quise decir nada porque lo hice como vieja amiga suya. Y porque me salió del alma. Le reproché cosas serias.

—¿Qué crees que está pasando ahí?

—Borracho, SED. Ya está que no distingue. Se le ha desbordado la ambición y le ha dejado en cueros lo peor de él mismo. Si alguien me hubiera dicho que acabaría así, jamás lo hubiera creído. Y no será que no he conocido a tipos miserables en mi vida —confesó con aire resignado.

Con aquel fardo bajo el brazo, Pilar se dispuso a trabajar. Sabía que el caso no había por dónde cogerlo. Como trama de extorsión, oculta bajo decenas de pantallas, era lo más sinuoso que había visto nunca. Con aterradora lucidez, decidió ir de poco a más. Para empezar, tantearía únicamente con un operativo de contravigilancia, discreto, que le permitiera observar únicamente los movimientos de Marcelo. De lo que dedujo prácticamente lo que ya sabía: que el personaje hacía una vida en media docena de escenarios, de los que entraban y salían distintos figurantes, unas veces un ministro, otras miembros de partidos, empresarios, periodistas, clérigos y algún que otro juez. La novedad era que se veía, con harta frecuencia, con los del Despertar. Con Sotillos de por medio. En todo caso, aquello no le aportó nada nuevo, por lo que decidió comunicarle al SED que pediría permiso al juez del Tribunal Supremo para ir a mayores. Necesitaba escuchar sus conversaciones.

La directora de la Inteligencia sintió una cierta incomodidad por tener que realizar esta tarea tratándose de Marcelo. Por un instante pensó cómo actuaría él, poniendo un lado de su cerebro en la pasión y el otro en la devoción. Tiró adelante sin entretenerse, sino en cómo montar el dispositivo con el que actuar. Tendría que escuchar hasta el ritmo de la respiración de Marcelo. Sobre el sentimiento contradictorio de Pilar se impuso el deber de la directora. Las primeras escuchas la desconcertaron más allá de lo que habría imaginado.

—Marcelo, esto que he visto encima de tu mesa, ¿es el escudo heráldico

que me ha dicho Valeria que vas a encargarte? —le preguntó Clara, con tono contrariado.

—Sí.

—¿Con esta columna de oro en el centro? ¡Qué horror! ¡No puede ser más feo!

—¡Y a ti qué más te da!

—¿Eso significa que pretendes ir en todo por libre? ¿Por qué no me has dicho nada? ¿O es que también piensas excluirme de tu marquesado? Porque, te aseguro, que eso no podrás. Te recuerdo que eras un don nadie cuando te conocí, un muerto de hambre que jamás habría alcanzado ni llegar a Madrid. No habrías tenido ni para pagarte el pasaje.

—¡Oye, oye! ¡Frena! ¡Que tú serías una furcia trabajando en el Bom-Bom!

—¡Cállate! ¡Que todo me lo debes a mí! ¡Y a mi padre, que aguantó mi caprichito de casarme contigo!

El portazo de Marcelo saliendo de casa amortiguó, en parte, los gritos de Clara que le persiguieron hasta el monumental *hall* de la mansión de Puerta de Hierro. Ella era como el champán que burbujea fuerte pero se amansa rápido. Su dignidad no le permitía que él la desequilibrara por mucho tiempo, y su inteligencia prefería indagar beneficios para ella. En aquel momento le habría matado con sus propias manos. Pero vislumbró una oportunidad de venganza. Se regodeó en ese pensamiento, abusando de que nadie la estaba viendo su bribona sonrisa. «A fin de cuentas, lo mismo que él ha hecho toda la vida», se justificó a sí misma. Y fantaseó imaginándose ella en más eventos y fotografías, sin él, luciendo todos sus estilismos antes de que se pasaran de moda. Esa sería su venganza. Su fundación cogería mucho más lustre, situando en las tarjetas de convocatorias y visitas «bajo la presidencia de la marquesa de Andratx». En su espejismo, imaginó a la guapa Reina, «porque hay que ver lo lista que es, lo que sabe y el estilazo que tiene», dirigiendo unas palabras al respetable. Las burbujas producidas por el éxtasis le explotaron en el cerebro, y fue así como pudo ver a Su Majestad situada en la presidencia de honor. Tras esos segundos de delirio, cerró los ojos, agitó la cabeza y marchó eufórica en busca de su hija. Su plan, imaginó, saldría a la perfección si la involucraba a ella. No tenía un minuto que perder.

—Valeria, querida, el ducado te garantizaría una proyección preciosa, una buena herencia para ti, más allá del dinero. Ser alguien, lo que tú adornarías con tu valía e inteligencia; en mis tiempos era más difícil, pero tú ahora... —le quiso

explicar, abortando los detalles porque en aquel momento el objetivo era otro—. Lo importante ahora es que convencas a tu padre que el título sea de Andratx. Habla con él hoy mismo, pero hoy es hoy, que si no lo hará alguien por ti. Y tú has de hacerlo por tus abuelos, que son quienes nos han dado todo. Eso, ya lo sabes, no se lo digas así a tu padre. Háblale de que eres tú quien quiere la genealogía española y se la mezclas con algo italiano. ¡¿Qué sé yo?! Dile que el escudo sería muy bonito si fuera circular, como el de Italia, abrazado por ramas de olivo y de roble, que para los italianos son la paz y la fuerza. Eso le gustará mucho.

—¿Has hablado con Beltrán? —le dijo ella, poco motivada.

—No, y ni se te ocurra comentarle. De él tu padre no aceptaría ni media palabra. En todo caso, ayúdate de Javier, que es al único que tu padre escucha ahora.

Las primeras grabaciones ordenadas por Pilar evidenciaron un culebrón familiar imponente. Desde su boda con Valeria, Javier había ido creciendo como un diminuto virus, adosado a Marcelo, alimentándose de él, tomando vida a su costa, replicándose rápido hasta convertirse en el más aventajado de sus alumnos y, según las conversaciones, en el ser más influyente para Marcelo en los últimos tiempos. Los agentes detectaron que fue el Pulpo quien extendió por Madrid el apelativo del Yernísimo, trasluciendo de él una imagen frívola, ambiciosa, juerguista y putera. Con aire de inocencia pero no sin malicia, el Pulpo fue a preguntarle a Marcelo si, desde que su yerno controlaba el mundo de los confidentiales, la presión y el dinero le habían mermado, «porque en ese caso yo sigo aquí, para reforzarte toda la ayuda que necesites». Pilar también identificó que Sanjurjo no escondía su rivalidad contra ese extraño elemento.

Los agentes detectaron que el yerno colocaba en el lado de su balanza mucha masa, para aligerar el otro brazo, el del hijo, Beltrán, dejándole cada vez más liviano. Percibieron cómo Javier trabajó con denuedo ese contrapeso, y lo hizo con fortaleza industrial. Incorporó a su lenguaje aquello que sabía le congraciaba con su suegro. Con desparpajo le hablaba de los «kilos» para referirse a las mordidas que había negociado. Le relataba los contactos trabajados con el nuevo *establishment* del país. Y le comentó «la buena idea que he tenido, Marcelo, de contratar a la más reputada agencia de comunicación de España para que nos trabaje una buena imagen que nos permita a Valeria y a mí auparnos a las altas esferas de estos tiempos. Con el nuevo Rey todo va

cambiando. Y toda orientación no es poca. Ahora las cosas ya no son como en tus tiempos, Marcelo, y no quiero que tu hija se quede atrás en nada».

La palabrería envuelta con atractivos elogios hacia su cuñado se convirtió en un mantra, provocado astutamente por Javier en todos los encuentros familiares.

—El problema lo veo más en Beltrán, porque es demasiado bueno para este mundo —comentó en otra cena en el ambiente relajado de la mansión, con tono comprensivo.

—Eso es cierto. Pero tendrá que aprender rápido, ¿verdad, Beltrán? —le dijo Clara a su hijo, con la paciencia que solo muestra una madre ante un hijo al que percibe una minusvalía.

En aquel sonido grabado, no hubo respuesta del aludido. Pilar detectó, solo unos segundos después, el reposar de una copa, que interpretó sería de Marcelo, porque fue él quien intervino a continuación.

—Si no le gusta el dinero, ¿qué puede hacer en esta familia? Nada —se respondió a sí mismo—. ¿O qué piensas tú, Beltrán? ¡Venga, di algo!

—Dale tiempo, Marcelo. En cuanto vea la mierda que circula por todas partes, acabará entendiendo —terció el yerno, como echándole un capote.

Ahí es donde Pilar constató que, mientras Clara imploraba paciencia para su hijo, Beltrán sacaba su mente a paseo. Ajeno a los trajines de la familia, introspectivo, cerrado en sus propios actos. Sabiéndose rechazado por todos, un sentimiento que el muchacho correspondía con su discreto silencio.

Marcelo, pragmático y descreído por naturaleza, siempre pensó de sí mismo que sus habilidades le habían venido dadas de forma innata, y así fue como llegó a la conclusión de que su hijo había nacido sin ellas. «¿Cómo en caso de existir Dios, me ha mandado a mí semejante castigo?», se le oyó murmurar al final de la cena. ¿Dónde estaba escrito tanto inmerecido agravio para él?

En tiempo récord, Javier consiguió que su platillo se desequilibrara a su favor por completo. Consiguiendo incluso disputar el espacio de quienes habían sido el núcleo duro de su suegro durante años.

—Marcelo, ¿te parece bien que, para afianzarme, todo el mundo vea que mi despacho es mayor del que ahora tengo? —le propuso, para evidenciar el disfrute de un mayor privilegio.

—En las cosas de intendencia sabes que no me meto. Pero si tienes dudas, habla con el Pulpo.

—Si me lo permites, no será necesario. Me refuerzas así, y ya está.

Y en un par de días, antes de que al suegro le llegara el arrepentimiento, sin mediar palabra salvo con Valeria, se hizo construir aquella imagen que anticipara quién se abría paso en la compañía, con brío, como heredero. Frente al capataz, un intruso de fuera de la familia, con despachos menores y sin la tercera dependencia en casa, como él sí tenía.

Las ratas de Marcelo se le agitaban, enseñando sus grandes dientes, sin necesidad de que él moviera el saco. Y sin él percibirlo.

SEGUNDO OBJETIVO: LA MONCLOA

Convertiría la televisión en el Parlamento.

Y fabricaría el candidato diseño

El ministro Quirós se quedó extrañado cuando leyó la nota de aquel pequeño paquete. Había pasado todos los controles de seguridad, pero se alteró al comenzar a leer un texto tan misterioso: «En tiempos de necesidad, dirígete al antro de los timadores, y cuando llegues tendrás que entrar en la cueva y acabar con todos los bandidos que hay dentro». Agitado, pensó llamar a su jefe de gabinete, cuando acertó a leer la firma informal de Marcelo. Decidió entonces retirar el papel de regalo que envolvía el videojuego *The Elder Scrolls*, con guía recomendada para seguir «en tiempos de necesidad». Sorprendido, el ministro telefoneó a su amigo y quiso saber. «No por teléfono, te invito a un almuerzo en *La Nación*, que hace días que no vienes». En su terreno, Marcelo le explicó los grandes desafíos a los que el Estado se estaba enfrentando, con una Policía maniatada por impedimentos legales, lo que jamás le pasaría a un sabueso como Sanjurjo con sus investigaciones ni a él con sus televisiones. «Claro, que para eso están los Fondos Reservados, para ayudar a las investigaciones que necesites y ¡listo! El videojuego te lo explica bien, lleva hasta una guía de instrucciones, incluso para acabar con los enemigos cuando se regeneran. ¡Acojonante, Juan, acojonante!». Por la noche, Quirós se detuvo especialmente en el manual de esas instrucciones que le ordenaba: dirigirse, entrar, seguir, decidir, optar, regresar, pagar, acabar con los bandidos y completar así la misión. Con los pensamientos oscilantes, cogió la caja de Stilnox, tomó «la bendita pastilla» para dormir y cayó rendido.

Como cada día, Marcelo arrancó aquella mañana repasando ordenadamente la agenda con Mariví.

—¡Ah! Pero pásame antes con Quirós, dile que solo es un instante.

Cuando le tuvo al teléfono, enredado de nuevo en descifrar el sentido del laberinto de *The Elder Scrolls*, Marcelo le habló eufórico, para desconcertarle más.

—Es bueno, ¿verdad? Está hecho para acabar con los problemas. Yo, en tu caso, con la pasta que manejas y teniendo a Sanjurjo, no tendría ninguno.

A Mariví le advirtió que vendrían días difíciles, de actividad frenética, desplegando contactos y encuentros con unos y otros. Había llegado el momento de lanzarse a por su proyecto mediático-sociológico, que se inspiraba en deflagrar el sistema. Como habían hecho otros personajes famosos *antiestablishment*.

—¡Ufff, tendré mucho trabajo! —le comentó a ella—. Ten siempre a mano ibuprofeno, para que no me reviente la cabeza.

—No se preocupe, don Marcelo, tenemos, por si quiere ahora uno.

—De momento, no. Por cierto —le preguntó con gesto de extrañeza—. Hace mucho que no tengo un entierro. ¿Qué pasa, que la gente ahora no se muere o que tú no estás atenta?

—Presidente, esté seguro que lo que hay se lo comunico todo. ¡Si le cuento hasta el santoral para que usted felicite a todo el mundo! ¡Cómo iba a olvidar yo a un muerto! —le replicó, herida en su pundonor.

—Mejor así. Tenemos mucho trabajo.

Marcelo pensó que en aquella temporada no habría tiempo que perder. La situación laberíntica de tener que repetir las elecciones era inédita en el país. «Otro nuevo follón que tendré que aprovechar», planeó. Se ofrecería a todos los partidos para intentar desbloquear la situación. Las moquetas y los mármoles le parecieron escasos. Era momento de que su socio y amigo Emilio Gómez sacara brillo al portentoso palco que lucía el club Capital de España.

—Milín, necesito que esta vez me llenes el palco. Consigue ministros, expresidentes, los jueces amigos, en fin, todo lo que puedas. Al presidente de la Comunidad de Madrid le llamo yo, que en su partido, ¡joder con los de la Gente!, le están breando pero bien, y le quiero dar cariño. Y a mí me sientas a tu derecha, para joderles a todos.

—¿Pero qué te ocurre, Marcelo? ¡¿Qué has desayunado hoy?!

—Nada. Que con estos flojos no vamos a ninguna parte. Lo más que han hecho ha sido empantanarlo todo. Y, por cierto, no me creo que no consigas llevar al palco a Quiroga, con lo que le gusta el deporte. ¿A este tío qué le pasa?

—Pues que es raro, ya lo sabes. Que no se fía. Que no querrá deber

favores. ¡Qué sé yo! Pero esto no me lo pidas, Marcelo, porque no lo he conseguido nunca. Y no me recuerdes cuánto te debo a ti, que ya lo sé, pero es que hay cosas que no puedo. Porque el tío no se deja.

—¡A este hay que darle pero bien! El gilipollas no sabe todavía quién es Marcelo Russo. ¡Y luego se queja de los guiñoles y las putadas de Lo Más! Lo Más es poco. ¡Acojonante, Milín, acojonante! Por cierto, ya tengo diseñado mi escudo heráldico, y eso sí que será un escudo como Dios manda, no la porquería que tenemos en el Club.

Desde la presidencia del equipo de fútbol, Emilio seguía la competición en el campo con el mismo interés que la del palco, donde reunía también importantes trofeos. Autoridades expuestas como piedras preciosas en el escaparate de una lujosa joyería, como lucen las alhajas en la Milla de Oro, brillantes, entre pantallas, canapés y copas, apartados del resto de la vulgaridad. Para abrir intrigas y cerrar conspiraciones. Una réplica de la invisible tela de araña de Marcelo, presentada, en ese caso, bajo los focos. Pensada precisamente para lucir a las amistades de mantel, influencias o negocios. Los trajines entre Marcelo y Emilio habían alcanzado hasta entonces lo inmobiliario, para tapar con pisos en Madrid el dinero que ambos ponían a viajar por el ancho mundo. Pero desde aquel día compartieron, además, la operación del asalto al Poder de Marcelo. «Si Silvio pudo, yo lo haré igual. Eso sí, he aprendido que no tengo que tener problemas como él ha tenido en la política y en los tribunales».

—Y tú tienes muchos años por delante, y el coraje de acabar con todos los Quirogas del mundo —le animó Emilio—. Eso me lo repite Sotillos cada día. ¡Con lo bien que vivíamos con Velasco! —rememoró con aire nostálgico.

—Sí, pero para eso hay que tener primero todas las televisiones. Todas es todas, como lo consiguió Berlusconi. En el descanso del partido cerraré un par de asuntos. Y mañana cenaré con Lucrecia. Te contaré a la mañana siguiente para recaudar el dinero ya.

Marcelo se sentía lanzado. A su mítico modelo Berlusconi, le comenzó a sumar el de otro tipo, un tal Macron que en Francia acababa de fundar un partido político, como él. Decidido a llegar a lo más alto, como él. Que tenía una mujer para acompañarle en la campaña, como él. Que no había rodado en política, que podía adaptar sus ideas a lo ancho y que, también como a él, Maquiavelo le había inspirado la orientación de su carrera. «Almas gemelas —se convencía a sí mismo—, el *candidato diseño* que necesita España, como este tío quiere hacer en Francia».

La cena con Lucrecia se produjo de nuevo en la sala de la *suite* de Marcelo, en el Palais. Ella, cada vez más renuente, porque la información que él le solicitaba era extremadamente comprometida para el presidente Quiroga. Además, el ministro de Justicia había comentado en el Consejo de Ministros que Marcelo había registrado un partido político y que lo había comentado con alguno de sus donantes.

—Me dicen que quieres presentarte a las elecciones con un partido nuevo. ¿Eso es cierto, Marcelo? —le interrogó Lucrecia, con aplomo.

—Pues, mira, no sería mala idea. Si yo muevo el 1% del PIB de este país, ¿no tendría derecho a opinar sobre la política económica? Que, por cierto, sigue desastrosa. ¡Se dicen tantas cosas, Lucrecia! ¿Dónde has oído eso?

—Lo sabe todo el Gobierno. Y esto no es lo que a mí me ibas contando.

—¿Y también lo sabe Quirós? ¡Qué raro! Este no me ha advertido de nada.

—Pero ¿es cierto?

—Aquí lo único cierto es que, si no fuera por mí, el Partido de la Gente y todo su Gobierno seguiríais en la indigencia mediática, sin tener ningún tipo de apoyo. La televisión pública sin audiencia, y el otro Grupo Media hecho unos zorros.

—También hay quien dice que a estos les estás destrozando. Ellos se quejan de que les has montado una campaña de daño reputacional para hundirles.

—¡Serán cabrones! ¡Pues, mira, justo es lo contrario! ¡Si les voy a salvar! Porque me lo voy a quedar yo.

—¡Qué dices, Marcelo, eso es imposible! ¡Te has vuelto loco! Tendrías que hacer una OPA hostil, porque no creo que ellos estén por vender ahora, tal y como les ha bajado la acción. Y ninguna OPA hostil ha triunfado en este país, con independencia de que la apoyara o no el Gobierno.

—Querida, tengo la operación cerrada con dos buenos socios y gente muy, pero que muy importante que me apoya. Y esto no lo puede parar ni el Gobierno, ni Dios. A menos que el alelado de tu presidente entienda que, si no me apoya, os destrozo. Y, entonces, claro que me presentaría a las elecciones. Pero después de sacaros a todos del mapa. ¡Ya está bien, Lucrecia! Por encima de todos vuestros intereses, insisto, está España. Y la tenéis hecha unos zorros.

Lucrecia tiró la servilleta a un lado de la mesa, se levantó enfurecida, cogió el bolso y se encaminó hacia la puerta diciendo, colérica:

—¡No podrás hacerlo! ¡Te digo que no podrás!

Él la siguió y, agarrándola por el brazo, le advirtió, amenazador, sin alzar la

VOZ.

—Lo tendrás que conseguir tú, querida. De momento, va a caer el ministro de Justicia para ver si alguien va tomando nota. Y no te olvides que tú y yo hemos cerrado muchos negocios, que yo les llamaría nuestros pequeños secretos —le advirtió, arrastrando las palabras, como musitando.

La cabeza de Lucrecia fue una batidora en la que toda la noche se le revolvió la conversación, agitada con el tono de él, sarcástico, la palabra «querida», la fuerza con que la detuvo, los negocios que mencionó, los pequeños secretos. Todo le martilleó hasta sentir los sesos como licuados. Y sobre aquella papilla flotaba la última frase que él le dijo: «Voy a convertir la tele en el Parlamento». «Aquel hombre era un monstruo», se dijo atormentada. Amanecía cuando reventó a llorar, tendida boca abajo en la cama, con la cara incrustada en la almohada. Tras aquel desahogo, decidió reaccionar, fue a buscar un ansiolítico, ese que él le decía que tomara antes de salir en la televisión. Lo tragó como se engancha al oxígeno quien se asfixia. Se lavó la cara. No era suficiente. Fue al congelador y sacó unos cubitos de hielo. Los envolvió con un pañuelo de seda que a veces se anudaba al cuello. Se los restregó por los párpados, la nariz y la boca durante unos minutos, hasta que el pañuelo se empapó. Volvió al espejo y se sintió más aliviada. Mientras se recompuso, tapando las ojeras, cubriendo la piel con un denso maquillaje y coloreando las mejillas, decidió que hablaría con el presidente. Le pediría ayuda para salir del gabinete. No quería permanecer trabajando en el complejo de La Moncloa ni un minuto más.

A primera hora de la mañana fue en busca de Quiroga, con la cara hinchada a pesar de todos sus esfuerzos por remediar aquella calamidad. Él le recomendó tranquilidad, no le pudo informar que Marcelo estaba siendo espiado por el CNI, pero le prometió dar cumplimiento a su petición de salir del gabinete. Le pidió unos días para encontrarle el destino «que te mereces, por la lealtad con la que siempre has trabajado conmigo», le dijo.

Esa misma mañana, el ministro Alberto Daroca recibió la llamada de Paco Sotillos, el director de Lo Más, para advertirle que en el programa *Lo Más de lo Más* revelarían que tenía una empresa *offshore* en Panamá. Ahí empezó el calvario de Daroca, explicando que la noticia no era cierta a toda la oreja que le quisiera oír. Primero, se lo negó a Sotillos, y luego llamó a Marcelo, a Buenavista, a Fierro, a Cañaverall, a Abreu, a Quiroga, al fiscal general, a la vicepresidenta Económica, al ministro de Hacienda. Montado en una noria enloquecedora, para volver a repetir las mismas llamadas y acabar con un

corolario diferente. Excitación nerviosa que no acabó con una confesión ante las cámaras de televisión, negando la noticia. Hasta cuarenta y ocho horas le dejó Marcelo negando y cociéndose en ese desasosiego. El tiempo que tardó Lo Más en revelar que el paraíso en el que había operado en el pasado la empresa del ministro no era Panamá sino otro distinto, uno muy conocido por Marcelo, porque en él sus testaferros también guardaban sus dineros. En las televisiones del Grupo La Red, nunca más se habló de la trama que se le había urdido al ministro de Justicia para que cayera en aquella trampa. La palabra «mentira» sobreimpresa en una foto de Daroca cubrió durante días las pantallas de los programas informativos de las dos cadenas. Junto a la imagen, machaconamente repetida en Lo Más, podía intuirse el obituario que Marcelo le había escrito con anticipación a su enemigo. De hecho, lo reportado hasta entonces le pareció poco. «Mierda que no tenga ya todas las televisiones. Puré sería poco, a este tío le habría desintegrado», pensó mientras cogía el teléfono para dar órdenes.

—Gurú, prepara varios especiales para enterrarle bien —le ordenó a Sotillos—. Que no quede un taxista en España que no hable de lo sinvergüenza que ha sido este tío. Y cuando lo mates, me avisas, que iré al funeral. Hace tiempo que no doy el pésame a una viuda.

—Tranquilo, Marcelo. Confía en mí. Vamos a tope.

Daroca resistió en el cargo apenas unas horas, acosado por todo el Parlamento y una opinión pública agitada contra la política y sus actores. La corrupción escaló en esa semana doce puntos en la lista de preocupaciones de los españoles.

—Marcelo —intervino el presidente Abreu—, ¿no deberíamos levantarle el pie al Gobierno un poco...? Lo que te digo siempre, informar sí, pero estar una semana hablando del mismo asunto, mañana, tarde y noche, me parece una exageración. Al final, parece que creamos nosotros los escándalos. O que por lo menos los alimentamos.

—José Ramón, ¡tienes toda la razón! —le dijo, impostando un tono eufórico—. ¡Sí, señor, toda, toda, la razón! Con los periodistas, ya se sabe, se encelan con una noticia y no hay forma de controlarlos. Ni te imaginas las ideas que les he quitado de la cabeza. Tienen varias cosas más contra este, pero, de momento, las he conseguido parar.

Dejó el teléfono a un lado. Sacó la llave para abrir el cajón de la mesa del despacho. Rebuscó hasta encontrar el «Cuaderno de Enterrados». Para apuntar, con letra gótica, el nombre de Alberto Daroca.

TERCER OBJETIVO: TODAS LAS TELEVISIONES

Si Berlusconi pudo ser el «Jesucristo de la Política», él sería Dios

Durante aquellos días Marcelo se sintió Sansón, el juez más fuerte del mundo y de la historia. Incluso su caminar se hizo más ágil, con la espalda erguida, como si el peso de España hubiera disminuido y a él la carga se le hubiera vuelto más liviana. Se le vio con los labios sonriendo, como en una foto fija. Todo su ser disfrutó con el caos generado. Y, de manera especial, cuando acudió a la toma de posesión del sustituto de Daroca, del nuevo ministro Horacio Costas, quien le situó en primera fila junto a su familia y amigos. Finalizados los discursos, Marcelo se deshizo en carantoñas con los niños, les dio bolígrafos con el logo de Lo Más, hizo bromas a diestro y siniestro, pidió fotos con el recién nombrado y le colocó un cuchicheo a él, en el oído, aparte del resto del barullo:

—Ándate con ojo, Horacio. Me llega que el Partido del Progreso quiere llevar a Quiroga a la Audiencia Nacional, por vuestra corrupción. ¡Y eso sería la hostia! Imagina a un presidente del Gobierno por primera vez declarando en los tribunales. La imagen daría la vuelta al mundo. Creo que es lo último que le conviene ahora a España. Cuando nos vamos recuperando con la economía.

—¡Qué dices! ¡Eso sería una putada! —advirtió, perplejo, el recién estrenado ministro.

—Efectivamente, sí, señor, una grandísima putada. Y para evitarlo, tienes que controlar el mundo de los fiscales, todos son de izquierdas, están puestos por los otros. En cuanto puedas hacer los cambios, deberías controlar eso. Aquí lo importante es el de anticorrupción. Ya sé que todos te hablarán del fiscal general. Bueno, pues muy bien, pero atención al otro. Si te parece le digo a tu secretaria

que me busque un hueco y me paso por el ministerio a verte. Oye, si te sirve, bien, y si no, pues nada.

—Sí, claro, me cuentas.

—Pues hoy mismo lo agendamos. Por lo menos para que sepas lo que se está cociendo. Sabes que los del Progreso están desquiciados. Cuesta abajo es poco, así es que van a por todas. Y luego, dentro de los nuestros, pues que te voy a contar. Daroca, como era tan gilipollas, nunca quiso escuchar, y mira cómo estamos, ¡hay que joderse!

«¡Extraordinariamente bien!», se calificó Marcelo su propia actuación. «Parece que se lo ha tragado. Es lo bueno de Quiroga, que cada vez los coge más tontos. Con este me haré, seguro, y le montaré una con los fiscales que no tendrá vida suficiente para olvidarlo», se dijo, con las hormonas desatadas. Aquellos días multiplicó los encuentros, las intrigas y las llamadas.

Su quehacer también redobló el despliegue del CNI en torno a él. Pilar Garrido, como cada mañana, había quedado en repasar el día con su subdirectora, quien le informó que las maquinaciones de Marcelo eran para no dar abasto. «Y esto, Pilar, lo tienes que oír. Solo es un minuto, pero es importante».

Pilar se dispuso a sorber el trago. El modo con el que oyó a Marcelo pronunciar la palabra «niña», lejos de aparentar un apelativo dulce, le volvió a sonar a aviso con signos de *rigor mortis*. Su voz grave, acentuando molestia, era la misma con la que le había hablado a ella cuando no aceptó sus observaciones. Una forma amistosa de ofender, como ese «querida» que le había soltado antes de amenazarla. Los típicos tonos despectivos de Marcelo hacia una mujer en sus cuarenta, que significaban «pedazo puta», sin necesidad de ser tan explícito, una elocuencia que le reservaba, exclusivamente, a su mujer. Pero que, en resumidas cuentas, para él era lo mismo. Pilar dedujo que, a partir de aquel momento, la relación de Marcelo con Lucrecia había quedado enfangada definitivamente, como le sucedió a ella. Y no se equivocó. Alarmada por el monstruoso personaje en el que había cristalizado Marcelo, un tipo que abusaba de la noble amistad de quien le abría su alma como persona amiga, se fue de inmediato a informar al SED. Entre incrédula y apenada. Pero, en todo caso, decidida una vez más a cumplir con su deber.

—Jefe, este va a por todas. Y se va a quedar con Grupo Media. ¡Madre de Dios, ni Berlusconi! Dice que lo tiene cerrado con un par de socios. Por la forma

en la que habla, deduzco que son dos testaferros. Asegura que harán una oferta económica imbatible.

—Asegura, ¿a quién?

—A Lucrecia. Le ha dicho que las anteriores OPAS que hubo en España no triunfaron porque daban «papelitos». Imagino que se refería que a Banesto, Endesa o Iberdrola les ofrecieron poco dinero. Ahora él dice que habrá pasta. Pero lo peor es lo de Lucrecia.

—¿El qué?

—Creo que ayer se cayó del guindo. Estuvo horrible con ella. Dudo que vuelvan a tratarse.

Pilar no se equivocó. También intuyó bien sus buenas artes en Grupo Media, ante la dirección de los opados, para ofrecerse como intermediario. Con su habitual y eficaz verborrea, Marcelo administró a la dirección de su competencia un discurso que les bajó los brazos, como si les hubiera desarmado dándoles a fumar Mejoral® picado con tabaco recubierto con tela de araña. Les habló de evitar incómodas querellas frente a confortables acuerdos; contenciosos cegados sin salida frente a forrados montones de dinero. Y les sugirió aceptar una OPA amistosa frente a una hostil. Con el discurso contrario se fue a ver a sus testaferros, para cobrar de las dos partes. A sus esbirros les pasó factura por lo «difícil que será convencer a la Comisión Nacional de la Competencia».

La operación se hizo rápida, acordada con los asfixiados opados, por primera vez en contra del Gobierno, con el disgusto de Quiroga y el grito en el cielo de su ministro de Economía, siguiente miembro del Gobierno que Marcelo apuntó en el «Cuaderno de Caídos», con la notificación de «pendiente». Todos sus sueños estaban a punto de cumplirse. Solo le faltaba hacerse con la presidencia del Gobierno para controlar también la televisión pública. «Y si Berlusconi pudo ser el *Jesucristo de la Política*, yo seré Dios. Nunca nadie habrá conseguido semejante hazaña en España. Dejaré el país que no lo reconocerá ni la madre que lo parió», concluyó mentalmente en su delirio.

La directora de Inteligencia del CNI volvió de nuevo a ver a su jefe a cuenta del Caso Olivares.

—Lo siento, SED, también yo tengo mucho que hacer. Pero este tipo creo que se ha convertido en el peligro público número uno.

—¿Qué hay de nuevo?

—Sinceramente, creo que se ha vuelto loco. O, si lo viera un psiquiatra forense, quizás concluiría que sencillamente es malo y punto. También diría que

tiene como enfermedad *una tendencia irrefrenable al exceso*. De querer acapararlo todo. Yo te digo que lo flipo, porque no puedo intuir hasta dónde quiere llegar. Quizás en su cabeza tiene a Napoleón y quiere ser coronado emperador —dijo enojada—. En todo caso, a lo que vamos, lo que antes eran peripecias ahora son amenazas y extorsiones. En toda regla. Ya no estamos hablando de las trampas tendidas al ministro de Justicia.

—¿Estás hablando de delitos?

—Sí. No solo saqueos.

—Pues hay que ponerlo en manos del juez. Pásame el informe. Lo despacharé de inmediato con el presidente del Gobierno. Le diré que todo está supervisado por ti.

El titular de la Sala Tercera del Tribunal Supremo detectó la posible comisión de varios delitos. De amenazas y coacciones a Lucrecia. De amenazas al Rey y al ministro de Justicia. Contra la intimidad por espiar a la competencia. Contra la intimidad y de extorsión por el espionaje en el bar Bom-Bom. De fraude y maquinación para alterar el precio de las cosas en la operación de compra de Grupo Media. De organización criminal para la extorsión, cumpliendo con los requisitos de la jerarquía que él ostentaba, el reparto de funciones con sus adláteres y la estabilidad en el tiempo. Todos ellos, delitos tipificados en el Código Penal. Pero había más: vistas las instrucciones que le dio a Sotillos, Lo Más no cumplía con su deber de servicio público para satisfacer las necesidades de la sociedad española, definido en la Ley General de la Comunicación Audiovisual. Habría que averiguar si la Universal, y en adelante Telemundo y Atrévete, las dos cadenas de televisión que él había opado a Grupo Media, también se registrarían en función de las mismas extorsiones de Marcelo.

A la vista de la magnitud de los hechos, el juez remitió el caso al fiscal general del Estado, para que el fiscal correspondiente iniciara las diligencias de investigación. Al menos un par de delitos podrían ser causa competente de instrucción por parte de la Audiencia Nacional.

El juez comenzó a investigar lo que denominó Caso MESO, derivado de las iniciales de Marcelo, Emilio, Sanjurjo y OPA. Los agentes de la UCO, el acrónimo de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil, entraron para instalar micrófonos en tres de la media docena de lugares en los que Marcelo habitualmente negociaba. De día, accedieron a la sala de su *suite* del Palais. De noche, a los tres despachos, en el periódico, en la televisión y la Casa Azulada.

También las comunicaciones telefónicas, incluyendo las capturas ambientales a través del teléfono, quedaron intervenidas.

Sexta parte

EL DESENLACE

1

BAJO SOSPECHA

Veinticinco años de intrigas le habían convertido en el Rey del Hampa con corbata

Marcelo continuó con sus maquinaciones, ajeno a la vigilancia a la que estaba siendo sometido. Ignorando las reglas que imponen las leyes. Su vida era planear y ejecutar conjuras. Lo mismo manipulaba un proceso de licitación de obras que un caso judicial contra otros; montaba estructuras opacas tanto para lavar dinero como para extorsionar. Mientras, en la misma proporción, iba almacenando grabaciones, fotos y montajes, chantajes para, si llegara el caso, intimidar con ello. Difundiendo injurias de un juez para que se alejara de una instrucción, amenazando con *tirar de la manta* a quien se le antojara, con el sencillo método de difundir un montaje de *corta y pega*. Poderío que él iba desgranando, de forma sutil, en mafiosas intrigas boca oreja para ser respetado y temido. Su influencia política a base de maquinaciones desde las tinieblas a lo largo de veinticinco años le habían convertido en el Rey de la golfería con corbata. Una reputación que él alentaba. Y que perfeccionaba leyendo las peripecias de la mafia italo-americana de los años veinte del siglo pasado. Admiraba el bajo perfil del poderoso Carlo Gambino o la audacia de John Gotti, aunque su figura era Frank Costello, conocido como el *Primer Ministro del Hampa*, por el control con el que manejó el vasto imperio que hizo gracias a la influencia política que ejerció, sin precedentes en la Cosa Nostra.

A Lucrecia siguió llamándola como si entre ellos no hubiera habido incidente alguno. El lenguaje, los tonos y los tiempos tenía por costumbre marcarlos él, por lo que en su criterio solo hubo «repasso de asuntos». Su cabeza, ciertamente, funcionaba con las *falsas verdades* y los *hechos alternativos* como los pulmones le inhalaban oxígeno y exhalaban anhídrido carbónico. Ella le

marcó distancias, aunque quedó a cenar con él por recomendación del presidente del Gobierno.

—¿Te parece que cambiemos de sitio para salir de vez en cuando? —le propuso—. Total, el Paradís te queda al lado del Palais.

—Me parece —respondió él sin arquear una ceja, encajando el golpe.

Él intuyó que «la niña se me pone tonta, con la estupidez de no querer ir a la *suite*», una consideración que, decidió, «deberá recibir una respuesta adecuada». Le ofrecería una última oportunidad, una oferta de punto y final, porque no estaba dispuesto a aceptar más caprichos infantiles. Con esos argumentos, Marcelo fue alimentando la parte diabólica de su mente, y por esa escarpadura le fueron escalando las ideas, porque «esta mujer, como todos, será lo que yo quiera». E imploró para sus adentros que ella entendiera las cosas pronto.

Para acudir a aquella cena, ella tuvo que hacerse un nudo en el estómago, ensancharse los pulmones y atarse la lengua. Pensaba que a él, repentinamente, se le habían suspendido los sentidos. Empezando por el de la cordura.

—Lucrecia, vamos a mover la noticia de que la Unión Europea pide a España un candidato diseño para salvar al país en las próximas elecciones. La situación es de emergencia, en ningún país de Europa se han repetido las elecciones en seis meses. Y tú todavía no estás cuajada. Diremos que el presidente de la Comisión ha sugerido mi nombre. Pero debe ser con un ciberataque, porque para una cosa así, la televisión no nos basta. Y, desde dentro, la persona que puede ayudar tienes que ser tú.

—¿No lo estarás diciendo en serio?! —le respondió ella con cara alucinada.

—Completamente en serio. Está todo listo, incluso las redes en donde colocarlo. Tenemos que lanzar una campaña conspirativa internacional, generar que hablen los líderes de fuera, los nuestros, por supuesto el presidente del Gobierno, todo dios. Solo generando el caos, reventándolo todo, podremos empezar de nuevo. Este país no resiste ni un minuto más como está. Y lo que hemos hecho para desestabilizar hasta ahora no ha sido suficiente. Esto supongo que no hará falta que te lo explique —le dijo él con gesto de suficiencia paternal.

—Marcelo, te pido que quites el plural de tu boca. No hemos hecho nada, en todo caso lo habrás hecho tú. Aunque creo, sinceramente, que vas en broma.

—¿Qué parte es la que no has entendido, Lucrecia?

—Eres tú el que no has entendido. ¡Nada! —le respondió nerviosa—. Pero

te lo repito muy claro: conmigo no cuentas. Y se levantó airada.

«Querida, no tendrás vida para pagar esta gilipollez», le dijo al oído cuando la despidió, sonriendo, estampándole dos besos, uno en cada mejilla.

Marcelo recorrió con aspecto renqueante los catorce números de la calle Marqués de Cubas, para cruzar la Carrera de San Jerónimo y alcanzar el Palais seguido de cerca, en su caminar cansino, por su fiel y discreto conductor. Tony le notó la rigidez en la cara que se le ponía cuando estaba contrariado, pero calló. También observó que hablaba para sí mismo entre dientes, para no ser oído pero sin poder contener tanta rabia dentro. «Ratas, todos son ratas, desagradecidos roedores que muerden la mano que les ha dado de comer», repitió una y otra vez hasta que aterrizó en la *suite*. Observó que apenas eran las diez y ya había terminado la cena. Se aflojó el nudo de la corbata y fue a servirse un whisky con el hielo y la pequeña botella de White Label etiqueta negra que el servicio le dejaba preparado en el minibar. Se frenó en seco. Sentía el palpitar de la sangre en la cabeza e imaginó que aquello sería el desbordamiento de sus neuronas. «Cualquier día me dará algo, porque no es posible que haya tipos como yo que puedan almacenar tantas ideas sin que les explote el cerebro», fue su última cavilación antes de coger el teléfono y marcar a Sanjurjo.

—¿Dónde estás? Tómate el whisky conmigo. Estoy en la habitación, pero bajo al salón para fumar. Necesito mierda en el cuerpo. Siempre será mejor que toda la porquería que nos rodea.

—¡Joder, Marcelo, estoy en el Bom-Bom! Calmando a Memé. Con el humor que te noto, yo no sé si nos conviene que quedemos ahora.

—Sí. He cenado con la cretina de Lucrecia. Y no ha dado para más. Una niña de mierda que se ha hecho caca a las primeras de cambio.

—Pues lo que yo te voy a contar no es mejor. Memé no traga más. Mira que te lo dije. Ha quitado las cámaras. Algo ha pasado aquí que no me cuadra.

—¡No me jodas, Sanjurjo! ¡Comisario de mierda que estás hecho tú también! Esta tía me duraba a mí cinco segundos.

—A ver, Marcelo, ¡cálmate! Que por lo menos a mí Memé me ha durado años. Hoy no estás tú para darme lecciones.

Con paciencia, entre whiskies y puros, en el saloncito verde que a Marcelo tanto le relajaba, Sanjurjo le restó importancia al punto y final de los chantajes con grabaciones en el Bom-Bom. Le explicó que la nueva vigilancia no necesitaba de putas sino de ambición, para ser masiva a través de los móviles, ordenadores e incluso televisores. Que por ahí iban los tiempos. Ese era el nuevo

sistema de espionaje y de sabotajes con el que estaban trabajando las grandes agencias de seguridad del mundo, para expandir propagandas masivas y ejecutar actos de ciberguerra y delincuencia virtual. Aunque, para ser exitosos se necesitaba infiltrar *hackers*, atacantes negros como Dios manda, no como la mema esta que elegiste para La Moncloa.

—Lucrecia era la mejor en eso.

—¿Y qué ha fallado? ¿Que no la trabajaste lo suficiente? Joder, porque, si tan buena era, habértela follado o cualquier otra cosa. Tú eres el que me dices que las cosas no caen del cielo, que hay que trabajarlas. Y me estás dando el coñazo como si no hacer grabaciones en el Bom-Bom fuera el fin del mundo.

Marcelo intuyó que algo raro pasaba, más allá de que el día hubiera sido difícil. Identificó demasiados astros alineados para robarle energía. Aceptar que los de la Gente hubieran ganado la repetición de las elecciones y hubiesen conseguido formar gobierno, ya le había costado sorber algo más que un trago. Aguantar las «ñoñeces» de Lucrecia, decía que le había producido los ardores de estómago que padecía. Gastritis crónica. Pero ver a todo un comisario, su Comisario, plegado ante una puta, ¡eso era lo más! Demasiados avisos para identificar que el chiringuito se le estaba yendo al traste.

Con gesto cansino, agarró el vaso de whisky, lo apuró en un rápido trago, cogió el paquete de cigarrillos puros y se levantó para subir a la habitación. Necesitaba poner la cabeza sobre una almohada, le dijo a su socio, según resolvió que debería hablar con Javier para que le insuflara luz en aquella nebulosa. Su yerno, pensó seguro, sabría interpretarle como nadie lo que él, a su edad, por «el cansancio de los materiales» no era capaz de descifrar, aquella noche. Tomó la pastilla para dormir y suspender las ideas. Antes de caer rendido y que el Stilnox le revolviara los sesos, llamó a Javier. Ni siquiera pudo esperar a comunicar con él a la hora del desayuno.

—¿Comemos juntos mañana? Tengo muchas cosas que repasar.

La agenda de Javier solo se despejaba de sus múltiples citas, inequívocamente, al menor pestañeo de su suegro. A sus ojos, Marcelo era el hombre-típex, capaz de borrar cualquier apunte que él tuviera, al instante.

—¡Claro que sí, perfecto! Solo una cosa, Marcelo. ¿Podríamos vernos directamente en el Sanxenxo? Es que quiero pasar antes por Escada para comprar a Valeria una *bomber*. Me he enterado de que son lo último y, por lo visto, ahí las tienen preciosas.

La calle Ortega y Gasset era el culmen de la Milla de Oro madrileña,

arrancando desde Serrano para exhibir los más lujosos Catier, Omega, Jimmy Choo, Escada, Manzoni, Tiffany, Hermès, Chanel o Cavalli. Coronando la imperial ruta, después de haber desfilado desde abajo por todos los escaparates, los coches de suegro y yerno se encontraron en el restaurante gallego al que la familia acudía cada vez que querían tomar los mejores percebes con albariño.

—¡Hay que joderse, Javier! Aquí, hasta los gatos usan zapatos. ¿Te puedes creer que Memé ha convencido a Sanjurjo para no seguir grabando más puterío en el Bom-Bom? Y él, como un calzonazos, viene y me dice que la entiende, que ya hay suficiente. ¿A estas alturas le entran a este los escrúpulos? ¡Con lo que lleva encima! ¡Si ha pillado follando a media dirigencia de este país! ¡Si tiene más archivo audiovisual que la Biblioteca Nacional!

—¿Has notado algo más diferente en él últimamente?

—No. ¿Por qué lo dices? —respondió Marcelo, sorprendido.

—Me llega que están investigando a tu amigo el presidente de la Comunidad de Madrid y, con él, a un montón de gente más. Oye, quizás no sea cierto, pero la fuente es muy buena. Es raro que ni Lucas, ni Sanjurjo se hayan enterado. Igual es que están metidos en algo —le envenenó, como si fuera una repentina ocurrencia—. O que piensen que te va a salpicar a ti y se estén despistando. Mira a ver por qué no te lo han dicho.

—Síiiiiii —dijo Marcelo, alargando la sílaba para darse tiempo en su cabeza para buscar conexiones a esa hipótesis—. Últimamente están pasando cosas raras, tienes razón. Con estos no me imaginaba, pero andaré atento. Lo peor ha sido lo de Lucrecia, que, después de lo que llevamos encima, ahora la tía va y se me pone gilipollas.

—¿Y la has advertido?

—Sí. Pero otra igual, como que lo ha ignorado.

—Pues, dale pero bien.

—He tenido la idea de buscarle rivales a Quiroga con vistas al congreso del Partido de la Gente. Y la voy a poner a ella postulándose como candidata a la presidencia, para que la maten los otros aspirantes. Es la mayor de las putas que se le puede hacer a alguien.

—¡Brillante idea, sí, señor! —le jaleó Javier la jugada—. ¡Brillante, brillante...!

—¡Sí! Esta tía las pasará putas. Eso te lo digo yo. Por mis muertos, que son incontables.

La subdirectora de Inteligencia volvió a invitar a su jefa, Pilar Garrido, a

escuchar esa conversación arguyendo la misma razón que la primera vez, «porque es importante, solo es un minuto». Apenas le quedaban dudas a la directora sobre las locuras de Marcelo, pero, tras aquella grabación, certificó el malicioso uso que el capo hacía de sus medios, «inventando noticias para dar leches a conveniencia», como solía decirle él a los suyos. Con esta conclusión, se encaminó hacia el despacho del director del CNI.

—SED, ¿tú has tratado a Lucrecia? Porque esta mujer necesitará cariño.

—No. Directamente nunca. ¿Qué pasa con ella?

—Te lo dejo para que lo veas. Creo que tienes que hablar con el presidente del Gobierno para que, entonces, sea él quien lo haga.

—¿Tan fuerte es la cosa?

—Sí. La va a machacar solo por no ceder a sus chantajes. ¡Menudo tipejo!

—Lo miro enseguida.

—Solo te pido una cosa, SED: dile al presidente de mi parte que le expreso mi lealtad y solidaridad. A él y a ella también. Pobre mujer.

2

LA ÚLTIMA TRAICIÓN

Este marrón no me lo como solo. La mierda se acaba aquí

La tarde la pasó Marcelo ordenando agenda, haciendo llamadas y recibiendo las que ininterrumpidamente se le colaban al Samsung. Su móvil era una de las herramientas más codiciadas por él en su trabajo, porque le permitía la máxima privacidad sin pasar por Mariví y la caprichosa capacidad de grabar conversaciones. Durante años, habitualmente usó un teléfono no inteligente, para protegerse mejor de las temidas interceptaciones ajenas. Hasta que calculó que necesitaba un smartphone para grabar, más por vicio que por necesidad. Le gustaba la idea de poder tener largas conversaciones, expresando él afirmaciones subidas de tono tratando de provocar respuestas en su interlocutor con las que jugar al *corta y pega*, para desfigurarlas y archivar por si hubiera de coaccionar en algún momento a las víctimas. Lo mismo sobre Abreu, que sobre el presidente del Gobierno, un ministro o un jerarca de alguna compañía.

—Ya sabes cómo es Abreu, un frívolo —tenía por método decir—. Esperando que su interlocutor soltara un: «¿Y cómo puedes trabajar con un frívolo?».

—Un tío que no tiene ni puta idea de política. —Buscando un: «Imagino que será difícil dirigir así una televisión, ¿no?».

—Que ahora está con los socialistas. —Buscando: «Pero Abreu antes era de derechas, me dijeron».

—Con Cataluña, lo está liando. —Buscando: «En Cataluña ahora está con los independentistas, ¿quieres decir?».

—¡Manda huevos si no fuera por mí!: —«Quieres decir que él no tiene ni idea? ¡Ah!, que no hace nada».

El corta y pega podía tener varias versiones, entre otras: «Abreu antes era de derechas, ahora está con los independentistas, ¿cómo puedes trabajar con un

frívolo, que no hace nada? Difícil dirigir así una televisión, ¿no?».

Una vez que Marcelo con la oreja pegada al teléfono intuía que tenía un paquete explosivo para mezclar, apagaba la lucecita roja para salivar, gratamente, el disfrute de darle a la tecla del stop. Aunque luego le dejara la boca reseca. Apechaba con esas inconveniencias echando mano de la cerveza, el champán o el whisky, dependiendo de las horas del día.

En aquella sobremesa, la conversación mantenida con su yerno le había dejado el ánimo planchado. En el despacho se sirvió un Macallan y encendió un puro fino, para dejar descansar la hormona del estrés y evitar que le desatara tensión física. Últimamente había notado una irritación de carácter mayor que la habitual, que él ligaba a la desazón que le producía observar elementos que se movían en su entorno sin el debido control. Por lo que decidió lanzarse al disfrute que le generaba repasar todos sus «Cuadernos de Caídos, Muertos, Enterrados, Agraviados, Agraviados, Tocados, Objetivos, Agraciados, Cárceles y Deudores». Abrió la cartera que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta, sacó el puñado de llaves buscando la pequeña que le abriera el cajón de la mesa, y fue sacando, una a una, todas las libretas, extendiéndolas sobre la mesa, como tomos de una enciclopedia. Las más antiguas con el papel amarillento, las más modernas con aspecto aún de librero. Todas con caligrafía minuciosamente cuidada, como códigos medievales, que había ido confeccionando él, personalmente, a solas. El compendio de la historia de su vida. Esa tarde se detuvo a apuntar varios nombres en «Enterrados», lo que para él era estar muerto, sin remisión, sin el posible milagro de una resurrección. Esa vez quiso hacerlo con pluma estilográfica, inequívocamente Mont Blanc. La ocasión, creyó él, lo merecía porque una parte de los incorporados habían sido algunas de las personas que más cercanamente le habían frecuentado. Por lo que le quiso dar una cierta solemnidad al momento. Tras los apuntes, fue añadiendo notas con la palabra «pendiente». Finalizada la tarea, guardó los legajos en el cajón de donde les había rescatado, y les echó la llave. El placer de esa obra le había serenado el ánimo, y sintió un oleaje de endorfinas como una torrentera empujándole la sangre. Cogió la chaqueta, se colocó la corbata frente al espejo del cuarto de baño, se despidió de las secretarias con buen humor —«Esa falda que te has puesto hoy, Mariví, es realmente bonita»— y bajó pausadamente al coche.

—Buenas tardes, Tony. Al hotel.

Nada más arrancar el coche, en el trayecto que separaba *La Nación* del Palais, le sonó el teléfono. Descolgó de inmediato al ver que era Sanjurjo.

—¡Marcelo! —se le oyó decir al comisario, extremadamente nervioso.

Por su tono de voz agitado, le imaginó hablando y batiendo los brazos a un tiempo, como en una señal de impotencia cuando uno quiere decir algo y se le escapan los gestos antes que las palabras. Esa era una forma que a veces el policía tenía para expresarse cuando estaba excitado, pero raramente le había visto angustiado, como le sonó la voz en ese momento.

—Me han dado un chivatazo, me dicen que vienen a por mí. Me van a detener, no sé qué operación es esta, sé que hay una en marcha, la MESO, que por lo visto tiene que ver con nosotros. ¿Sabes tú algo? —clamó al otro lado del teléfono Sanjurjo, ansioso.

—¡Cálmate! ¡¿Cómo que te van a detener?! ¡Qué barbaridad es esa! ¿Quién te ha dicho...?

—Marcelo, que sí, que es de buena fuente —le interrumpió el comisario, notando el trabajo que tenían que hacer sus pulmones para dejarle respirar y el corazón para controlar los latidos.

—¡¿Y yo?! —le gritó Marcelo—. ¡¿Alguien te ha hablado de mí?!

—No. Solo ha salido mi nombre.

—Pues vente para el Palais. Estaré en la habitación un rato, que necesito estar tranquilo. Esta tarde quiero darme un baño largo con unas buenas burbujas. Y luego quizás baje a la sauna.

—No sé qué decirte. Voy acojonado. Como me pillen, me hacen chopped, Marcelo. Ponte en mi lugar.

—Pero ¿¡por qué te van a pillar!? ¿¡Quién te ha dicho eso!? —le reprendió enojado—. Es que no entiendo nada, Sanjurjo. Serénate, anda, será algún hijoputa que te quiere poner nervioso. Y es lo último que debes hacer, no caigas en eso. Mira, date una vuelta por el Bom-Bom, te desfogas con una putilla y luego vienes para acá a la cena. Esta noche estoy con Ripoll.

—¡Joder, Marcelo! ¡Que te estoy diciendo que me mandan a la pasma!

—¿Y qué quieres que te diga yo? ¡Joder, Sanjurjo! —alzó la voz, enfadado—. ¡Yo no puedo hacer nada, mejor será que no lo mueva, que la mierda si se revuelve huele más! ¡Yo solo puedo decirte que seguiré siendo tu amigo aunque te metan en la cárcel! ¡¿Qué más quieres?!

Durante la cena, Marcelo le comentó el extravío de la situación mental de Sanjurjo al catalán, mientras hacía virutas con el humo, exhaladas al aire con placer. «Lleva un tiempo raro, hasta mi yerno lo había notado, como si padeciera un trastorno obsesivo-compulsivo, todo el día llevándome la contraria, ansioso y

con una sensación de angustia y miedo como nunca le había visto. Joder, y el tío es comisario; que eso le pase a un chorizo, lo entiendo, ¿pero a él?». El catalán le dijo que la culpa era de la Guardia Civil, que estaba todo el día trincando gente para colgarse medallas en los telediarios. Y luego, nada, en la calle quedaban todos en dos días. Despotricaron sobre el CNI, la UCO y la UDEF, esos entes que eran el Centro Nacional de Inteligencia y las unidades de lucha contra la corrupción de la Guardia Civil y de la Policía Nacional, «encargados de liarlo todo», en opinión de ambos. «La UDEF, ¿qué coño es eso?, tiene razón Pujol, una máquina de dar por culo, diría yo». Y ese «yo» era Ripoll. Y repasaron algunas de las últimas investigaciones que los agentes judiciales estaban haciendo, compartiendo que «no había por dónde cogerlas, porque no podían ser más arbitrarias».

—Van a su bola, sin control judicial. La mitad de las cosas que están haciendo son a espaldas del juez, para liarlo todo, así es como lo han hecho en Cataluña —argumentó indignado Ripoll—. Bueno, de esto sabemos nosotros más que nadie, aquí sí que nos conviene estar callados. Porque al final nos meterán a todos en un lío de cojones. A todos, quiero decir, a ti y a mí también.

—¡Sí, sí! ¡No puedo estar más de acuerdo! Ahí tienes a la UCO detrás de nuestro amigo Nacho, que no les vale con quitarle la presidencia de la Comunidad de Madrid, sino que encima le azuzan con la Guardia Civil. ¡Y estos menudos son!

Según Marcelo, todo se derivaba de las luchas intestinas que estaban librando los dos cuerpos policiales entre sí, con un ministro del Interior, «el amigo Quirós, incapaz de enterarse de nada. Compitiendo, por demostrar qué colectivo caza más corruptos, cuál de ellos es más limpio frente al resto de la humanidad, dando por hecho que todos nos movemos por la política como si lleváramos encima una caja registradora».

—¡Es la hostia! —concluyó Marcelo.

—Sí. Pero ahí deberías ayudar tú. Para que la mierda que nos acabará salpicando se vuelva antes contra ellos. ¿No te parece? —le sugirió Ripoll.

—Sí. No te preocupes, estoy en ello. Al Gobierno le estoy destrozando con la corrupción en las televisiones, les he puesto la bota encima y hasta que no pidan perdón no se la levanto. Pero para liarlo todo, a los del Progreso los estoy destrozando con sus peleas, no los saco nada más que con eso. Y a los del Despertar les voy a azuzar a la UDEF para que besen por donde yo ando y se enteren de que por encima de Fierro y Sotillos estoy yo. ¡Coño!

—Pues me parece muy bien.

—Les voy a sacar en Telemundo una exclusiva, que me ha pasado Quirós, con movimientos de ellos y cobros que tienen de Venezuela. Con eso se va a liar pero bien. Le he dicho a Quirós que se lo venda bien al presidente, para que Quiroga vea que nos portamos cojonudamente. Joder, porque este tío es difícilito, ¿eh?

—Bueno, todo esto nos va perfecto. Lo de Cataluña lo has bajado, ¿no? El nivel contra los indepes, digo.

—Sí, porque, ¡joder con Buenavista!, todo el día dando hostias a los independentistas no puede ser. Ya le he dicho que eso nos destroza el negocio allí.

—En fin. Si obedece...

—Eso espero. Tiene a Fierro, que no le quita ojo. Menos mal que tengo a este y a Sotillos. Con los del Depertar se llevan cojonudamente porque en el fondo todos son «izquierda caviar». Mucha democracia real y su puta madre, pero les gusta lo bueno más que a ti y a mí. ¡Lógico, no te jode!

Los timbrazos del teléfono de Marcelo interrumpieron abruptamente la conversación. Premeditadamente, había elevado el volumen de las llamadas, para estar atento, ante la falta de noticias de Sanjurjo. ¡Era él! «Y este ¿dónde estará ahora? —se preguntó en el segundo antes de descolgar—. Seguro que anda con alguna puta, agotado; ¡hay que joderse, cómo es el tío!». Descolgó y confirmó sus sospechas. Sonaba tranquilo, incluso con el tono más bien apagado.

—Marcelo, para que no me esperes en el Palais. La Policía me ha detenido por unas horas. Quédate tranquilo, ha sido una confusión. Pero te voy a hacer caso, y me voy a pasar ahora por el Bom-Bom.

—Pues búscate una tía buena, que te levante ese ánimo, que estás más para encamarte a dormir que para follar —le dijo, riendo su propio chiste, como habitualmente hacía cuando quería distender al otro.

Hacia allí se encaminó Sanjurjo. Entró en el coche y se puso en marcha en dirección a Capitán Haya, Castellana arriba. Encendió la radio para escuchar música, no quería pensar, solo algo que le distrajera. Pero ninguna melodía le alejaba de su obsesivo pensamiento, de la pena, la desazón, la angustia que él llevaba dentro. Con la amargura de quien se siente traicionado. En un visionado rápido, su mente examinó la traición. A él, que había respetado escrupulosamente durante veinticinco años el trato nunca escrito pero sellado con la palabra dada. El código ético, lo más sagrado, con un socio y amigo que

para sí querría la mafia napolitana. «Pero no, él no —le machacaba la cabeza—, al final le ha salido el Marcelo que es. Y le habrá salido también su padre, su puta madre y toda su mafiosa parentela. Jamás lo hubiera imaginado —se dijo con desazón—. ¿Cómo era posible —le martilleaba la cabeza— que el pedazo hijo de puta hablara así de él a sus espaldas? ¡Nada menos que calzonazos le había llamado!».

Decidió conducir más despacio. No había bebido, pero no quería ningún percance que le diera problemas con la Policía, el menor incidente que concluyera con cualquier lío —«Sí, hemos pillado al comisario Sanjurjo, era él, el mismo»— saldría por todas partes. Paró en el semáforo antes de coger el túnel para salir derecho a Capitán Haya. Y ahí fue cuando tomó la gran determinación de su vida: «Este marrón no me lo voy a comer yo solo». Esa fue una de las dos ideas fijas que le perforaron el cerebro cuando estaba llegando al final del camino. La otra fue más genérica: «Estábamos en las tinieblas, y el hijoputa me ha puesto todo el foco en la cara. Esta mierda se acaba aquí».

Mientras, en la quietud del Palais, Marcelo pidió otra ronda de whiskies, encendió un puro y se acomodó en la postura repantingada en el sofá, esa que le proporcionaba el mayor de los placeres cuando, simultáneamente, le mandaba a la sangre la toxicidad del alcohol y la nicotina. Sobre el tabaco lo había leído todo, la composición del humo, las cerca de cuatro mil sustancias de partículas que se hallaban suspendidas en el aerosol. Pero no tenía respuesta a la razón del deleite, del gozo que le producía el whisky circulando por las venas, regándole el cerebro, batido con la nicotina, el monóxido de carbono, el alquitrán y los oxidantes. Puede ser porque «desde pequeñito me gustó revolver en la mierda, será por eso que toda esta porquería la gozo más que a una puta» —se decía convencido.

Con puros y whiskies se desarrolló también la conversación del comisario, esta vez en la esquina más oculta de la barra del Bom-Bom. La situación no le invitó al relax del sofá de los negocios.

—Memé, la Policía me ha detenido por una hora. Me han dicho que solo querían mostrarme varias grabaciones que le han hecho a Marcelo. En concreto, una en la que habla con el Yernísimo sobre nosotros.

—¿Sobre quién, sobre ti y sobre mí, quieres decir?! ¿La Policía?! —le interrumpió ella, visiblemente nerviosa.

—Sí, habla de nosotros. A mí me llama calzonazos porque me has convencido de que dejemos de grabar aquí.

—¡Qué dices, comisario! ¡Eso no puede ser! ¡Madre del amor hermoso! — exclamó espantada la *madame*.

—Sí. ¡Pedazo de cabrón el Yernísimo, también! Pero eso no es todo. Lo peor es que dice que hemos pillado follando a media dirigencia de este país. Que tenemos un archivo audiovisual más grande que el de la Biblioteca Nacional. Y se pregunta por qué nos asusta seguir grabando, si con lo que tenemos nos daría para estar entre rejas toda la vida. Como lo oyes, todo esto y más en manos de la Policía. Una ruina.

Memé rompió en un llanto desconsolado. La Polaca, la encargada del local, se acercó de inmediato hacia ellos para, con gesto protector, tomar a la jefa del brazo y conducirles a la oficina. Allí, encendidas las luces, Sanjurjo vio cómo ríos de tinta oscura, una mezcla de lágrimas y kohl de ojos, le brotaban a su amiga desde las pestañas y le lubricaban la cara. Abatida, como un guiñapo arrumbado en la silla, hizo el gesto de secarse el ungüento, pero el resultado fue un gigantesco tiznajo negro que le enmascaró el rostro.

—Gracias, Polaca —comentó Sanjurjo, invitando a la encargada a salir—. A ver, Memé, reacciona, lávate la cara, y actuemos antes de que la cosa se complique más. Hay que espabilar ya. Conozco bien los métodos de la Policía. Me han cogido a mí, pero con él de momento, que le temen más que a un mal nublado, están a la espera. Aun así tendrán que pillarle no tardando. Y creo que eso no nos conviene nada. Del material, yo ya me ocupé. Pásame también las cámaras que retiraste, todo hay que destruirlo. Y lo demás lo hablamos ahora. A ver, levanta, lávate la cara. —Y la ayudó a incorporarse y entrar en el cuarto de baño de la oficina.

Una ruina de ser llamada Memé se lavó con las manos temblorosas, embadurnando más la cara, de por sí ya tiznada. «Pero esto es que no sale bien con agua, ¿no ves?» —le dijo a su amigo, restregándose como si no hubiera mañana, tiznando la toalla, rejoneada por un pitón llamado miedo.

—Dile a la Polaca que me traiga algo para limpiarme bien. ¡Anda! —le pidió, lastimosamente.

Sanjurjo salió en busca de la encargada. La cabeza de Memé no se separaba de la imagen de Marcelo, aquel tipo que llegó con el traje planchado, el pañuelito en el bolsillo, la cadena de oro y el pelo engominado, enseñando billetes verdes por todas partes. «Tendría que haberme dado cuenta antes. Por no cerrar para hacer unas obras, verme yo ahora así, que soy lo más decente que ha

pisado este mundo». —Y rompió a llorar de nuevo, con desconsuelo y un hipo que le alteraba la respiración.

—A ver, lávate otra vez para refrescar —le dijo la Polaca—. Y no llores más porque, si no, no avanzamos. —Con mimo le fue retirando el tizne, pasándolo de la cara a los sucesivos algodones, con ayuda de su mágico desmaquillante—. ¿Ves? Has quedado fenomenal —Y salió de nuevo, dejándola sola con el comisario.

—Espera que me maquille un poco. No me gusta verme así —reaccionó ella, poniéndose en pie para buscar sus pinturillas.

Frente al espejo, espatarrada en el taburete, se fue acicalando, con torpeza.

—Muy bien, solo tienes que escuchar. ¿Estás tranquila?

—Sí. Dime.

—Mándale ahora mismo una chica. Ahora es ¡ya! ¡Ya mismo! Acabo de llamarle y estaba en el primer whisky. Le conozco bien y, estando animado con Ripoll, caerán una o dos rondas más. Eso será perfecto para nuestros planes.

3

EL ÚLTIMO SUSPIRO

Ella se pintó los labios para que marchara al otro mundo con un beso de recuerdo

Memé acabó de maquillarse de nuevo, se atusó el moño y se incorporó para recomponer el vaporoso vestido que cubría su corpulenta figura. De pie, avanzó un par de metros, se situó frente a su viejo amigo y le miró fijamente a los ojos. Durante unos segundos le sostuvo la mirada sin articular palabra. Luego explotó.

—¿Qué le ha pasado, Sanjurjo? ¿Que, como ya no tiene nadie más a quien traicionar, se traiciona a sí mismo? O acaso no sabe que esto irá contra él.

—Exactamente, Memé. Veo que lo has entendido muy bien.

—Sí. Perfectamente.

—Siempre he tenido esta suerte contigo.

—¿Entonces...? —quiso saber ella.

—Mándale la más viciosa. Que sepa que es un trabajo para toda la noche, hasta que el cuerpo le aguante y el tipo reviente. Muy bien pagado. Y supongo que ella sabrá lo que administrarle.

—Estoy segura. Y tú y yo también.

—¡Ah, Memé! Solo una cosa más. Que le deje un recuerdo cariñoso. Eso en la tierra de su padre se hace mucho, y el hombre tiene unas raíces tan profundas...

Sanjurjo besó a Memé en la frente, abrazando sus hombros con sus contundentes manos. Ella permaneció callada, acurrucada contra su pecho, con gesto abatido. Sentía como si el cuerpo se le hubiera vaciado por dentro, como si las tripas se le hubiesen ido por una letrina en una descomposición. Se notó vieja y acabada. Su amigo le abrió la puerta y la invitó a salir para animarla a continuar con el trabajo. «No hay tiempo que perder», le dijo.

—La chica debe poner fin a la conversación de Marcelo con Ripoll en el Palais, interrumpiéndoles con un simple saludo, un «Hola, ¿no me recuerdas?». Que le desate unas risas a cuento de lo que quiera, y se pida una copa para sentarse con ellos. Luego ella ya sabrá cómo deshacerse del otro y llevárselo a él a la habitación, ¡digo yo!

—Vale, voy a por la rusa, que esta es muy espabilada y a él le gusta. Aunque ya sabes que no hace nada con ninguna. Bueno, tú ya me entiendes.

—¡Mejor! Que le caliente bien, para que él haga esfuerzos. Toma, y le das esto por adelantado. Dile que luego tendrá más. —Y le soltó un sobre con un fajo de billetes dentro—. ¡Pero cuidado, no los toques, están impolutos! A ella adviértele que tire inmediatamente el sobre, por la taza del váter. ¿Te estás enterando? Yo me voy al sofá, hoy es un día cualquiera. Y siempre hay algo que tenemos que celebrar.

—Perfectamente —le respondió lacónica.

Memé fue en busca de Katia. Hablaron sobre las costumbres de las mafias rusas que ella conociera. La chica le dijo que, generalmente, a los mafiosos ahora les daba por tatuarse. Que se pintaban telas de araña en el codo para advertir de prisión y cosas de esas.

—No, Katia, esto es muerte, no amenaza. Y hay que ridiculizarlo, que es lo que le gustaría a él, ya sabes, por su Nápoles querido, mucho cariño.

—Pues... —se quedó pensando—. De eso yo sé que si al muerto le pones algo sexual, es como para avergonzarle.

—¿Un ultraje? ¿Una deshonra, quieres decir?

—Sí, eso.

—Pues déjale tres regalitos, ¿no? —le sugirió.

Memé la despidió con dos besos y le recordó que llevara las pastillas azules. Ella asintió, sin más comentarios.

A las cinco menos veinte de la mañana, una asustada prostituta marcó desde la *suite* ejecutiva de Marcelo el teléfono de la recepción del hotel.

—Por favor, una emergencia. Mi amigo ha sufrido un infarto, bueno, o lo que sea, pero se ha quedado tieso. Estábamos... entiéndame... pero... no reacciona, he notado...

—Enseguida le damos asistencia, señorita. ¿Están ustedes en la *suite* ejecutiva con vistas, la que veo en la pantalla?

—Sí. En la misma. Creo que es la más grande, eso me dijo él —respondió la joven con voz que semejava angustia.

El recepcionista fue el primero en acudir a la habitación y, tras él, un carrusel de asistentes, que se coronó con la personación a horas intempestivas del director del hotel. Poco antes de su llegada, había acudido una unidad medicalizada del SAMUR, el servicio de asistencia municipal de urgencia cuyos operarios realizaron maniobras de reanimación al inerte cuerpo de Marcelo, sin obtener éxito alguno.

—No hay nada que hacer. Está en parada cardiorrespiratoria, y ha sido imposible revertir la situación —fue el primer informe de alcance que recibió el director del hotel, frente al cadáver de Marcelo. Por la tonalidad de la piel, ha sucedido ya hace unos cuantos minutos.

El médico, dirigiéndose a la chica, quiso saber detalles antes de certificar por escrito el óbito.

—Si no es improcedente la pregunta, ¿podría decirnos cómo ha sido?

—Bueno, pues, estábamos... en fin... yo encima... y de repente le dio un calambre como si una flecha le hubiera asaeteado el cuerpo entero. Pensé que era... bueno... que a él le gustaba así. Pero no. Después de ese respingo, se destensó, y ya se quedó tieso. Como lo ven. Así, hasta ahora. No he querido ni tocarlo.

—De acuerdo. Gracias.

—Bueno, y solo una cosa más. Me pinté los labios para dejarle ese beso de recuerdo, el carmín que ven ahí, junto a sus partes. Para que se llevara un recuerdo mío. Presentí que se había quedado fiambre y, la verdad, me dio pena. También le dejé esa florecita que llevaba yo en el bolso —le comentó la prostituta al doctor, señalando los genitales de Marcelo—. Es que al hombre le conocía de antes —dijo, exhalando un profundo suspiro. ¡Una pena!

—De acuerdo, de acuerdo. Todo eso ya para el juez. Lo dejamos todo como está. ¿Los calzoncillos estos que tiene sobre la barriga, son de usted?

—No. Estaban caídos en el suelo. Se los puse ahí porque dicen que la barriga es lo último que se enfría. No sé. Pobre hombre —comentó abatido.

La habitación fue desalojada, y el cuerpo muerto de Marcelo quedó tendido en la cama, desnudo, solo cubierto con el beso estampado por la chica, sin limpiar, y los otros dos adornos. La rosa, ajada, que Katia había cogido en el Bom-Bom le distinguía como «miembro de una mafia», el beso «le humillaba» y el calzoncillo que le pidió a Memé, sin estrenar, revelaba «impotencia». Había que esperar a la personación del juez instructor de guardia para que autorizara la recogida de pruebas, antes de que nadie pudiera tocar el cadáver. Solo el médico

del SAMUR se atrevió a cerrarle los ojos, que le habían quedado desorbitados.
El togado llegó, sin tardanza, junto al secretario judicial.

La defunción quedó certificada en todas las instancias.

Marcelo Russo murió con su Tetris inacabado.

Nunca llegó a ser duque de Andratx, aunque sí dejó su escudo de armas enmarcado en pan de oro, con los apellidos impresos. El motivo central era una columna dorada con una serpiente enroscada. En la parte superior izquierda figuraban doce estrellas, el número de sus empresas. Dos soles, por el alumbramiento de sus hijos, en la inferior derecha. Los otros dos cuadrantes se rellenaban, uno, con ramas de olivo y, el otro, de roble, por la paz y la fuerza. El escudo había sido pegado sobre un pergamino de cuatrocientos gramos, con los bordes quemados simulando la forma antigua. Montado sobre una tabla de terciopelo granate y con cuatro clavos artísticos en oro viejo.

Marcelo tampoco consiguió ser el *Jesucristo de la Política*. Sí fue reconocido como el *Primer Ministro del Hampa*.

Alcanzó su deseo de morir muy rico.

Y consiguió atesorar, hasta la tumba, enigmáticos secretos y pruebas falsas fabricadas para destruir a sus enemigos.

En el Caso MESO, su nombre aparecía como el actor principal de una presunta trama criminal organizada, perfeccionada en el tiempo para el enriquecimiento y la extorsión.

La autopsia certificó la muerte por paro cardíaco, tras identificar sobredosis de citrato de sildenafil y alcohol en la sangre. Sin indicios de criminalidad.

Murió como vivió, rodeado de intrigas y misterio, sin dar respuesta a la principal pregunta: «Por qué él no fue llamado a declarar, y sí fue requerido un subalterno suyo, el comisario Sanjurjo».

Post mortem recibió el sobrenombre de El Interfecto.

financial c
education as the again los N
at trend ar. BY
ted States: The pre
ssue for America's
Chall
international
aman- righ
hem is exp
hared oppo
er- Toll

GLORIA LOMANA

JUEGOS DE
PODER

g Gas

e is leaving
from both

D.J.57

When the
ustices
preme C

hopes to reclaim her

ACCUSED
way too
Court last Fri
perfect picture
the date an

"Mama's Gu
so many types of music
people not knowing how
BAD: If I worried abo
have ever come out in
of people may not un

Epílogo

Desde el 15 de agosto de 1809, Joseph Fouché pudo ser llamado duque de Otranto, una concesión que le hizo el emperador Napoleón al viejo jacobino. Al hombre que fue ministro del Interior con tres regímenes distintos y por cinco veces juró fidelidad, primero al Gobierno real de Luis XVI, luego a la República, al Directorio, al Consulado y, al final de su vida y su carrera, al emperador Napoleón.

De esa escala de los nombres, Stefan Zweig escribe en *Fouché, retrato de un hombre político* lo que a continuación sigue:

Sin duda no ha combatido en Otranto, y jamás ha visto con sus propios ojos esa región del sur de Italia, pero precisamente un predicado de nobleza tan pleno y exótico de resonancias es magnífico para enmascarar a un antiguo archirrepublicano, porque cuando se pronuncia sonoramente es posible olvidar que detrás de ese duque se esconde el verdugo de Lyon, el viejo Fouché del pan de la unidad y de las confiscaciones de patrimonios. Y para que sienta bien como caballero, se le conceden además las insignias de un ducado: un reluciente escudo de armas.

Pero es extraño: ¿ha buscado el propio Napoleón esa peligrosa y característica alusión, o se ha permitido en privado el heráldico nombrado de oficio una bromita psicológica? Sea como fuere, el escudo del duque de Otranto muestra en su centro una columna dorada... adecuada para este apasionado amante del oro. Y en torno a esa columna dorada, se enrosca una serpiente, probablemente también una delicada alusión a la flexibilidad diplomática del nuevo duque.

Napoleón dice de él en Santa Elena esa profunda frase: «Solo he conocido a un auténtico y completo traidor: ¡Fouché!».

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Gloria Lomana, 2017

© La Esfera de los Libros, S.L., 2017

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (mobi): noviembre de 2017

ISBN: 978-84-9164-186-5 (mobi)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.